

BEST SELLER INTERNACIONAL

EL HOMBRE QUE QUISO ENTRAR EN AUSCHWITZ

UNA CONMOVEDORA
HISTORIA REAL DE HEROÍSMO
Y SOLIDARIDAD



DENIS AVEY
Y ROB BROOMBY

Lectulandia

El hombre que quiso entrar en Auschwitz nos ofrece el impactante testimonio real de Denis Avey, soldado británico que durante la Segunda Guerra Mundial se introdujo voluntariamente en Buna-Monowitz, el campo de concentración conocido como Auschwitz III, para ser testigo de los horrores que allí se cometían.

En el verano de 1944, Denis Avey había sido capturado por los nazis y compartía trabajos forzados con los prisioneros judíos del campo de concentración de Auschwitz. Allí trabó amistad con varios de los presos, entre ellos Hans, un judío holandés que sobrevivió al exterminio gracias a la ayuda de Denis cuando este, conocedor de su terrible situación, ideó un intercambio para que Hans pudiera alimentarse mejor y descansar en el barracón de los prisioneros ingleses. En su lugar, Denis vistió el pijama a rayas y vivió en primera persona la crueldad, la humillación y la destrucción de un sitio que, según nos relata, era lo más parecido al «infierno en la tierra».

Durante décadas el autor fue incapaz de evocar un pasado que todavía le atormenta. Sesenta y cinco años después de la pesadilla vivida, ha decidido romper su silencio para contar toda su historia, tan apasionante como conmovedora, que nos brinda una singular perspectiva de la mente de un hombre corriente que ha logrado convertirse en un modelo único de valentía y generosidad.

Lectulandia

Denis Avey

**El hombre que quiso entrar en
Auschwitz**

Una conmovedora historia real de heroísmo y solidaridad

ePub r1.0

Andaluso 19.04.14

Título original: *The man who broke into Auschwitz*

Denis Avey, 2011

Traducción: Atalaire

Editor digital: Andalusó

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

En memoria de Ernie Lobet
y de un hombre de quien solo sé
que se llama Hans

Presentación

Este es un libro muy importante y un oportuno recuerdo de los peligros que acechan a cualquier sociedad cuando la intolerancia y el racismo se adueñan de ella. Denis Avey, que ahora tiene noventa y tres años, desea que su libro sea un recordatorio de que el fascismo y el genocidio no han desaparecido. Como dice él: «Podrían tomar cuerpo aquí». De hecho, podrían tomar cuerpo en cualquier sitio donde se permita que la coraza de la civilización desaparezca o la aniquilen la mala voluntad y las tendencias destructivas.

Está muy bien que Denis Avey se sienta capaz de contar su historia ahora. Muchos de cuantos sufrieron los traumas de los años de la guerra, como, por ejemplo, los judíos supervivientes del Holocausto o el propio Avey, comprobaron que en 1945 «nadie quería escuchar». Sesenta y cinco años después, un primer ministro británico —Gordon Brown— lo recibió en el 10 de Downing Street para oír su historia, elogiar su valentía y concederle una medalla con la leyenda: «Al servicio de la Humanidad».

Hay que tener valor para dar testimonio. Denis Avey sigue recordando con horror, entre tantos otros horrores, a un muchacho judío «en posición de firmes, ensangrentado, mientras le aporreaban la cabeza». Este libro deberían leerlo quienes quieran un testimonio directo de la pesadilla del campo de trabajo esclavo de Buna-Monowitz, próximo a Auschwitz, donde los prisioneros judíos en particular eran víctimas de un trato bárbaro hasta que los asesinaban cuando ya se encontraban demasiado débiles para trabajar para sus amos de las SS.

Las experiencias de Denis Avey sobre el trato de los nazis a los judíos son perturbadoras, puesto que a la mente humana le resulta difícil adentrarse en un mundo dominado por la crueldad, donde un leve gesto como el de Denis Avey hacia un prisionero judío holandés es un insólito rayo de luz y consuelo. Además, nos habla de cuando combatió en el desierto de Libia, antes de ser hecho prisionero de guerra. Aquí el relato no decae ni rehúye horrores como la muerte de su amigo Les, «que saltó en pedazos» a su lado. «Les era un tipo de mirada risueña. Yo había estado con él desde que salimos de Liverpool, había bailado con su hermana Marjorie, me había sentado a la mesa de la cocina con sus viejos y había compartido con ellos las bromas y la comida.» Pero resulta que su primera reacción cuando «vio que Les había saltado hecho pedazos» fue decir: «Gracias a Dios que no he sido yo». Reacción que le sigue torturando hasta hoy.

La sinceridad de este libro realza su mensaje. La descripción de Buna-Monowitz es cruda y sin adornos. Avey se convirtió en testigo intercambiando con un prisionero judío el uniforme del Ejército británico por sus harapos de rayas y colándose en la sección judía del inmenso campo de trabajo esclavo. «Tenía que ver personalmente lo que estaba pasando», escribe. Ese gesto suyo nos permite conocer mejor uno de los peores rincones del reino de las SS. Este libro es un homenaje a Denis Avey y aquellos cuya historia quiso contar arriesgando su propia vida.

SIR MARTIN GILBERT

8 de febrero de 2011

Prólogo

22 de enero 2010

Me plantaron un micrófono en la cara al apearme del taxi ante la cancela fortificada de Downing Street. ¿Qué podía decirles? Estaba allí por algo que hice durante la guerra, no por haber luchado en el desierto de Libia, ni haber sido capturado por los alemanes, sino por lo que sucedió en Auschwitz.

En 1945 nadie había querido escucharme, de tal forma que dejé de hablar de ello prácticamente durante sesenta años. Mi primera esposa cargó con la peor parte. Me despertaba bañado en sudor, con las sábanas empapadas, perseguido por idéntico sueño. Sigo viendo a aquel pobre muchacho en posición de firmes, ensangrentado, mientras le aporreaban la cabeza. Lo revivo todos los días, incluso ahora, casi setenta años después. Cuando conocí a Audrey, mi segunda esposa, se dio cuenta de que algo pasaba y que tenía que ver con Auschwitz; sin embargo, pasaron décadas sin que yo pudiera contárselo. En la actualidad, no puedo dejar de volver sobre el tema y ella cree que estoy atrapado en el pasado, que debería salir de ahí y echar la vista al frente. A mi edad no es fácil.

La inmaculada puerta del 10 de Downing Street, que tan a menudo había visto como telón de fondo de los gobernantes del país en los noticiarios, se abrió ante mí y entré. En el recibidor se llevaron mi abrigo y me guiaron escaleras arriba, pasando por delante de los retratos enmarcados de anteriores primeros ministros. Al llegar a la fotografía de Churchill me dio la impresión de que era demasiado pequeña para las gigantescas proporciones del personaje. Me detuve a tomar aliento, apoyado en mi bastón metálico, antes de pasar por delante de los primeros ministros de la posguerra hasta llegar a Thatcher, Major y Blair en la parte superior.

Me dejé caer en una silla; con noventa y un años necesitaba recuperarme de la subida. Contemplé maravillado las espléndidas arañas y los altos techos de la Sala de Terracota. Yo sabía que aquella mañana el primer ministro Gordon Brown había anunciado su comparecencia ante la comisión Chilcot, que investigaba la guerra de Iraq, y que las elecciones generales se echaban encima, de manera que no estaba seguro de que tuviera tiempo para recibirme.

Mi inquietud se disipó en un instante. El primer ministro entró, vino derecho a mí y me tomó de la mano. Hablaba en voz muy baja, casi un susurro. La sala se había llenado de gente, pero la sensación seguía siendo la de un momento particularmente íntimo.

—Estamos muy pero que muy orgullosos de usted. Para nosotros es un privilegio tenerle aquí —dijo. Me emocioné.

Su esposa, Sarah, se presentó ella misma. Como no supe qué hacer, le besé la mano y le dije que era más guapa que por televisión. Era verdad, aunque yo no debería haberlo dicho. Menos mal que es una de las indiscreciones que se le perdonan a alguien de noventa y un años. Cambié rápidamente de tema diciéndole:

—Me gustó su discurso del otro día. —Ella sonrió y me dio las gracias.

Los fotógrafos de la prensa y los equipos de las televisiones querían sacarnos a

los dos juntos. Pensé que el primer ministro estaba pasando por tiempos políticamente tormentosos y le dije que no me gustaba la forma en que sus colegas le estaban apuñalando por la espalda, y que, si le hacía falta un guardaespaldas, yo estaba dispuesto. Sonrió y dijo que lo tendría en cuenta.

—No haría el trabajo de usted ni por todo el oro del mundo —dije. Yo no lo había votado, pero era un hombre decente y me impresionó su sinceridad.

Gordon Brown prestaba atención sin distraerse y por un momento me dio la sensación de que estábamos solos en la sala. Tengo un ojo de cristal —otra herencia de Auschwitz— y tuve que hacer esfuerzos para mirarle con el ojo bueno. Mr. Brown también es corto de vista, por lo que nos sentamos muy juntos para hablar, casi tocándonos la frente uno al otro.

Habló de «valor» y «valentía», y yo me puse a hablarle de Auschwitz, IG Farben, las SS, de todo, sin seguir ningún orden determinado. En un momento dado no recordé la palabra «prisionero de guerra» en inglés y me salió «Häftling», en alemán.

—A mí me pasa lo mismo cuando me acuerdo de aquellos tiempos —dijo un superviviente de los campos de concentración que se hallaba entre los presentes.

Ser reconocido a renglón seguido como uno de los veintisiete británicos «Héroes del Holocausto» fue una lección de humildad. La mayoría lo fue a título póstumo. Solo seguíamos vivos dos; el otro es sir Nicholas Winton, que salvó a más de seiscientos niños de Checoslovaquia. Me encontré con una flamante medalla de plata con la leyenda «Al servicio de la Humanidad». Al salir le dije a un periodista que ya podía morirme en paz. Me ha costado casi setenta años ser capaz de decirlo.

Ahora que puedo hablar de aquellos terribles tiempos, tengo la sensación de irme quitando poco a poco un peso de encima. Puedo evocar con toda nitidez el comienzo, el momento del intercambio.

Mediados de 1944

Sabía que teníamos que actuar con rapidez. Aguardé, escondido en la caseta. Ni siquiera estaba seguro de que él se presentara, pero lo hizo y, según entró, me quitó la guerrera. Él cerró la puerta en el desorden de aquel espantoso cuchitril y se despojó de su mugriento uniforme a rayas. Me tiró sus gastadas ropas y me las puse sin vacilar. Después, mirando de reojo a la puerta mientras lo hacía, le vi ponerse mi uniforme de campaña británico.

Era un judío holandés y yo lo conocía como Hans. Con aquel intercambio tan sencillo entre los dos, yo había renunciado a la protección de la Convención de Ginebra: había entregado mi uniforme, mi salvavidas, mi mejor garantía de supervivencia en aquel horrible lugar, a otro hombre. A partir de ese momento, por llevar sus ropas, iban a tratarme como lo habían tratado a él. Si me descubrían, los guardias me pegarían un tiro sin más, por impostor. Sin hacer preguntas.

Corría mediados de 1944 cuando entré en Auschwitz III por mi propia voluntad.

Capítulo 1

No me alisté para defender al rey y al país, aun cuando era bastante patriota. No, me alisté porque me dio la gana, por espíritu de aventura. No tenía ni idea de lo terrible que sería.

Cuando me fui a la guerra, la partida no tuvo nada de heroica. Salimos de Liverpool en el buque de transporte Otranto una luminosa mañana de agosto de 1940 sin la menor idea de adónde nos dirigíamos.

Contemplé el Royal Liver Building a orillas de las anchurosas aguas turbias del Mersey y me pregunté si volvería a ver los pájaros verdes que lo coronaban. Entonces Liverpool no había sufrido muchos bombardeos. Comenzarían un mes después de mi partida, pero por entonces era una ciudad en paz. Yo tenía veintiún años y me creía indestructible. Me prometí a mí mismo que, si perdía alguna extremidad, no volvería a casa. Era un soldado pelirrojo y de genio vivo, que me iba a causar muchos problemas, pero así era entonces yo.

Me alisté en el Ejército porque era demasiado impaciente para alistarme en la RAF. El papeleo tardaba más. Fue la primera vez que me acompañó la suerte. Cuando veía surcar las nubes a los Spitfires seguía teniendo ganas de volar, pero alistarme en la RAF habría significado una muerte prácticamente segura. Los pilotos de la RAF eran los caballeros del aire, pero, al empezar la batalla de Inglaterra, los pobres diablos no duraron mucho y yo tuve la suerte de librarme.

Me alisté el 16 de octubre de 1939 y, como era un tirador de primera, el fusilero Denis George Avey, nº 6914761, fue seleccionado para el Segundo Batallón de la Brigada de Fusileros y enviado al acuartelamiento de Winchester para recibir formación.

Fue bastante riguroso, lloviera o hiciera sol. A los nuevos reclutas nos lo ponían particularmente difícil por «norma». Hacíamos instrucción sin parar, además de ejercicio físico e interminables carreras de obstáculos, de tal forma que por las noches caíamos agotados en el catre; acabamos adquiriendo bastante buena forma física. Nos enseñaron a utilizar todas las armas existentes en el Ejército británico, aunque yo me había criado entre armas. Tenía ocho años cuando mi padre me compró la primera escopeta de cartuchos, con la culata especialmente acortada para poder manejarla. Todavía la tengo colgada en la pared de casa.

Mi padre me impuso una disciplina férrea en cuestión de armas. En el campo no existía el «quizá», todo era blanco o negro. Me crié en un mundo de certezas morales y se suponía que yo debía ponerme del lado correcto. Me enseñó a respetar a las personas y a los animales. Se cazaban aves para comer, no para divertirse. Aprendí a tirar al plato y no tardé en lanzarlos yo mismo al aire, tomar la escopeta y retirarlos de la circulación antes de que cayeran al suelo.

Disparar con el fusil de asalto es una cosa distinta, aunque enseguida le pillé el tranquillo y al poco tiempo hacía diana en blancos situados a más de 450 metros de distancia.

Al cabo de una jornada particularmente larga de ejercicio físico, fuimos al campo de tiro de Winchester. Apreté el gatillo del Lee-Enfeld calibre 303, noté el retroceso y

di en el blanco sin problemas.

Los tipos que colocaban los blancos estaban escondidos detrás de un terraplén. Marcaban los disparos con una vara larga terminada en un disco blanco de 30 centímetros de diámetro. Cuando el tipo levantó titubeante la vara en dirección al blanco para marcar mi disparo, eché otra vez el cerrojo y disparé apuntando directamente al disco blanco. El hombre de los blancos no corrió ningún peligro, pero me avergüenzo de haber hecho aquel alarde. Me echaron un buen rapapolvos, pero me dio popularidad entre los demás soldados. Me convertí en una estrella por mi puntería y en prueba de ello me pusieron un galón en la bocamanga.

El entrenamiento con las bayonetas fue francamente espeluznante. En Fusileros a las bayonetas se las conocía como «espadas». Nos estábamos preparando para matar personas cuerpo a cuerpo, tanto que podíamos olerles el aliento y ver si se habían afeitado esa mañana. Se nos ordenaba correr dando gritos y alaridos contra efigies humanas situadas a 20 metros de distancia. Clavarles la bayoneta en las tripas, sacarla y de paso darles un culatazo para partirles la cabeza.

El sargento Bendle nos miraba con gesto de desaprobación. Era un hombre fornido, bajo y duro. «Más alto, más alto», bramaba hasta ponerse congestionado. No se conformaba hasta que no gritábamos tan alto como él.

Se trataba de guerra psicológica y dar voces resultaba útil, pero teníamos que repetirlo una y otra vez hasta hacerlo bien. Porque si la cuestión era el otro o yo, no iba a ser yo quien se quedara retorciéndose de dolor.

La esgrima con bayoneta cuerpo a cuerpo era mejor porque, por lo menos, parecía un deporte. Utilizábamos bayonetas acopladas al fusil con un resorte y una funda protectora en la punta. Si dábamos un tajo sin que estuviera bloqueada, la bayoneta se retraía. Pero, como no podía ser menos, al llegar al fondo el resorte volvía a saltar y te daba un buen golpe en el vientre, para recordarnos lo que podía suceder si bajábamos la guardia.

Después de Winchester fuimos a Tidworth, en la llanura de Salisbury. Allí había un oficial especialmente popular entre los muchachos. Un caballero elegante, muy atildado con su bigotito recortado y el pelo cuidado. Por aquel entonces era subteniente, creo, un oficial muy competente, aunque nosotros lo conocíamos más como Raffles, el ladrón caballero. La película había salido justo antes de la guerra y todavía se veían carteles. El oficial era el suave y sofisticado actor de cine David Niven.

Después de un ejercicio nos reunimos a charlar con él, queríamos que nos contara chismes de la meca del cine. Se sentía cómodo con sus admiradores, pero se había formado en Sandhurst antes de la guerra y ahora estaba volviendo a adaptarse a la vida militar. Había dado la réplica a Olivia de Havilland en *Raffles*, aunque hablaba más de Ginger, su compañera de cartel en *Bachelor Mother*, y todos sabíamos por qué. Le gastamos unas cuantas bromas al respecto antes de que uno de los muchachos se descolgara con «Seguro que le gustaría estar ahora en un sitio que no fuera este, ¿verdad?». Se hizo un momento de silencio y entonces él dijo: «Digamos que ahora mismo preferiría estar acariciando las tetas de Ginger Rogers».

Volvimos a la realidad la cuarta semana de mayo de 1940, cuando nos

seleccionaron a un centenar de soldados y, sin darnos ninguna explicación, nos llevaron a la estación de ferrocarril de Tidworth. Sabíamos que la situación era mala en Francia. Me pusieron al mando de unos veinte hombres y me dijeron que distribuyera los morteros, las ametralladoras Bren y los fusiles.

Una hora después llegó el tren pitando entre nubes de vapor y humo. Nos mezclamos con los civiles y empezó el trayecto hacia la costa.

La fuerza expedicionaria británica estaba en graves apuros, con Calais asediado y los alemanes estrechando el cerco. El Primer Batallón de la Brigada de Fusileros fue enviado para allá y nuestra unidad del Segundo Batallón puesta en alerta para ir en su ayuda.

Nos instalamos a este lado del Canal. Escudriñando la intensa luz de la costa desde la seguridad de Inglaterra, era difícil imaginar el desastre que se estaba gestando al otro lado del estrecho brazo de mar; solo nos llegaba el estruendo del armamento pesado, un ruido extraño y melancólico.

El Primer Batallón, trasladado a marchas forzadas, no estuvo más que dos o tres días en Francia para mantener abierto el puerto de Calais, a fin de facilitar la retirada de nuestro ejército. Opusieron una dura resistencia, luchando hasta que se agotaron las municiones. La mayoría murieron o fueron capturados y la Royal Navy no trajo de vuelta más que un puñado de supervivientes. Winston Churchill les dio las gracias posteriormente. Dijo que su acción había inmovilizado al menos dos divisiones acorazadas alemanas mientras los barcos pequeños rescataban a muchos hombres de Dunkirk.

Entrar en acción habría sido un suicidio para nosotros. Nos habrían liquidado en el mar. Menos mal que los gerifaltes se dieron cuenta y desecharon la idea. Si yo tenía un ángel de la guarda, se me había vuelto a aparecer. Era la segunda vez que me libraba después de no haber podido alistarme en la RAF.

Acabaría pisando tierra del continente, solo que como prisionero de guerra.

Después de aquello nos trasladaron al norte, a Liverpool, y acampamos en el hipódromo de Aintree, escenario del Grand National, aunque entonces acogía una inmensidad de soldados en espera de ser destinados quién sabía dónde.

Dormíamos al sereno e, incluso a principios del verano, nos despertábamos entumecidos y con el saco de dormir empapado de rocío. Pasar la noche en el Canal Turn, con su famosa curva en ángulo recto, era un regalo para un muchacho que había vivido y convivido con caballos en el campo. Al cabo de tres semanas nos trasladamos a un gran edificio civil y por lo menos nos libramos de la humedad.

Ahí fue donde conocí a Eddie Richardson. Era un buen exponente de una acreditada familia de militares y le llamábamos Eddie Regimiento, en abreviado, *Reggie*. Era muy bien hablado, quizá un poco redicho en comparación con el resto de nosotros, y compartíamos habitación. Meses después habría de pasar apuros en el desierto, el mismo día que mi suerte me llevó al sur.

La instrucción que recibí en Liverpool fue algo totalmente diferente. Nos entrenamos en el combate casa por casa en calles destinadas a la demolición. Aprendimos el delicado arte de fabricar y lanzar cócteles molotov con botellas de vidrio llenas de gasolina. Dominamos las granadas Mills, con el aspecto de una piña pequeña con muescas ojivales. Llegaría a familiarizarme mucho con ellas en los

meses que siguieron. Eran sencillas y de fácil manejo. Podía modificarse la longitud de la mecha para tener tres, siete o nueve segundos antes de la detonación, pero había que saber hacerlo. Había que evitar por todos los medios que el adversario te la devolviera. Tirabas del seguro, echabas a correr y la lanzabas con el brazo estirado, como en los bolos, al tiempo que te echabas cuerpo a tierra. Si no estallabas en la operación, la granada acababa en un enorme hoyo que amortiguaba la explosión. Para mí seguía siendo un juego, porque a los dieciséis años yo había enviado a noventa metros una pelota de críquet.

Al zarpar de Liverpool en el Otranto sabíamos que dejábamos Inglaterra en difíciles condiciones. Francia había capitulado ante los alemanes en junio, Italia había declarado la guerra a los aliados, menudeaban los combates aéreos entre la Luftwaffe y la RAF y estaba en sus inicios la batalla de Inglaterra.

Cuando embarcamos, las dos chimeneas de bordes ennegrecidos echaban humo y la brisa se mezclaba con el caótico griterío de los hombres en busca de acomodo. Unos llevaban petates y buscaban camarote, mientras otros gritaban a sus amigos y daban vueltas por el barco. Debajo de nosotros iban los vehículos y el equipamiento pesado.

Les Jackson estuvo allí desde el principio. Entonces era cabo y se había reenganchado; un gran tipo, risueño y con un agudo sentido del humor. Era mayor que todos nosotros, andaba por los treinta. Pero trabamos amistad al principio y seguiríamos juntos hasta el final. Dieciocho meses después, coincidí con él cuando nos lanzamos de cabeza contra una barrera de fuego de ametralladora.

Les me había presentado a su familia en Liverpool y yo le había echado el ojo a su hermana Marjorie. Era una chica rubia muy atractiva, con un dulce acento de Liverpool, amable, que bailaba muy bien. Había salido con ella un par de veces, pero ambos éramos la inocencia personificada. En aquellos tiempos, cuando acompañabas a casa a una chica por la noche, lo más que podías esperar era un beso en la mejilla. De todas formas, era especial. Su familia me había brindado su hospitalidad. Le gustaba el sorbete al bueno de Les, pero pasarían cinco años antes de que volviera a entrar en su casa para invitarle a una cerveza y no sería una ocasión feliz.

Llevaba la fotografía de Marjorie pegada en la pared del diminuto camarote sin ventilación que compartía con otros cuatro soldados unos cuantos pisos más abajo, aunque la suya no era la única. Siempre había tenido montones de novias, de tal forma que para entonces ya había reunido una buena colección.

Yo ocupaba la litera de arriba y Bill Chipperfield la de abajo. Era un tipo muy llano de una familia muy pobre del sur, honrado a carta cabal y una buena compañía en todo momento. Había otros dos muchachos, pero los pobres diablos tenían que dormir en el suelo. Íbamos apretados como sardinas en lata y era imposible moverse a oscuras sin tropezar con alguien.

Nos dieron un permiso de veinticuatro horas para despedirnos de la familia antes de embarcar. La mayor parte del tiempo se me fue en el viaje de ida y vuelta. Mi familia vivía muy al sur, en el pueblo de North Weald, Essex. Eran agricultores acomodados y, como nunca nos faltó de nada, yo había pasado una infancia tranquila en el campo.

Mi madre se echó a llorar al despedirse de mí. Me hice una fotografía con mi hermana Winifred. Todavía la conservo, ella con los cabellos castaños y ondulados al viento. Llevaba un vestido de punto y un collar. Yo, de uniforme con los pantalones subidos, la guerrera ceñida a la cintura y una gorra encasquetada en la cabeza con aire de desenfado. Al despedirme no se me pasó por la cabeza que pudiera no volver. Pensaba que me las arreglaría. La juventud es así. Winifred ocultó sus sentimientos en lo más íntimo de su ser. No sabíamos qué nos depararía la guerra, por lo tanto, ¿por qué preocuparse?

Quien sí lo sabía, pero no dijo nada, fue mi padre, George. Había combatido en la Primera Guerra Mundial y sabía lo que eso significaba: mugre, sangre y privaciones. Se limitó a estrecharme la mano y desearme suerte. Era un hombre apuesto y orgulloso con los cabellos espesos y castaños, un cristiano con sólidos principios y músculos en consonancia. Nunca había sido capaz de demostrarme mucho cariño; pero lo que sucedió después tuvo que ver con él porque desde siempre había procurado inculcarme la idea de que los principios había que ponerlos en práctica. Fue secretario municipal en una época en que ese puesto llevaba aparejados el respeto y la omnipotencia entre el vecindario, aunque se ganó el apoyo de la gente porque siempre ayudó a cualquiera que atravesara dificultades. Me enteré mucho después de que pagaba de su bolsillo los impuestos municipales de los vecinos más pobres.

Le resultaba difícil expresar afecto en casa y solo hacía elogios muy de vez en cuando. Cuando gané un codiciado trofeo deportivo de niño, lo único que dijo fue: «Bien hecho, muchacho»; y no volvió a hablar de ello. No me di cuenta de cuánto pensaba en mí hasta después de la guerra. Se alistó, mintiendo sobre su edad, poco después de que yo me hiciera a la mar. Más adelante me contaron que siempre preguntaba por mí por dondequiera que pasara. Creo que pensaba que podría cuidar de mí, aunque, por supuesto, nunca llegamos a encontrarnos. Lo capturaron en Creta y tuvo que realizar trabajos forzados en Alemania construyendo un ferrocarril de montaña, a pesar de contraer una neumonía. Dedicó buena parte del tiempo a tirar por las laderas todo tipo de material, para demostrar que no estaba derrotado. Es verdad que podía llegar a ponerse así. Probablemente en eso he salido a él.

Cuando estaba en cubierta observaba a la tripulación preparándose para las amenazas que nos acechaban, los submarinos y las minas ocultas bajo las olas, esperando que nos hicieran un boquete en el casco y nos enviaran al fondo del mar. La única protección real contra las minas era un paraván, un artefacto en forma de torpedo con aletas de tiburón. Acodado en la barandilla, yo observaba cómo lo arriaban por la borda y lo sumergían bajo las olas.

El artefacto en forma de tiburón cobró vida al contacto con el agua y las aletas lo sumergieron y lo alejaron del barco. Soltaron el grueso cable hasta que estuvo a considerable distancia y en paralelo al barco. El cable servía para separar a la mina de su amarre y, o bien ametrallarla cuando surgiera a la superficie, o bien deslizarla por el cable hasta dar contra el paraván y estallar en una torre de espuma blanca sin dañar al barco. Nos proporcionaba cierto alivio.

Me fascinaba ese tipo de armatoste. Siempre me había gustado enredar con coches y motos y, cuando todavía estaba en el colegio, ansiaba estudiar ingeniería. Ya entonces era mandón; tenía que ser yo quien diera las órdenes. Siempre había sido

así. Cuando me hice mayor tuve mi propio ejército de chiquillos y desfilábamos con armas auténticas al hombro, aunque sin munición. En el colegio me nombraron prefecto y me encargué de controlar a los valentones, cosa que hice. En otro momento de mi vida, mi esposa Audrey decía en broma que yo me había convertido en un valentón. Sospecho que lo decía medio en serio. Desde luego, yo no tenía miedo a nada.

Me matriculé en el Leyton Technical College del este de Londres y culminé con éxito mis estudios. En 1933, mientras Hitler se convertía en canciller de Alemania, yo subía al escenario del Leyton College Hall a recibir el diploma de estudios de un hombre sentado detrás de una mesa. Yo no tenía más que catorce años, pero él debiera haberme impresionado más. Era el poeta y soldado de la Primera Guerra Mundial Siegfried Sassoon, un hombre de cuarenta y tantos años, con los cabellos todavía castaños peinados a raya sobre la frente despejada. Pronunció unas breves palabras de felicitación y me alargó dos volúmenes de color vino con un escudo y una espada estampados en oro. Había elegido libros de Robert Louis Stevenson y Edgar Allan Poe.

Parecía todo muy lejano. La silueta de tierra firme se difuminaba entre la bruma. El mundo civilizado que yo había conocido, con sus normas y costumbres, su sentido de la decencia, también se iba desvaneciendo poco a poco.

Capítulo 2

Les Jackson era de esas personas que siempre sabían cuál era la distancia más corta entre dos puntos. Entró en nuestro camarote poco después de que el Otranto se hiciera a la mar, abriéndose paso por entre los cuerpos de quienes dormían en el suelo y despertándolos de todas formas. Miró la fila de chicas que yo había pegado en la pared, entre las que estaba su hermana Marjorie. Esperé algún comentario sarcástico, pero no dijo nada. Ya sabía que yo sentía algo por Marjorie, pero tenía otra cosa en la cabeza.

—Avey, tengo trabajo para ti. Estás en el servicio de limpieza de retretes.

—¿Qué? No lo dices en serio, tío.

—Merece la pena.

Se llevó también a Eddie Richardson. Eddie venía de un colegio privado y llevaba mal pronunciar la palabra «retretes», no digamos limpiarlos. Cuando comprobó que el arma que emplearía iba a ser el cepillo de váter, no le hizo ninguna gracia, pero Les había dicho la verdad. Media hora diaria de limpieza de retretes llevaba aparejado el premio de darnos un banquete digno de un rey. Comer tantos sándwiches de huevos con bacon como pudiéramos. Espléndido. Además, estuvimos exentos de cualquier otro servicio durante toda la travesía. Les se las apañaba perfectamente. Siempre navegaba a favor del viento.

El 5 de agosto de 1940 habían zarpado diecisiete barcos. Uno regresó por problemas en los motores. Los demás seguimos por el mar de Irlanda con nuestra escolta naval. Todavía no teníamos ni idea de adónde nos dirigíamos; era información restringida, incluso para nosotros. Apenas habíamos dejado de divisar tierra cuando el agudo sonido de una sirena de alarma, la alarma antisubmarinos, taladró el aire por encima del traqueteo monótono de los motores. El barco se convirtió en un hervidero de hombres corriendo en todas direcciones. Me abrí paso a contracorriente del gentío en dirección al punto de reunión de mi bote salvavidas. Hombres con rostros demudados peinaban las olas en busca de un periscopio o, peor aún, un torpedo. Vi las señales luminosas desde el puente del Otranto a grisáceas formas borrosas en el horizonte. A medida que pasaba el tiempo, disminuía la sensación de alarma porque no se avistaba nada. De todas maneras, nos dejaron seguir por allí durante horas. La vida a bordo no tardó en convertirse en una monótona rutina.

Me sacó de un sueño profundo un violento tirón de brazo. El camarote estaba lleno de ruidosos soldados y a mí me estaban sacando de la litera.

—Despierta, Avey, tenemos algo para ti. Ya es hora de que te ganes tu dinero —dijo alguien.

Antes de que pudiera abrir los ojos como es debido, me llevaron en volandas por entre multitud de uniformes. Los hombres entonaban cánticos y gritaban entusiasmados a mi alrededor.

—Esto va a ser digno de ver —dijo alguien—. Espera a que el otro vea a este tipo.

Me di cuenta de que me estaban llevando a algún sitio, probablemente para

sacrificarme. Recorrimos estrechos pasillos por delante de las puertas de un sinfín de camarotes y subimos empinadas escalerillas hasta salir a cubierta. Me desperté del todo en cuanto la brisa marina me dio en la cara. Recorrimos la cubierta del barco por delante de botes salvavidas colgados de sus maromas e hileras de grandes respiraderos tubulares blancos como auriculares de teléfonos antiguos. Nos dirigimos a popa. A mi derecha un muchacho pecoso estaba haciendo animados gestos de boxeo con los puños. Empecé a entender lo que pasaba.

Descubrí un cuadrilátero para boxear, con cuerdas y todo, en la cubierta de popa. Presidido por un enorme mástil. Había corrido la voz de que yo era boxeador y, en aquellos tiempos, me habría pegado con cualquiera a la menor oportunidad dentro o fuera del cuadrilátero. Normalmente solía ganar yo, pero también solía saber con quién estaba peleando.

Cuando me encontré con los guantes puestos sin haber llegado a verle, me di cuenta de que ya me habían preparado. El otro entró a grandes zancadas en el cuadrilátero. No es que fuera muy alto, quizá uno ochenta y cinco, pero era de complexión grande y fuerte. Era un animoso joven del Black Watch, un afamado regimiento escocés, y estaba claro que todos se esperaban que yo recibiera una paliza.

Evidentemente, era un boxeador callejero, posiblemente incluso profesional, y mientras calentaba me fijé en él y mis nervios se calmaron. Tenía cicatrices en las cejas, las orejas de coliflor y la nariz aplastada. Una persona que había cobrado tanto no era ni muy buena ni muy rápida. Alguien había cometido un error de cálculo y no era yo.

Yo había estado en clubs de boxeo desde chico y era rápido. Ágil y él pesado. Estuvo a punto de darme unos cuantos puñetazos, pero yo le castigué por la izquierda con un golpe rápido seguido de un duro gancho. No le busqué la cara, pero a mediados del segundo asalto le di un fuerte golpe en el plexo solar y cayó casi sin aliento. Y se acabó.

Después del combate me quedé allí para ver los siguientes, pero no me gustó. Convencieron a un oficial del Black Watch para que peleara con uno de sus hombres. Era un tipo claramente impopular y muy dubitativo, por la cuenta que le tenía. Cuando por fin saltó al cuadrilátero lo aporrearon de lo lindo al pobre hombre.

Aparte de eso, el boxeo a bordo del barco era limpio y de tono amistoso. Disputé a menudo unos cuantos asaltos con el bueno de Charles Calistan. Había entrenado conmigo y enseguida congeniamos. Era un tipo guapo con una mata de pelo negro rizado, un angloindio que hablaba urdu y posteriormente demostró ser un héroe. Deberían haberle impuesto la Cruz Victoria. Además, tenía talento para el boxeo y solíamos hacer guantes mientras estuvimos embarcados.

Al cabo de once días echamos el ancla en Freetown, Sierra Leona, la primera tierra que avistábamos desde que partimos de las islas británicas. Estaba claro que íbamos a doblar el cabo de Buena Esperanza para enfilarse al norte hacia Egipto. Dos días después, sin haber echado pie a tierra, reemprendimos viaje rumbo a Ciudad del Cabo, donde contemplé la cima plana de la montaña de la Mesa, que conocía por las clases de Geografía, y por un momento me atreví a creer que era posible el paraíso.

Me sentó bien volver a pisar tierra firme, era la primera vez que ponía el pie en

suelo extranjero, descontando un viaje a Sheffield a ver críquet. En aquella época del año Ciudad del Cabo era un lugar bastante fresco a la vez que tremendo. Nos dividieron en grupos en el mismo muelle. Eddie, yo y otros dos soldados más fuimos encomendados a un blanco sudafricano de mediana edad y rico, con un traje claro y un coche oscuro. Se había ofrecido a enseñar la ciudad a los muchachos.

Para mí todo era nuevo. No había visto más que un negro hasta entonces, un tipo que vendía no sé qué en el mercado de Epping. Algo charlatán. Afirmaba que podía mirar directamente al sol sin dañarse los ojos.

Ciudad del Cabo no estaba mal como primer botón de muestra del extranjero, y nosotros estábamos de suerte después de haber estado cuatro apretujados en un camarote de dos. El hombre del traje fresco y bonito nos condujo a una casa de estilo colonial con mucho terreno y nos sugirió que utilizáramos las duchas al aire libre de la piscina. Entonces Eddie se dio cuenta de que realmente apestábamos. Después de varias semanas de habernos lavado ocasionalmente a bordo con agua de mar, me puse debajo del chorro de agua limpia y dulce, y noté cómo se llevaba semanas de salitre y sudor. Me costó abandonar la ducha.

Ese mismo día, y por cortesía de nuestro huésped, entramos en uno de los mejores restaurantes que he visto en mi vida, en pleno centro de la ciudad. Tenía un seudocielo con nubes en movimiento y todo proyectado en el techo. Nos quedamos boquiabiertos y, como la comida fue decente, el día nos salió redondo.

Cuatro días después dijimos adiós a Ciudad del Cabo. La montaña de la Mesa se perdió en la lejanía y el convoy volvió a dividirse, dejando al Otranto como uno de los diez buques que doblarían el cabo para enfilarse la costa oriental de África. El 14 de setiembre arribamos a la isla volcánica de Perim, a la entrada del mar Rojo. Desde allí partimos a recorrer el último tramo al amparo de las sombras y protegidos por cuatro navíos de guerra. Pronto entraríamos en el radio de acción de los aviones y las fuerzas navales italianas que operaban en Massawa, Eritrea. El Otranto navegaba con las luces apagadas, de tal forma que la tripulación tenía que andar a tientas por el barco. Nuestra oscuridad era total, pero las estrellas rompían la negrura del cielo y alcancé a ver la silueta amenazadora de una gran mantarraya en las fosforescentes aguas del golfo de Adén.

Éramos tropas de refuerzo muy necesarias. Echamos el ancla en Port Taufiq, a la entrada del canal de Suez, entre buques de guerra, mercantes, embarcaciones herrumbrosas que exhalaban humo negro y diminutos *dhows* y pesqueros árabes, y nos llevaron a Genefa, un extenso campamento próximo a los grandes lagos Amargos. Había empezado la batalla contra la sed, si bien por todo el campamento había enormes tinajas de arcilla rebosantes de agua fresca de un tamaño tal que dentro podría ahogarse un sargento. Eso en cuanto a lo positivo porque, en contrapartida, al día siguiente de nuestra llegada tuvimos que hacer una marcha de cuarenta y dos kilómetros por el desierto, rodeando un pelado promontorio rocoso conocido como *la Pulga*. Alguien debió de pensar que necesitábamos diversión.

Mientras yo estaba aún en Inglaterra, matando espantapájaros con la bayoneta,

habían enviado al desierto al 2RB, como llamábamos al Segundo Batallón.

El dictador italiano Benito Mussolini todavía no había declarado la guerra, aunque estaba al caer. Había pronunciado unos discursos incendiarios durante seis semanas y el batallón estaba alerta. Me acuerdo de haber visto en una revista una fotografía de algunos de sus soldados de élite saltando por encima de una barrera de puntiagudas bayonetas y haber pensado para mis adentros que la situación podría cambiar en cualquier momento.

La Séptima División Acorazada, en la que se encuadraba el Segundo Batallón, se dirigió a la frontera libia al día siguiente de la declaración de guerra. No era la fuerza más moderna del mundo. Algunos vehículos acorazados seguían siendo los viejos RollsRoyce Silver Ghost, utilizados por Lawrence de Arabia en la Primera Guerra Mundial, pero capturaron rápidamente las avanzadillas alineadas a lo largo de la frontera.

Mussolini adoptó su primera iniciativa de verdad mientras nuestro convoy se estaba preparando para adentrarse en el mar Rojo. El Duce, como se hacía llamar, había visto lo conseguido por Alemania en Europa, y también quería un poco de protagonismo para él. Puso los ojos en el Nilo, el canal de Suez y la ruta británica de aprovisionamiento a la India. Ordenó al mariscal Graziani, apodado *El carnicero del desierto* por el salvajismo con que había masacrado una rebelión árabe, que atacara Egipto y a los británicos. El 13 de setiembre de 1940 pasaron de Libia a Egipto ochenta y cinco mil soldados italianos, y las fuerzas británicas, en franca inferioridad numérica, se vieron obligadas a replegarse. Las tropas italianas no se detuvieron hasta llegar a Sidi Barrani, un emplazamiento costero a unos 110 kilómetros tierra adentro de Egipto. El Duce no dudó en proclamar en sus alocuciones propagandísticas en Italia que habían vuelto a poner en funcionamiento los tranvías de la ciudad. ¿Qué tranvías? Si ni tan siquiera conocían la palabra. Lo único que había era unos cuantos edificios y una colección de chozas de adobe. No había ni una carretera en condiciones, ¡como para tener tranvías!

Los italianos construyeron una cadena de sólidas posiciones fortificadas adentrándose desde la costa en el desierto, en dirección suroeste. Tenían nombres románticos y aromáticos —Tummar, Rabia, Sofafi—, como si pertenecieran a una ruta de las especias del desierto. Los efectivos italianos sobre el terreno llegaron a doscientos cincuenta mil, mientras que las fuerzas aliadas, en franca inferioridad numérica por tierra y aire, no pasaban de cien mil.

El Cairo fue nuestro último interludio antes de entrar en combate, la última oportunidad de relajarnos antes de que empezaran las hostilidades de verdad, los acontecimientos que iban a prepararme a conciencia para la cautividad y todo lo que vendría después. Tres de nosotros, Charles Calistan, Cecil Plumber y yo, decidimos descubrir los dudosos placeres de la ciudad con un par de soldados que sabían moverse por ella. Cecil era un tipo atento, con la frente despejada y la mirada penetrante. Lo había conocido como brillante guardameta de mi equipo de críquet en Essex. Entonces aquellos alegres tiempos en el campo del pueblo eran un recuerdo lejano. En vez de tordos y alondras, volaban milanos negros por una ciudad tan exótica como misteriosa, repleta de soldados aliados: neozelandeses, indios,

australianos, además de británicos.

Nos adelantó un *gharrie* tirado por un caballo, atestado de muchachos vestidos de caqui, todos de buen humor y dispuestos a pasar una noche de juerga. Me dio pena la fatiga del animal atrapado entre los varales. Se bajaron delante de nosotros, gritaron: «Tres hurras por el conductor del *gharrie*», y luego se fueron sin pagar.

Había camellos portadores de cargas inverosímiles, burros azotados por jinetes que arrastraban los pies por el suelo y una nube de chiquillos a nuestro alrededor pidiendo «propina, propina». Niños pequeños que vendían baratijas de dudoso valor. Otros nos insistían en que compráramos zumos de aspecto sospechoso e higos de mala calidad. Pasó veloz un tranvía polvoriento con las ruedas soltando chispas. En el aire flotaba un halo amarillento, mezcla de humo y partículas de arena en suspensión, todo ello mezclado con el olor de las cloacas.

Salimos de una calle ruidosa, donde los vehículos tirados por caballos se disputaban el espacio con las camionetas, y entramos en el Melody Club. Lo llamaban Dulce Melodía. Sería alguien con sentido del humor. La entrada estaba velada por dos gruesas cortinas echadas, aunque fuera había farolas azules y las ventanas y los portales estaban iluminados. Al entrar por la primera cortina tropecé con un bulto en el suelo. Distinguí en la penumbra el cuerpo de un soldado australiano en estado comatoso a mis pies.

Levantamos la segunda cortina y pasamos a la humareda de un bar mugriento y poco iluminado. Una banda tocaba tras una alambrada en un escenario diminuto. La alambrada estaba justificada. Les costaba hacerse oír entre el griterío. El local estaba atestado, con muchachos venidos de permiso del desierto en busca de algún tipo de diversión. En el techo había agujeros de bala y quién sabe qué más en el suelo. Normalmente se echaba la culpa a los italianos. En el desierto eran hombres de primera categoría, pero, cuando iban a El Cairo y se emborrachaban, podían ser de lo peor.

Flotaba en el ambiente una excitación destructiva. No era un lugar donde poder relajarse. Nos acababan de servir las bebidas cuando se oyó barullo en una mesa del rincón. El muchacho que estaba en medio del jaleo levantó una silla y la tiró hacia atrás sin mirar, contra la mesa de otros parranderos. Uno de sus compañeros lo noqueó de un gancho de derecha. Podía cortar el alboroto de raíz o ser el prólogo de un escándalo monumental. Calmó la situación y el lanzador de sillas fue trasladado inconsciente junto al tipo que estaba tirado a la entrada. Los demás levantaron las sillas, se estiraron los uniformes y el local no tardó en recobrar el griterío anterior.

Los oficiales se dirigían automáticamente a los bares del famoso Hotel Shepherd, donde se daba cita la alta sociedad de El Cairo. Los soldados rasos como nosotros teníamos que ir bien arreglados para entrar. El ambiente del bar con terraza era otro mundo. Un hombre trajeado tocaba un piano vertical; había butacas de rejilla sobre los suelos embaldosados; camareros egipcios ataviados con largas *galabeyas* servían bebidas en bandejas relucientes que manejaban con una sola mano. Eso estaba mejor. Entonces yo era cabo y mucho más líder que seguidor. Estaba decidido a conseguir que me asignaran una misión y el Shepherd era un lugar más apropiado para mí.

Más tarde, en el animado bullicio de la noche, cruzamos el puente Inglés sobre el

Nilo, guardado por cuatro enormes leones de bronce.

—¿Os habéis fijado? —dijo uno de los muchachos—. Rugen cada vez que una virgen cruza el puente, así que atentos.

Hubo una carcajada forzada. No hacíamos más que hablar de mujeres ante la perspectiva cada vez más cercana del desierto. Teníamos bien presente que dentro de nada estaríamos haciendo frente a las balas. Por eso se hablaba tan a menudo de sexo. Resultó que la mayoría de nosotros todavía éramos vírgenes y estábamos dispuestos a reconocerlo. Yo tenía veintiún años y entonces no se estilaba el sexo antes del matrimonio. Ahora parece increíble. Muchos de los muchachos estaban en el mismo barco. Teníamos edad para morir y, sin embargo, todavía éramos sexualmente inocentes. Yo estaba en plena forma y, por supuesto, agotado al final de la jornada de instrucción, y quizá por eso no pensaba mucho en ello. Para otros se había convertido en una obsesión.

El nombre de cierta calle estaba a menudo en boca de los soldados. El Berka era el centro cairota de la profesión más antigua del mundo. Estaba retirado y rodeado de grandes signos blancos y cruces negras; a menudo hacía redadas la policía militar. Eso no disuadía a los muchachos, pero a mí me resultaba ofensivo. Me parecía comprensible que unos hombres jóvenes quisieran ir allí antes de entrar en combate, pero a mí me repugnaba y jamás los seguí. Lo que pasaba era que la perspectiva de marchar al desierto me estaba haciendo más introspectivo. Una distracción podría acarrear un balazo y yo estaba decidido a sobrevivir pese a todo lo que me dispararan. Para eso había que estar muy atento.

—Llevaos los loros y los monos, os vais.

La orden sonaba cómica, pero sabíamos lo que significaba. Nos íbamos al desierto. Lo llamaban ir «al azul» porque era un exótico mar de secano, un territorio fantástico para un chico de un país verde y lluvioso. Íbamos a unirse a la Séptima División Acorazada, resistente y nómada: las Ratas del Desierto.

El ferrocarril traqueteó por estaciones con nombres tan inverosímiles como Zagazig. A continuación enfiló al oeste bordeando dunas inmaculadamente blancas rodeadas de un mar intensamente azul, pasando por un lugar que entonces no significaba nada para nosotros, El Alamein, y una estación llamada Fuka, que suscitó muchos más comentarios.

Llegamos a Mersa Matruh, donde se habían atrincherado los británicos, creando una fortaleza, y llevamos una vida de trogloditas adelantándonos al futuro avance italiano. Estábamos allí para estorbar a los italianos, de manera que nos adentramos aún más en el desierto. La pista habitual en dirección sur se ensanchó en cuanto los convoyes de camiones empezaron a dar bandazos en los tramos más complicados.

Mi fantasía de ondulantes dunas de arena esculpidas por el viento fue sustituida por una realidad pedregosa, árida, inhóspita, repartida entre pedregales y arenales grisáceos. Lo llamaban el «país de los copos de avena»; aquel iba a ser el escenario de nuestro combate.

Dominaba el paisaje una tremenda escarpadura de gran importancia estratégica. Haggag el-Aqaba discurre en paralelo al mar a 200 metros de altitud en dirección este hacia Sollum, donde sus acantilados rocosos se asoman al mar Mediterráneo con las

curvas de herradura del paso de Halfaya. Los británicos ya habían combatido allí cuando avanzaron los italianos. Lo rebautizamos como paso de Hellfire.

El batallón estuvo contactando con las posiciones italianas mediante patrullas nocturnas. Yo estaba en la compañía B y a finales de octubre empezamos a cortar los cables del telégrafo y sembrar de minas las carreteras para impedir que las remotas fortificaciones italianas del desierto recibieran refuerzos.

Empecé a entender mejor el desierto, a sentir la inmensidad de África en sus cielos de 180° con un sol abrasador durante el día y un brusco descenso de temperaturas cuando te echabas a dormir bajo un manto de estrellas. Cuando se levantaba una tormenta de arena no había escapatoria. El *hamsin* levantaba un vertiginoso muro de arena que se desplazaba igual que una montaña hasta ocultar el sol y arañaba la pintura de los vehículos como virutas de hierro incandescente. Los granos de arena se clavaban a través de la ropa. Durante las tormentas de arena no había otra que ponerse a cubierto. Solo había agua en los *birs*, antiguos pozos y cisternas, algunos de época romana, de aguas salobres en el mejor de los casos, y en una ocasión con el cadáver de un burro flotando. Así apagábamos la sed, aunque no por mucho tiempo.

Al caer la noche nos agrupábamos, estacionando los vehículos, principalmente camiones y autoametralladoras Bren, en un inmenso cuadro defensivo. Fuera se apostaban guardias con puestos de dos horas mientras el resto intentaba dormir, ya que los frescos atardeceres desembocaban en noches frías. No había hogueras para calentarse en la oscuridad, nada más que capotes, quien los tuviera.

En los meses que siguieron llegué a conocer bastante bien las autoametralladoras Bren. Eran vehículos acorazados con orugas, rápidos, totalmente abiertos, provistos de un potente motor Ford V-8 en el medio. Había espacio para uno y a veces dos tiradores en la parte de atrás y, en el asiento del copiloto, un fusil anticarro Boy, servido por el jefe del vehículo.

También llegué a conocer los grasicientos bajos de la bestia porque por las noches cavaba un hoyo en la arena, luego ponía el vehículo encima y entre las gruesas orugas me ponía a cubierto de la metralla, las bombas o las balas. Extendía el saco de dormir, poco más que una gruesa manta envuelta en una funda de plástico, dejaba a mano mi revólver 38 y las granadas, y después reclinaba la cabeza.

Nos despertaba la guardia mucho antes del alba, de manera que el comienzo habitual de la jornada era un golpetazo en la cabeza contra un cárter grasiciento. El campamento volvía poco a poco a la vida mientras se encendían los motores, no siempre a la primera. Rompíamos el cuadro, todavía soñolientos y con frío, y nos desplegábamos por el desierto, a cien metros como mínimo, en espera de un ataque al alba. Nadie quería ser blanco fácil de los vuelos rasantes de los bombarderos italianos Savoia. Escudriñábamos el horizonte ateridos de frío durante la espera. No podíamos relajarnos y pensar en el desayuno hasta que el cielo se iluminaba y se iban dibujando poco a poco los contornos del desierto.

Había aprendido a preparar la primera infusión del día como si me fuera la vida en ello. Como tenía frío y hambre y necesitaba tomármela inmediatamente, me vi obligado a hacerlo al estilo del desierto. Cortaba por la mitad una vieja lata de gasolina, la llenaba de arena, le echaba combustible de muchos octanos y ponía

encima la marmita de agua. Luego me apartaba y tiraba una cerilla. «¡Fiu!», una nube de humo negro se elevaba al aire. La espectacular explosión me brindaba el primer calor de la jornada y hacía hervir la marmita en un abrir y cerrar de ojos.

Al principio agradecíamos que el tiempo refrescara, pero luego empezó a hacer mucho frío por las noches y ya no tenía ninguna gracia. Incluso llegó a llover por las noches, como si nuestra moral necesitara más humedad. Por aquel entonces la nuestra seguía siendo una guerra de juguete y volvimos a dedicarnos a la instrucción: gimnasia, lectura de mapas, montaje de armas y patrullas nocturnas. Todo eso nos iba a ser de suma utilidad.

Capítulo 3

Entramos en combate. Una noche nos enviaron a hacer explotar un depósito italiano de combustible; éramos doce a las órdenes del sargento Endean, más tres expertos en explosivos, para ejecutar la operación. Por la noche el desierto nos pertenecía, puesto que los italianos no se movían mucho. La clave residía en orientarse bien, sabiendo a qué distancia dejar los camiones para que no nos oyeran y, sin embargo, pudiéramos regresar a pie en el tiempo preciso. Antes de partir nos pusimos unos frente a otros para hacer una prueba elemental de visibilidad. Podrían detectar cualquier punto brillante en el uniforme y eso atraería las balas sobre nosotros. Luego nos zarandeamos por parejas. El tintineo de unas llaves o unas monedas podía dar al traste con la operación, ya que el sonido viaja deprisa por la noche.

Con las comprobaciones de las armas se nos echó la noche antes de que los tres camiones partieran por aquel pedregoso paisaje. Nos apeamos de los camiones a quince kilómetros del objetivo y, guiados por Endean y su magnífica brújula, cubrimos el último tramo a pie en silencio. Al llegar estábamos agotados, pero lo fundamental era el factor sorpresa.

En cuanto divisamos la silueta del depósito, Endean dio la señal y echamos cuerpo a tierra para tomar posiciones en la gruesa arena. A otra señal suya nos desplegamos en semicírculo. De esa manera era más seguro. Así evitábamos disparar a nuestros propios soldados si se producía un tiroteo.

Me tumbé en la oscuridad con el fusil Lee-Enfield apuntando al vertedero. Procuré ponerme cómodo. Podría ser una espera prolongada. A mi derecha vi a los muchachos de explosivos agazaparse y reptar hasta que su sombra se perdió de pronto en la oscuridad. Transcurrieron diez minutos. El silencio siempre era bueno. Más espera. De pronto, allí estaban los tres, agachados y corriendo a todo correr. Apuntamos al campamento y esperamos a que empezara el tiroteo. Las dos primeras explosiones parecieron pequeñas y llenaron de destellos el cielo nocturno como un cohete. Se produjo una extraña pausa, probablemente solo segundos, antes de una enorme explosión y una bola de fuego que tiñó la noche de naranja. Apreté la cabeza contra la arena, mientras se iluminaban de pronto los rostros que había a mi alrededor.

Entonces era cuando debía haber empezado el zafarrancho. Normalmente los italianos se habrían puesto a discreción contra la oscuridad de la noche. Pero esa vez había sido pan comido y volvimos al desierto. Si hubo supervivientes, no se tomaron la molestia de perseguirnos.

Nos reagrupamos en un punto de reunión a prudente distancia de allí, comprobamos que todo el mundo estaba bien y empezamos la larga caminata de regreso a los camiones. Llegamos con ganas de dormir antes del alba.

Cuando echo la vista atrás, reconozco los acontecimientos que me cambiaron y me prepararon mentalmente para las privaciones que pasé en Auschwitz. A menudo la vida en el desierto consistía en pasar frío y hambre, sin nada mejor para echarse a la boca que carne de vaca enlatada y tortas de harina, o sea, comida para perros. Entonces existía el estofado de carne Maconochie. Igual que en las trincheras de la

Primera Guerra Mundial. Muy de vez en cuando acertábamos a matar una gacela y nos dábamos un festín que podíamos hacer durar días. Algunos muchachos intentaban cazarlas desde los vehículos en marcha, pero el desierto no era lo suficientemente llano. Erraban el tiro porque ellas saltaban por los montículos que llamábamos jorobas de camello. Habiendo crecido en el campo, yo sabía que la mejor forma de cazarlas era a pie, de modo que anduve al acecho.

A veces hacíamos trueques con los beduinos, pero eran raros y tensos por los malentendidos. Hacían gestos con las palmas de las manos vueltas hacia atrás y juntando las yemas de los dedos como si pidieran algo. Cuando respondías al gesto, se quedaban perplejos, sin saber qué querías. El malentendido valía la pena si conseguíamos uno o dos huevos, pero no tenían fruta ni verduras, que era lo que más falta nos hacía. Alguna vez capturamos víveres italianos, aún en lata o arroz, normalmente solo salsa de tomate. Al parecer, no comían mucho más.

Nuestra dieta era terrible y estábamos todos tan desnutridos que nos acostumbremos a las enfermedades. Un rasguño no tardaba en convertirse en una herida abierta que se resistía a curarse y podía desembocar en una infección. Este tipo de situaciones menudearon durante toda la campaña. Escaseaban los médicos y el único tratamiento que ofrecían era quitar la costra y esperar que mejorara. Setenta años después sigo teniendo las cicatrices en los antebrazos.

Había poca higiene, como cabe imaginar con tanta mosca. Sufríamos de vez en cuando el «movimiento de El Cairo» y en el desierto la diarrea no es para tomársela a broma. De todas formas, hacer de vientre era bastante complicado. Cavabas un hoyo y te ponías en cuclillas. En cuestión de segundos ya estaban zumbándote en el trasero los escarabajos peloteros voladores. Tenían más precisión que los Stukas y, además, los Stukas soltaban la bomba y se iban, y estos animales iban derechos contra el trasero en equilibrio. Era su método preferido de aterrizaje. Luego se dejaban caer a la arena y se ponían a hacer una bola con el pobre contenido de las tripas, antes de llevársela Dios sabe a dónde.

Cuando permanecíamos más tiempo en algún sitio, fabricábamos una taza de váter de desierto practicando un agujero en la parte superior de los embalajes de madera de las latas de combustible. Tenían casi un metro de altas y podías sentarte como un rey mientras observabas el movimiento de la arena.

El agua se distribuía a razón de cuatro litros y medio por hombre, y con eso había que rellenar los radiadores y demás, de manera que no se podía beber mucho. El agua iba en unos endebles contenedores metálicos recubiertos de parafina, que invariablemente se agrietaba al transportarlos. Sabía a metal o a velas. Lavarse era un lujo que en combate no podíamos permitirnos. En los momentos de calma nos lavábamos las manos y la cara como buenamente podíamos, luego utilizábamos una brocha de afeitar para aplicar cantidades mínimas de agua al resto del cuerpo. Solía acabarse antes de poder terminar.

Dependíamos en gran medida del hombre cisterna. No llegué a saber cómo se llamaba. Para todo el mundo era, lisa y llanamente, el hombre cisterna. Vagaba prácticamente a su antojo por el desierto en un camión cisterna capturado a los italianos, en busca de *birs* donde sacar agua. Podía estar fuera días enteros, siempre en solitario. Era un hombre pequeño y misterioso que sabía leer el desierto y

conversar cómodamente en árabe con los beduinos. Estar «en el azul» le había trastornado. Si volvía y te sorprendía sentado en uno de nuestros retretes improvisados con embalajes de combustible, se ponía furioso, empuñaba su revólver 38 y se ponía a dar vueltas a tu alrededor con el camión cisterna, disparando al embalaje por entre tus piernas. Excepto la humillación de que te disparara estando en el váter de madera, nunca hirió a nadie y, por muy loco que estuviera, todo el mundo le aceptaba.

Entonces llegó el mayor espectáculo hasta ese momento. El general Wavell decidió atacar por sorpresa las fortificaciones italianas en el desierto. Por supuesto, los detalles se mantuvieron en secreto. Solo se informaba a quien tuviera «necesidad de saber» y los muchachos no tenían necesidad de saber. Así era. Nuestro cometido era salir a localizar los campos de minas y demás defensas que rodeaban los campamentos italianos, de tal forma que los carros de combate que encabezarían el asalto pudieran avanzar con seguridad entre ellas.

El 7 de diciembre, al amparo de las sombras, se formaron grandes columnas de hombres y vehículos, mientras el invierno del desierto empezaba a castigar a los hombres, ateridos y nerviosos antes de la batalla. Dos días después, muy a primera hora de la mañana, se dispusieron en primera línea los carros de combate, las ametralladoras y la infantería para lanzar el ataque. La ruta de los vehículos estaba señalizada con quinqués ocultos a los enemigos por latas de gasolina cortadas y dobladas. Los soldados estaban suficientemente cerca para oler el café y otros aromas del desayuno procedentes de los campamentos italianos. A las siete en punto, nuestras ametralladoras soltaron una formidable descarga y, a continuación, se inició el ataque a las posiciones enemigas. Los carros de combate italianos no servían porque su blindaje era endeble. En el primer cuarto de hora dejamos fuera de combate veintitrés, luego capturamos otros treinta y cinco e hicimos cinco mil prisioneros. Por nuestra parte, perdimos cincuenta y seis hombres. En la fría aritmética de la guerra, un buen comienzo.

La información reunida por nuestras patrullas nocturnas había contribuido a que fuera un gran éxito. Algunos oficiales empezaron a contar los prisioneros por hectáreas en vez de por millares. A juzgar por los documentos que he visto posteriormente, enseguida empezaron a circular mensajes de felicitación entre los altos mandos. No recuerdo un simple «gracias» a los muchachos del desierto en todo el tiempo que estuve allí. Creo que el alto mando no lo consideró necesario.

El Segundo Batallón encontró un cocinero muy bueno entre los prisioneros italianos. Se lo quedaron nuestros oficiales y lo pusieron a trabajar en su cocina como el *Fusilero Antonio*. Tardó cuatro semanas en ser descubierto, aunque había tenido que compartir refugio con un coronel durante un ataque aéreo.

Capturamos Sidi Barrani, la fortificación batida por los vientos, con una muralla en mal estado y unas cuantas chozas, donde el Duce había presumido de haber puesto los tranvías a funcionar. Fue el 10 de diciembre y, en el plazo de veinticuatro horas, el desierto acogió la noticia con una monumental tormenta de arena.

No lo tuvimos todo tan fácil. La fuerza aérea italiana tenía la costumbre de agarnos la fiesta, de manera que al menor indicio de un avión de reconocimiento se

nos ordenaba dispersarnos por el desierto. Nos alejábamos y correteábamos de acá para allá dejando huellas por todas partes. Nuestra polvareda, al elevarse en el aire, daba la impresión de una fuerza mucho más numerosa. Entonces nos replegábamos con la cara y los labios cubiertos de polvo y esperábamos a que se presentara el circo volante y bombardeara el desierto vacío. Solían complacernos.

No siempre funcionaba. Un día, después de replegarnos, rugió por encima de nuestras cabezas un caza y después otro. No daba tiempo a salir corriendo. Eché cuerpo a tierra con el consiguiente bocado a la arena y la esperanza de que el piloto hubiera tomado más café de la cuenta. Conté en total unos doce CR42, unos biplanos feos y chatos, aunque los que me preocupaban eran los grandes bombarderos Savoia. Enseguida se cernieron sobre nosotros tres unas auténticas malas bestias con sus excesivos tres motores. Las primeras explosiones hicieron temblar la tierra, pero no alcanzaron el objetivo. Recibimos ayuda antes de que pudieran volver. Tenían más aviones que nosotros, pero habían enviado unos cuantos Hurricanes para sustituir a nuestros viejos biplanos Gladiator, y aparecieron allí. Se inició una persecución a mucha distancia por encima de nosotros y no tardamos en volver a estar solos en el desierto.

Tres días después volvieron en masa a las once de la mañana. Esa vez hubo diez Savoias y ni un Hurricane en el cielo. Echamos todos cuerpo a tierra y una de las bombas cayó a unos treinta metros de mí, en una ligera depresión entre las ondulaciones del desierto. Cuando el cielo quedó despejado y pudimos volver a levantarnos, vi por el jaleo en la hondonada que le habían acertado a alguien, un tipo encantador llamado Jumbo Meads. Era un sargento popular, muy alto, rubio y guapo y no el típico suboficial desagradable. Sentimos mucho su pérdida, pero no podíamos permitirnos que nos dominara la aflicción. Nunca teníamos tiempo.

Los bombarderos Savoia eran un incordio, particularmente de noche, cuando se dedicaban a hacer pasadas arrojando cada vez una bomba para impedir que durmiéramos. Por eso empecé a echarme debajo del vehículo.

Poco después hice de chófer todo el día para el tercer teniente Merlin Montagu Douglas Scott. Era nieto del duque de Buccleuch, estaba emparentado con la familia real y era un oficial de primera categoría, tan preciso como pedante. Nos dirigimos al paso de Halfaya y Sollum para ver si estaba allí el enemigo. Montagu Douglas Scott tenía la costumbre de acercarse demasiado al oponente. Unos días antes había recorrido idéntica ruta en plena tormenta de arena bajo el *hamsin*, con una visibilidad prácticamente nula, para ver si los italianos seguían teniendo un gran campamento en Halfway House, en lo alto de la escarpadura. Lo encontró, oculto entre los remolinos de arena. Lo rodeaba un muro bajo de piedra y parecía abandonado, con las trincheras tapadas con lonas y protegidas por piedras. Debían de haberlo abandonado precipitadamente. En los pequeños refugios subterráneos había botellas, camas de campaña, cartas, fotos, de todo un poco. Había dos torres de vigía zarandeadas por el viento. Solo se oía retemblar y rechinar las lonas bajo la tormenta de arena.

Entonces recibió nuevas órdenes por radio. Los italianos del campamento se habían replegado unos cuantos kilómetros más allá. Los persiguió con sus cuatro autoametralladoras, capturando cada vez más rezagados hasta el punto de que tuvo que limitarse a desarmarlos y abandonarlos en la carretera. Después se encontró

camiones abandonados, bien por haberse quedado sin gasolina, bien por pinchazos en las ruedas. Seguía soplando el *hamsin* y el aire estaba lleno de arena rojiza. Unos quince kilómetros más adelante apareció entre la polvareda un bulto oscuro, dos grandes vehículos portacañones rodeados por unos treinta hombres. Los capturó y en ese momento cesó el *hamsin*, dejando ver lo último que él hubiera querido ver. Había topado con toda la guarnición italiana, una larga columna de centenares de soldados. Abrieron fuego a discreción y tuvo que emprender una veloz retirada.

En esa ocasión habíamos vuelto a acercarnos demasiado y vimos las motos y vehículos del enemigo apareciendo y perdiéndose de vista por las callejas del pequeño puerto de Sollum. Pudimos ver la artillería italiana en lo alto de la escarpadura, pero cuando los de los portacañones empezaron a dispararnos con las ametralladoras, tuvimos que marcharnos de allí precipitadamente.

Montagu Douglas Scott era un tipo extraño. No se le escapaba detalle. En medio de aquella aventura nos dijo cuánto le había impresionado cómo construían las carreteras del desierto los italianos. Nos llevó por la que habíamos ido y sentimos un gran alivio cuando cayó la noche y volvimos al desierto para reunirnos con el resto.

No me impresionaban los distintivos del mando militar, porque sabía que podía hacerlo mejor que muchos de ellos. Ya había visto a un tipo que no merecía ser capitán. Había sustituciones por fallecimiento, pero en aquellos tiempos no se ascendía a los muchachos normales. No estaba bien visto. A mí me habían nombrado cabo por ser buen tirador y ya era suficiente.

Por aquel entonces el sargento Endean se había convertido en mi bestia negra. No tenía mucho tiempo para reclutas como nosotros. Era un militar y nos trataba como si acabáramos de dejar la vida civil. Ese era el caso de algunos de nosotros, pero en aquellos tiempos había muchos prejuicios. Las personas como aquel sargento no veían las cualidades de los demás.

Una noche nos ordenaron avanzar al amparo de la oscuridad y, como yo estaba al mando, me senté en el camión con el conductor y seis muchachos en la parte de atrás y nos adentramos en el desierto. Atravesábamos un pedregal, escrutando lo que teníamos delante para evitar lo peor tras la estela de otro vehículo, cuando oímos en los bajos un ruido sordo y nos detuvimos. Me apeé para echar un vistazo y descubrí que se había roto el cárter. No íbamos a ir a ninguna parte durante un rato.

Nos hallábamos allí, en una posición bastante vulnerable, sin cobertura, pero la compañía siguió adelante y nos dejó para que nos defendiéramos por nuestra cuenta.

Organicé los turnos de guardia para que pudiéramos descansar. Por la mañana ordené a los muchachos que abrieran las raciones de té de emergencia para que pudieran tomar algo y entrar en calor. Gracias a la luz del día y un poco de calor pudimos volver a poner el vehículo en marcha, pero no habíamos recorrido un gran trecho cuando oí el sonido amenazante de los aviones por encima de mí. Un puñado de Savoias en vuelo rasante. Como no teníamos material antiaéreo, estábamos abandonados a nuestra suerte. Eché mano del subfusil que me habían asignado y vacié un cargador. Pero a esa distancia no surtía efecto. Era una tontería. Echamos cuerpo a tierra, pero las bombas explotaron lejos de nosotros. Una pasada más y el cielo quedó despejado y yo respiré con más facilidad. Tenían mejores objetivos aquel día.

Volvimos a ponernos en movimiento y finalmente alcanzamos a la compañía y recuperamos el equilibrio numérico. Busqué al sargento Endean inmediatamente y le pedí permiso para reemplazar las raciones de emergencia de té del almacén. Debería haber sido una formalidad. Los muchachos habían pasado frío y se habían quedado en el desierto y necesitaban calor. Había sido decisión mía y había sido acertada. Endean se negó.

Se lo tomó como una infracción del reglamento y se puso agresivo desde el principio. La mayoría de las veces se mostraba terco, pero yo no estaba para andarme con contemplaciones. Para nada. Guardó las distancias y se colocó detrás de una red de camuflaje. Sabía que podría atizarle un puñetazo, por muy suboficial que fuera. Yo estaba furioso y le dije que sus padres deberían haberse casado y haberlo dejado ahí. Yo había dado una orden en interés de mis hombres. Por amor de Dios, era una taza de té, no un banquete.

Estaba seguro de que se volvería contra mí y no tardó mucho en hacerlo. Nos desplegábamos temprano porque siempre estábamos previendo un ataque al alba. Llevaba días aquejado de disentería, pero me esforcé en estar levantado y hacer las guardias como de costumbre. Pero me encontraba muy mal y me desplomé en mi saco de dormir presa del dolor. Cuando apareció Endean, yo estaba sentado. Me acusó de holgazanear y presentó inmediatamente cargos contra mí. Yo había obedecido las órdenes y la guardia estaba en su sitio, pero no sirvió de nada. Por muy enfermo que estuviera, me había pillado.

El consejo disciplinario se celebró poco después, y yo estaba tan enfadado que me negué a pedir clemencia. No podía negarlo, pero sabía que todo aquello no tenía nada que ver con el montaje de la acusación. Me había sentado sobre el saco de dormir porque estaba enfermo, no había más historias. No iba a suplicarles ni a eludir mis responsabilidades, aunque sabía que estaba perdido. Me quitaron los galones y, con ellos, las esperanzas de un ascenso. Lo acepté, pero me sigue escociendo al cabo de tantos años. A mí me importa la justicia y en eso no iba a transigir, ni siquiera con un mando. También aprendí que en el desierto no había lugar para la mala sangre. Tenía que limitarme a confiar en los muchachos bajo mi responsabilidad y ellos en mí. Lo superé, pero todavía hoy me duele.

En los días que siguieron expulsamos de Egipto a los italianos. Retrocedieron al oeste, hacia Libia, hasta dos puertos marítimos bien defendidos. Uno era Bardia, cerca del paso de Halfaya. El otro estaba 125 kilómetros más al oeste y se llamaba Tobruk, nombre que entonces no habíamos oído nunca.

Mussolini encomendó la defensa de Bardia al pintoresco general Bergonzoli, a quien los italianos llamaban *Barba Ellettrica*, por su curiosa barba roja en dos puntas. Nosotros fuimos algo menos respetuosos; le llamamos «Bigotes Eléctricos». Mussolini le dijo que resistiera hasta el último hombre.

No lo hizo.

Bardia estaba en una pequeña bahía de altos acantilados. La guarnición italiana estaba esparcida a su alrededor en un arco de treinta kilómetros. La Armada y la RAF los bombardearon durante dos días y, a continuación, comenzó el asalto el 3 de enero de 1941. Nuestro cometido era atacarlos por detrás para que pareciera que el golpe principal procedía del lado más lejano e impedirles escapar.

Estábamos haciendo prisioneros tras un ataque a una posición de artillería italiana cuando reparé en unos curiosos arañazos en la arena junto al cadáver de un soldado italiano que yacía boca abajo. Mientras la vida le abandonaba había excavado la arena para esconder o enterrar algún objeto. Vi algo brillante, pero no distinguía si era un arma o una bomba trampa. Me acerqué con precaución para averiguarlo. No era metal. El sol hacía relucir un objeto de piel, de manera que quité la arena de alrededor y vi un estuche como de metro y medio de largo. Dentro había una bonita bandera de seda dorada, plegada para llevarla con mayor seguridad. Tenía prendedores de oro a lo largo del asta, rematado por un águila decorativa. En sus últimos momentos sobre la tierra, el artillero italiano había decidido impedir que cayera en manos del enemigo. La dejé con él, enterrado en algún lugar en las arenas del desierto.

Meses después vi una fotografía del papa de Roma revestido de todas sus galas. Estaba bendiciendo algo. Era el mismo estandarte dorado rematado por un águila.

Bardia cayó. Se rindió casi hasta el último hombre. Se dice que hicimos cien mil prisioneros. «Bigotes Eléctricos» fue el último hombre y escapó.

La siguiente operación fue dirigirnos a Tobruk con idéntico objetivo. En esa ocasión nuestro cometido fue hacernos una idea de las defensas italianas fuera del puerto; eso implicaba patrullas constantes, que a menudo concluían con tiroteos al amparo de la oscuridad.

Fue la primera vez que experimenté lo que era introducirse en las filas del enemigo. Era noche cerrada cuando nos aproximamos a una posición italiana. Sospechábamos que tenían armamento pesado, pero no sabíamos lo bien defendido que estaba el campamento. Lo último que podíamos desear era toparnos con alguna sorpresa desagradable cuando comenzara el ataque. La operación de reconocimiento empezó por el consabido zarandeo mutuo para detectar posibles ruidos.

Agazapados en la oscuridad, el jefe decidió que solo entraríamos él y yo, quedando el resto de guardia fuera para cubrirnos en caso de que tuviéramos que emprender una retirada precipitada. En ese tipo de operación se corría un gran riesgo de disparar a uno de tus propios compañeros. Para identificarnos solo teníamos el *clicker*. Era un trozo de metal que hacía un leve chasquido al apretarlo y te identificaba como amigo.

Las defensas exteriores italianas consistían en dos o tres nidos de ametralladoras a cada lado detrás de simples muros de piedra. Eran vulnerables al estar en pleno desierto, aunque desde ellas podían hacer oír sus gritos a sus camaradas. Un solo grito habría provocado una rociada de balas contra nosotros y seguramente no habríamos podido ir a desayunar.

El jefe hizo un gesto mudo, echamos cuerpo a tierra y nos pusimos a reptar lentamente escuchando los susurros de los italianos en la noche. No era raro encontrar dormidos a los centinelas exteriores, pero esa noche estaban de charla y distraídos. El sonido de una tos o una piedra suelta y se espabilarían y estarían alerta. El desierto nos traía la música de un gramófono desde el campamento principal. Cincuenta metros más adelante empecé a distinguir más parapetos, círculos de piedras que protegían los nidos de ametralladoras pesadas ubicadas para desbaratar el avance de la infantería.

Se oyó un movimiento brusco en el parapeto más próximo. ¿Habrían oído algo? Nos quedamos inmóviles, mirando al suelo. Notaba el pecho oprimido, apenas podía respirar. Pasó aquel momento y seguimos avanzando lentamente, memorizando el plano de la base. Seguíamos reptando cuando nos aproximamos al primer campamento interior. Buscando un sitio para pasar el muro bajo, llegamos a un punto equidistante de las dos ametralladoras más próximas y nos colamos por allí. Ante nosotros se alzó la mole oscura de un cañón, una de sus piezas de artillería con localizador de dirección, capaces de captar la emisora de una señal de radio y enviarle un bombazo para inutilizarla. Suena mortífero, pero estábamos en la época anterior a los ordenadores. La tecnología era rudimentaria.

En el campamento central había otros dos nidos de ametralladoras, pero una vez dentro, me preocuparon menos. Eso se me daba bien. Tenía los cinco sentidos alerta; el pulso disparado, pero controlaba la situación. Era la educación del desierto. Me negaba a dejarme llevar por temores que me nublaran el entendimiento, aunque sabía que, si daban la alarma, tendríamos que salir de allí a tiro limpio.

Los hombres iban de un lado para otro entre las tiendas. Se sentían seguros. Llegaba el aroma de los cigarros de las tiendas de los oficiales, el ajo de las zonas de cocina y creí que también olía a colonia. Las voces sonaban más fuerte y se elevaban por encima del campamento. En el Ejército italiano había una marcada diferencia entre la oficialidad y las clases de tropa. Lo que oíamos eran oficiales y hacían honor a su rango. Pero además se escuchaba un sonido que yo llevaba tiempo sin oír. Entre voces más graves capté el sonido de mujeres riéndose. No sé si serían prostitutas o mujeres civiles, pero las risas eran inconfundibles. Al parecer, estaban pasándolo bien.

Probablemente deberíamos haber regresado por donde habíamos ido. Para mi gusto había demasiado movimiento en aquella base, y cuanto más avanzábamos dentro del campamento, más comprometida era nuestra situación. Entonces, a pocos metros de nosotros, se abrió de pronto la lona de una tienda y un haz de luz inundó el campamento. Aunque todavía estábamos entre las sombras, no teníamos elección. Caímos en la cuenta de que la única salida era seguir hacia adelante. En el desierto ambos ejércitos teníamos un aspecto desaliñado y no era fácil la identificación en la oscuridad, a pesar de nuestros sombreros marrones de lana. Los italianos llevaban todo tipo de cosas; en alguno de los campamentos que habíamos tomado encontramos incluso redecillas para el pelo. En Roma estarían de moda, pero nosotros nos partimos de risa.

No había elección. Nos levantamos y echamos a andar sin mirar a izquierda ni derecha, despacio, con toda la compostura de que fuimos capaces, primero por entre las tiendas y después por el campamento interior hasta que volvimos a las sombras y pudimos salir por el otro lado. La base debía albergar unos doscientos hombres en total y nosotros la habíamos atravesado como si tal cosa. Hasta ese momento no me había dado cuenta de que el jefe había llevado todo el tiempo la linterna encendida y alumbrada en el bolsillo.

Esa era la rutina, patrullas nocturnas y después procurar dormir todo lo posible porque había muchas posibilidades de que te tocara salir otra vez al caer la noche. Las patrullas no eran siempre un paseo militar, pronto tuve ocasión de comprobarlo.

Tenía una pequeña herida en el antebrazo y no se curaba. La llevaba vendada, pero la arena se colaba por todas partes y era un problema. La manga del uniforme ocultaba la venda blanca y, siempre que estuviera tapada y a cubierto de la luz de la luna, podía salir de patrulla.

Una noche nos enviaron a hacer prisioneros a una avanzadilla enemiga. Si lográbamos hacerles cantar, la información sería muy valiosa cuando atacáramos. Estábamos muy desplegados, de tal forma que yo estaba prácticamente solo. Oí un clic metálico a cierta distancia y supe que uno de los muchachos se estaba poniendo nervioso.

Me dejé caer a un *wadi* de un par de metros de profundidad y lo bordeé con la esperanza de tener mejor punto de observación. En las patrullas nocturnas saber es poder, y hay que saberlo todo antes de hacer un solo movimiento. Al cabo de cierto trecho, me puse a subir con sumo cuidado por el fondo de la cárcava para que no se desprendiera ninguna piedra. Oí un ruido y me detuve, agazapado contra la pared del cauce seco. Se oían botas sobre el suelo pedregoso. Había alguien arriba. Le oí dar un paso en dirección al borde del *wadi*. Entonces le vi, un centinela italiano tratando de ver en la oscuridad. Me estaba mirando, pero no me vio o en eso confié yo. Estaba a pocos metros por debajo de él y puse el dedo en el gatillo de mi revólver. Le apunté, a aquella distancia no podía fallar, pero sabía que si le disparaba se despertaría todo el campamento y no tardarían en convertirnos en salsa de tomate a todos nosotros.

Todas las opciones que se me pasaron por la cabeza desembocaban en catástrofe. Podía trepar y utilizar el cuchillo, pero el otro no se iba a estar esperándome cortésmente mientras yo subía por el barranco. Me imaginé que arriba podía haber un pelotón entero echando un cigarrillo en silencio. Me quedé inmóvil. Dispararía si él hiciera el menor ruido, aunque eso podría significar un tiroteo muy de cerca.

Oculto todavía por la oscuridad del *wadi*, hice un mínimo movimiento con el brazo y noté que él se ponía tenso. Supe al instante que había enseñado el borde de la venda blanca por debajo del puño del uniforme. «Maldita sea», dije para mis adentros. ¿Debía dispararle, salir corriendo y procurar salvar la vida? En la oscuridad no podía verle la cara, pero ambos estábamos en peligro de muerte y lo sabíamos. Llevaba el fusil en bandolera y le habría costado un segundo como poco moverlo para disparar y yo podría haber apretado el gatillo y haber emprendido el regreso a la carrera por el *wadi* antes de que él hubiera caído a tierra. Pero se quedó inmóvil, sin atreverse apenas a respirar. Ambos estábamos atrapados.

En todas las situaciones comprometidas en el desierto hasta entonces había dicho para mis adentros que pensar demasiado era una pérdida de tiempo y podía costarte un balazo. No hay que pensar, hay que actuar. Ese era mi mantra para la supervivencia. Mi instinto me dijo entonces que lo mejor era quedarse inmóvil. Esperé. Pasaban los segundos y el otro no daba la alarma. Lo que hizo fue mirar a derecha e izquierda, retroceder poco a poco del borde del *wadi*, dar media vuelta y echar a andar hasta que lo perdí de vista. Bajé al fondo del cauce seco y volví sobre mis pasos a reunirme con el resto del pelotón. Sabía que me había visto y que podría dar la alarma en cualquier momento. No teníamos nada que hacer, de manera que desaparecimos en las sombras de la noche.

En aquella patrulla hicimos cuatro prisioneros. Agarré a uno de ellos, fue un

juego de niños. Caminaba solo, ajeno a quién andaba por allí. Era alto para ser italiano y, pese a la oscuridad, vi que estaba bien afeitado y llevaba una gorra gris azulado. Tenía que pillarle por sorpresa y eso significaba acecharle hasta estar en condiciones de intentarlo. Me cambié el revólver a la mano izquierda y le abordé por detrás, retorciéndole el brazo derecho por la espalda y encañonándole las costillas con el revólver, que retiré enseguida por si se volvía. Su mirada de terror me indicó que había captado el mensaje.

No hubo forcejeo y yo no tuve que decir una sola palabra. Él comprendió que su suerte estaba echada y se dejó llevar en silencio. Pero es entonces cuando pueden surgir los problemas. En cuanto el prisionero se recupera del susto inicial y sabe que no va a morir, si es un soldado como hay que ser, se pondrá a ver la manera de dar la vuelta a la situación. Tuve suerte. Mi prisionero estaba petrificado y siguió así hasta que lo entregamos esa misma noche y pudimos echarnos a dormir.

Cada patrulla acababa convirtiéndose en una batalla por la supervivencia. No todos los italianos eran tan flojos, pese a lo que la gente imaginaba, y todo encuentro con el enemigo solía terminar en matar o que te mataran. Yo procuraba mantener la concentración. Recibíamos correo de casa de vez en cuando, pasado de mano en mano, sucio y manoseado. Muchos chicos se pegaban por coger las cartas antes de ir corriendo a recostarse en la rueda de un camión para leerlas con el rostro iluminado por una sonrisa de agradecimiento por las noticias de casa.

Yo no podía. Mi casa significaba la calidez y la civilización, y donde yo estaba no era nada civilizado. Miraba por el rabillo del ojo las cartas de mi madre y las apartaba sin leer. Cuando hablas un idioma, piensas en él. Mi madre, bendita sea, hablaba el idioma de casa. No cuadraba en el desierto, de manera que me negué a leer sus cartas por pura autoconservación. Habrían embotado mi ánimo y dificultado mi supervivencia. Pueden matarte en cuestión de milésimas de segundo. Yo me había encerrado en mí mismo. Como todos, a su manera. Cargué con un gran paquete de cartas y no las leí hasta que regresé a El Cairo.

Recuerdo perfectamente lo que pasó en una de las patrullas. Lo peor de todo, setenta años después, es que no puedo recordar dónde estábamos ni qué estábamos haciendo, aunque el recuerdo sigue vivo. Puedo recordarlo todo, incluso ahora. Las patrullas se habían convertido en una rutina, todas empezaban igual que la anterior y terminaban con nosotros dejándonos caer en el saco de dormir justo antes de que las luces del alba hicieran retirarse a las estrellas. Sé que estábamos haciendo el reconocimiento de una posición italiana en algún punto de las inmediaciones de Tobruk. Era un campamento de unas dimensiones considerables con sólidas defensas y temí que hubiera algunas sorpresas.

Quiso la suerte que yo llevara un puñal cuando iba de patrulla. No era un arma al uso, pero me venía bien. Lo llevaba desde el principio, junto con una Beretta automática de 9 milímetros que había quitado a un oficial italiano hecho prisionero. La llevaba en una pequeña funda debajo del brazo, mientras que el puñal iba en una vaina que le había hecho yo mismo. Tenía una hoja de quince centímetros con doble filo terminado en punta afilada como una aguja. Le había quitado la empuñadura para cogerlo mejor; ya sabía cómo utilizarlo. Nunca se coge con el puño y se apuñala de abajo arriba, como en las películas de Hollywood. Así solo consigues que te maten: al

levantar el puñal, seguro que te han dado una puñalada en las tripas. Para luchar con el puñal hay que empuñarlo siempre hacia arriba, bien asido en la palma de la mano y con el pulgar apoyado en la hoja.

El pelotón se dispersó alrededor del campamento; a cada uno se nos había asignado una tarea diferente. No me gustaban nada las patrullas en las que estábamos tan separados. En realidad ibas solo. Sabía que, si me metía en algún lío, era asunto mío solucionarlo lo más rápida y silenciosamente posible. Abrir fuego hubiera despertado a todo el mundo. No tenía intención de acabar en un hoyo con paletadas de arena sobre la cara.

Estaba yo agazapado en algún punto de las defensas exteriores cuando lo vi, de pie en la oscuridad, a un par de metros de mí. Mi única protección era la negrura de la noche, pero él no me había visto todavía. Me di cuenta de lo apurado de la situación. Podía verme en cualquier momento y empezaría el tiroteo. Una mala decisión y estaba acabado. Cogí el puñal. Hubo un sonido. Él se movió, pero no me vio. Salí de entre las sombras y me abalancé sobre él, clavándole el puñal debajo de las costillas. Se desplomó en silencio, por un momento noté su peso en el brazo mientras caía a tierra y se quedaba inmóvil.

Mi primera reacción fue de alivio. Podía haberme matado, pero sobreviví. El entrenamiento con la bayoneta no me había preparado para situaciones semejantes. Los gritos, los alaridos y la agresividad respondían a que actuaras sin pensar. Aquello fue diferente: en silencio, a oscuras, notando el peso de su cuerpo en el mío. Era él o yo. Así son las cosas en la maldita guerra. Tienes que pedirte disculpas a ti mismo todo el rato.

Entonces no pensé más que «me he librado, estoy vivo». Lo único que quería era volver al desierto y reunirme cuanto antes con el resto de la patrulla. Había evitado poner en peligro la operación y di parte de lo sucedido. No me dieron ni las gracias.

Fue el único hombre que maté con mis propias manos, pero me afectó mucho. No lo he olvidado jamás. Los recuerdos se alojan en la memoria, pero las sensaciones están por todo el cuerpo. Y he conservado durante las siete últimas décadas la sensación de aquella noche.

Capítulo 4

Estábamos preparándonos para atacar Tobruk, acosando al enemigo por la noche con las ametralladoras Bren; además se iba a producir un bombardeo naval para castigar las defensas italianas. Todavía quedaba algo de luz cuando estacionamos los vehículos. A un lado de la pista sin asfaltar había un acantilado de unos quince metros de desnivel. Mirando hacia el otro lado podíamos ver el Mediterráneo.

El instinto es una cosa buena en la guerra y suele ser sabio guiarse por él. Tuve un extraño presentimiento y sugerí que moviéramos los vehículos un poco más adelante a lo largo de la carretera. Al poco rato hubo una explosión ensordecedora, cuya onda expansiva sacudió a los vehículos y a quienes estaban en ellos. El sonido retumbó, resonando entre las rocas, y en los oídos nos quedó el agudo pitido que sigue a una explosión. Nuestro lenguaje era irrepetible. La Royal Navy podía asestar un golpe devastador y era mejor no ponerse en medio cuando lo hicieran. Su primer disparo había ido a dar cerca de donde habíamos estado minutos antes.

Normalmente habría dicho para mis adentros: «Lo mismo da librarse por poco que por mucho», pero aquel no había sido más que el primer bombazo, y un bombardeo naval no es algo para presenciar de cerca. Puse inmediatamente en marcha el vehículo y nos fuimos antes de que se asentara la polvareda. Estuvo bien porque otro bombazo amigo dio en la roca que había justo detrás de nosotros. No nos detuvimos.

El ataque comenzó por la mañana temprano con los australianos golpeando las defensas por el sur. Pudimos ver la densa humareda negra procedente de los muelles donde los italianos habían incendiado los depósitos de gasolina. Su crucero, el San Giorgio, estaba en puerto tras haber sufrido graves daños por parte de la RAF. Lo habían varado y también lo habían incendiado.

Uno de nuestros oficiales, Tom Bird, abrió brecha en las defensas italianas con los vehículos de la compañía S, capturando gran cantidad de armamento, dos mil prisioneros y, lo mejor de todo, los víveres de una cocina de oficiales italianos. Detrás de él entraron los carros de combate y surgieron banderas blancas por todas partes. En Tobruk se hicieron más de veinticinco mil prisioneros, pero «Bigotes Eléctricos» no fue uno de ellos. Había vuelto a escapar.

Los italianos habían causado graves daños en el puerto, pero en los depósitos quedaba agua en abundancia para apagar nuestra sed.

Una vez que hubo caído Tobruk, pudimos volver a nuestro nomadeo y entonces tuve ocasión de conocer a uno de nuestros mejores oficiales, el segundo teniente Mike Mosley. Los comienzos no fueron buenos. Conducía yo un camión con él en el asiento del copiloto cuando atravesamos un tramo en el que las ruedas patinaban sobre la arena y giraban sin avanzar. No tardamos en hundirnos hasta los ejes y quedarnos inmovilizados. Él no se puso muy contento que digamos:

—¿Es que no lo ha visto? —preguntó—. ¿Qué clase de conductor es usted, Avey? Debería mirar por dónde va.

Me picó. No aceptaba comentarios así de nadie, fuera o no oficial. Me tenía por buen conductor y el pullazo era peor viniendo de un oficial a quien yo respetaba de

verdad. Me mordí el labio, cosa rara en aquellos tiempos. Con Mosley mirando, nos dispusimos a sacar el camión del atolladero tendiendo unas planchas metálicas perforadas para que las ruedas tuvieran dónde agarrarse, y enseguida estuvimos otra vez en la carretera.

Normalmente conducía una autoametralladora Bren. Alguien se había fijado en que era buen mecánico. Las autoametralladoras eran bastante rápidas, casi alcanzaban los 40 kilómetros por hora y, pese a sus ruidosas orugas y su coraza, eran manejables. Se conducían con leves movimientos del volante. Torcer a la izquierda para frenar la oruga izquierda y girar sobre ella, torcer a la derecha para lo contrario.

Poco después estábamos en una ladera polvorienta. Una larga columna de camiones había estacionado a lo largo de la carretera de subida, pegada a la ladera. Al otro lado de la carretera había un precipicio de vértigo.

Mike Mosley me vio en el vehículo. «Lléveme a recorrer la columna y vuelva aquí», dijo al montarse, quedándose de pie en el asiento del jefe. Estaba claro que quería que las tropas le vieran, como si esperara que lo saludaran al pasar. Había llegado mi oportunidad. Pulsé el interruptor para poner la luz de ignición y apreté el botón de arranque. El motor V-8 cobró vida. Metí la marcha y eché a andar. Enseguida me puse a acelerar sin piedad mientras Mosley se agarraba al revestimiento acorazado tratando de no vomitar el desayuno, con la mirada clavada en el vacío. Con poco más de treinta centímetros a cada lado de la carretera, alcancé la velocidad máxima atento a la estrechez de la carretera, y Mosley con el semblante cada vez más descompuesto. El más mínimo volantazo habría bloqueado una de las orugas y habríamos salido volando. Eso era lo que le ponía en tensión. Al llegar al final de la columna di media vuelta y repetí la operación antes de que se hubiera disipado la polvareda de la primera pasada. Al apearse, apenas le salió un «gracias» entrecortado. «Touché», dije para mis adentros. Lo había conseguido. Después de aquello fue muy correcto.

La compañía B estaba al mando del comandante vizconde Hugo Garmoyle y nos enviaron al frente del resto del batallón. Estábamos detrás de los carros de combate, atravesando el desierto camino de Bengasi, el siguiente gran objetivo. El paisaje era cada vez más inhóspito a medida que nos alejábamos del mar. A unos 65 kilómetros tierra adentro la vegetación escaseaba, el paisaje era árido y pedregoso con manchas de fina arena rojiza, algún que otro cerro y hondas depresiones o *nullahs* excavadas en el paisaje.

Me gustó reunirme con Les por vez primera desde que salíamos «al azul». Como sargento primero, mandaba un vehículo. Cumplía con su obligación y confiaba en mí. Las heridas del desierto, el hambre voraz y el sueño atrasado no habían logrado hacer mella en su buen humor. Seguía siendo muy agudo.

Al atardecer del 23 de enero los acorazados que iban delante de nosotros tuvieron un serio encontronazo con los italianos en la carretera de Mechili. Se enfrentaron con setenta carros de combate, que ofrecieron fuerte resistencia. Los nuestros dejaron fuera de combate a nueve de los suyos, pero pagamos un alto precio. Cuando llegamos, todo había terminado. Los carros de combate italianos estaban destrozados y abandonados como chatarra en el desierto. «Que el cielo proteja a los que estén ahí dentro», pensé para mis adentros mirando un carro de combate M13 italiano

calcinado. El blindaje se había derretido. Los de dentro se habían freído literalmente.

Alguien se encaramó a un M13 que, a primera vista, no parecía haber sufrido tan graves daños. «Oh, Dios mío. Mirad esto. En ese hay alguien vivo», dijo. El soldado estaba de pie al lado de la torreta y tenía una mano sobre el rechoncho cañón, mientras miraba por la escotilla, incapaz de salir por sus propios medios.

Me asomé por debajo del cañón y miré dentro. El jefe del carro de combate estaba dentro y seguía sentado. Se le habían salido las tripas y las tenía, negras y escarlata, encima de las piernas. Hizo un leve movimiento. Habría sido absurdo intentar sacarlo. Estaba agonizando y ya no iba a vivir mucho.

Por un momento, volví a Essex cuando tenía diecisiete años. Había ido a cazar faisanes con mi padre y sus amigos. Caminábamos con los perros correteando a nuestro alrededor por el espeso follaje. Me gustaba el calor que hacía y la compañía masculina. Se oyó un aleteo lejano cuando un perro ahuyentó a un faisán macho a unos cien metros. Levanté la escopeta y apunté el cañón con dispositivo de estrangulamiento antidispersión, notando el retroceso en el hombro. Vi caer al pájaro y supe que lo había matado. Lo recogieron los perros y yo volví a grandes zancadas hasta el grupo por entre la hierba crecida, con el pájaro cogido por las plumas de la cola, radiante de orgullo. Pero en cuanto vi la expresión de mi padre supe que algo iba mal.

—Me imagino que crees que ha sido un buen tiro —dijo.

—Sí, claro —contesté.

—Pues no, te lo aseguro. A esa distancia ha sido pura casualidad.

Preferí no protestar.

—Podías haber herido al pájaro a esa distancia y habría estado sufriendo varios días. Y ahora deja la escopeta.

Mi padre siempre me había enseñado a respetar a las personas y a los animales, pero me había humillado delante de todos aquellos hombres. Tenía razón, por supuesto, pero entonces lo odié. Di media vuelta y me marché avergonzado.

No muchos años después, yo estaba en un carro de combate italiano contemplando a un hombre que había sido un enemigo, pero que entonces era un ser humano doliente sin posibilidades de sobrevivir.

Menos mal que no le vi la cara, pero levanté mi arma e hice lo que pensé que debía hacer. Dieron parte de mi acción y ese mismo día tuve que ir a dar explicaciones a un oficial. Quería conocer todos los detalles y, como soldado avezado, creo que comprendió. No se volvió a hablar del tema.

Decidí no dormir esa noche debajo del vehículo y excavé mi habitual hoyo tipo tumba apartado de los vehículos, pero no lejos del grupo. Comprobé que mis armas estaban bien y me acosté igual que los demás, sin cálidos fuegos de campamento de compañeros de armas bajo el cielo del desierto, simplemente hombres agotados durmiendo en la arena.

En el desierto dormí siempre con las orejas tías. Saltaba al menor ruido extraño, alerta y listo para actuar. Cuantas más patrullas hice, el hábito fue a peor. Sabía lo fácil que era introducirse sin ser visto en un campamento por la noche, moverse al amparo de las sombras, oler los olores familiares, incluso oír cantar *O Sole Mio* a hombres que creían estar completamente a salvo. Además, sabía que el soldado que

entrara en un campamento de noche pondría en ello los cinco sentidos, listo para matar y escapar. Se habría comportado igual que yo.

Fue el deprimente sonido de la lluvia lo que me despertó. Busqué a tientas por la arena mojada y oscura hasta que mis manos tocaron el metal frío y estriado de las granadas Mills y respiré un poco mejor. La Beretta seguía debajo del brazo y el 38 a mano. Una vez tomadas estas precauciones, volví a quedarme adormilado entre el tamborileo de la lluvia contra un telón de fondo de ronquidos. Después me desperté tiritando, bajo la opresión de un peso inesperado encima de mí. El saco de dormir estaba rígido y apenas podía moverme. Estaba cubierto de hielo.

A continuación, proseguimos la marcha hacia Mechili. Teníamos que cortar la retirada a los italianos, pero no los encontramos. Nuestros mapas no eran gran cosa y ellos habían encontrado una salida de la que no teníamos noticia. Habían abandonado su posición de la noche a la mañana, dejando abandonados vehículos y pertrechos. Una vez más, se estaban retirando.

Estos largos trayectos en autoametralladora no eran agradables. Ibas a la intemperie. El asiento del conductor podía abatirse en combate para protegerse con el blindaje, pero durante la marcha ofrecías un blanco fácil y el rebufo creaba un vacío que levantaba una polvareda alrededor. Cerca ya de Mechili se levantó de pronto un violento *hamsin* y esa noche cenamos la consabida carne de vaca enlatada con arena.

El convoy hizo un alto en el camino y, antes de apearme, se me presentó Eddie Richardson.

—Con esas pintas no vas a entrar en el Shepherd, viejo amigo —dijo.

Cuando sonreí se cuarteó la arena adherida a mis mejillas. Me apeé, me sacudí con ambas manos el polvo del pelo tieso, eché un trago de agua con sabor a parafina y puse manos a la obra. Las orugas de una autoametralladora Bren requerían mucha atención, especialmente en suelos pedregosos. Empecé por comprobar el estado de los eslabones que enlazaban cada segmento. Una autoametralladora sin orugas es un blanco fácil, de manera que, en caso de duda, había que poner recambios. Sacaba el eslabón inservible a martillazos y ponía el nuevo igual. Y así cada cierto número de kilómetros.

El 28 de enero nos detuvimos para efectuar el mantenimiento de los vehículos. El resto del Segundo Batallón nos alcanzó a los pocos días. La fuerza aérea italiana les había dado más de un disgusto, con pasadas de cazas en vuelo rasante y bombarderos que estuvieron a punto de acertarles más de una vez. Les habían dicho que podrían tomarse un descanso y que no tendríamos que volver a movernos hasta al cabo de dos semanas.

Como chiste, no estuvo mal. Resultó que las dos semanas se convirtieron en dos horas.

Los camiones tenían los capós levantados, los muchachos estaban lavándose y afeitándose. Algunos oficiales se habían ido de permiso o se disponían a irse. Entonces fue cuando llegó el pez gordo, el general «Jumbo» Wilson. Enseguida corrió la voz. Algo grande estaba pasando. La RAF había localizado al enemigo abandonando Bengasi en largas columnas y el alto mando había deducido lógicamente que los italianos abandonaban la zona, se iban de la Cirenaica. Estábamos en el interior, en medio de un saliente de África que se adentra en el

Mediterráneo, al norte. Los italianos se estaban retirando por la vertiente izquierda de dicho saliente. Entre ellos y nosotros había unos 250 kilómetros de desierto. Una acción enérgica podía asestarles el golpe decisivo, pero, según se nos dijo después, era un trayecto que no osaban cubrir ni las caravanas de camellos. Dormimos todo lo que pudimos.

Fue una auténtica carrera. Con la primera luz del día se encendieron los motores y la columna echó a andar, una larga hilera de carros de combate, vehículos acorazados, camiones y autoametralladoras, con la separación suficiente para prevenir ataques aéreos. Si se trataba de todo el ejército italiano, seguiríamos estando en franca inferioridad numérica aun cuando llegáramos a tiempo de cortarles el paso. Los primeros 135 kilómetros fueron un suplicio. Un territorio inhóspito de pedregales surcados por *wadis* y tramos traicioneros de arenas finas. Si caías en uno de ellos, podías quedarte allí para toda la eternidad. Los vehículos con orugas, como el que yo conducía, se las veían y se las deseaban entre pedruscos, zanjas y dunas, con riesgo permanente de que las orugas se rompieran. A lo largo de aquel trayecto como mínimo sustituí doce para que el vehículo pudiera seguir rodando. Era imprescindible atender aquello. No podíamos ir a pie ni a caballo, así de sencillo. Hacía mucho tiempo que todos nuestros vehículos necesitaban una reparación a fondo. Los carros de combate ligeros se averiaban y había que dejarlos atrás con su tripulación, a la espera de ser rescatados.

El tiempo también endureció el viaje. Había muy mala visibilidad en aquellas interminables extensiones de arena y polvo, seguidas de pronto por tormentas de agua helada. Los jefes de los vehículos llevaron la peor parte, inmóviles en la parte trasera de los camiones, como marineros del desierto, ateridos de frío. No tardó en empezar a escasear peligrosamente el combustible. En el mejor de los casos, las autoametralladoras consumían cuatro litros y medio cada nueve kilómetros aproximadamente. Si el terreno era malo, cada dos o cuatro kilómetros, aparte de lo que se vertía de las latas a causa del bamboleo del vehículo. Si el depósito de combustible se vaciaba, los posos de arena del fondo tupían el carburador y el motor se paraba de una sacudida. También escaseaba el agua, debiendo conformarnos con un vaso de agua por hombre al día.

La columna se reagrupó cerca de Msus, a unos 100 o 120 kilómetros de la costa. Nuestro avión se había quedado sin motores de repuesto, pero el único Hurricane que funcionaba informó de una larga columna de vehículos italianos que partía de Bengasi en dirección sur.

Recibimos nuevas órdenes. Los carros de combate y las autoametralladoras no podían desplazarse con suficiente rapidez. Crearon inmediatamente una fuerza especial con los vehículos más rápidos para que se dirigiera a toda prisa hacia el suroeste y cortara el paso a los italianos. Nos eligieron a dos mil para formar la «Combe-force», mandada por el teniente coronel John Combe, del Undécimo de Húsares. Dejamos las autoametralladoras para utilizarlas más adelante.

Tomé los cargadores repletos de munición y mi saco de dormir y salté a la parte de atrás del primer camión que vi, dejando todo lo demás en la autoametralladora. A la una de la tarde estábamos otra vez en camino, esta vez más deprisa.

Tuvimos que detenernos al caer la noche porque los italianos habían sembrado

nuestra ruta de bombas termo. Eran pequeños cilindros con forma de termo, pero no para ir de merienda al campo. Volvimos a movernos al amanecer, a marchas forzadas con ayuda de la brújula para cortar la carretera en Sidi Saleh, con los motores ardiendo. El desierto estaba dando paso a un paisaje más acogedor, con algo de vegetación y tierras de labor. Estábamos saliendo de la naturaleza agreste para entrar en el granero del antiguo Imperio romano.

Durante un breve alto en el camino, surgieron en el cielo tres cazas italianos disparando con sus ametralladoras. Echamos cuerpo a tierra y el rugido de los motores no tardó en convertirse en un zumbido lejano. No habían conseguido nada, pero alguien sabía que estábamos allí. Dado que aquella carrera se había concebido para coger a los italianos por sorpresa, era preocupante.

Llegamos a la carretera cercana al pueblo abandonado de Beda Fomm a primera hora de la tarde, sobre las dos. En día y medio habíamos recorrido unos 270 kilómetros por uno de los tramos más duros del desierto. Y no solo eso, no pudimos ver a nadie que viniera desde el norte. Habíamos llegado antes que los italianos, aunque, como después se vio, por poco.

La carretera atravesaba un terreno arenoso con cresterías de poca altitud en dirección norte-sur. El mar y las dunas del litoral estaban a unos tres kilómetros al oeste de nosotros. Trabajamos duro para desplegar el armamento a ambos lados de la carretera. Estaba al mando el capitán Tom Pearson, que empezó a sembrar un campo de minas. Apenas nos dio tiempo a enterrarlas antes de que apareciera el enemigo.

Es fácil imaginar la reacción de los primeros italianos cuando empezaron a dejarse ver. Creían que el enemigo estaba como poco a 160 kilómetros de allí, de tal forma que estaban convencidos de que los vehículos que tenían delante eran amigos, hasta que nuestra artillería abrió fuego. Fue una auténtica conmoción. Abandonaron la carretera a la carrera para no ser blanco de los disparos y después empezó el combate de verdad. La superioridad numérica estaba de su parte, pero ellos no lo sabían. Lanzaron varios ataques feroces que pudimos repeler uno tras otro, aunque se acercaban cada vez en mayor número por la carretera.

A media tarde llegaron a nuestra altura nuestros vehículos acorazados, separándose rápidamente para atacar por el norte, hacia la mitad de la larga columna de los italianos. Estaban incendiando vehículos italianos por todas partes al caer la tarde; nosotros habíamos hecho ya más de mil prisioneros, pero los italianos seguían llegando sin cesar. Lo que entonces no sabíamos era que «Bigotes Eléctricos» iba en la columna y que había dado órdenes de salir de aquella trampa. Bien podría haberlo hecho, porque no era un terreno idóneo para batalla tan desequilibrada, llano a ambos lados de nuestra barricada. Nuestras órdenes eran terminantes: no permitir que los italianos se abrieran paso entre la carretera y el mar.

Tom Pearson era uno de nuestros mejores oficiales y sabía que, al amparo de las sombras, había que convencer a los italianos de que nosotros éramos más porque, de lo contrario, se lanzarían contra nosotros. Al caer la noche decidió enviar una fuerza de hostigamiento a lo largo de la columna italiana.

Mike Mosley tomó dos pelotones (el mío era uno de ellos) y una pequeña sección de artillería para aquella misión. Me agradó la idea de entrar en combate con Mosley. Era algo enigmático, hijo único de un obispo que, hasta que había estallado la guerra,

también había querido seguir el camino religioso. Hombre de natural curioso y brillante soldado, no manifestaba ningún temor en combate. A partir de que yo le diera el susto con la autoametralladora, tenía la sensación de que habíamos hecho borrón y cuenta nueva. Confiaba en él más que en ningún otro oficial. Aquella noche iba a ganar la Cruz Militar.

Acoplé el mango lateral a la Bren, comprobé la recámara curva y me subí a la parte trasera del primer camión. Mosley saltó detrás de mí, sacó el revólver, pegó un tiro en el techo del vehículo y salimos a lo oscuro.

Debía de ser medianoche cuando el zumbido de los tubos de escape indicó que se estaba aproximando otra columna por el norte. Mi visión nocturna estaba empezando a adaptarse y pudimos distinguir en la oscuridad de la noche siluetas de camiones, carros de combate y grandes cañones a unos doscientos metros de distancia. Había más de doscientos vehículos a lo largo de la carretera. Como no éramos suficientes para impedir que se abrieran paso, nos propusimos dar una impresión falsa.

Apunté bajo con mi Bren porque con el retroceso disparaba por encima del blanco. Había que presionar hacia abajo el mango lateral. Mosley apuntó al objetivo con su revólver y dio la orden: «Ráfagas de cinco, cuando esté usted listo».

A esa distancia se apuntaba bien. Las llamas envolvieron rápidamente a los primeros camiones, de manera que el resplandor anaranjado hizo que los camiones de atrás se convirtieran en blancos más fáciles. En pocos segundos se vieron perderse por la arena figuras borrosas a todo correr.

Nuestro armamento pesado empezó a vomitar bombas explosivas sobre el enemigo y nosotros retrocedimos: unas veces sin disparar, otras disparando sobre la marcha. Había tiradores a quienes les gustaban las rociadas de balas. Yo nunca disparé ráfagas de más de cinco disparos. No me hacía falta. De vez en cuando lanzábamos balas trazadoras para ver cómo lo estábamos haciendo y contemplábamos su parábola en la oscuridad.

Aquella columna tendría sus buenos cinco kilómetros de longitud y nosotros la habíamos detenido. Cuando llegamos al final, dimos media vuelta y nos preparamos para hacer más daño en el trayecto de vuelta. Por supuesto, ellos estaban devolviendo los disparos, pero sin mucha alegría. Nos mantuvimos así tres horas, pero tuvimos que retroceder para efectuar reparaciones porque un par de camiones nuestros tuvieron problemas. Empezaban a acabarse la comida y la munición. No se veía gran cosa porque se levantó un viento tormentoso con fuertes chaparrones. La artillería no podía moverse porque los acorazados necesitaban toda la gasolina, aunque a algunos cañones solo les quedaban treinta disparos.

Los italianos no cedían. Seguimos así todo el día, con ataques esporádicos, tiroteos y explosiones por todas partes de vehículos con soldados agazapados detrás. El oficial de la plana mayor al mando de nuestra compañía llegó durante un insólito momento de calma y decidió que lo que más necesitábamos era una tienda de campaña comedor y montó una gran carpa blanca justo a nuestro lado. Menuda idiotez. Era un blanco perfecto y las bombas italianas empezaron a llegar inmediatamente. La batalla principal se estaba librando entonces cinco kilómetros al norte, donde nuestros carros de combate estaban atacando a los italianos en la carretera en torno a un cerro que llamábamos «el Grano». Nosotros éramos una

especie de recoge-pelotas de críquet, el corcho de la botella, y ellos seguían intentando abrirse paso.

Nuestras fuerzas se estiraban cada vez más. Un grupo de carros de combate italianos fue derecho a por la plana mayor del batallón y solo conseguimos frenarlo a un centenar de metros. Empezaron a ondear banderas blancas y al final de la jornada habíamos hecho unos diez mil prisioneros, pero el resto seguían atacando.

En algún punto de las dunas en dirección al mar, uno de nuestros suboficiales, el sargento mayor Jarvis, estaba al cuidado de quinientos prisioneros junto con el fusilero Gillan. Vieron acercarse dos grandes carros de combate italianos y decidieron ahuyentarlos, dos hombres a pie contra unos carros de combate. Los prisioneros italianos, viendo una posibilidad de escapar, se sumaron a la acción y el atónito oficial del primer carro de combate abrió la escotilla para ver qué estaba pasando. Jarvis le dio un culatazo en la cabeza con el fusil, luego disparó entre las aberturas y la tripulación se rindió. Gillan hizo prácticamente lo mismo en el otro carro de combate y entre los dos capturaron ambos. Se les concedió la Medalla por Conducta Distinguida. Pero cuando les felicitó un oficial, Jarvis respondió: «Sí, merecidamente, señor, porque el fusilero y yo teníamos un sitio bonito y cálido para pasar la noche».

En la oscuridad distinguíamos el rugido de los motores de los vehículos pesados. Era evidente que estaban planeando algo. Los localizamos poco antes del alba. Una gran fuerza encabezada por treinta carros de combate, que se estaba aproximando a la barricada, se dispersó rápidamente como para rodearla. Era la última baza que les quedaba y, cuando avanzaron hacia nuestras posiciones delanteras, pareció que podría salirles bien. Los muchachos no tuvieron más remedio que retroceder. Habíamos dejado once cañones anticarro al principio y, mientras dejábamos fuera de combate sus tanques, ellos dejaron fuera de combate nuestros cañones. La cuestión es que al final solo nos quedó uno y los servidores de aquel cañón alcanzaron cinco carros de combate con los últimos cinco disparos. No estoy seguro de si llegó tan cerca, pero el último carro de combate italiano llegó a estar a veinte metros de la tienda de nuestra plana mayor antes de que lo detuviéramos.

Cuando tomamos contacto con la infantería que seguía a los acorazados, todos pudimos oír a nuestros carros de combate que venían del norte para unirse a nosotros. Empezaron a ondear banderas blancas a lo largo de la carretera; sin duda eran muchos los que se alegraban de que aquello terminara. Mantuve cierta presión sobre el gatillo. Todavía podían cambiar las tornas. Después nos enteramos de que un oficial había sido atacado con un hacha por un prisionero que ya se había rendido. Todas las precauciones eran pocas.

El hombre estaba caminando a lo largo de la columna cuando lo vi por delante de camiones incendiados y carros de combate horriblemente retorcidos. A su paso aparecieron más soldados italianos con banderas blancas. Hay diferentes relatos, pero yo todavía lo estoy viendo con su larga capa abierta por delante. Por los destellos que lanzaba de cuando en cuando el uniforme, podía verse que llevaba encima más oro del que pesaba. El general Annibale Bergonzoli, «Bigotes Eléctricos» en persona, se estaba rindiendo. Había escapado en Bardia y en Tobruk, pero ahora estaba en nuestras manos acompañado de un puñado de generales.

Cuando se entreabrió su polvorienta capa observé que seguía llevando una

pequeña pistola automática con cachas de marfil. Fui hacia él y le señalé la pistola. Me devolvió una mirada desafiante, sabía lo que yo quería. Sin apenas detenerse, dio unos golpecitos a la pistola con la mano derecha y después negó con el dedo. Entendí al momento. No iba a entregar su pistola y rendirse formalmente a alguien que no fuera como mínimo un oficial. Le dejé pasar y le indiqué dónde estaban. Creo que finalmente fue el capitán, Tom Pearson, quien se hizo cargo de él.

Y eso había sido la batalla de Beda Fomm. En tan solo un par de meses habíamos hecho ciento treinta mil prisioneros. Nuestra carrera sin aliento por el desierto nos había permitido acabar por completo con el Décimo Ejército italiano, pero en nuestro campamento no reinaba el júbilo, sino el alivio.

Dos días después del cese de las hostilidades, anduve por entre el amasijo de metal y carrocerías retorcidas de los vehículos. Había desaparecido el peligro que me había mantenido alerta y concentrado durante la batalla. Había cadáveres destrozados esparcidos por la arena que ya congregaban a las moscas. Brazos y piernas cortados y diseminados por una gran extensión de terreno, arrancados por los explosivos e incluso por el machaqueo de las ametralladoras. Los italianos heridos estaban apoyados en rocas de formas extrañas, como si fueran postes. Había un árbol solitario. Muchos de los heridos ya habían sido trasladados, aunque algunos seguían allí tendidos, demasiado débiles para gritar. Era una situación horrible.

Cada uno lo afronta a su manera, supongo. Volví a encontrarme con Mike Mosley. El gran héroe de guerra estaba paseando entre las dunas con la vista clavada en el suelo. Se irguió y vino a mi encuentro.

—¿Sabe, Avey? —dijo—, he encontrado como poco doce especies de flores silvestres solo en esta pequeña porción de arena. Impresionante.

Capítulo 5

Después de la paliza que los italianos habían recibido durante la batalla, solo habíamos capturado unas pocas armas y vehículos intactos. Me ordenaron hacer una lista de todo el material italiano útil que pudiéramos salvar. En aquella columna desesperada había coches particulares. Sus bruñidos parachoques tenían una gruesa capa de polvo. También había autocares en los que habían llevado prostitutas de los burdeles italianos de Bengasi. Las mujeres fueron devueltas junto con los civiles por el mismo camino que habían venido, con el consiguiente disgusto de algunos muchachos.

Posteriormente, Bergonzoli dijo que, en parte, había perdido por culpa de los civiles, más de mil. Absurdo. Menos mal que reconoció que la que calificó como «excelente puntería de la Brigada de Fusileros» también había tenido algo que ver.

Es sorprendente lo que te encuentras después de una derrota. Yo topé con una espléndida colección de gorros con escarapelas y sus correspondientes plumas. Los generales ya no iban a necesitarlos más. Me quedé con uno. Y un magnífico juego de instrumentos de cirujano en un gastado estuche de piel con pegotes de sangre en los bisturíes. Pero yo estaba interesado en el agua. Las raciones no habían mejorado mucho y yo tenía una sed tremenda.

Enseguida la vista se me fue a un grupo de camiones bastante intactos. Llevaban cientos de cajas de madera de sesenta por ochenta centímetros. Se me pasó por la cabeza que pudieran contener comida o bebida. Había otro tipo conmigo. Subimos al primer camión.

—Vamos, mira bien —dije—. Mete la bayoneta.

Hizo un agujero en la madera contrachapada. Me llevé una desilusión. Ni botellas, ni latas, nada más que papel impreso. Quitó la tapa. La caja estaba llena de miles y miles de billetes italianos crujientes y recién impresos.

La segunda caja era igual, y la otra, y la otra y la de más allá también. Los camiones pertenecían a la unidad de pagos del Ejército italiano y llevaban dinero como para pagar a todo un ejército, aunque para nosotros aquellos millones de liras no significaban nada. Más tarde me enteré de que se podían cambiar en El Cairo a razón de 600 liras por una libra esterlina, pero entonces habría dado de buena gana todo aquel montón de papel por unas cuantas botellas de agua limpia y algo de comida decente.

Di parte y ahí acabó todo. Echamos un par de cajas en la camioneta y nos olvidamos de ellas. Algunos muchachos utilizaron los billetes italianos para encender los cigarrillos, incluso los llevaban a puñados para limpiarse el trasero en el desierto, como la cosa más divertida del mundo. En ese caso hubiera sido más difícil cambiarlos en El Cairo. Nos impresionó más el arroz y la salsa de tomate que encontramos después. Al menos era algo para comer.

Esperamos varios días el relevo de otra columna procedente del norte. Finalmente recibimos la orden de dirigirnos a Bengasi y procurar contactar con ella durante el trayecto. Las cajas de billetes seguían en la camioneta cuando nos pusimos en marcha.

Fue un viaje de unos ciento veinte kilómetros, con retazos de mar de cuando en cuando para que recordáramos que no todo en el mundo era arena. Hicimos un alto en un embotellamiento de tráfico a las afueras de Bengasi. Entonces, por encima del ruido de los tubos de escape y los claxon, sonó un disparo seguido rápidamente de otro y el inconfundible zumbido de una bala haciendo blanco en algo duro. Había un francotirador suelto. Di media vuelta a la camioneta y me retiré rápidamente carretera abajo. No me detuve hasta que las calles estuvieron más tranquilas; paré frente a un bar de aspecto elegante.

Entonces no era aficionado al sorbete ni me impresionaba lo más mínimo el alcohol, pero con la garganta reseca como el cartón, la cosa estaba clara. Entramos los cinco llevando una caja de liras.

Era el sitio más bonito que había visto desde que habíamos dejado El Cairo, un salón fresco y airoso de unos treinta metros de largo por nueve de ancho. Paredes y techo estaban cubiertos de espejos finamente labrados. Abajo, a un lado, un gran mostrador de mármol. Estaba atestado.

Una de las pocas mujeres que había reprimió una exclamación y el resto de la clientela se quedó sin aliento. Todo el mundo estaba mirándonos con cara de terror. Una mirada a la pared de espejos bastó para saber por qué. Éramos unos forajidos del desierto, sucios y sombríos por efecto de la guerra, y parecíamos dispuestos a liarnos a tiros en cualquier momento.

No esperamos. Dos de los muchachos fueron derechos a ver las cocinas y habitaciones traseras por si había algo sospechoso. Alguien había estado sacándonos fotografías un rato antes y lo último que necesitábamos eran más sorpresas. Cuando quedamos satisfechos, nos dirigimos a una mesa y sus ocupantes enseguida nos hicieron sitio. Nos sentamos en las butacas de metal bruñido, sin perder de vista la puerta.

Se acercó cautelosamente un tipo pequeño y dijo algo en italiano que no entendí. Tendría unos cuarenta años, llevaba bigotito negro recortado y una chaqueta negra. Nos figuramos que sería el dueño.

—Una ronda para todos —dije señalando un vaso y abarcando todo el salón con un gesto de la mano. Captó el mensaje, chasqueó los dedos y dijo unas pocas palabras en italiano. Empezaron a aparecer las bebidas, entre ellas las cervezas de los muchachos, y el ambiente quedó un poco más distendido. Los clientes nunca iban a relajarse del todo con una banda de soldados enemigos recién venidos del campo de batalla, haciendo risas en medio del local.

El bar estaba lleno principalmente de civiles italianos, y tenían razones para mostrarse desconfiados. Habían estado en la evacuación de Bengasi. Muchos de ellos habían presenciado la batalla antes de que los enviáramos de vuelta allí.

—¿Sabéis? —dije a los muchachos, echándome hacia atrás en la butaca—, probablemente podríamos comprar este local ahora mismo, ¿qué os parece?

La sonrisa les iluminó la cara. Estábamos recobrando el sentido del humor al cabo de unos meses bastante lúgubres. Pusimos la caja en el mostrador de mármol y pedimos al propietario que viniera.

—¿Cuánto cuesta todo este local? —pregunté con una sonrisa, haciendo un gesto en círculo. Me devolvió una mirada inexpresiva. Lo volví a intentar un poco más

despacio, exagerando los gestos de la mano.

—Queremos comprar el bar: todo, mesas, sillas, el local. Tenemos liras, ¿cuánto cuesta? —Seguía sin entender.

Saqué la bayoneta y eso le hizo dar un respingo. Abrí la tapa de la caja y señalé el contenido con la punta.

—Mire, dinero, del de ustedes. Liras, liras, montones de liras.

Puso unos ojos como platos, sí que le interesaba. Para nosotros eran simples papelitos, pero el hombre del bigotito recortado empezó a vislumbrar posibilidades.

Permanecimos allí media hora, lo suficiente para que corriera la voz. No teníamos ni idea de si la zona era segura, así que llegó la hora de pedir disculpas y marcharnos. El dueño abandonó precipitadamente el local con su familia antes que nosotros, llevándose la caja con las liras. Estoy seguro de que era un precio más que justo y todavía hoy me gusta decir que conservo propiedades en Libia.

Regresamos al ordenado caos del batallón. Los muchachos querían que hubiéramos seguido hasta Trípoli aprovechando las circunstancias, pero los peces gordos tenían otras ideas. Estaban empezando a planear nuestra retirada. Tenían razón porque la mayoría de nuestros vehículos hacía tiempo que necesitaban reparaciones a fondo. El grueso de la Séptima División Acorazada estaba mecánicamente descacharrado.

Estábamos aún en la nube de nuestra aplastante victoria cuando apareció una amenaza en el cielo. A las seis y media de la mañana del 12 de febrero la patrulla localizó un bombardero volando a unos veinte metros del suelo. Lanzó varias bombas pesadas y desapareció en la bruma del horizonte. No era un trimotor Savoia cualquiera. Era un Junkers Ju 88 con cruces negras en las alas. La Luftwaffe había llegado. Aquel mismo día, Rommel voló a Trípoli para hacerse cargo de la guerra del desierto y los alemanes empezaron a constituir una nueva fuerza de combate, el Afrika Korps. No volveríamos a tenerlo tan fácil.

A primera hora de la mañana del 21 de febrero, con menos de veinticuatro horas de preaviso, partimos hacia El Cairo, vía Tobruk. Yo estaba con Charles Calistan. Me parecía una eternidad desde que habíamos explorado El Cairo juntos. Desde entonces, todos habíamos estado en el campo de batalla. Avanzábamos despacio. Teníamos que marchar en formación a veinticinco kilómetros por hora dejando noventa metros entre un vehículo y otro, aunque el camino era bueno y no había más de diez o doce kilómetros por los peores tramos del desierto. Tom «Dicky» Bird era el guía del batallón. Teníamos raciones de agua y comida para dos días, pero era un recorrido largo y seco. No se podían dejar atrás vehículos averiados. No se podía prescindir de nada. Si era posible, teníamos que llevárnoslo todo.

Al segundo día hubo una explosión tremenda. Una de las autoametralladoras había topado con algo. Al aproximarnos daba la impresión de que un tipo ya estaba muerto. Vimos a otros retorciéndose en el suelo y gritando a pleno pulmón. Era George Sherlock, un soldado más mayor, otro de los aficionados al boxeo del batallón. La reacción natural era correr en su ayuda, pero hubiera podido ser mortal de haber dado con un campo de minas. Juntarnos en un sitio también ofrecía un buen blanco en caso de ataque, de manera que había que averiguar qué había podido ocurrir antes de cometer una estupidez. Nos acercamos con cautela, dándole ánimos a

gritos, pero él nos llamaba cada vez más fuera de sí. Podía haber sido una mina o una trampa explosiva, pero resultó ser una bomba termo lanzada hacía quince días. George tenía una buena hemorragia, pero le quedaban energías suficientes para gritar, y eso era buena señal. Tenía la pierna malherida y el brazo no tenía mucho mejor aspecto. No iba a poder dar puñetazos durante una temporada, y cuando me acerqué, se puso más nervioso todavía.

—¡No! ¡No! Que no se me acerque Avey —gritó, dejándome clavado donde estaba. Me quedé atónito. Necesitaba ayuda rápidamente.

—Que no se me acerque, que me pegará un tiro, ¡sé que me pegará un tiro!

Entonces me di cuenta de que se había enterado de lo del jefe del carro de combate italiano.

Era presa del pánico y estaba perdiendo mucha sangre, pero a mí me echó para atrás que me tuviera miedo. No quise empeorar las cosas y dejé que otros se hicieran cargo de él.

Aquellas palabras se me quedaron grabadas. Lo llevamos al hospital de Tobruk donde habíamos dejado los camiones capturados a los italianos. Cambiamos nuestros vehículos por diez camiones para cubrir el tramo final de la vuelta a El Cairo. Esa tarde Tobruk sufrió un fuerte bombardeo. Los alemanes estaban haciendo sentir su presencia. Tuvieron la amabilidad de incluirnos en su ruta y soltaron algunas bombas en nuestro camino de regreso.

Como hombre a quien le gustaba la velocidad, me encantó que los camiones pudieran ir a más de treinta kilómetros por hora, aunque yo estaba empezando a sentirme fatal. Tras meses de tensiones, esfuerzos y combates tenía las defensas bajas. Estaba empezando a sentirme francamente mal.

El 28 de febrero por la tarde estábamos de vuelta sanos y salvos en Mena, a las afueras de El Cairo, donde nuestra avanzadilla llevaba muy adelantada la construcción del campamento. Las tiendas y cabañas de madera eran todo un lujo, pero yo ya estaba en el hospital con una misteriosa enfermedad. Comenzamos a recuperarnos, pero el desierto no quería despedirse de nosotros. Mientras yo estaba echado y aturdido, los demás estrenaban uniforme bajo una violenta tormenta de arena.

La aviación alemana estaba sembrando minas en las inmediaciones del canal de Suez. El Segundo Batallón tuvo que batir las orillas y localizar dónde habían caído las minas. Por la noche decidieron tender una red por encima del agua para poder ver por la mañana los agujeros atravesados por las minas. Aparecieron dos aviones para lanzar cartuchos vacíos y hacer una demostración práctica a la luz del día. Solo esperaban uno. Costó un rato darse cuenta de que el segundo avión era alemán y las minas, de verdad.

Yo no vi nada de todo aquello. El lujoso campamento resultó ser una espada de doble filo. Nosotros no lo sabíamos, pero las paredes de adobe, levantadas para proteger las tiendas de las explosiones de las bombas, eran un criadero perfecto de mosquitos. Salían a picarnos de noche. Yo tenía poca resistencia. Contraje unas fiebres: altas temperaturas, dolores de cabeza y en las articulaciones, ojos irritados, de todo. Según me dijo el médico, se me habían inflamado el hígado y el bazo. Pasaría algún tiempo antes de que estuviera recuperado. Aquel verano había habido una

epidemia y no terminó hasta que no fumigaron con DDT.

Estuve enfermo mucho tiempo. El batallón permaneció en las inmediaciones de El Cairo hasta finales de abril, pero la guerra del desierto empezó a adquirir un cariz diferente. Australianos y neozelandeses fueron trasladados a luchar a Grecia, de tal forma que las restantes fuerzas con su baqueteado equipamiento tuvieron que retirarse. El Afrika Korps de Rommel no tardó en ocupar todo el desierto y nosotros nos quedamos igual que al principio. Rommel puso sitio a Tobruk en abril. Después cruzó la frontera egipcia por el paso de Halfaya y el Segundo Batallón volvió a ser enviado al desierto para hacer frente a los Panzers.

El comienzo no fue bueno. Rommel los hizo retroceder hasta Buq Buq. Allí fue donde me reuní con ellos y me enteré de que Montagu Douglas Scott, un oficial a quien yo respetaba, había muerto en Halfaya, el mismo sitio adonde le había llevado meses atrás. El *hamsin* había vuelto a amainar dejándolo demasiado cerca del enemigo y esa vez no había podido salvarse. Fue el primer oficial de mi batallón que murió en el desierto.

Buq Buq estaba a orillas del mar y, cuando a cuatro o cinco de nosotros nos dieron permiso para bañarnos, no nos lo pensamos dos veces. Era una playa bonita de arenas blancas y finas a lo largo de toda la bahía. Un mar de un azul intenso y unas olas prodigiosas que rompían entre espumas con una fuerza descomunal.

Estábamos secándonos y haraganeando un poco cuando oímos que alguien pedía socorro. Nos costó averiguar de dónde provenían los gritos hasta que vimos a un hombre, evidentemente en apuros y braceando impotente como unos cien metros mar adentro. Sería por la resaca.

Había empezado a vestirme tras mi gratificante y salado baño. Volví a desvestirme y eché a correr por la playa para verlo mejor. El brillo del agua y el cielo me hicieron guiñar los ojos. El estruendo de las olas al romper se superponía a cualquier otro sonido.

El hombre no estaba solo. Un bulto más distante aparecía y desaparecía al compás de las olas unos treinta metros por detrás de él, al parecer hundiéndose. Me metí en el agua a la carrera, saltando por encima de las olas ya rotas que iban a morir a la orilla, después forzando las piernas para avanzar. Cuando ya no pude hacer pie, empecé a nadar contra las olas.

Le alcancé y me las arreglé para tirar de él. Cuando volví a hacer pie, llegaron los otros y me ayudaron a sacarlo a la orilla.

No estaba seguro de que estuviera vivo, no era más que un cuerpo echado en la playa. Yo quise que me tragara la tierra, pero enseguida me di cuenta de que nadie sabía qué hacer. Pero resulta que en el largo viaje desde Liverpool, por llenar el tiempo, yo había asistido a clase de primeros auxilios. Reaccioné y empecé a hacerle la respiración artificial, con los pulmones fatigados por el esfuerzo. Enseguida empezó a brotarle líquido por la boca.

Busqué con la mirada al segundo hombre que estaba en el mar, pero se había ido. El hombre al que yo había salvado era un oficial de artillería. Ya estaba consciente y respirando. Fue Eddie Richardson quien dio parte. Creo que quería que el viejo supiera lo que había hecho yo. Eddie era así.

El suboficial me encontró cuando un *hamsin* se abatía sobre el batallón. La alta

muralla de arena ardiente golpeó la unidad, penetrando por todas partes. Apenas podías ver tu propia mano y muchos de nosotros nos echamos las mantas por la cabeza para protegernos. En mi caso, además, llevaba una venda que me tapaba nariz y boca para filtrar el aire tórrido. Estaba tan bien resguardado que tuvieron que decirle dónde estaba cuando llegó, con la cara también tapada por un pañuelo. Puestas así las cosas, nuestra conversación sonaría un tanto apagada:

—Por lo que veo, no ha perdido usted el tiempo en la playa, Avey. ¿Es cierto?

—Sí —dije retirándome la venda de la boca para hablar.

—Salvar a un oficial, nada menos.

—Así es.

—Por supuesto, se hace usted cargo —siguió casi a voz en grito— de que no puedo darle nada por lo que ha hecho.

—Sí.

—Pero voy a hacer una cosa. Necesitamos alguien más para escoltar prisioneros a Sudáfrica, con que ya puede usted liar el petate, se marcha.

—¿Cómo, ahora mismo?

—Sí, ahora mismo. No se meta en líos y podrá durarle hasta el final de la guerra. ¿Está claro?

No puedo recordar lo que le dije, pero se fue enseguida, otra sombra tapada bajo la tormenta de arena. Tenía buenos recuerdos de Sudáfrica, pero el destino fue cruel. Otra vez empecé a encontrarme mal. La cabeza me iba a estallar, empezaban a dolerme los músculos.

Salí para El Cairo en el siguiente convoy de camiones de aprovisionamiento con el *hamsin* todavía activo, dolor de cabeza y la cara tapada para evitar que me entrara en la nariz y en los ojos arena en suspensión. Conmigo iban otros dos tipos y no tardé en verme tumbado en la caja del camión, zarandeado por el vendaval que rugía fuera y el que rugía dentro de mi cabeza. Empecé a delirar: esa vez fue la malaria.

Gracias a Dios, eso me debilitó. No sé por qué lo hice, pero uno de los muchachos me lo contó después. La guerra ya me había llevado a muchos sitios terribles. No sé cuál fue el que evoqué en el duro lecho de aquel camión, pero en mi delirio sufrí una repentina crisis de pánico. Me contaron que me echaba hacia adelante para quitarle el revólver a uno de los muchachos, convencido de que de ello dependía la supervivencia de todos nosotros. Menos mal que me redujeron.

Me internaron en una tienda hospital. Perdí la cuenta de los días, pero debí de estar allí por lo menos quince, aunque pudieron ser muchos más. El personal de la enfermería era espléndido; el tratamiento con quinina, amargo y horrible. Eso es todo cuanto recuerdo, y los intensos bombardeos, por supuesto. Menudearon durante mi convalecencia y son alarmantes cuando estás bajo una lona.

Mejoré y pronto volví a estar con los chicos. No mucho después de volver a ponerme en pie, estaba sentado en la tienda refectorio cuando un oficial muy atildado me localizó.

—¿Qué demonios está usted haciendo aquí, Avey? Debería estar en Sudáfrica. — Yo me había figurado que el episodio de la malaria había hecho evaporarse aquella pequeña escapatoria. Desapareció antes de que le diera ninguna explicación. Volvió al cabo de un par de horas—. Bueno. Asunto resuelto. Tengo un barco para usted, de

modo que recoja sus cosas y vaya al puerto ya mismo. Necesitan dos hombres. Coja alguien que le acompañe, pero dese prisa.

Observé las mesas de madera y me fijé en Bill Chipperfield. Bill había estado en mi camarote en el Otranto. Era honrado a carta cabal y eso me bastaba.

Nos llevaron al puerto en una camioneta. Necesitaba un buen afeitado, tenía el uniforme con manchas de grasa y, cuando vi el barco en el que íbamos a embarcar, me sentí muy mal vestido. Era el famoso Île de France, un gran transatlántico francés requisado por el Almirantazgo británico cuando cayó París. Tenía tres altas chimeneas que se alzaban sobre amplias cubiertas de paseo, aunque la pintura blanca y negra que realizaba su porte había sido sustituida por una mano de gris acorazado.

Era legendaria su decoración interior con cuadros y esculturas *art déco*, más un café a la parisién, piscinas y gimnasios. Reconvertido en buque de transporte de tropas, aún podían reconocerse sus elegantes trazas y su empaque.

—Le han dado uno de los camarotes individuales —anunció el guía que me abría paso. No era un error, era un apartamento flotante de lujo.

Casi se podía oler el perfume de las elegantes mujeres parisinas o imaginarlas acicalándose para cenar en uno de los lujosos comedores antes de salir, inmaculadamente ataviadas, a dar un paseo por la cubierta.

Pero no, lo que noté más que nunca fue el roce de la arena del desierto en mi uniforme tieso y sucio. Una vez en mi camarote, pasé la mano encallecida por las suaves sábanas de la cama y soñé. En aquel momento las heridas del desierto en los brazos, más que medallas de guerra, me parecieron un engorro para estar en sociedad.

Oí una tos. Levanté la vista y ante mí había no uno, sino dos mayordomos indios.

—¿Está todo a su gusto, señor?

—Eh, de primera —titubeé al responder. Llevaba meses recibiendo órdenes, sin poder decidir ni tener comodidades. Así que poder decidir y tener comodidades fue como una compensación por el tiempo perdido.

—¿Tiene usted todo lo que necesita?

—¿Todo lo que necesito? Sí, todo.

—Perfecto —dijo, sin quedar del todo satisfecho—. ¿A qué temperatura desea el baño, señor?

Noté que mi boca hacía una mueca.

En el barco había centenares de prisioneros italianos. Nuestro cometido era vigilar las pasarelas que iban a su zona e impedir que salieran o, peor aún, se hicieran con el control del barco. Me llamó la atención que me dieran un fusil italiano para las labores de vigilancia, cuando nuestro fusil Lee-Enfield era el mejor. Pero la mayoría de los italianos sentía alivio por librarse de la guerra, de manera que el riesgo no era tan grande.

Después del desierto todo era fácil. En ocasiones comí en la mesa del capitán. Fue la primera vez que vi pan blanco en mucho tiempo. En el desierto no había visto nada de pan.

Al llegar a Durban dejamos que otros desembarcaran y dieran parte de los prisioneros a Clarewood Camp. La primera parte del trabajo estaba hecha.

Esta vez en Sudáfrica reinaba un aire irreal. Pero yo estaba decidido a explorar y me remitieron al Navy League Club, un bonito local de estilo colonial con un bar

grande y fresco. Había música y seres humanos como los que yo había conocido, personas cuya preocupación cotidiana no era la de seguir con vida. Mucha gente quería tener noticias del desierto. Éramos famosos a pequeña escala. Llegué a hartarme de aquello, aunque, eso sí, podías tomar té y el pan era decente.

Conocí a una chica encantadora que se llamaba Joyce, directora gerente de la empresa Stinkwood Furniture, dedicada a la fabricación de mesas y sillas de maderas nobles, cuyo nombre obedecía al mal olor que desprendía la madera al trabajarla. No tardé en recibir una invitación para conocer a sus padres, quienes, al cabo de un par de visitas de cortesía, sugirieron que debía quedarme a vivir con ellos en lugar de en el cuartel. No era nada raro, otros muchachos del campamento se habían trasladado a vivir con familias sudafricanas, y la mayoría, Bill entre ellos, estaban contentos. La familia Merrit vivía en un piso confortable de una amplia calle con palmeras que bajaba hacia la Esplanade.

La vida transcurría apaciblemente y la guerra quedaba a miles de kilómetros de distancia. Joyce me gustaba, me imagino que es lo que ahora se llamaría una novia, porque desde luego pasábamos mucho tiempo juntos. Se le daba bien navegar y solía llevarme a bordear la costa; también nadaba bien y no se asustaba cuando sonaba la alarma de los tiburones. Era toda una mujer.

Mi trabajo no me llevaba más de media hora al día. Me entregaban una lista con el número de prisioneros en Clarewood Camp y tenía que llevarla al cuartel general en Durban. Me gustaba la vida con la familia de Joyce. El chófer nos llevaba al «bioscope», donde veíamos películas con una bebida en la mano y sentados en butacas estilo Lloyd-Loom, con un atento servicio de camareras.

Joyce consiguió tomarse unos días libres en el trabajo y sugirió hacer un viaje juntos, ya que sabía que a mí no me gustaba nada que siempre estuvieran haciéndome preguntas sobre la guerra. El batallón me había enviado a descansar, evidentemente, y con gran sorpresa por mi parte, mi petición de permiso fue aprobada, de manera que nos pusimos en camino para viajar a lo largo y ancho de Sudáfrica. Pasamos por el norte hasta Rodesia, como se llamaba entonces. El paisaje era paradisíaco y siempre teníamos criados corriendo detrás de nosotros. Casi no te atrevías a hacer nada por tu cuenta. Corría el verano de 1941, la mitad de la guerra, y yo lo estaba pasando bien en África.

A lo mejor había dado en el clavo. Quizá hubiera podido ser el sitio donde establecerme en el futuro; pero mientras estuve en Durban, algo me roía por dentro. Veía constantemente hombres que embarcaban y se preparaban para ir «al azul». Empezó a remorderme la conciencia. Fue entonces cuando me encontré por la calle con George Sherlock, y creo que aquello fue la gota que colmó el vaso. Cuando me lo encontré, yo estaba con Joyce. Venía gritando y cojeando con dos muletas por la calle antes de que yo lo viera. Fue maravilloso ver a un hombre a quien había dejado retorciéndose de dolor y gritando aterrorizado con tan buen aspecto, pese a haber perdido un pie por una bomba termo. A los dos nos encantó volver a vernos.

Aquello me decidió: tenía que reincorporarme al batallón. Me enteré de que el Mauretania zarpaba para Suez y embarqué con muchos otros muchachos. Mi idea era dar parte de mi situación en cuanto nos hubiéramos hecho a la mar.

A la familia de Joyce solo le dije que iba a estar fuera una temporada. No di más

detalles. A decir verdad, ni siquiera le conté a Joyce lo que iba a hacer, que me iba «al azul» y que tal vez no volviera. Durante la guerra no dejabas que nadie se te acercara mucho; quizá yo había traspasado el límite. Estaba a punto de cambiar un mundo por otro. Tenía que ser como pulsar un interruptor. Era la única forma en que yo podía hacerlo. Después le escribí una vez desde Egipto e intenté explicárselo, pero lo hecho, hecho estaba. Joyce visitó Inglaterra cinco años después de la guerra y me escribió para ver cómo estaba. Como estaba era casado. No volví a verla.

Me habían dado un billete para la tranquilidad en Sudáfrica y yo lo había hecho trizas; estaba dirigiéndome otra vez al combate. Sentía que era mi deber, pero había abandonado a Joyce y quién sabe lo que podría haber sido de nosotros si me hubiera quedado. Solemos cometer estupideces de ese calibre.

El barco estaba repleto de animosos sudafricanos y a bordo se cantaba mucho, sobre todo en afrikáans. Nunca llegué a dominarlo, pero todavía recuerdo las melodías que recorrían por las noches la cubierta a oscuras.

Era difícil compartir su estado de ánimo. Sabía lo que les aguardaba, pero no quise aguarles la fiesta. Los sudafricanos iban a pasarlo mal «en el azul» y yo iba a ser testigo. No iba a ser fácil para nadie.

Cuando perdimos de vista la costa, me presenté a un oficial británico que iba a bordo. La respuesta fue previsible y directa. «Pues ha sido una estupidez de tomo y lomo», fue lo único que dijo. Evidentemente, se había quedado atónito. Enseguida me encontraron una litera, pero con el calor que hacía casi siempre dormíamos en cubierta.

Hubo más problemas al volver «al azul». Había desobedecido órdenes volviendo, pero era difícil mantener una acusación por presentarse en vez de irse. Recibí el rapapolvos de rigor, pero necesitaban hombres con urgencia. Los alemanes estaban aporreando la puerta. Nuestras victorias pasadas estaban muertas y enterradas. Pertenecían a una guerra diferente. Erwin Rommel, *el Zorro del Desierto*, era el nombre que estaba en boca de todos. Los alemanes se habían plantado en la frontera egipcia y la guarnición de Tobruk estaba sitiada.

Capítulo 6

Recogimos las autoametralladoras Bren en Mersa Matruh y fuimos a reunirnos con el batallón. Volvía a estar con algunos de los compañeros de antes, y cuando apareció Les Jackson, ya estuvimos al completo. Estábamos encantados de vernos, pero no hablamos mucho. Me alegré de que no me preguntara dónde había estado. Mientras yo había estado aprendiendo a tratar a una bella y joven marinera durante el día y había estado servido a cuerpo de rey por las noches, Les y los muchachos habían estado a base de carne de vaca enlatada o estofado grasiento de Maconochie's en el arenal de Wavell. En ese momento era el arenal de Auchinleck, ya que, para espanto mío, Wavell había sido sustituido como comandante en jefe para Oriente Próximo tras el fracaso de una o dos operaciones.

Les tenía razón. No le gustaba hacer restallar el látigo, pero sí que las cosas se hicieran, de manera que si él era el jefe de la autoametralladora, yo la conduciera. No cabían discusiones. Tenía confianza en mí y me permitió instruir a nuestro nuevo tirador. Cargamos la munición en la parte de atrás y nos preparamos para marchar hacia nuestra última acción juntos.

La ofensiva para librar Tobruk se hizo famosa como Operación Crusader. Como siempre, aguardamos en la oscuridad, aunque ya podíamos conjeturar bastante atinadamente. El objetivo era recobrar el puerto de la ciudad y hacer retroceder a Rommel, recuperando el terreno perdido. El asalto principal se haría en Trigh Capuzzo, un largo tramo de desierto después de Sidi Rezegh, al sur de Tobruk. Se trataba de obligar al enemigo a librar una enorme batalla de carros de combate eligiendo nosotros el terreno. La guarnición sitiada de Tobruk debía romper el cerco y unirse a nosotros.

La primera vez que oí el nombre de Sidi Rezegh no me dijo nada.

Yo estaba todavía en la compañía B, mandada por Tony Franklyn y encuadrada en la columna Hugo, así llamada por el comandante que la dirigía, el vizconde Hugo Garmoyle. Nuestro cometido era atraer al enemigo al oeste de su línea principal de avance.

Aquella zona del desierto estaba llena de hondas depresiones, tantas que los mapas les asignan diez nombres diferentes, uno por cada una de sus sutiles variantes. Un hundimiento del terreno puede describirse como un *agheiret* o *agheret*, salvo que sea un *ghot*, un *giof*, un *gof* o un *got*. También puede llamarse *hatiet*, *rughet* e incluso *sghifet*, que no debe confundirse con un *deir*, un tipo de depresión en la que se puede acampar. Las grandes sirven para ocultarse. En las pequeñas se pueden romper las orugas.

Nos reunimos cerca de la frontera libia, unos 67 kilómetros al sur del mar, en un inhóspito y ya familiar paisaje de arena y pedregales, con multitud de salinas que en otro tiempo habían sido lagos. A las seis de la mañana del 18 de noviembre cortamos la alambrada y pasamos. Amaneció un sol brillante, pero que no calentaba demasiado. No había espejismos, pudimos ver riadas de tanques y otro tipo de vehículos en dirección a Tobruk.

Antes que nosotros ya habían pasado muchos por allí. El árido paisaje estaba

punteado de tumbas musulmanas, grandes y pequeñas, señalizadas normalmente por un montón de piedras; había cisternas de época romana e incluso viviendas trogloditas excavadas en la roca. Por muchos que hubieran pasado, pocos se quedaron y estaba claro por qué.

Incluso en el mejor de los casos, las autoametralladoras tenían tanta sed como un fusilero australiano en el Sweet Melody, pero nos estábamos abriendo paso con marchas cortas, sorteando tramos de arenas finas, de tal forma que estábamos consumiendo combustible de lo lindo. Como siempre, yo estaba concentrado en conservar en buen estado las orugas, que funcionara el motor y que no me entrara arena en los ojos.

La plana mayor del batallón iba tres horas por detrás de nosotros. Más tarde hablaron del «ambiente de excitación contenida» que reinaba en la columna. No recuerdo sentirme especialmente contento. Les y yo formábamos una unidad y nada más. La plana mayor incluso encontró tiempo para detenerse a lavarse, afeitarse y desayunar.

La RAF estaba haciendo un buen trabajo. Ni rastro de aviones enemigos en todo el día, aunque pasamos por los restos de dos Stukas estrellados e incendiados, y eso nos dio cierto consuelo. Nuestro primer contacto real con el enemigo se produjo a media tarde, con ocasión de una breve refriega con cinco carros de combate italianos. En la plana mayor reinaba un humor excelente. Bromeaban sobre la «cerveza de Trípoli». Resultó que tuvieron la suerte de sobrevivir para tomársela en El Cairo. No recuerdo el mismo ambiente donde estábamos agrupados nosotros. Pasamos la noche en una serie de pequeños cerros rodeados de grandes hondonadas, durmiendo en un terreno pedregoso, en un paisaje cuajado de tumbas.

Nos levantamos temprano para que nadie nos sorprendiera durmiendo. La mañana era fresca y diáfana, y empezó con el tipo de acción al que estábamos acostumbrados, un toma y daca con otro grupo de carros de combate italianos. Les perseguimos en dirección norte, hacia el pozo de Bir Gubi, en compañía de los nuevos carros de combate Crusader de la 22.^a Brigada Acorazada. Gubi estaba rodeado de camiones enemigos, un objetivo tentador; pero lo que sucedió a continuación fue horrible y emocionante por igual.

Teníamos asientos de tribuna para lo que dicen que fue lo más parecido a una carga de caballería ejecutada por carros de combate que hubiera podido verse en toda la guerra, pero aquellos camiones enemigos no eran lo que parecían. Ocultaban cañones anticarro. Al momento no hubo más que polvo y humo. Nuestros carros de combate se lanzaron por en medio de las posiciones enemigas y pasaron por encima de sus trincheras, pero fueron blanco fácil de los cañones y, en consecuencia, fueron diezmados.

Nos llegó por radio la orden de hacer prisioneros. Decían que Gubi había sido capturado, pero cuando se disipó un poco el humo, vimos que todavía seguía el combate con fuego de artillería y anticarro, de tal forma que el capitán Franklyn anuló la orden por suerte para nosotros. A media tarde, la Vigésimosegunda Acorazada había dejado fuera de combate sesenta carros de combate italianos, pero había perdido veinticinco nuevos Crusaders. Un contratiempo, ya que habían ido a enfrentarse con los Panzers.

Al caer la noche fuimos a ver si podía recuperarse alguno de nuestros carros de combate estropeados. Algunos humeaban todavía, y había muertos y heridos de ambos bandos esparcidos por todo el campo de batalla. Por lo menos dos de nuestros carros de combate solo habían sufrido desperfectos en las orugas. Desde Gubi llegaba un estrépito de motores y gritos, y al oír que se aproximaba gente, conseguimos capturar a un prisionero.

Al día siguiente, 20 de noviembre, enterramos a mi amigo Bill Manley. Al querido Bill. Debió de quedarse seco de un solo tiro porque, cuando me acerqué a él, ya estaba muerto y no recuerdo haber visto muchas lesiones en su cuerpo. Tuvimos que hacernos cargo del cadáver. Lo enterramos al alba. Sin ceremonias, ni ritos. Me arrodillé y aparté la arena todo lo que pude para evitar que volviera a introducirse en el hoyo. Le quitamos la mitad de la placa de identidad del cuello y lo dejamos en aquella fosa poco profunda del desierto. Procuré no mirarle a la cara mientras lo cubría de arena. Bill era de esas personas siempre dispuestas a hablar de su casa, su familia —lo importante—, cosa que generalmente no solía hacerse. Ninguno de nosotros quería intimar demasiado y en momentos como aquel, de rodillas sobre la tierra, echando arena sobre un rostro humano, quedaba claro por qué. Pusimos encima todas las piedras que fuimos capaces de encontrar para evitar que se acercaran los perros salvajes y permanecemos de pie sin pronunciar una oración. Quité el cerrojo de su fusil, le puse la bayoneta y lo clavé en la arena a sus pies. Di media vuelta y lo dejé solo en el desierto.

Mucho después del fin de la guerra fueron a limpiar el escenario de aquellas batallas. Trasladaron al cementerio militar los cuerpos enterrados, pero hubo muchos a quienes no pudieron encontrar, cuyos nombres figuran en el monumento conmemorativo de El Alamein. El nombre de Bill figura allí, de modo que todavía yace donde lo dejé, en algún lugar del mar de dunas al sur de Sidi Rezegh.

Nos ordenaron seguir avanzando para ver si Gubi seguía ocupado. Lo averiguamos en cuanto abrieron fuego los cañones anticarro y la artillería pesada. Poco después llegó la Brigada Sudafricana y tratamos de avisarles, pero su compañía de vanguardia fue derecha a la zona de peligro y los machacaron de mala manera, pobre gente. Sin duda, algunos de ellos eran los chicos cuyas animosas voces nos levantaban la moral en el Mauretania cuando subimos bordeando la costa de África.

Menos mal que uno de nuestros oficiales consiguió llegar al cuerpo principal de sus camiones de transporte de tropas antes de que se pusieran a tiro y no tuvieran escapatoria. Desde el cielo cayeron en picado veintisiete bombarderos de ataque Stuka, escoltados por cazas. Normalmente iban pilotados por aviadores de primera, pero esa vez lanzaron las bombas en una zona vacía del desierto. Solo uno consiguió efectuar el picado habitual, aunque lo malogró al no soltar la bomba a tiempo y se estrelló. Corrieron rumores de que los pilotos debían de haber sido italianos, pero a mí me costaba creer que los alemanes hubieran permitido pilotar sus aviones a pilotos italianos. Quizá fueran novatos.

Nos estábamos acercando a nuestro objetivo. Unos treinta kilómetros al norte estaba la cresta, dominando la pista de Trigh Capuzzo. En aquella cresta estaba el mausoleo de Sidi Rezegh, un edificio blanco y con cúpula; también había un gran aeródromo. La Séptima Brigada Acorazada ya había hecho de las suyas por ahí y

habían destruido Messerschmitts y Stukas, aplastando fuselajes con los carros de combate. Se pagó un elevado precio en accidentes. Mis amigos de la compañía A del comandante Sinclair habían sufrido, perdiendo dos autoametralladoras por disparos de cañones anticarro. Repasando aquellos acontecimientos, me encuentro con que posteriormente se describieron como «una de las mayores hazañas de la guerra del desierto».

Tomar la cresta permitió a nuestras fuerzas dominar la denominada carretera del Eje en dirección a Tobruk, pero el asalto se estaba llevando a cabo con lentitud, de manera que la guarnición sitiada no pudo romper el cerco y unirse a nosotros.

He leído las historias militares, por lo tanto, ahora sé qué falló. Los alemanes no compartían nuestro afán por una batalla convencional de carros de combate. Elegían el momento y aprovechaban su superioridad armamentística para atacarnos en combates separados, inconexos, que nos costaban caros. Se les daba bien. El 21 de noviembre por la mañana subía con mi autoametralladora por un *nullah* y, al crestear, vi un carro de combate alemán a menos de mil metros. Giró el cañón y al momento estaba disparándonos. Apenas me dio tiempo de dar media vuelta y volver a bajar por donde había venido.

La compañía A del comandante Sinclair tomó contacto con los alemanes a primeras horas de la tarde, cuando les atacaron setenta y cinco Panzers en una barahúnda de arena, bombazos y ve hículos incendiados. Nuestros hombres se hallaban en franca inferioridad numérica y sus cañones anticarro habían quedado inutilizables. Los supervivientes fueron a protegerse a los *wadis* y enseguida, mientras caía la tarde, se vieron atrapados entre los carros de combate por el sur y la infantería por el norte. Pronto estuvieron en el bote.

Les y yo habíamos estado toda la noche danzando por ahí en la autoametralladora con el resto de la columna de Hugo Garmoyle. Por la mañana, mientras estábamos a cubierto en el valle al sur del aeródromo, oímos unos mensajes desesperados de la plana mayor del batallón, que habían quedado atrapados. No eran más que tres camionetas con antenas, completamente a la vista, con el personal agazapado detrás de las camionetas por seguridad. Los oímos por la radio.

Enviaron cinco carros de combate Crusaders al rescate, pero fueron inmediatamente pasto de las llamas. Con dos camionetas ardiendo, la plana mayor comunicó por radio que iban a cavar trincheras. Entre los pocos cañones que quedaban en funcionamiento había un Bofors antiaéreo, pero sus proyectiles rebotaban en los carros de combate alemanes. Los sirvientes de un cañón anticarro montado en un camión fueron alcanzados. Uno de nuestros oficiales, el teniente Ward Gunn, corrió más de cien metros bajo un fuego graneado para hacerse cargo de él. Acertó a dos carros de combate enemigos antes de que lo alcanzaran a él: le concedieron la Cruz Victoria a título póstumo. Algunos de la plana mayor lograron ponerse a salvo cuando la infantería alemana se echó sobre ellos.

Justo cuando el comandante Sinclair y sus hombres fueron hechos prisioneros, cayó una rociada de proyectiles de artillería en medio del grupo de prisioneros, cuya polvareda y confusión él aprovechó para escapar. Encontró un parapeto y se escondió debajo de una estera hasta que se hizo de noche, mientras los alemanes saqueaban un camión a menos de diez metros. Pasó frío toda la noche al sereno antes de poder

volver. Al final, se perdieron dos oficiales y cuarenta hombres de la compañía A. Solo se salvaron veinte. La compañía como tal había dejado de existir.

La Operación Crusader fue un desaguado. Nos estábamos quedando sin carros de combate y munición. El enemigo había vuelto a capturar el aeródromo de Sidi Rezegh, hecho de nefastas consecuencias para los hombres inmediatamente a mi alrededor. Hasta entonces habíamos contemplado todo a distancia, viendo caer los proyectiles en el aeródromo donde había quedado atrapada la compañía A, pero ya nos encontrábamos en el centro de la batalla.

La Cuarta Brigada Acorazada emprendió la retirada a través de nuestra posición y también se vieron obligadas a retroceder lentamente las autoametralladoras que estaban en el aeródromo.

En ese momento apareció sobre la crestería un puñado de carros de combate alemanes a unos setecientos metros al sur del aeródromo. Los Panzers pasaron a menos de treinta metros de uno de nuestros pelotones, pero a esa distancia ninguna de nuestras armas, las Bren y los inútiles fusiles anticarro Boys, les causaban la menor impresión. La batalla entre nuestros cañones de campaña de veinticinco libras y sus carros de combate sólidamente acorazados era desigual, pero Garmoyle resistió, yendo de un cañón a otro, animando a los tiradores y dando órdenes. Yo no lo vi, pero contaban que estaba caminando tranquilamente cuando cayó una bomba a su lado y un fusilero le dijo a otro: «Mira, le ha caído una bomba al lado al comandante». «¿Y qué ha hecho?», preguntó el otro. «Dar un paso más largo.»

Los tiradores y los ánimos de Garmoyle contuvieron el avance alemán hasta el anochecer, pero muchos de nuestros vehículos fueron capturados antes de que pudieran ponerse a salvo.

Aquella última noche de libertad fue relativamente tranquila considerando el caos reinante. Nos retiramos bastante lejos de la crestería. Entonces se juntaron con nosotros otras unidades. Durante toda la noche llegaron grupos pequeños de carros de combate de la Vigésimosegunda Brigada Acorazada. Me cambié las botas de desierto por otras más sólidas y me puse el chaleco de piel. Algo malo iba a suceder.

Al amanecer del 22 de noviembre habíamos vuelto a las andadas. Cincuenta de nuestros carros supervivientes sufrieron un ataque de los Panzers enemigos. A continuación, se abrió un falso portillo de esperanza cuando llegaron a todo correr los carros de combate ligeros de la Cuarta Brigada Acorazada, después de haberse abierto camino al noroeste. El general de brigada Jock Campbell los dirigió a la batalla en una camioneta, ondeando su pañuelo azul como bandera. Se lanzaron directamente al combate, pero el ataque fue más valeroso que efectivo. Llegaron en pequeños grupos y en pequeños grupos fueron destruidos.

Entonces nos hallábamos en una posición precaria en un ángulo del aeródromo de Sidi Rezegh. En la radio había comentarios contradictorios porque utilizábamos topónimos distintos a los asignados al Undécimo de Húsares. Era un inconveniente. Se nos ordenó seguir una derrota de 22° como línea más conveniente de ataque a través de una zona sin accidentes geográficos. Nos dijeron que estuviéramos atentos a los carros de combate enemigos, que merodeaban por allí en busca de presas.

Con dos banderas azules portadas con los brazos extendidos, el jefe del pelotón nos ordenó avanzar a la par. Me ajusté el chaleco de piel mientras rugían los motores

de la autoametralladora. Hacía calor y, como yo sudaba, tenía un pañuelo blanco atado al volante para secarme la cara. Metí la marcha y echamos a andar, deslizándonos sobre las orugas mientras ganábamos velocidad hasta que nos pusimos un poco por delante de los otros cuatro. No teníamos ni idea de dónde nos habían ordenado ir.

De pronto, un declive del terreno me obligó a torcer al este a lo largo del borde de la escarpadura. En ese momento empezaron a dispararnos con ametralladoras y el blindaje se puso a resonar como si se tratara de martillazos en un yunque. Se nos iba a caer el pelo de todas todas.

Les no dijo nada. «Fuego, por amor de Dios», grité al tirador detrás de mí. Oí el tableteo metálico de la Bren disparando por encima de mí. El estruendo era ensordecedor. Pude notar el calor del fogonazo de la Bren. Los casquillos usados me caían en el cuello y en la zona de los pies del conductor.

Se hizo una pausa atrás y se oyó el ruido metálico del tirador cambiando los cargadores. Seguíamos sufriendo impactos que hacían vibrar la autoametralladora como si estuvieran taladrando el blindaje con una perforadora.

Les estaba a mi lado, concentrado en abrir fuego con el fusil anticarro Boys. Tenía mi asiento abatido en posición de acción y, en lugar de ver por encima del blindaje, miraba a través del cristal de la diminuta ranura parabrisas. Iba echado a la derecha, alejado de Les, mirando por la ranura en ángulo, por si entraba algún proyectil.

El retroceso le echaba hacia atrás con cada disparo, cuyo estrépito quedaba ahogado por el fuego de ametralladora que recibíamos. Otra pausa y pude oír el frenético sonido del tirador cambiando otra vez los cargadores. Los proyectiles zumbaban por el blindaje. Yo estaba intentando controlar la autoametralladora y otra vez empezaron a caerme casquillos encima; entonces, todo se detuvo súbitamente. Fuera seguía el estruendo, pero la Bren estaba muda. Sentía un pitido en los oídos, pero el silencio de nuestro tirador era espantoso. En ese momento caí en la cuenta de que le habían alcanzado. Entonces abrieron fuego contra nosotros por ambos lados.

Atravesamos un estrecho embudo de tiradores alemanes. Por la izquierda, ocultos tras un reborde de la escarpadura. Por la derecha, a nuestra altura. Les, que había estado disparando y cargando sin cesar, quería apuntar a la posición de una ametralladora.

—¡Alto! —gritó.

—¡Ni lo sueñes! Seríamos un blanco fácil.

Ya estaban disparando a las orugas y los enganches de las ruedas. Si los rompían, podían cogernos a placer.

Nos dirigíamos a uno de los nidos de ametralladora en medio de un vendaval de fuego cruzado. Con el tirador fuera de combate y Les peleando con su fusil anticarro, las únicas armas verdaderamente útiles que tenía a mano eran unas cuantas granadas de mano junto al asiento y el propio vehículo, que también podía hacer algún daño.

—¡Les voy a dar lo suyo! —le grité a Les, con más presunción que esperanza, mientras nos lanzábamos contra el nido de ametralladoras. La autoametralladora volvió a cabecear sobre las orugas según pasamos por encima del nido entre el sonido del metal aplastado y retorcido. Estaba seguro de que los tiradores habían muerto en

el acto, pero nosotros estábamos rodeados. O sea, que estábamos en las mismas.

Cogí una granada, arranqué el seguro con los dientes y la lancé sacando el brazo por encima del blindaje. Imposible saber si tuvo efecto. No podía ver nada. El aire estaba lleno de metales volando. Lancé otras dos granadas, con la vana esperanza de que tras cada explosión se hiciera el silencio. No fue así.

No tuve la sensación de que me hiriera una bala. Más bien un golpetazo tremendo en la parte superior del cuerpo cuando me asomé para lanzar la última granada. Me habían dado.

Apenas me di cuenta de la granada destructora que se coló dentro de la autoametralladora.

Me desplomé, incrédulo, en el asiento del conductor. Entonces hubo una explosión atronadora. Como si te martillearan los oídos con dos clavos de acero. Allí, inmóvil, parecía como si la cabeza se estuviera expandiendo y contrayendo por la fuerza de la onda expansiva.

Si la granada hubiera caído en mi lado del vehículo, me habría liquidado, pero me salvó la caja de cambios entre Les y yo, al desviar hacia arriba el metal ardiendo. Debí de quedar inconsciente por la explosión y el vehículo cayó diez metros por el borde de la escarpadura.

Cuando recobré el sentido, el interior de la autoametralladora estaba rojo y yo, ensangrentado, caliente y pegajoso. Tenía la mitad del pobre Les encima de mí; sangre y sabe Dios qué más.

No acabó ahí. La silueta de un soldado alemán se recortó a contraluz por encima de mí. Si había decidido no dispararme, no puedo saberlo. Estaba tirando de mí fuera de la ametralladora. Estaba enfadado y no esperaba un trato especial allí, y menos después de lo que había hecho. Había aplastado a sus camaradas. En ese momento me dio igual lo que pudiera pasarme. Además, estaba mi querido Les. Apenas si se reconocía una forma humana. La granada le había explotado en el regazo.

El soldado no disparó. Le vi mover los labios. Rebuscó por la autoametralladora en busca de munición. Entre el agudo pitido de los oídos todavía pude oír a lo lejos el tableteo de las ametralladoras. Las demás autoametralladoras estaban en apuros. Entonces vi a nuestro tirador, tirado en el suelo. No se movía y tenía el brazo destrozado. Se presentó otro joven alemán. Miró los relucientes impactos en los costados de la autoametralladora alcanzados por centenares de proyectiles. Los recorrió con la yema de los dedos, sonriendo como si estuviera satisfecho de su propia precisión.

Al bajar la vista a mi chaleco de piel con restos de Les encima, comprendí al punto por qué no me habían matado en los primeros segundos que siguieron a la captura. Les debió de parecer que yo también había sido víctima de la explosión. Me habían dado por muerto.

Mi primera reacción al ver que Les había saltado hecho pedazos fue: «Gracias a Dios que no he sido yo». Después, mucho después, la gente me decía que todo el mundo quiere sobrevivir y que era una respuesta normal, pero yo no lo sé. Sigo sin saberlo. Ya he dicho antes que en la guerra uno se está poniendo excusas permanentemente.

Les era un tipo de mirada risueña. Yo había estado con él desde que salimos de

Liverpool; había bailado con su hermana Marjorie, me había sentado a la mesa de la cocina con sus viejos y había compartido con ellos las bromas y la comida. No me parecía bien. Ahora me sigue perturbando igual que hace setenta años. Pero cada uno hace lo que tiene que hacer, seguir adelante. La mente es poderosa. Puede hacerte atravesar las paredes.

Llegaríamos a referirnos a Sidi Rezegh como *la batalla olvidada*; ser una nota a pie de página dentro de una batalla olvidada ya es algo.

Capítulo 7

El tirador se hallaba en un estado deplorable. Tenía el brazo prácticamente seccionado por los proyectiles y estaba perdiendo mucha sangre. No creí que sobreviviera. Un soldado alemán le aplicó un torniquete. Me hizo el gesto de retorcer con las manos y capté las palabras «Jede fünfzehn Minuten». Quería que yo se lo aflojara cada cierto tiempo, pero no tuve ocasión. Me pusieron en una camilla y me trasladaron, dejando atrás la autoametralladora llena de impactos y a Les.

Nunca he sabido qué hicieron con su cuerpo. Sus restos aún estaban allí, pegados a su asiento cuando me cogieron. Su nombre figura en el monumento conmemorativo de El Alamein. Espero que alguien le diera la sepultura que le correspondía.

De batalla olvidada, nada. Un completo desastre. Solo en aquella acción se perdieron cuatro autoametralladoras. Me hice algunas heridas en una pierna y en la cabeza, y otra más seria en el brazo. Tardé algún tiempo en enterarme de que Eddie Richardson, *Eddie Regimiento*, había sobrevivido. Su autoametralladora se había precipitado a toda velocidad por la escarpadura con tan buena fortuna que había ido a aterrizar sobre un gigantesco montón de bidones. Sobrevivió a la emboscada y al ataque aéreo y fue hecho prisionero. Creo que meses después lo vi a lo lejos en un campo de tránsito, pero no pude acercarme a él.

Bill Chipperfield, con quien había compartido camarote y viaje a Sudáfrica, también había muerto, junto con otros veintidós muchachos del Segundo Batallón caídos en los dos primeros días de la batalla de Sidi Rezegh. Muchos otros de otras unidades perecieron; yo vi sus cuerpos por todo el campo de batalla. El segundo teniente Jimmy McGrigor murió cuando cayó una bomba en la plana mayor de la columna Hugo. Buena persona Jimmy. Nos hablaba como a personas, no como a escoria.

El asedio de Tobruk se levantó, pero eso no detuvo a Rommel. Volvió a atacar, se adentró en Egipto y no le cerraron el paso hasta el verano siguiente cuando llegó a El Alamein, a uno o dos días de marcha de Alejandría. Allí el Octavo Ejército, mandado entonces por Montgomery, dio el viraje definitivo a la situación, expulsando a Rommel de Egipto de una vez por todas, presionándole en dirección a Libia y Túnez. Charles Calistan desempeñó un papel heroico en El Alamein, destruyendo prácticamente por su cuenta un buen número de carros de combate alemanes. Pero, por aquel entonces, yo estaba en otro mundo absolutamente.

Los camilleros alemanes me llevaron a un puesto de socorro avanzado, donde me pusieron en una mesa de metal. Me quitaron el chaleco de piel. Llegó un *Stabsarzt*, un cirujano con grado de comandante. Noté sus manos por todo mi cuerpo mientras buscaba otras posibles heridas. Yo estaba tendido, con la vista fija en el sólido techo de lona del pabellón. Hubo una interrupción porque llevaron a un oficial italiano con el pie arrancado. Con gran asombro por mi parte, el *Stabsarzt* les ordenó secamente que salieran de la tienda para poder concentrarse en mí. Fue una sensación extraña, dado que entonces yo era un prisionero indefenso en manos de un médico enemigo. Me limpió la suciedad y la metralla de las heridas y me vendó. Afortunadamente, el proyectil no había dado en el hueso. Sentí un gran alivio.

No estaba asustado. Me acuerdo de que pensaba en cómo demonios me había dejado coger y en que ya nunca llegaría a ser oficial. Me trasladaron a una tienda mayor con cajas de suministros apiladas en un rincón. Era raro estar otra vez a cubierto. En el desierto no se ven muchas tiendas; dormíamos siempre al aire libre.

—¿Quiere comer algo? —Las palabras me pillaron por sorpresa. Quien me hablaba era un muchacho joven con el pelo descolorido por el sol. En el Afrika Korps había muchas personas con estudios y bastantes hablaban inglés. Llevaba días sin comer como es debido. Cabe imaginar la respuesta. Volvió con un poco de pan y mermelada. Me quedé atónito; no había visto el pan desde Sudáfrica.

Fue entonces cuando me di cuenta de que iba a sobrevivir a aquella situación. Me estaban tratando bien, de una forma silenciosa y desapasionada. Supuse que dar buen trato sería una orden. Más adelante, cuando conocí un tipo diferente de soldado alemán, me di cuenta de que el Afrika Korps era otra cosa.

Me dijeron que la guerra había terminado para mí, aunque yo sabía que no era así. Seguía estando de servicio y estaría de servicio hasta el final. Era una promesa que me hice a mí mismo entonces y que más tarde habría de perjudicarme. Sin embargo, me habían curado y probablemente salvado la vida, de tal forma que fue un entreacto extrañamente apacible. En la tienda no había guardia de noche, el personal médico no tenía ningún miedo de mí, sabían que no estaba en condiciones de escaparme. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me trasladaron, pero finalmente me cargaron, todavía postrado en cama, en la parte trasera de un pequeño vehículo. Había otro soldado herido, pero apenas hablaba.

Fue un viaje largo y doloroso. Las carreteras eran malas y yo hacía esfuerzos para respirar en la parte de atrás. Intenté recordar el poco alemán que había aprendido en el colegio. Al cabo de un rato conseguí incorporarme y golpear en la trasera de la cabina. No hubo respuesta. Necesitábamos aire. «Luft, Luft», grité aporreando otra vez el metal.

La camioneta se detuvo. Oí al conductor dirigirse a la parte de atrás. Se abrieron las puertas y gritó algo que no entendí. Puso en marcha el motor y volvimos a arrancar con la puerta calzada. Entraba mucho polvo, pero era mejor que asfixiarse. Debimos de recorrer más de quinientos kilómetros. Hicimos varias paradas, sobre todo nocturnas, no me acuerdo. En Bengasi me llevaron a un gran hospital y me pusieron en una cama de hierro al final de un pabellón largo y limpio con ventanas altas. En mi sección, yo era el único soldado aliado, alejado de los heridos italianos y alemanes de la otra punta.

Las enfermeras eran italianas y alemanas y solo me hablaban cuando tenían que hacerlo. Llegaban con el material de curas en una bandeja, me decían que me moviera así o asá, hacían su trabajo y se iban. Dormí mucho. Me fui recuperando poco a poco, y la primera comida cocinada después de mucho tiempo fue bienvenida.

Todavía tenía el chaleco de piel. Estaba hecho jirones por la explosión, pero conseguí quitarle lo peor de las manchas de sangre; el resto se secó y quedó como una mancha permanente. No podía ponérmelo sin acordarme de Les.

Entonces me trasladaron deprisa y sin muchas explicaciones. Los británicos estaban avanzando sobre Bengasi y los alemanes no querían devolver ningún prisionero, herido o no. Me llevaron al puerto en la trasera de un camión. Muchos

otros prisioneros aliados, quizá más de cien, estaban esperando para subir a bordo de un desvencijado mercante. No podría decir cuántos habría ya dentro. En las cubiertas había montones de embalajes de madera. Nos dirigíamos a Italia y no había posibilidades de escapar. Nos llevaron a popa por una pasarela y nos bajaron a la bodega. No había tenido contacto con prisioneros aliados desde mi captura, pero me puse el chaleco de piel como almohada, me dejé caer contra el mamparo y me quedé sumido en mis preocupaciones. Estaba atestado, el aire era caliente y olía a excrementos. Poco después de zarpar nos dieron nuestras raciones, una enorme torta de unos veinte centímetros cuadrados, tan dura que no se podía partir con los dientes. Fue la única comida que nos dieron.

Al cabo de un tiempo, el zumbido regular de los motores y la sensación del cabeceo me dijeron que nos estábamos moviendo; para entonces el aire era prácticamente irrespirable. Nos pusimos a gritar «Luft, Luft, Luft» haciendo bocina con las manos en la boca como si fuera un megáfono. Se convirtió en una marea ronca y desesperada en la que todos participaron. Estábamos ya afónicos de tanto gritar cuando abrieron parte de la escotilla. Engullimos el aire fresco marítimo, llenando nuestros pulmones como si también nos hubieran racionado el oxígeno y luego nos dispusimos a soportar el resto del viaje, sentados y durmiendo en el mismo trozo de duro acero mientras pasaban las horas.

Llevábamos allí una noche y la mayor parte del día siguiente. La torta ya no tenía nada de apetitosa. Levanté la vista hacia la escotilla y vi que había atardecido. La luz de arriba era más diáfana e intensa a medida que el sol descendía por el cielo.

No recuerdo ningún aviso. Hubo una tremenda explosión en la parte delantera del barco. Dio un violento bandazo, como si lo hubiera sacudido una gran ola. Otra explosión. Supe que era serio.

Cundió el pánico al momento. Los hombres se volvieron y se dirigieron a la estrecha escalerilla de metal que subía a cubierta. Vi guardias armados que les cerraron el paso cuando intentaron subir. Fue una escena horrorosa. No había orden ni disciplina; no se ayudaban unos a otros. Era el sálvese quien pueda. Estaba feo, pero yo tuve que hacer lo mismo.

Todavía podía ver el cielo. La cuerda que había asegurado una esquina de la lona sobre la escotilla colgaba dentro de la bodega. La agarré y comprobé que estaba firmemente sujeta a algo arriba. A pesar de la herida del brazo, empecé a ascender, primero una mano y luego la otra, con la cuerda enredada en los pies para aliviar el peso. Lo había hecho un sinnúmero de veces de pequeño. Llegué al final de la cuerda y agarré la esquina de la lona, que también colgaba, trepando hasta que llegué al borde y saqué las piernas por fuera de la escotilla. El barco estaba en apuros y hundido por la parte de proa. No me lo pensé dos veces. El mar no estaba muy agitado, de manera que me quité las botas y me tiré al agua. Con el sonido apagado del agua en los oídos, el tiempo se detuvo por un momento. Todavía había muchos hombres atrapados en la bodega, muchos no podrían salir y quienes hubieran estado más cerca de la explosión habrían muerto.

Emergí a través de una capa de grasa que se me pegó a la cara y el pelo. No quise que me entrara en los pulmones. Era una pasta espesa y oscura, y daba la sensación de que quería arrastrarme al fondo. Era cuestión de tiempo que el barco se hundiera

con todos los que seguían dentro. Sabía que tenía que nadar lejos de allí para que no me absorbiera el remolino, de manera que pateé fuerte y conseguí bracear a través de la grasa.

Más peligro. Ya había otros hombres en el agua, algunos agitando los brazos desesperadamente. Un barco rápido, como un pequeño destructor, estuvo entre nosotros inmediatamente. Era un cazasubmarinos y no había ido a socorrernos. Entonces supe que las explosiones habían sido por torpedos, no por minas. Nos había torpedeado un submarino aliado que seguía todavía debajo de mí. El cazasubmarinos estaba trazando grandes arcos entre los supervivientes, yendo de un lado para otro, tratando de localizar al submarino. Se alzaba por encima de nosotros como un acantilado de acero gris. Había pánico en el agua.

Oí gritos en italiano y alemán, pero todo el que cayera en la ruta del cazasubmarinos quedaba destrozado o tragado por el remolino. Entonces empezó a soltar las cargas de profundidad. Primero se hizo el silencio, luego llegó desde muy abajo un ruido sordo, como un martillazo en el casco. Salió a la superficie con tal impulso que lanzó al aire un gran chorro de agua que tiñó de blanco el mar alrededor. Estaba a menos de cien metros y me sacudió todo el cuerpo. Hubo varias explosiones más hasta que el cazasubmarinos efectuó una última pasada antes de perderse en el horizonte.

Estábamos solos. La luz disminuía rápidamente. A nivel del agua no se veía nada del barco torpedeado. Se había escorado peligrosamente de tal forma que parte del cargamento de cubierta había caído al mar. Siempre pensé que se había hundido.

Vi un gran embalaje de madera flotando en el agua y nadé hacia él abriéndome paso entre la grasa. Me pareció que tardaba una eternidad y, cuando llegué, vi que ya había varios italianos agarrados a la caja. A través de un agujero en una esquina pude ver que la caja estaba vacía. Tomé aliento. Aquella caja chirriante era la única balsa que teníamos. Supe que tenía que hacer algo o moriría en las aguas invernales del Mediterráneo. Me esforcé por conseguir un punto de apoyo en las maderas resbaladizas y, después de caerme varias veces, me encaramé encima de la caja, totalmente fuera del agua. No peleé con nadie para hacerlo, pero si alguien hubiera intentado echarme de allí, le habría pegado. Cuando estás verdaderamente decidido, puedes llegar a hacer esas cosas, pero hacía falta un enorme esfuerzo y yo estaba agotado cuando llegué allí. Me derrumbé y me quedé tumbado boca abajo.

Entonces vi que la caja era frágil y que podría desarmarse pronto porque el mar comenzaba a picarse. Los demás estaban demasiado débiles para salir de aquella situación. No pensé en ayudar a nadie. Tenderles la mano habría significado que me echaran de allí. Tenía que pensar en mí mismo. Sin eso no había nada. El mar seguía movido. Fueron dejándose hundir silenciosamente uno tras otro. Estaban allí y de pronto desaparecieron. Así fue.

Las olas cesaron cuando el sol se hundió en el mar. No se divisaba tierra y mi cuerpo iba perdiendo calor. Pronto oscureció y estuve otra vez al sereno, a la luz de las estrellas, solo, mecido por las olas, el viento y las maderas chirriantes.

Aguanté aquella larga y fría noche con la esperanza de que me rescataran, pero el mar estaba vacío. Allí tumbado boca abajo, perdía el sentido intermitentemente. Al salir el sol imaginé ver tierra, una ciudad dorada en una colina. Pudo haber sido el sol

sobre edificios de piedra. O una alucinación. Pasó el tiempo y, en un breve momento de lucidez, esa vez sí que había tierra a la vista, increíblemente cerca. Las olas rompían contra las rocas al pie de un promontorio de colores suaves. El consuelo no fue muy grande porque había demasiada distancia para cubrirla a nado.

Cuando recobré plenamente el sentido, estaba atrapado entre dos pilares de roca y fuera del agua. Estaba vivo y el tacto de la solidez de la roca me resultó grato tras los gemidos y chirridos de las maderas en las olas. Todavía estaba cubierto de grasa.

Pude oír el dulce ritmo de las olas y estaba convencido de que la tierra bajo mis pies se levantaba y se afirmaba. Tenía la garganta reseca, los labios cortados con sabor a salitre, grasa y porquería. Pasó algún tiempo hasta que recobré un poco las fuerzas e intenté moverme.

Estaba al borde de una cueva cubierta de piedras. Me puse de rodillas y traté de incorporarme, pero las piernas me fallaron en cuanto sintieron el menor peso encima, de modo que seguí sentado un rato más hasta reunir las fuerzas necesarias para volver a intentarlo. Debía de haber estado unas veinticuatro horas en aquella caja de madera. Solo había pasado una noche, que yo recordara, aunque como había perdido varias veces el conocimiento, hasta eso era impreciso.

Cuando pude volver a caminar, encontré detrás de la cueva un paisaje pedregoso y estéril con unos cerros al fondo. Los escasos árboles me daban un poco de sombra, pero estaba desfallecido y con el ánimo por los suelos. Empecé a pensar que tendría que rendirme o morir de hambre. La inmersión en el agua me había reblandecido los pies descalzos. Las piedras me hacían daño.

Fui dando tumbos hasta que me encontré con un hombre mayor trabajando fuera de una pequeña choza campesina de madera. No me paré a preguntarme si sería amigo o enemigo, sino que me fui derecho a él y le hice gestos de que quería agua. No me quedaba otro remedio. No me había sentido acercarme y al verme dio un respingo. Yo estaba calado hasta los huesos y tenía grasa incrustada en los poros de la piel.

Tenía el rostro curtido y arrugado, el pelo castaño alborotado y espeso. No echó a correr, pero se mantuvo a distancia y miró por detrás de mí para ver si estaba solo. Cuando habló, me extrañó porque no me sonó a italiano. Tal vez no hubiera llegado a Italia.

«English, English», le dije, y crucé las muñecas para indicarle que había estado prisionero. Su expresión se dulcificó, pero no me quitó la vista de encima ni se acercó. Señalé la pista que a mi espalda llevaba al mar, representando por gestos las olas, el estampido de la explosión y el hundimiento del barco. Seguía mirándome fijamente, en silencio y sin inmutarse, pero finalmente pareció haber tomado una decisión. Murmuró algo y me señaló con un gesto la puerta de la cabaña. Dentro estaba oscuro y él aflojó un poco la tensión cuando estuvimos fuera de la vista.

Me senté y me dio agua en un vaso de aluminio abollado. Era lo primero que bebía en más de veinticuatro horas y me lo tragué en un visto y no visto. Me dio más. Entonces me supo un poco arcillosa, pero la tragué igual de deprisa. Él permaneció de pie con la mirada fija en mí. Le hice el gesto de comer llevándome la mano a la boca. Tanteó entre las sombras y me dio un puñado de pasas. El sabor fuerte me picó en el paladar. Después de darme pan y más agua, me eché a dormir en un rincón.

Desperté con sensación de aturdimiento. El viejo seguía allí. Me trajo huevos y pasteles con frutos secos. Asentí agradecido cuando se hizo a un lado para verme comer. Un festín, después de la torta del barco. Le pregunté dónde estaba, puso cara de no entender y dijo algo que yo tampoco entendí. Se me ocurrió la idea de coger un palo y dibujar en el suelo un mapa de Grecia más o menos reconocible. Se quedó mirando los garabatos con más cara de asombro aún, si cabe, hasta que añadí a la izquierda la inconfundible forma de la bota de Italia, y entonces reaccionó con una retahíla de palabras repetidas. Tomó el palo y señaló con convicción los tres dedos que había dibujado para representar Grecia meridional. Conque allí era donde estaba. Deduje por su vehemencia que odiaba a los italianos que habían ocupado su país.

La comida y el descanso me hicieron recuperarme bien; no sé cuánto tiempo me dio cobijo, pero no podía quedarme allí para siempre. Si me cogían con él, le pegarían un tiro, así de claro. Además, no estaba seguro de si podía fiarme del todo de él; claro, visto retrospectivamente, este pensamiento era una mezquindad. Yo quería irme de allí.

Me dio unas alpargatas viejas, que até a mis pies descalzos con un cordel, y me dio una camisa basta que me puse debajo de mi guerrera. Yo era reacio a despojarme del uniforme. Sabía a lo que me exponía. Disfrazado de civil podrían pegarme un tiro por espía. Estoy seguro de que respiró aliviado cuando me fui.

Fue un viaje solitario, procurando en todo momento no ser visto: las manchas de grasa todavía llamaban la atención. Aparte de que no conocía la geografía de la región y mal podía hacerme una idea de lo que tenía por delante. Mi reloj había sobrevivido al agua y lo utilicé para orientarme. Evité las carreteras, atravesando cerros y olivares. No me acerqué a los pueblos y bebí agua de los arroyos que pude encontrar. Estaba débil y desganado, pero me obligué a seguir adelante. Ya había traspasado la frontera de sufrir hambre y supe que, a partir de aquel momento, tendría que robar para comer. Cualquier contacto comportaba una posible delación. A quien me ayudara podían pegarle un tiro. El robo era lo mejor para todo el mundo.

Durante el día la gente solía trabajar fuera de casa, a menudo a cierta distancia. Era fácil robar, un poco como volver a estar de patrulla en el desierto: encontrar un buen puesto de observación, estar al acecho y observar. Cuando veía que ya no había problema, entraba en las casas, aunque siempre había poco que llevarse. La gente era pobre y acusaba la ocupación italiana. Nunca llené el estómago, pero en cierta ocasión encontré la misma clase de pasteles con frutos secos que me había dado el viejo.

Cuando comprendí que estaba en Grecia, llegué a pensar que podría librarme durante algún tiempo, pero me resultaba difícil imaginarme cruzando la Europa ocupada hasta Inglaterra. Estaba cada día más débil. Manchado de tierra y todavía tiznado de grasa, fui a dar con un reducido grupo de hombres y mujeres que estaban trabajando en el campo. Se asustaron ellos más que yo. Les pedí agua. Me entendieron y me alargaron una bota. Bebí cuanto pude y desaparecí rápidamente.

Poco después de aquello vi que había hombres armados siguiéndome la pista. Sospeché que eran italianos. Alguien me había delatado. Me adentré en un gran olivar y me agazapé para esconderme, pero fue en vano. Se pusieron a disparar, no había escapatoria, pues me habrían matado. Me rodearon y salí con las manos en alto. Me

ataron las manos y me montaron en un camión. Otra vez prisionero.

Fue un viaje largo. Me llevaron a un campo atestado, lleno de prisioneros aliados, británicos y sudafricanos, además de guerrilleros griegos. Un lugar espantoso a base de tiendas de campaña en pleno campo. Llovía mucho, incluso nevó. Muchos prisioneros estaban gravemente enfermos de disentería y otras dolencias. No había letrinas cuando llegué, de manera que los prisioneros tenían que ir a donde podían y, estando tan enfermos, eso significaba a cualquier sitio. Aquel campo era un lugar espantoso, los prisioneros no tardaron en llamarle la «Hectárea de la Disentería». Finalmente, los italianos cedieron y se cavó una fosa de 1,50 por 3,50 metros y 1,50 metros de profundidad. Enseguida se llenó con cincuenta metros cúbicos de excrementos humanos. Apestaba.

No había lugar para la vergüenza. Yo había tenido disentería «en el azul» y sabía cómo era la enfermedad, los dolores de estómago y los apretones. Te ponías codo a codo, una fila de traseros asomando por fuera del banco. Recuerdo a un tipo flaco acuclillado junto a mí en un estado lamentable. Inexplicablemente, perdió el equilibrio y se cayó del banco a la fosa. Se metió hasta la cintura, pobrecillo.

—Es la segunda vez que estoy aquí hoy —dijo.

Después de aquello me trasladaron al norte y me metieron en un gran almacén cerca de Patrás. No teníamos más que pan y agua, pero por lo menos íbamos con un guardia cuando había que utilizar la letrina. Él se quedaba de pie mirando cómo nos poníamos en cuclillas sobre un arroyo. Las condiciones eran algo mejores, pero no duraron mucho.

Capítulo 8

Nos subieron a bordo de otro barco. Abajo hacía calor, un cambio agradable con respecto al frío del campo; además, esa vez no tuvimos que viajar en la bodega. A bordo había soldados italianos que iban a casa de permiso. Uno se puso a hablarme mientras formábamos y me preguntó, en italiano y después en francés, quiénes éramos y de dónde veníamos. No fue mucho más allá.

Ya tenía bastante con haber sido torpedeado una vez. Pero mirando ahora los mapas creo que tomamos una ruta segura, bordeando la costa griega por dentro de las islas de Cefalonia y Lefkas antes de entrar en el estrecho de Corfú, para cruzar rápidamente por el canal de Otranto al tacón de la bota de Italia.

Pasamos el viaje sentados en el suelo. Por la noche, un irlandés de voz tierna cantó una canción triste y dos sudafricanos hablaron de su país. Atracamos en un puerto lleno de guardias, Bari o tal vez Brindisi, y marchamos a un campo con hileras de árboles y escaso de hierba. Éramos centenares y, como no había alambrada alrededor, necesitaban más soldados para vigilarnos. Algunos de los muchachos se hallaban en unas condiciones penosas, con la cara y las extremidades hinchadas por falta de vitaminas.

Nos daban poco de comer y los que teníamos algo de fuerzas no tardamos en armar jaleo en ese sentido. Gritamos y empujamos a los guardias hasta que la situación se descontroló por completo. Menos mal que no dispararon a nadie. Al final recuperaron el control y a cinco de nosotros nos aislaron del resto. Nos encadenaron brazos y piernas a los árboles y maldijimos nuestra suerte en aquel día aciago. Por lo general, yo siempre había sido dueño de mis actos. Y ahora había acabado atado como un animal. Me parecía una eternidad desde que había zarpado de Liverpool en el Otranto en busca de aventuras. Permanecimos tres o cuatro días en aquel campo y después nos trasladaron a otro de verdad.

Tenía largos barracones bajos de piedra y cemento, divididos en cinco bloques con literas de madera con capacidad para cincuenta personas en cada uno de ellos. Nos dieron un par de mantas de abrigo y un jergón relleno de paja por colchón. Era el Campo Concentramento Prigionero di Guerra, Sessantacinque. O sea, el Campo de Concentración de Prisioneros de Guerra PG 65, para que se entienda. Cerca de Altamura, al sur de Italia.

Uno de los oficiales italianos era un comandante que recordaba a Jimmy Cagney. Era un tipo razonable y lo agradeció mucho cuando se lo dijimos. No había trabajos forzados ni brutalidades, pero la terrible frugalidad de la comida lo convertía en un lugar espantoso.

Teníamos una cocina al aire libre y los italianos talaban árboles para encender el fuego. Uno de los muchachos que conservaba algunas fuerzas les ayudaba a talar. Probablemente le daban raciones extra. Ponían al fuego un puchero enorme y echaban en él todo lo que tenían, que normalmente no pasaba de macarrones. Cuando la sopa estaba hecha, la llevaban por el campo en recipientes de treinta litros y la repartían a razón de un cazo de líquido nada espeso por hombre al día. Al principio nos daban también un pequeño trozo de pan, que enseguida redujeron a la mitad. Y

para desayunar teníamos que contentarnos con un sorbo de sucedáneo de café. Empecé a notar que desmejoraba, si bien ninguno de nosotros se encontraba bien.

Mejor dieta que la nuestra tuvieron los piojos de nuestros uniformes. Cada vez que me quitaba la camisa podía aplastar entre los dedos a cien de ellos. A la media hora, ya había otros tantos. Nos volvían majaretas.

Poco después de llegar nos pusieron en formación y nos preguntaron qué hacíamos en la vida civil. El inglés del intérprete no era bueno y yo estaba muy suspicaz, de manera que dije que era ladrón de gatos. Miró su lista de oficios, sin entender ni jota.

—¿Qué?

—Ladrón de gatos.

—¿*Ladrón de gatos*? —dijo mirando a su superior en espera de su reacción. No la hubo. Apuntó algo y pasó al siguiente hombre.

Cuando llegaron los primeros paquetes de la Cruz Roja, creímos estar en el cielo, aunque tuvimos que compartir cada paquete entre muchas personas. Tenían una lata de Klim (*Milk*, al revés) en polvo, un poco de café o té, una lata de verduras o queso fundido, a veces huevos duros, más una chocolatina, azúcar o pasas.

Nos aburríamos como ostras. En el campo no había disciplina militar. Cada uno tenía que cuidar de sí mismo. No teníamos nada para cortar el pan, pero sí unos espejitos metálicos, y di con la forma de partirlos para hacer hojas de cuchillos. Añadí mangos de madera para hacer unos bonitos cuchillos de cortar pan y los vendí a cambio de comida. En los campos funcionaba el trueque. Tenías que tener algo para intercambiar. A medida que pasaban los meses empecé a hacer una especie de maletín de contenedores aplastados de Klim. Sabe Dios por qué. No tenía nada que meter en él ni formaba parte de ningún plan de fuga. Aplastaba las latas y luego las doblaba por los bordes para unir las en láminas mayores a las que poder dar forma. Me ayudaba a pasar el rato durante aquellos largos días y al final surgió una especie de caja hecha de latas.

Aunque teníamos té y café de la Cruz Roja, no era tan fácil hervir agua. Decidí improvisar, de manera que hice un tambor cerrado con varillas de abanico alrededor, como las ruedas de los hámsters. Lo conecté mediante un tubo a una diminuta caja de metal llena de brasas, les prendí fuego y, al agitar el abanico, creé un minihorno. Las brasas se reavivaban y podías hervir una lata de agua encima. Me sentí muy orgulloso, significaba que por fin podíamos tomar té. Otros siguieron adaptando y perfeccionando los artefactos y fueron todo un éxito.

Ahora sospecho que los italianos no tenían comida que darnos. Algunos guardias comían poco más que nosotros. Llegamos a secar las hojas usadas de té para vendérselas.

Todavía me hacía sufrir la ignominia de mi captura. Apenas confiaba en nadie; iba a lo mío. Me acuerdo bien de un par de prisioneros. Uno era un *cockney* llamado Partridge, que hacía favores sin pedir nada a cambio. Luego había otro tipo llamado Bouchard, terriblemente flaco y macilento. Se pasaba el día rebuscando comida por el campamento. Hablamos en alguna ocasión, pero nunca de la vida en Inglaterra. ¿Para qué torturarnos?

Más tarde me enteré de que habían sacado a algunos de otros campos para

desinfectarlos, en realidad para que la gente los escupiera y vejara. Nosotros permanecimos donde estábamos. De vez en cuando aparecía un sacerdote católico y oficiaba para los muchachos más religiosos. Pero incluso la misa se decía a través de la alambrada. El sacerdote no entraba nunca.

Hubo otros intentos de romper la monotonía. Quien supiera un poco de cualquier cosa podía dar una charla. Los temas abarcaban desde historia a ingeniería o geografía. Un tipo estuvo horas hablando de su torno, de los principios para labrar madera y metal y cómo hacer tirafondos.

Al cabo de cierto tiempo empezaron a construir más barracones; éramos demasiados y había que ampliar el campo. En Italia no solíamos hacer trabajos forzados, pero cuando nos ofrecieron ciento cincuenta gramos más de pan por ayudar en las obras, aceptamos. El hambre apretaba.

Los barracones que teníamos que construir estaban fuera del perímetro del campo. El plan era terminarlos primero y luego ampliar la alambrada. Trasponer la alambrada era todo un aliciente. Siempre se podría encontrar comida o una oportunidad de fuga.

Fui uno de los seis muchachos enviados al tejado para fijar las tejas con cemento. Así me hice por primera vez una idea del terreno circundante. No había más que un guardia vigilándonos y estaba abajo. Me dolían las tripas de hambre. No perdía nada con echar a correr. Elegí el momento y pregunté al guardia si podía bajar a hacer mis necesidades. Aceptó de mala gana, aunque yo sabía que no podía vigilarnos a todos a la vez.

En cuanto no me vio, no perdí un segundo y eché a correr.

Esperé que se armara un revuelo en cualquier momento, pero no pasó nada y, cuando tuve que hacer un alto para descansar, ya había conseguido poner tierra de por medio. No tengo ni idea de cuándo dieron la voz de alarma, pero para entonces yo estaba bastante lejos.

Llevaba un mendrugo de pan y una diminuta porción de queso. Eran los únicos preparativos que había hecho. Decidí alejarme de la costa y encaminarme al norte, hacia la neutral Suiza. Me armé de optimismo. Era más fácil ir a Inglaterra desde Italia que desde Grecia, pero todavía me quedaban cientos de kilómetros por territorio enemigo.

Ya conocía aquella modalidad de viaje. Evitar las carreteras y grandes núcleos de población y conseguir comida en casas de labranza aisladas. Así evitaba que me capturaran, aunque no encontrara mucha comida. Lo más que conseguí fue alguna que otra verdura mustia y algo de sabor anisado, quizá hinojo. No he podido volver a comerlo desde entonces. En los tres o cuatro días siguientes recorrí una gran distancia a pie, pero empezaban a fallarme las fuerzas y tenía hambre. Topé con un pequeño trigal, pero se estaba agrisando y echándose a perder sin segar. Italia no era un buen lugar. Empezó a llover a jarros.

Busqué refugio en un pequeño edificio vacío y esperé a que escampara. Fuera estaba oscuro, pero oí gritos. El refugio estaba rodeado y me estaban ordenando que saliera. Habían dado conmigo.

Salí a la oscuridad. Estaba inquieto. No pude ver cuántos soldados italianos estaban esperándome, pero daba igual, me habían cogido. Me subieron a un camión y

me llevaron de allí. Ni se molestaron en atarme las manos, y eso que no estaba herido. Me llevaron enseguida de vuelta al campo y pasé un día y una noche en una celda de castigo. Después volvió la odiosa rutina. Había sido un esfuerzo sin planificar, fruto de la frustración. Estaba otra vez dentro y tendría que digerirlo.

La vida del campo estaba dominada por la disentería, que no es una leve molestia estomacal, sino una enfermedad humillante y mortífera que te mina las fuerzas, dejándote débil, aletargado y dolorido. Todos estábamos perdiendo peso y, habiendo tantas personas enfermas, menudeaban los accidentes embarazosos. Una vez que te habías ensuciado, era prácticamente imposible limpiarte como es debido solo con agua fría. Vi muchachos llorando por la humillación que suponía; hombres como castillos pringados a causa de la diarrea. En aquel campo murieron muchas personas por negligencia de enfermedades que se hubieran podido evitar. El cadáver de un hombre estuvo varios días en un cobertizo antes de enterrarlo. Lo recuerdo porque heredé sus pantalones. Los míos estaban rotos y llenos de mugre, y el resto del uniforme por el estilo.

Fue un alivio quedármelos, aunque se los hubiera quitado a un cadáver. Era una cuestión práctica. Pero a medida que pasaron los días empecé a notar unos picores mucho peores que los de los piojos. Me apareció en la cara interior de los muslos un sarpullido de manchas rojizas. Se extendió rápidamente hasta que lo tuve por todo el escroto y sabe Dios dónde más. Había contraído sarna. Unos ácaros diminutos se habían colado dentro de mi cuerpo y habían puesto huevos. Al rascarme la piel se cuarteaba y sangraba y yo sabía que podía infectarme entre tanta suciedad. Lo soportaba a duras penas durante el día, pero por la noche la comezón era como tener la piel inflamada.

Los ataques de disentería y el hambre a todas horas me hacían estar horriblemente aletargado y perdiendo peso. Si me incorporaba deprisa, la vista se me nublaba y me derrumbaba. Al cabo de un tiempo empecé a hacerlo a propósito para quedarme tirado detrás de los barracones. El tiempo pasaba más rápidamente de aquella manera. Pasando frío allí fuera sentía menos el hambre, los piojos y las heridas de la sarna. Muchos lo hacíamos. El tormento de la sarna duró semanas, puede que incluso meses. No empecé a curármela hasta que apareció en el campo una pastilla de jabón con fenol. Mi cuerpo estaba hecho polvo, pero en mi cabeza yo no era en absoluto un prisionero. El enemigo me había hecho muchas cosas, pero no había capturado mi mente. Aquel año en Italia fue infernal. Muchos muchachos murieron de enfermedades y abandono. Cuando se oyó la noticia de que iban a trasladar a algunos de nosotros, tuve la sensación de que peor no íbamos a estar. Me encontraba demasiado débil para abandonar el campo. Con nosotros no había oficiales ni disciplina militar en absoluto. Lo mejor que cualquiera de nosotros pudo hacer fue dirigirse a paso lento y vacilante a los camiones.

Nos metieron en vagones de ganado que había en una vía muerta. En otro tiempo habría subido de un salto, pero entonces me costó subir. Fuera rezaba un cartel: «Cuarenta hombres o diez caballos». Había un solo cubo para todo. Procuré apartarme de él todo lo posible. Muchos muchachos seguían con disentería. Me dejé caer en un rincón, contento de haber encontrado sitio debajo de la única ventana. Era un hueco de treinta centímetros cuadrados con alambrada. Proporcionaba aire, luz y

una limitada perspectiva del mundo que desfilaba por delante. Además, era el único sitio por donde vaciar el cubo, que se llenó enseguida hasta los bordes. Había que hacer algo.

Un par de chicos lo alzaron hasta la ventana, pero era complicado vaciar un cubo de excrementos por un hueco con alambrada situado por encima de nuestras cabezas. Buena parte cayó dentro y fue a parar al punto del vagón donde yo me había sentado. Hubo más que palabras. Toda la mierda del mundo tuvo que ir a caer encima de mí.

Para comer nos daban la consabida torta y un cubo de agua para todos. No sabíamos a dónde íbamos. Mientras el tren subía lentamente hacia el norte, pasamos por kilómetros de playas vacías y vi un letrero con el nombre de «Rimini». Lo conocía de oídas de antes de la guerra. Torcimos al interior y pasamos por pueblos donde la gente salía a saludarnos con la mano. Tal vez creyeran que éramos italianos.

Entonces no tenía ni idea de que aquella era la misma ruta que utilizaban para transportar al norte a los judíos italianos y demás enemigos del Reich, a los campos de concentración. Por sucios y apestosos que fueran nuestros vagones, al menos teníamos sitio para tumbarnos. Los judíos iban hacinados, recorriendo Europa hacia su temible destino sin la menor protección de la Convención de Ginebra, que tampoco es que a nosotros nos hubiera servido de mucho hasta la fecha.

Al cabo de varios días de viaje, el tren empezó a culebrear y subir y atravesó el paso de Brenner. Habíamos llegado a Austria. Mi primera imagen de los Alpes fue a través de la alambrada. Me impresionó su grandiosidad y al tiempo me surgió una contradicción. Lo relacioné con la campiña en la que yo me había criado. Su belleza me parecía reflejo de la belleza de la humanidad. Me había hecho el hombre que era. Me pregunté qué cosas horribles podrían estar sucediendo en un lugar de semejante esplendor natural. No había visto ni la mitad.

Cuando el tren se detuvo, el rótulo de la estación era «Innsbruck Hauptbahnhof». Nos cambiaron a una vía muerta y nos metieron en camiones entoldados. Los guardias ya eran alemanes. Tras un largo trayecto en su mayor parte a campo abierto, el camión se detuvo en un bosquecillo donde nos dejaron bajar a hacer nuestras necesidades. En ese momento me puse nervioso. Los guardias alemanes se pusieron a montar una ametralladora sobre su trípode. Apuntando a donde estábamos nosotros. Creí que serían capaces de dispararnos a todos en aquel preciso momento. Estábamos a muchos kilómetros de cualquier sitio, sin testigos. ¿Qué hacer si empezaban a disparar: escapar o atacar a los tiradores? No pasó nada. Desmontaron el arma y volvimos a los camiones.

En los meses que siguieron pasé por varios campos. No siempre supe a ciencia cierta dónde estaba y, ahora que lo pienso, me resulta difícil recordar en qué orden los visité. Tras un largo viaje llegamos a un campo donde nos metieron en un recinto donde había rusos al otro lado de la alambrada.

Al cabo de unos días intenté hablar con ellos, pero no nos entendíamos gran cosa al carecer de un lenguaje común. Pude ver que se hallaban en unas condiciones terribles. Procuraban mantener la moral alta e incluso montaron un espectáculo para nosotros, bailando al otro lado de la alambrada, pero estaban débiles y desnutridos y apenas pudieron llevarlo a cabo. Verlo fue triste. Había un olor fétido y tardamos varios días en saber por qué: el olor pútrido procedía de cadáveres en

descomposición. A los rusos se les estaba obligando a morir lentamente de hambre. Sus raciones eran insuficientes para mantenerlos y nos dijeron que, en su desesperación, guardaban los cadáveres en sus literas para reclamar sus raciones durante unos días.

Proliferaban las ratas. Eran del tamaño de gatos y, desde luego, comían carne humana. Pude olerlo en ellas. No respetaban la alambrada. Yo dormía en el suelo y una noche me desperté y me las encontré corriendo por mi catre. Sentí su respiración en la cara. Apestaban. Uno de mis antepasados fue cazador de ratas siglos atrás. Si hubiera podido vernos a mediados del siglo xx, una época de milagros industriales, con ratas comiéndose a la gente, habría pensado que la civilización había fracasado. Y habría tenido razón. Noté la picadura de extraños animales mayores que las pulgas. Los llamábamos chinches de cama. No sé lo que eran, pero cuando los aplastabas, les salía la sangre que habían chupado.

Pronto me vi en apuros. Un día, al cruzar el campo, me detuvo un oficial alemán dándome voces. No le había saludado. Traté de explicarle que en el Ejército británico no saludábamos a nadie que no llevase gorra. No le convenció. Uno de los muchachos me gritó que le saludara y me olvidara. Lo hice de mala gana y el oficial lo dejó pasar.

Al cabo de un tiempo nos dividieron en grupos y a mí me enviaron a trabajar a una mina de carbón con los rusos. Entré en el montacargas a la boca del pozo y bajé a las tinieblas en aquella frágil barquilla que chirriaba y se doblaba por el peso, a punto de romperse en mil pedazos. Los guardias armados del fondo del pozo nos ordenaron caminar hasta que llegamos al filón. Con los rusos no hablaban, solo los golpeaban. Brutalidad en estado puro. Yo era el único inglés del grupo y conmigo se portaban mejor. Me pusieron a trabajar cargando carbón en un contenedor de la mañana a la noche. Trabajaba con los pies en el agua. Aquello era frío y lóbrego. Ninguno teníamos casco protector ni ropa adecuada, aunque los rusos llevaban la peor parte. Muchos trabajaban descalzos, golpeando el filón con pesadas herramientas. No me permitían hablar con ellos.

Llevaba tres días trabajando allí abajo cuando oí gritar a uno de los guardias. La violencia de su voz se superponía al raspado de las palas y el golpeteo seco de los picos en la oscuridad. Estaban aporreando a un ruso. Había improvisado cierta protección frente a las aristas de la piedra poniéndose unas tiras de goma en los pies descalzos. Supe inmediatamente que las había cortado de una cinta transportadora en desuso que había visto en una galería lateral abandonada.

El guardia estaba histérico y gritaba que era sabotaje. Sacaron a otros rusos de la veta y nos pusieron a los diez de cara a la pared, con los rostros ennegrecidos y tiznados. No se podía suplicar ni implorar. No había tiempo. No me di cuenta de la orden. Cesó el griterío. Los cinco soldados levantaron los fusiles y uno de ellos disparó sin vacilaciones. Un disparo ensordecedor resonó por la red de galerías y pasadizos mal iluminados. Siguió otro, el segundo guardia había disparado mientras el primero tiraba del cerrojo para volver a cargar.

Solo tenía unos segundos para reaccionar. No se podía salir huyendo. Si iba a morir en aquel pozo olvidado de la mano de Dios, me llevaría a alguno de ellos por delante. Eso era todo lo que podía hacer. Iba a morir de todas maneras. Hubo una

rápida serie de disparos. Luego cesó. Cinco proyectiles y cinco rusos muertos en la carbonilla del suelo. Yo era el octavo de la fila.

Al tener la mirada fija en el pelotón de fusilamiento, no había visto caer al suelo los cuerpos de los rusos. Todavía notaba un pitido en los oídos cuando nos echaron de allí. Me había enfrentado con la muerte, pero siempre en combate. Aquella vez mi supervivencia estuvo a merced de un enemigo brutal. Había estado más cerca que nunca de capitular. No había sido el protagonista de mi propia salvación. Lo ocurrido en aquel agujero demoníaco me afectó más que cualquier otro suceso anterior y probablemente también posterior.

Me llevaron a una sala con pocos muebles. El guardia me empujó violentamente hacia la silla y empezaron las preguntas. El oficial me preguntó en mal inglés si yo estaba detrás del «sabotaje». ¿Había inducido a los rusos? ¿Quién había dado la orden? Y no podía decir nada. No había existido ningún plan, simplemente un hombre agotado que había querido protegerse los pies del frío y las heridas. Me dijeron que como hubiera intervenido en el plan, me pegarían un tiro. Les creí.

Las amenazas me minaban las fuerzas, pero todavía tenía un motor interior que no estaba del todo roto. Me llevaron a un tren y me arrojaron a él con otro grupo de prisioneros. Eran vagones de ferrocarril normales, con pequeños compartimentos a un lado y un pasillo al otro. No sabíamos a dónde íbamos. Pedí que me dejaran ir al lavabo y vi que me encontraba al final del vagón y cerca de la puerta. El guardia estaba lejos. No conocía de nada a los demás muchachos, pero vislumbré una posibilidad. Cuando el tren se detuvo, abrimos la puerta, saltamos a las vías y corrimos por los campos de los alrededores. Saltamos alrededor de media docena antes de que el tren empezara a moverse. No había coordinación y nos dispersamos, corriendo en todas direcciones.

Yo estaba mentalmente agotado. Los disparos de la mina me habían pasado factura.

Debería haber aprendido la lección de Italia: para que una fuga tenga éxito hay que planificarla. Íbamos de uniforme y nos habíamos alejado poco más de kilómetro y medio. No sé a cuántos nos cogieron, pero no tardé en verme otra vez encañonado por un fusil. Menos mal que no dispararon, aunque todo terminó ahí; me llevaron a una sala, me interrogaron y me dieron unos golpes. Después de aquello me llevaron a un campo que creo que era Lamsdorf. Nunca lo llegué a saber. Me habían puesto una marca en la ficha. Yo era un revoltoso habitual.

Me trasladaron enseguida al campo de castigo de Graudenz, al norte de Polonia. Me dijeron que me desnudara y un hombre me espolvoreó un polvo blanco que picaba por encima y entre las piernas y debajo de los brazos. Me raparon el pelo y me fotografiaron de frente y de perfil como a un delincuente, con un número en una tablilla al cuello. Yo era el prisionero 220 543.

Me llevaron a un barracón espartano donde ya había tres ingleses y un escocés. Eran tipos duros, con la cabeza afeitada y pintas de merecer estar allí. No teníamos mucho en común. Nos dejaban salir un poco a hacer ejercicio en un pequeño patio rodeado de muros altos. Lo único que se podía hacer era dar vueltas sin cesar. Yo no tenía mucho que decir. Los tiros de la mina seguían pesando en mí.

No había jergones, únicamente literas de madera. Para dormir tuve que quitar los

listones de madera del medio, para dejar sitio a mis huesudas caderas; de lo contrario era un sufrimiento. La manta de fibra de madera era tan fina que se podía ver a través de ella. La primera noche me giré demasiado aprisa y la agujereé con el codo.

Por la mañana me llevaron a otra sala vacía con dos oficiales sentados detrás de una mesa. Al comenzar el interrogatorio, los guardias volvieron a colocarse uno a cada lado de mí. Vi sus pesadas botas relucientes. Tuve la sensación de que me iban a dar una paliza, y todavía andaban en los preparativos. Sentí alivio. Seguían pensando que yo había participado en algo con los rusos, pero mi uniforme me brindaba cierta protección, salvo prueba en contrario.

Me enteré de que en otras partes de aquel enorme campo pasaban cosas horribles, pero yo estaba bien. Me habían enviado allí como castigo, pero al menos ya no tenía que trabajar en aquella espantosa mina. Al cabo de unas tres semanas volvieron a trasladarme, esta vez en tren con dos guardias.

Capítulo 9

Llegamos a una pequeña estación. El andén era muy bajo y tuve que bajar unos peldaños para apearme del tren. Me llevaron inmediatamente a marchas forzadas por una pista y, al cabo de unos tres kilómetros, llegamos a un campo en medio de una campiña bastante agradable. Comparado con donde acababa de estar, me pareció increíble. Había diez barracones de madera bien contruidos, hierba en todo el recinto y una sola alambrada alrededor. «Aquí vamos a pasarlo bien», pensé. Dentro había ya unos cuantos centenares de prisioneros aliados. Había luz eléctrica, agua corriente, váteres con taza y conducciones de calefacción central. Las literas tenían jergones de paja, incluso mantas decentes. Oí que lo habían construido para las Juventudes Hitlerianas. Desde luego, daba esa impresión.

Los otros prisioneros me dijeron dónde estábamos: un poco al sur de una ciudad polaca llamada Oswiecim.

A la mañana siguiente nos despertaron a las seis y media y nos hicieron recorrer en columna unos tres kilómetros entre prados y bosques hasta donde la campiña terminaba bruscamente. Vimos ante nosotros unas edificaciones muy extensas, que llegaban muy lejos. Salía humo de las chimeneas y las grúas de vapor. Estaba elevándose del barro el siniestro esqueleto de hierro y cemento de un demoníaco complejo fabril. Por encima cabeceaba una barrera de dirigibles sobre sus cables de acero. Nos hicieron entrar.

Todo aquel lugar estaba atestado de extrañas figuras que se movían lentamente; no cientos, sino miles. Todas vestidas con unas feas y andrajosas camisas y pantalones de rayas con más aspecto de pijamas que de ropa de trabajo. Los rostros, grises; las cabezas, rapadas y en parte cubiertas por unos gorros diminutos. Eran como sombras en movimiento, sin perfiles ni contornos determinados, como si pudieran desvanecerse en cualquier momento. No pude distinguir quiénes eran ni qué eran.

El resto de los muchachos los llamaban los «rayados». Me dijeron el nombre germanizado de la ciudad polaca de Oswiecim: Auschwitz.

Reconocí en aquellos pobres desgraciados a mis congéneres, si bien les habían arrancado muchos de los signos que definen la humanidad. Pude verlo desde el primer momento. Llevaban un brazalete con la estrella de David. Eran judíos.

Nos dividieron en *Kommandos* de trabajo de veinte o treinta hombres y nos enviaron a distintos contratistas, todos ellos dentro de sus propias zonas alambradas. Nos pusimos a trabajar de inmediato, transportando de un sitio a otro materiales de construcción y pesadas tuberías y tendiendo cables. Lo capté enseguida. Cuando había que llevar algo de un sitio a otro llamaban a los pobres rayados, que aparecían como surgidos de la tierra y se arracimaban en la tubería, válvula o cable que hubiera que levantar. Iban muchos porque estaban muy débiles. Había hombres que se echaban a la espalda enormes sacos de cemento, otros empujaban carretillas.

Los vigilaban unos capataces brutales, armados de garrotes y cuerdas con gruesos nudos. Eran delincuentes reclutados como *Kapos*, prisioneros con poder de decisión sobre la vida y la muerte de los demás; y lo ejercían a su arbitrio. Los odié desde ese

mismo momento. Presencí enseguida la primera paliza y se me hizo difícil de creer que la vida humana valiera tan poco. Incluso en el desierto habíamos sido más cuidadosos con la muerte. Aquí se ahorraban proyectiles para acabar con la vida de un rayado si podían hacerlo con botas y garrotes.

Por aquel entonces mantenían a los prisioneros judíos lejos de nosotros. Si nos hablaban, se arriesgaban a que les pegaran un tiro o los mataran a palos. Por la noche regresábamos a nuestro medio decente campo y a ellos se los llevaban Dios sabía a dónde.

Aquella inmensa fábrica la estaba construyendo el gigante de la industria química IG Farben, básicamente para fabricar «buna», una goma sintética para la maquinaria bélica de Hitler, y metanol para el combustible.

El complejo tenía más de tres kilómetros de este a oeste y kilómetro y medio de fondo. Dentro del recinto alambrado, trazado como una gran retícula, había innumerables *Baus*, edificios en construcción, presididos por una gran planta industrial con cuatro altas chimeneas. Lo llamábamos el *Queen Mary*, por el transatlántico de las tres chimeneas. Eran innumerables los edificios, torres y chimeneas que se levantaban por todas partes, grúas y tuberías a una escala gigantesca, con ferrocarriles de vía estrecha a lo largo de los bloques que transportaban todo lo necesario para construir y poner la planta en funcionamiento. Por todas partes, hasta el último rincón de aquella pesadilla industrial, estaban aquellos pobres desgraciados con sus mugrientos uniformes cebra, muchos de ellos demasiado débiles para tenerse en pie, no digamos ya para llevar y transportar peso. Ya me había dado cuenta de que aquel no era un campo de trabajo normal. Los estaba llevando deliberadamente a la muerte.

Era el infierno en la tierra. El infierno en la tierra. No había hierba, ni rastro de vegetación, nada más que nieve en invierno y polvo en verano. La Naturaleza —por no hablar del Gran Arquitecto— había abandonado aquel lugar. En todo el tiempo que estuve allí no vi ni una mariposa, ni un pájaro, ni una abeja.

Pronto quedó claro que los guardias no podían imponer una separación estricta de los diferentes grupos. Aquello retrasaba el trabajo y ellos necesitaban que las cosas se hicieran deprisa.

Enseguida nos vimos trabajando con los judíos. A partir de entonces compartimos sus esfuerzos, pero no los latigazos ni los procesos para asesinarlos selectivamente. Nosotros no debíamos morir allí, pero ellos sí. Esa era la diferencia. Cuando soplaban viento del oeste, llegaba un tufo empalagosamente dulce de ciertas chimeneas distantes.

Trabajé varios días con un pobre desgraciado, creo que le llamaban Franz. Había empezado a reconocerle entre la multitud. Un día ya no volví a verlo más. Aproveché un momento en que los *Kapos* no estaban mirando para preguntar a uno de los hombres de su *Kommando* qué le había ocurrido. Señaló hacia arriba con ambas manos y después dijo: «Se ha ido por la chimenea».

Entonces lo vi claro. Mataban y quemaban a quienes estaban demasiado débiles para trabajar. El tufo lejano era el olor de las chimeneas de los crematorios. Ya lo sabía, pero no me conformaba con que me lo contaran.

En cierta ocasión volvíamos de IG Farben y estalló una trifulca entre algunos

prisioneros británicos y los guardias de la Wehrmacht o *Postens*, como los llamaban. Nuestros muchachos los estaban zurrando, abucheando y burlándose de ellos y a mí me pilló en medio. Hubo una reyerta y los *Postens* se interpusieron rápidamente entre nosotros para restablecer el orden, apartándonos a empujones. El *Feldwebel* —sargento— estaba gritando órdenes. Era un tipo alto y se fijó en mí en cuanto salí del tumulto. Tomó el fusil de un *Posten*, lo cogió con ambas manos y lo descargó con todas sus fuerzas contra mi cabeza. Lo vi venir y lo esquivé. Se oyó un ruido sordo, el sonido de un hueso roto. Uno de los alemanes inmediatamente detrás de mí se había llevado toda la fuerza del golpe en un lado de la cabeza. Se desplomó con el rostro lívido. El impacto en la sien de un fusil de tres kilos y medio blandido con fuerza no dejaba lugar a muchas dudas. Si no había muerto en el acto, no viviría mucho. Volvimos a la formación y nos preparamos para el castigo. No lo hubo. Nunca volví a ver a aquel *Feldwebel*.

Nuestro campo era demasiado bueno como para que durara. Un día de primeros de 1944 nos trasladaron a otro sitio a tan solo unos metros del extremo sur del complejo IG Farben. Los rayados estaban en algún sitio al este de nosotros, lo suficientemente cerca como para que por las noches pudiéramos oír alaridos y, en ocasiones, disparos procedentes de su campo.

El nuevo recinto de la prisión era espartano y rudimentario y estaba más atestado que el primero. En invierno pendían carámbanos del techo de los barracones y en los meses más cálidos pululaban nubes de mosquitos. Había una letrina muy elemental, nada más que una fila de agujeros en una plancha sobre una zanja, que además eran pocos para un campo de aquellas dimensiones.

Nos enteramos de que en el E715, como se llamaba, había habido prisioneros rusos. Corrían rumores de que las SS se los habían llevado para hacernos sitio a nosotros, los habían hacinado en un tosco túnel, que después sería nuestro refugio antiaéreo, y los habían matado con gas letal. Era difícil saber si era verdad o no. Todo era posible en semejante lugar.

Ahora sé que los prisioneros de guerra soviéticos fueron las víctimas de los primeros experimentos con gas letal. Cientos de ellos fueron asesinados en setiembre de 1941 con gas Zyklon B en un sótano del campo principal de Auschwitz. Funcionó, pero no fue lo suficientemente eficiente para los jefes del campo, que, en consecuencia, adaptaron un crematorio para poder echar los cristales del gas a través de agujeros practicados en el tejado. En aquel experimento murieron novecientos prisioneros. Habían empezado a girar las ruedas de la masacre mecanizada.

En aquel entonces, los rumores de los gaseamientos que se habían llevado a cabo en nuestro propio campo simplemente exacerbaban mi frustración y mi necesidad de certidumbre. A los rusos los trataban casi tan mal como a los judíos. Nosotros teníamos más suerte que ambos. Nuestros guardias solían ser de la Wehrmacht, el Ejército alemán, menos brutales que las SS, aunque tampoco mostraban la humanidad del Afrika Korps.

El oficial alemán al que más veíamos en el E715 era un suboficial llamado Mieser. Aparecía si había algún problema que resolver y estaba presente al pasar lista por las mañanas.

Éramos todo lo alborotadores que queríamos, aunque tampoco nos servía de mucho.

Los gritos de Mieser para que nos calláramos —*ruhig*, en alemán— eran repetidos como un eco por los muchachos. En cuanto aparecía, lo rodeábamos repitiéndolos a coro implacablemente. Al final, acabamos llamándole Ruhig. Una niñería, pero servía para mantener la moral. Ruhig podía ser autoritario y algunos lo odiaban, pero no era uno de los peores.

Rara vez vimos al jefe o *Hauptmann*, como lo llamábamos. Tuve la oportunidad de encontrármelo en una ocasión. Volvíamos de trabajar una noche bajo la lluvia. Yo estaba junto a un muchacho *cockney* llamado Phil Hagen. Estábamos en un pequeño recinto alambrado cerca de la entrada del campo y los guardias empezaron a registrarnos. No tardaron mucho en descubrir que Phil tenía un ave de corral muerta metida en los pantalones; un pollo, tal vez un pato, que había conseguido coger en alguna parte.

Cuando nos pillaban en algo, siempre castigaban a más de uno. Se levantó un griterío y los muchachos se pusieron enseguida a abuchear, obligando a los guardias a sacar los fusiles y a efectuar varios disparos al aire para restablecer el orden.

Yo estaba junto a Phil, de manera que nos sacaron a los dos y nos metieron una noche en una celda de castigo con un frío terrible cerca de la entrada del campo. Sin comer ni beber. Cuando nos llevaron ante el jefe a la mañana siguiente, Phil alegó que el animal le había atacado y que se había visto obligado a matarlo en defensa propia. Hubo una pausa para la traducción, luego el jefe soltó una carcajada y se aflojó la tensión. No se volvió a hablar del asunto.

«Jock» Campbell era un muchacho de ingenio vivo y, a pesar de las condiciones de vida del campo, solía ir siempre bien vestido, incluso pulcro. Contaban que su columna volvía al campo una tarde cuando Jock vio a una prisionera de trabajos forzados que llevaba una lata muy pesada. Al verla, Jock abandonó la columna y fue en su ayuda. Le ordenaron que volviera a la formación. Cuando él se negó, lo atravesaron con la bayoneta, pero la herida resultó no ser mortal. Hay quienes dirigen su dedo acusador hacia un soldado llamado Benno Franz. Como no presencié el incidente, no lo puedo afirmar. Lo que sí vi al pasar fue a Campbell tendido en tierra, atendido por algunos muchachos. Estaba mal, pero no podía haber sido una puñalada, por lo que estoy bastante seguro de que se recuperó.

El 23 de febrero de 1944 un cabo del Cuerpo de Servicios del Ejército Británico estaba trabajando en Buna-Werke cuando le ordenaron subir a una estructura de acero cubierta de hielo de veinticinco metros de altura. Se negó, diciendo que sin el calzado adecuado sería mortal. Lo mataron en el acto de un tiro. Era el cabo Reynolds. Hubo quien acusó a un oficial llamado Rittler, otros volvieron a decir que había sido el soldado Benno Franz. Recuerdo haber oído un disparo ese día y no haber ido a ver qué era, porque no era un sonido tan insólito. Hechos así hacían desvanecerse el buen humor que había.

Algunos prisioneros del E715 decidieron que la mejor manera de llenar el poco tiempo libre que les quedaba era con actividades creativas. Intentaron celebrar representaciones teatrales en los barracones para levantar la moral, para demostrar que no estábamos derrotados. Algún listillo tuvo la idea de dramatizar la historia de

Sweeney Todd, como si hubiéramos necesitado al barbero diabólico para dar aliciente a nuestras rutinarias vidas. Estaban despachando gente todos los días.

Quizá alguien estuviera intentando una alegoría subversiva. Puede que fuera así, porque yo solo recuerdo a los guardias y censores alemanes encima de nosotros para ver lo que planeábamos. Hubo otras representaciones cuestionables, pero esa no era mi manera de llenar el tiempo. Estábamos siendo testigos de una atrocidad interminable y yo no quería diversiones.

Cambié de opinión cuando se trató de jugar al fútbol, igual que otros muchos muchachos, al fin y al cabo, éramos humanos. Llevaron al campo unas cuantas camisetas y pantalones cortos y alguien imaginó un torneo internacional. Los equipos serían Inglaterra, Escocia, Gales y Sudáfrica, pero no había jugadores suficientes de cada nación. Por lo que puedo recordar, Burt Cook era el único sudafricano que jugaba, de manera que, en realidad, de nacionales, los equipos solo tenían el nombre. Jugué dos partidos como extremo derecho de Sudáfrica, metí un gol en la final y ganamos.

Los partidos se celebraban en un campo al este de la entrada principal, y me imagino que habrían instalado ametralladoras para impedir que nos pusiéramos demasiado juguetones. Doug Bond, que se hizo amigo mío años después, era el portero de Inglaterra, aunque entonces yo no me trataba con él. La oportunidad de jugar era difícil de rechazar y, estuviera bien o no, disfruté de lo lindo.

Viéndolo desde ahora, quizá éramos unos ingenuos. Después formamos para hacernos fotos de cada equipo y se nos puede ver a todos sonrientes con cara de inocentes. Ahora creo que éramos parte de un elaborado ejercicio de propaganda. Por lo que yo recuerdo, el fotógrafo era un civil y posteriormente nos entregaron las fotos. Por las mismas fechas nos dieron unos uniformes mejores, no eran nuevos pero estaban en mejor estado que los que teníamos. Hicieron formar a numerosos muchachos para fotografiarlos con ellos.

Fue un regalo a los alemanes. Ayudó a que la Wehrmacht pusiera de manifiesto la diferencia entre el trato que ellos nos daban y el que las SS daban a los judíos. Alguien se estaba anticipando a los interrogantes que se plantearían en el período de posguerra. No me cabe duda de que también sirvió para que los jefes del campo se quitaran de encima a la Cruz Roja. De todas formas, habían demostrado ser muy crédulos. Algunos informes que vi después sobre las condiciones de vida en nuestro campo tenían poco que ver con la realidad.

Sugerían que podíamos jugar al fútbol siempre que hubiera suficientes guardias. Lo que era un completo disparate. Según un informe de la Cruz Roja, el trabajo no era duro y no había quejas al respecto.

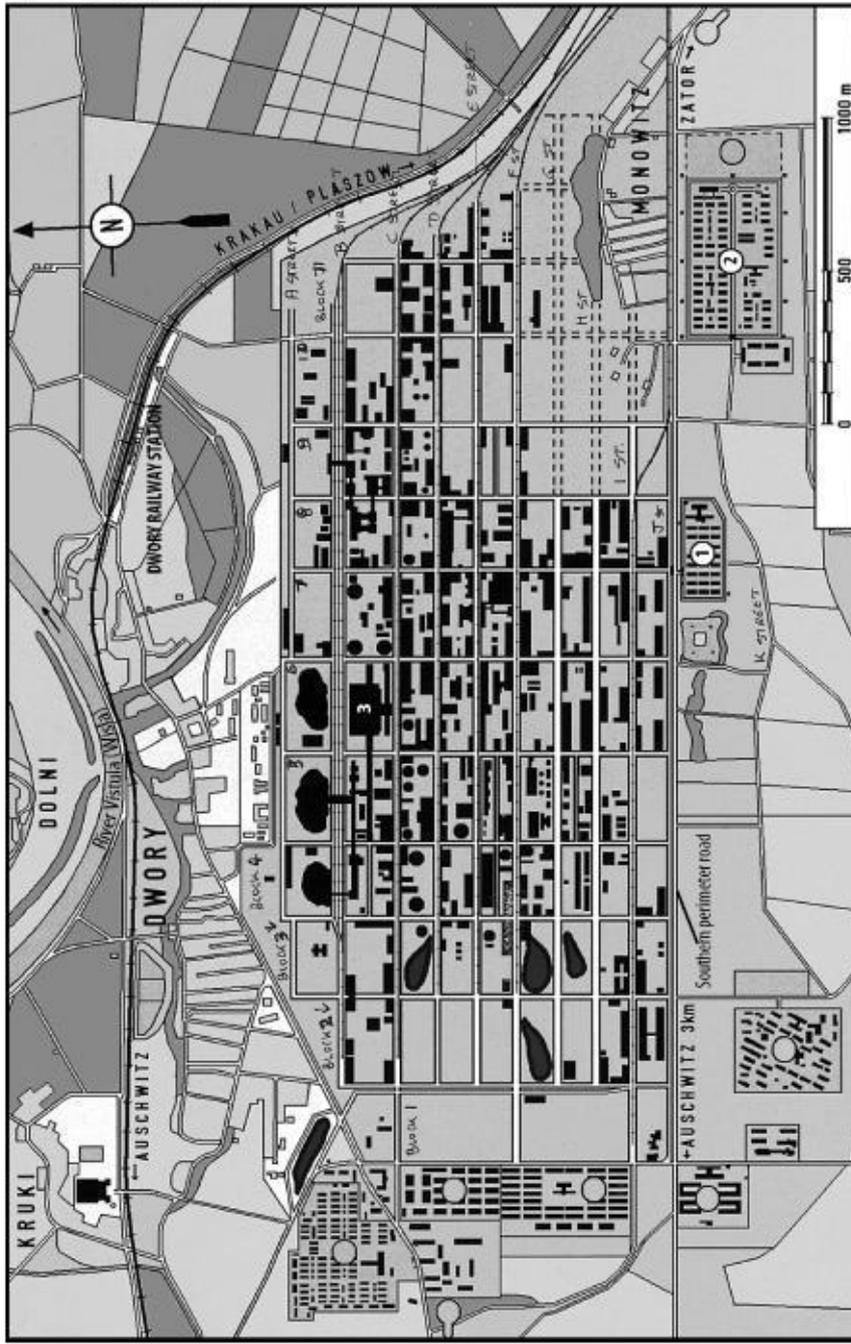
Decían que teníamos agua caliente corriente y, más absurdo aún, que habían visto reclusos jugando al tenis. Lo que sí dijo la Cruz Roja es que el número de letrinas era insuficiente y que el agua que bebíamos no era apta para el consumo, extremo que, por lo menos, los alemanes sí les habían confirmado.

Aquel no era un entorno amable. Nunca sabías en quién podías confiar. Entre nosotros se hablaba constantemente de espías, les llamábamos *hurones*. Yo conocía la historia de Miller, recuerdo haberlo visto. Era un tipo que hablaba bien. Había llegado solo desde el campo de Lambsdorf y dijo a los muchachos que había servido en el

Green Howards, uno de los regimientos más pequeños. Inmediatamente levantó sospechas. Los detalles que daba sobre su hoja de servicios y su conocimiento del regimiento no las disiparon. Algunos chicos se pusieron a hacer indagaciones. Llegaron a la conclusión de que Miller era un hurón, un espía introducido en el campo para obtener información de nosotros.

Nos enteramos de que lo habían cogido en las letrinas, lo habían matado y habían echado el cadáver a la zanja. Yo no participé, pero entonces no lo dudé. Había muchos hombres capaces de desarrollar semejantes labores en el campo. Los alemanes nunca reaccionaron ante el hecho de que faltara un hombre.

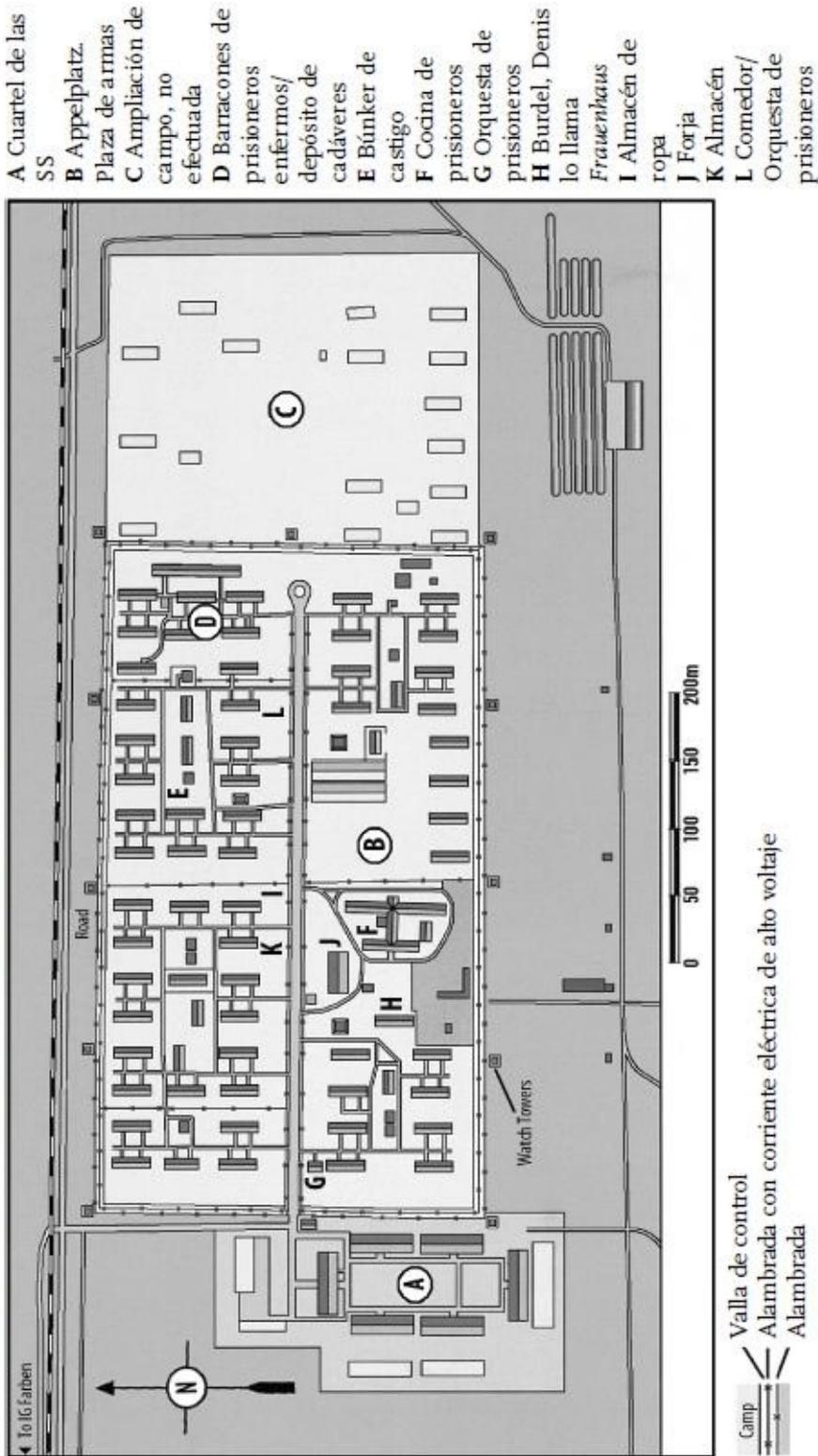
El complejo industrial IG Farben, Buna-Monowitz, en 1944



↓ A Auschwitz y Auschwitz-Birkenau

- 1 E715, el campo de prisioneros de guerra
- 2 Auschwitz III, Monowitz
- 3 El «Queen Mary»

Auschwitz III. Buna-Monowitz, a finales de 1944



Capítulo 10

Trabajábamos once horas al día. Olvídense de todo lo que hayan visto en las películas de guerra en las que los hombres pasean con jerséis de críquet, dedicándose a la jardinería o haciendo gimnasia para tapar los túneles de fuga, fumando en pipa y bromeando con los alemanes. Puede que fuera así en los campos de oficiales, pero en lo que toca a nosotros, los «otros rangos», el trabajo físico era duro, aunque no tan duro como el que hacían los rayados.

En la fábrica veía matar judíos a diario. Unos a patadas y palizas, otros sencillamente caían redondos y morían de hambre y agotamiento. Supe que estaba sucediendo lo mismo en todos los rincones del campo, en todos los trabajos. Aquellos judíos podían prolongar un poco la vida, pero el resultado final era siempre idéntico. No estaban suficientemente alimentados como para sobrevivir. A eso del mediodía llegaba la horrible sopa de col. Apenas podíamos tragarla, pero la nuestra al menos tenía algo nutritivo, mientras que lo que les daban a los judíos era poco más que agua maloliente. De vez en cuando conseguíamos exagerar la cantidad de nuestro *Kommando* de trabajo para conseguir más sopa de la que necesitábamos. No podíamos dársela directamente a los judíos, aunque la dejábamos en sitios donde ellos pudieran cogerla. Si los guardias o los *Kapos* les veían tomando nuestra sopa, los pateaban. Las palizas eran la norma.

La fábrica de Buna-Werke absorbía la vida y el trabajo de hombres agotados, y cuando ya no podían más, los enviaban a que los matasen. No sabía cómo se llamaba el sitio, pero iban al oeste, al primer campo de ladrillo, Auschwitz Uno, o al nuevo y enorme campo de madera de Auschwitz-Birkenau. Tarde o temprano los mataban; a muchos nada más llegar. Detrás de todo ello estaban las SS y los ejecutivos de IG Farben. Los *Kapos*, prisioneros convertidos en guardianes de sus compañeros, se convirtieron en el objeto de mis iras. Eran mala gente y muchos llevaban el triángulo verde de sus antecedentes delictivos. Su supervivencia dependía de mantener a raya al resto de los prisioneros. Si perdían su privilegiado trabajo, no vivían mucho porque no tenían amigos.

A menudo se habla de la inhumanidad del hombre para con el hombre, pero aquello no era humano ni inhumano, era bestial. Allí no significaban nada el amor y el odio. Reinaba la indiferencia. Me sentía degradado por cada asesinato sin sentido que presenciaba sin poder hacer nada al respecto. Vivía en plena aberración.

Cualquier cosa que se pudiera comer o comprar era de valor para los prisioneros judíos. Podía brindarles la oportunidad de vivir un poco más. Todos tenían que encontrar un modo, una forma de asegurarse unas cuantas calorías más al día, si no, morían. Los riesgos para ellos eran enormes.

Nosotros éramos privilegiados en comparación, pero solo en comparación. Solicitábamos algún domingo libre y se podía producir cierta ligera mejora en nuestras condiciones. Aunque no sin mantener una discusión con alguno de los principales contratistas de IG Farben.

Tener ciertos conocimientos puede ser peligroso. Tener ciertos conocimientos de un idioma en un sitio como Auschwitz podía ser mortal. Había echado en cara a uno

de los gerentes que era un «schwindler» por hacernos trabajar sin descanso los siete días de la semana. Se puso furioso. Supe que había empleado mal esa palabra cuando llamaron a los guardias para que me llevaran de allí.

Al final llamaron a un traductor para mediar, un soldado escocés con mejor alemán que yo. Alegó que llamar a alguien «swindler» era una crítica suave, como llamarle granuja. Por supuesto, en alemán era mucho peor. En realidad, «schwindler» era suave en comparación con lo que yo pensaba, pero aquella explicación quitó hierro a la bronca y calmó la situación. Había tenido suerte otra vez.

Por lo general, el trabajo forzoso era duro y nos molestaba que pudiera servir a la maquinaria bélica alemana. Nos quejamos de que entraba en contradicción con la Convención de Ginebra. Para sorpresa mía, la queja se trasladó y nos citaron en un edificio de oficinas de IG Farben. Fui uno de los cinco muchachos elegidos para exponer nuestra demanda. Me chocó que estuvieran dispuestos a escuchar, pero en cuanto nos pasaron al despacho y vimos que iba a presidir la reunión un oficial de alta graduación, supe que no iba a salir bien.

Escuchó nuestra reclamación y acto seguido sacó su pistola Luger de la funda, la puso encima de la mesa y dijo: «Esta es mi Convención de Ginebra. Ustedes harán lo que yo diga». Nos volvieron a llevar al trabajo, pero estábamos decididos a hacer lo que pudiéramos para estorbar.

A menudo me ordenaban llevar recados al despacho de un ingeniero alemán. Llevaba un sombrero de ala corta y botas altas y polainas cuando estaba en la fábrica, pero era comunicativo y yo le caía bien. Teníamos ciertos planes para sabotear el trabajo que nos estaban obligando a hacer los alemanes y aquel contacto facilitaba las cosas. Así es como conocí a Paulina, una joven ucraniana que trabajaba allí. Muchas mujeres ucranias, entre ellas Paulina, fueron llevadas a Europa y obligadas a trabajar para los alemanes después de que Alemania atacara a la Unión Soviética. Tenían más libertad que los prisioneros judíos. No llevaban uniformes de rayas y no estaban allí para ser exterminadas, aunque su vida también era precaria. Tenían que armarse de valor para ayudarnos y Paulina nos ayudó mucho. Había nacido a orillas del mar Negro, era joven y tenía la cara ancha y el pelo rubio ondulado. Nos avisaba de cuando se esperaba la llegada de envíos especiales de maquinaria o componentes para que pudiéramos preparar algún tipo de sabotaje.

Cuando era demasiado comprometido vernos en el despacho del ingeniero, quedábamos en una pequeña sala de calderas. El encargado también hacía trabajo forzoso y yo le avisaba con anterioridad. Sabía lo que hacíamos, pero de todas formas bromeaba entrelazando los dedos mientras decía muy sugerentemente «amour, amour».

Había desatornillado una plancha de hierro ondulado de la estructura de detrás de la caldera para que, si las SS entraban en el cobertizo cuando estábamos hablando, uno de los dos pudiera escapar por la parte de atrás de la caseta. Nunca tuve necesidad.

La información que Paulina nos daba era vital. Cambiábamos los rótulos de los vagones de ferrocarril confiando en que irían a donde no debían. Poníamos arena en los rodamientos para que se recalentaran y se rompieran. Torcíamos las hojas de los refrigeradores para que vibraran y fueran estropeando la maquinaria. Incluso

poníamos piedras afiladas por debajo de los cables eléctricos en las trincheras confiando en que acabarían cortando la corriente. Cuando nos enviaban a remachar los enormes gasómetros, ideamos una forma de martilleo del remache que pareciera bien terminado, aunque quedaba flojo y seguía habiendo escapes. Yo entraba en la zona de los contratistas, buscaba las botellas de oxígeno para soldadura oxiacetilénica y, utilizando una llave que yo me había hecho, abría las válvulas y soltaba el gas. El acetileno se olía, el oxígeno no. Era el crimen perfecto. Mi experiencia en ingeniería me vino bien por primera vez desde el desierto. Estaba contento de ser útil.

Paulina hizo mucho más por mí que suministrarme información. Se las arregló para darme comida cocinada en un par de ocasiones, mejor aún, me la dio en un plato. No sé de dónde la sacaría, pero se lo agradecí. Yo le gustaba, pero la cosa no pasó de ahí. No hubo nada entre nosotros, pero cuando me dio su fotografía me la guardé de todas maneras. La llevaba en el uniforme y me la traje a casa. Todavía la tengo. También me dio un sencillo sello con las misteriosas iniciales FD y la fecha 1943 grabadas en él. Incluso los regalos normales eran raros en aquel lugar y tenían un valor humano; también me lo traje a casa.

Buena parte de los sabotajes que practicamos hubieran sido imposibles sin ella. Fueron acciones modestas. Lógico. Algo de mayor envergadura habría sido detectado y alguien habría pagado las consecuencias. Era demasiado arriesgado.

Los terrenos para la planta de goma buna se habían explanado en abril de 1941. Heinrich Himmler, el Reichsführer-SS, había prometido a IG Farben miles de trabajadores esclavos para construirla. En aquella planta no llegó a producirse ni un taco de goma buna y me gustaría pensar que nosotros tuvimos algo que ver.

La inhumanidad estaba presente por todas partes. Un día estaba mirando hacia el comedor de IG Farben cuando vi a un prisionero judío rebuscando en un cubo de basura algo para comer o vender, quizá verduras mohosas o una colilla de cigarrillo o un trozo de alambre. Sus movimientos eran lentos. El hambre y el agotamiento le habían embotado los sentidos a todo lo que no fuera la disyuntiva de comer o morir.

No tuve tiempo de avisarle. No vio a la guardia de uniforme, una de las pocas del campo, hasta que estuvo justo detrás de él. Lo derribó de un solo golpe y se puso a horcajadas sobre él. Cogió una piedra grande con las manos enguantadas y le aplastó el cráneo.

No fue la única guardia que vi. Alguien señaló a una mujer con un uniforme bien cortado en un grupo que caminaba por el campo. La dureza de su expresión desfiguraba la juventud de su rostro. Me dijeron que era Irma Grese, la famosa guardia del campo de exterminio de Birkenau, al otro lado de la ciudad. Su conducta sádica llevó a su ejecución en diciembre de 1945.

Algunos guardias de las SS eran mayores o heridos de guerra, pero yo no tenía simpatía por ninguno de ellos. No eran el Afrika Korps. Sabían lo que estaba pasando en Auschwitz. No se hacía de tapadillo.

En cierta ocasión, un hombre de las SS se me acercó mientras yo estaba trabajando fuera. Tenía los ojos profundamente hundidos y una herida de guerra en el brazo. Se puso a mi altura y, con la mirada al frente, empezó a hablar como si fuera para sus adentros. Había sido tirador de ametralladora en el frente oriental y contó un ataque ruso que había comenzado a toque de silbato. Eran miles, dijo, y seguían

apareciendo más y más por muchos que él liquidara. Estaba reviviéndolo a mi lado. El cañón de su ametralladora no tardó en deformarse por el calor de los disparos ininterrumpidos. Había sido inútil. No se les pudo detener. Él fue herido y quizá había quedado tocado de la cabeza. No dije nada. ¿Cómo iba a compadecerle en semejante lugar?

Al final de su monólogo, se irguió y echó a andar sin decir ni adiós. Volví a verlo tres días después. Me miró sin verme.

Recuerdo que estaba sosteniendo unas tuberías de metal para que un tipo de veinte años, rubio, con la cara redonda, pudiera soldar unos rebordes. Era un trabajador civil alemán. Aquellos trabajadores eran un misterio para nosotros, pero ese en concreto me intrigó. Traté de ganármelo como persona joven, le hablé de música y le pregunté por qué los nazis odiaban el jazz. Creí que si lo pillaba desprevenido podría hablar de su pasado, revelarme algo útil. Ya estaba envenenado por el odio. Decía que los judíos habían destruido su país. No nos encontramos, pero de pronto dejó de soldar y cantó:

Küss mich, bitte bitte, küss mich,
Eh' die letzte Bahn kommt,
Küss mich ohne Pause'
(Bésame, por favor, por favor, bésame,
hasta que venga el último tranvía,
bésame sin parar)

No se daba cuenta de que esos inocentes versos estaban en contradicción con un lugar tan monstruoso. Siguió soldando.

Otro prisionero representó para mí las barbaridades y tropelías cometidas por los nazis. Se llamaba Victor Perez y era un judío sefardí nacido en la Tunicia francesa. En sus tiempos había sido campeón del mundo de los pesos mosca, pero le habían detenido en París en 1943. Como aficionado a ese deporte desde chico, yo lo conocí como el «Young» Perez que había ido a pelear en Gran Bretaña a principios de los años treinta. Hablé con él una vez muy brevemente dentro de IG Farben. Cuando le comenté su gran combate contra Johnny King en Manchester, tuvo que pararse a pensar para poder recordarlo. Era una sombra del apuesto boxeador joven cuyas fotos había visto yo. Años después me enteré de que le habían obligado a boxear en la Appelplatz —la plaza de armas de Auschwitz III— mientras los SS hacían apuestas sobre quién vencería. Los SS le pegaron un tiro en enero de 1945.

A mí no me bastaban nuestros pequeños actos de sabotaje. El suelo que pisábamos estaba empapado de sangre. Aquel terrible hedor seguía flotando por el campo y se mezclaba con la basura y los gases que había en el aire. Planteaba muchas cuestiones.

Creí que había llegado a acostumbrarme a la brutalidad de aquel lugar. Tenía que centrarme en sobrevivir. Todos los prisioneros de Auschwitz tenían una historia, su historia, pero las proporciones de lo que allí ocurría se tragaban las tragedias personales. Entonces, cuando menos me lo esperaba, dos personas destacaron entre la multitud. El sufrimiento colectivo de miles volvió a encarnarse en el fatídico destino

de personas concretas. Eso fue lo que ocurrió con Hans y Ernst, dos prisioneros judíos que se acercaron a mí por razones muy diferentes.

Conocí a Hans mientras trabajaba en el primer piso de un edificio de ladrillo que iba cobrando forma poco a poco. Todavía no estaba hecho el tejado, pero ya habían empezado a instalar un sistema de cañerías a lo largo de un pasillo. Allí no se me veía, pero la disposición del edificio hacía que me pudieran sorprender fácilmente si pasaba por allí un guardia.

¿Qué estaba haciendo? Escribiendo con tiza una fórmula matemática en una de las grandes cañerías apiladas en espera de ser instaladas. Estaba ajeno a lo que pasaba a mi alrededor. Fue una tontería, estaba tratando de salvar algo de antes de la guerra, las certidumbres que había aprendido. Estaba intentando recordar el enrevesado método para calcular el área del triángulo, la fórmula de Herón:

$$A = \sqrt{s(s-a)(s-b)(s-c)}$$

Allí estaba yo, tiza en mano, en un pasillo a medio terminar, cerca del epicentro de la máquina de matar de los nazis, contemplando las letras y los símbolos de tiza en la tubería.

Hans vio que yo estaba solo y aprovechó la ocasión. Se me acercó y me preguntó si tenía un cigarrillo. Luego se fijó en mis garabatos matemáticos. Cuando habló, lo hizo en alemán. Solo dijo: «Sé lo que es esto» (*Ich weiss was das ist*). El afán diario por la comida y la supervivencia quedó olvidado por un momento. Ambos contemplamos la extraña fórmula y durante unos pocos latidos del corazón tuve la sensación de que estábamos en comunión con siglos de sabiduría e ingenio humanos, el mundo de la decencia y el estudio que habían sido arrinconados.

Hans era un judío holandés de rostro alargado y pómulos salientes. En cuanto lo conocí me di cuenta de que tenía estudios. Más adelante me enteré de que su familia había tenido unos grandes almacenes o algo parecido en Ámsterdam antes de la guerra. No llegué a saber mucho más de él. Ni siquiera estoy seguro de que se llamara Hans, aunque así era como yo le llamaba. Saber los nombres era peligroso. Si te interrogaban estabas perdido, acabarían sacándotelos y alguien se llevaría un tiro. Yo me daba a conocer a mí mismo como Ginger.

Volví en mí y me di cuenta de que estaba en peligro y le susurré que se fuera. Si le veían hablando conmigo, se acabó. Desapareció inmediatamente, pero aquellos breves momentos me causaron una honda impresión e hice por verle a partir de entonces.

Aquel encuentro con Hans marcó el comienzo de la más descabellada aventura en la que me he metido en toda mi vida; pero antes tuve que resolver algunos problemas personales porque, poco después de que se fuera Hans, un guardia encontró las letras de tiza. Pidió ayuda. Apareció toda una delegación uniformada y contempló con silencioso asombro los misteriosos símbolos de la cañería. Luego sucedió lo inevitable. Me llevaron a la pequeña caja de cristal de un despacho de la planta baja para interrogarme.

Solo estuvieron presentes dos oficiales de las SS, convencidos de que mis

garabatos eran una especie de código secreto, pero ¿qué significaba y a quién iba dirigido?

—No es un código, es una fórmula —dije—. Como el teorema de Pitágoras..., solo que diferente.

Sabía que iba a ser difícil de explicar. No parecieron muy convencidos.

—Tiene que ver con los triángulos —dije—, con el cálculo del área de los triángulos.

Allí estaba yo, tratando de explicar a Herón y a Pitágoras a los SS. Con su mal inglés y mi rudimentario alemán no avanzamos gran cosa. Mis gestos no les decían nada. La verdad es que fue una de esas cosas raras que he hecho a lo largo de mi vida.

Hacía frío el día que conocí al segundo prisionero que dejó una marca indeleble en mi vida. Me dolía la espalda de tanto cargar con cañerías para llevarlas a la soldadura. La planta de filtración de tres pisos estaba prácticamente terminada. Tocaba ya el trabajo difícil: instalar el equipamiento interior.

En aquellos tiempos yo no fumaba, pero los cigarrillos eran la única moneda universal en Auschwitz. Con ellos podías comprar prácticamente la vida de cualquiera. Además, tenían otros usos.

Llegó para ver las obras un grupo de importantes ingenieros alemanes encargados del proyecto. Anduvieron de un lado para otro, enrollando y desenrollando los planos, tomando notas, dándose aires y hablando unos con otros.

Hice lo que hacía siempre cuando los tenía cerca. Me acerqué todo lo que pude y encendí un cigarrillo nada más que por echarles el humo a la cara. No les gustó mucho. Los demás muchachos me imitaron. Había que hacerlo con sutileza. Si quedaba muy agresivo o evidente podía haber problemas, pero captaron el mensaje.

Además, fumar era una forma de llevar cigarrillos a los prisioneros judíos sin llamar la atención. No me gustaba nada verlos rebuscando en la basura cuando tirábamos las colillas, aunque mejor eso que no hacer nada. Incluso las colillas eran objeto de trueque. Salí de la planta de filtración, dejando atrás el ruido de los martillazos y los intensos destellos de los sopletes de los soldadores.

Me di cuenta inmediatamente de que un joven prisionero judío no me quitaba el ojo de encima. Me figuré que probablemente estaba esperando a ver si yo tiraba la colilla. Llevaba la cabeza afeitada igual que los demás, pero había algo especial en él. Tenía un rostro más expresivo. No parecía un cadáver, aunque yo sabía que le faltaba poco. Todos acababan igual. Recuerdo las llegadas de judíos húngaros. Algunos eran unos tipos verdaderamente robustos. A los cuatro meses eran puro pellejo y huesos, y muchos ya estaban muertos.

Aquel muchacho andaría por los diecinueve años y tenía algo diferente. Me di cuenta de que su uniforme de cebra era más grueso y no estaba tan raído ni sucio como el de los demás. Al principio me hizo sospechar. Quizá fuera uno de los pocos favorecidos, los *Prominente*, que habían encontrado formas discutibles de ascender en la jerarquía del campo. No parecía uno de ellos, pero yo no podía estar seguro.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Ernst —contestó—. ¿Y tú?

Sus modales vencieron mis recelos. Había algo en él que me gustaba.

—Llámame Ginger —dije.

Creo que le di un cigarrillo y nos separamos. No hubo más.

Tardé varios días en volver a verlo. No nos miramos, era demasiado peligroso hacerlo abiertamente, sino que hablamos mientras caminábamos. Hacía esfuerzos por hablar en inglés, pero todo cambió en cuanto entendí lo que estaba tratando de decirme. Dijo algo así como: «Mi hermana en Inglaterra...».

Aquellas simples palabras me dejaron clavado donde estaba. ¿Había entendido bien? ¿Tenía una hermana en Inglaterra? Me quedé atónito. Lo miré. Estaba cansado, aunque no tenía el aspecto de agotamiento de los demás. Me explicó, en una mezcla de inglés y alemán, que su hermana había conseguido escapar a Gran Bretaña en 1939; había sido uno de los últimos judíos en salir de Alemania. Se llamaba Susanne, dijo, y había ido a Birmingham. Fue una conmoción oír el nombre de una conocida ciudad británica en boca de uno de aquellos pobres desgraciados. Habíamos forjado un vínculo, me sentí más próximo a él. Yo no era una persona emotiva, pero me di cuenta de cuántas cosas ocultaba para sobrevivir allí. Su hermana estaba a salvo en Birmingham y él encerrado en aquel odioso agujero.

—¿Tienes su dirección? —pregunté. Dijo que sí, pero que tenía que recordarla. Me pregunté si me estaría poniendo a prueba.

Probablemente se había dado cuenta de que tenía una oportunidad y quería aprovecharla. Tuve que esperar.

La siguiente vez que lo vi tenía la dirección de su hermana en la cabeza con toda claridad. Me la dijo inmediatamente: era 7 Tixall Road, en Birmingham, y yo la memoricé al momento. Dije que intentaría hacerle llegar una carta. Esa sencilla promesa fue el comienzo de un misterio que duraría casi siete décadas.

Ernst tenía un rostro travieso, inteligente. En los pocos meses que lo traté nunca vi que le dieran una paliza, que era cuestión de tiempo para la mayoría de ellos. Una herida o una paliza habrían precipitado su declive. Una vez de regreso en el campo, le di muchas vueltas antes de decidir la mejor forma de entrar en contacto con su hermana. A lo mejor todavía no sabía leer en inglés. A lo mejor no se fiaba de mí. Al final decidí hacerlo a través de mi madre, que probablemente entendería cómo interpretar mis oscuros mensajes.

Cuando lo llevé al papel, le dije a mi madre que escribiera a Susanne y le contara que yo estaba con su hermano en el campo de los británicos. Le di la impresión de que era un soldado inglés y de que tenía una herida en la mano que le impedía escribir, pero que, aparte de eso, estaba bien. Todo mentira, claro. Creo que incluso me inventé un regimiento falso para él. A través de mi madre le conté a Susanne dando los mínimos rodeos posibles que la mejor forma de ayudar a su hermano era enviarle a través de mí cigarrillos por correo, el máximo posible. Dije que intentaría ir dándoselos poco a poco. Sabía que era mucho pedir, pero si le llegaba mi carta, al menos Susanne sabría que su hermano seguía vivo. Valía la pena intentarlo.

Escribí la carta en un lenguaje normal. Solía escribir a mi madre utilizando un código infantil que habíamos inventado mi hermana y yo.

Aquellas cartas estaban plagadas de referencias a cosas de nuestra granja. Escribía sobre que nuestro ganado era enviado al matadero. Para expresar la cantidad de prisioneros en el campo de concentración hablaba del rebaño, y luego decía que estaba a merced del tres o algo así. Incluso utilicé terminología bíblica y referencias a

Moisés. Era un poco lioso, pero no podía hacer más.

Para dejar claro que me estaba refiriendo a los judíos me refería al primer ministro victoriano Disraeli, pero sin mencionar su nombre. Otras veces hablaba de Epping Town, donde mi madre sabía que vivían varios judíos. Necesitaba mucha imaginación para sacar algo en claro, pero posteriormente me enteré de que había captado lo que yo estaba tratando de hacer.

Estaba empeñado en que el mundo supiera lo que estaba ocurriendo. Intenté decirle que pasara la información al Ministerio de Guerra, pero no podía hacerlo abiertamente, de manera que empecé a referirme a un hombre que mis padres sabían que había trabajado allí antes de 1939. Vivía en Ongar y yo había coincidido con él a menudo en el tren cuando iba a estudiar a Londres. Le dejé lo más claro posible que debería tratar de contactar con él. Al fin optó por un método distinto y escribió un par de cartas al Ministerio de Guerra. Era una información muy general y no sé cómo la trasladaría. Ella no se encontraba bien, pero lo intentó.

No tenía ni idea de lo que el mundo exterior sabía entonces acerca de los campos de la muerte. Llevaba en el Ejército desde 1939 y no llegaban muchas noticias al desierto. En cautividad, menos todavía. Ahora creo que los aliados sabían mucho de los campos de concentración por aquel entonces.

Sí que recibíamos cierta información. En el campo E715 había una radio escondida. Nunca la vi con mis propios ojos, pero me contaron que era un aparato muy rudimentario. Uno de los muchachos la había montado, trocando y trapicheando los componentes con alguien que tenía contacto con el mundo exterior. Estaba bien escondida. Y se daba por supuesto que alguien la tendría oculta en alguna parte.

La mayoría de nosotros oía las noticias de la radio por persona interpuesta, a través de otro prisionero apodado *Stimmt*, probablemente por la frase alemana que le gustaba repetir: *Das stimmt*, «eso es cierto». Creo que su verdadero nombre era George O'Mara, un tipo agradable que recorría los barracones contándonos lo que había oído. Una especie de pregonero municipal.

De vez en cuando veíamos periódicos alemanes, sobre todo al utilizar las letrinas en Buna-Werke. Encontré un ejemplar de una publicación —probablemente el *Völkischer Beobachter*—, con una proclama de las SS relativa a sus planes para Gran Bretaña cuando ganaran la guerra. Decían que gobernarían desde Whitehall, ejecutarían a todos los prisioneros de guerra y dejarían que sus valientes soldados fecundaran a las chicas inglesas con buena sangre aria. Idóneo para las letrinas.

Era pura propaganda, pero solo sirvió para encolerizarme más. Como dije al principio, no me alisté para defender al rey y al país, y el espíritu de aventura se había convertido en un conflicto moral justo cuando menos podía hacer al respecto.

En las pausas del trabajo podía moverme con bastante facilidad. Podría atravesar todo el edificio sin que nadie me hiciera preguntas. Lo hacíamos todos. De vez en cuando me cruzaba con Ernst.

Una vez estaba en un cobertizo en el almacén de un contratista con otros dos británicos cuando entró él. Llevábamos un rato hablando cuando oímos un ruido y nos dimos cuenta de que andaba merodeando un guardia. Ernst no tuvo tiempo de salir, de manera que se escondió en la parte de atrás, detrás de unas mesas patas arriba.

El guardia entró, echó un vistazo y quiso saber qué estábamos haciendo. Me las arreglé para entretenerle, pero estaba diciéndole tonterías en mal alemán y al final salimos, dejando a Ernst escondido allí. Transcurrió algún tiempo hasta que se atrevió a salir. Ahora suena dramático, pero los prisioneros británicos hacíamos triquiñuelas de estas permanentemente. Debió de asustarse, pero nunca lo comentó. La siguiente vez que pudimos hablar, estando los *Kapos* a cierta distancia, lo único que dijo fue que mi alemán era muy bueno. No era verdad, pero agradecí sus palabras.

Ernst nunca me habló de su familia en ninguno de nuestros encuentros furtivos. Sabía lo de su hermana en Inglaterra y para de contar. La carta que había escrito tenía pocas probabilidades de llegar y la dirección seguro que era errónea. No abrigué muchas esperanzas. Con los bombardeos aliados, los robos y el desorden general de los tiempos de guerra creí muy improbable que llegara ningún cigarrillo.

Capítulo 11

La siguiente vez que vi a Hans ambos estábamos afanados en llevar tuberías de un lado a otro. Teníamos que cargar y llevar piezas muy pesadas durante once horas al día, apilando pesadas válvulas en vagonetas que circulaban por una línea de vía estrecha entre edificios. Una vez cargadas, debíamos empujarlas hasta donde se necesitaran válvulas y tuberías. Nuestras conversaciones tenían que limitarse a los intervalos entre la carga y descarga de aquellos pesados tubos y las válvulas que iban con ellos. Eso era lo que estábamos haciendo cuando concebimos nuestro plan.

A veces estábamos hombro con hombro realizando el mismo trabajo, pero hablar alemán entre dientes no era fácil ni siquiera estando tan cerca.

Aquella vez las estaban soldando *in situ*, detrás de otra oscura fachada de ladrillo, la de una planta de filtración de tres pisos que iba poco a poco cobrando forma. Por el edificio sin terminar subían escaleras metálicas. Lo que allí se elaboraba al precio de vidas humanas era la buna, una goma artificial para mantener en funcionamiento la maquinaria de guerra de los nazis. A la fábrica la llamábamos Buna-Werke.

Dicen que «una prisión no la hacen los muros de piedra, ni una jaula los barrotes de hierro». Un dicho que me sabía desde pequeño. Ya entonces lo había hecho mío. Sabía que no podían hacer prisionera mi mente. Mientras pudiera pensar era libre. Siempre había sido un luchador, jamás había rehuído conscientemente un desafío, pero entonces era diferente. Entonces sabía poco de las religiones y filosofías orientales, pero sí sabía que la mente te puede hacer traspasar muros de ladrillo. Era mi mente la que estaba supliendo a los músculos.

Todos nos veíamos forzados a trabajar para la maquinaria bélica de Hitler, los trabajadores esclavos de los campos de concentración de Auschwitz, los trabajadores civiles forzosos y los prisioneros de guerra británicos. Hacíamos un trabajo igual de extenuante que los judíos, con una diferencia fundamental. A nosotros no se nos aplicaba el programa *Vernichtung durch Arbeit*: exterminio a través del trabajo.

Cuando cayó la noche, nos llevaron en columna a nuestros respectivos campos. Los judíos a Auschwitz III, a veces llamado Monowitz y acerca del cual sabíamos poco; y los prisioneros de guerra británicos al campo E715, en el extremo sur del complejo en construcción.

Todas las noches volvía a algo más o menos predecible, un barracón espartano y mala comida, pero al menos tenía la certeza de que seguiría vivo por la mañana. Hans y todos los demás rayados no tenían la menor certeza de poder sobrevivir, ni siquiera hasta el día siguiente.

A los judíos les habían privado de la dignidad humana, su única posibilidad era tener algo por lo que arriesgarse. Al final, todos los intentos de conseguir un mendrugo más de pan acababan en una apuesta, una tirada de dados.

No había mucho que yo pudiera hacer, pero me atormentaba la necesidad de saber, de ver lo más que pudiera. A medida que transcurrían las semanas conseguí hablar con Hans de vez en cuando, y mientras hablábamos fue ganando peso en mí la idea de cambiarme por él. De esa manera podría ver lo que estaba ocurriendo. Empecé a sondearlo.

Si lográbamos organizar un *Umtausch* —un intercambio—, él podría entrar una noche en el campo británico y descansar. Le darían mejor comida, más cantidad, quién sabe, incluso huevos. Para consolidar nuestra amistad le di parte de una salchicha alemana que había ganado. Cuando en el campo de prisioneros británicos alguien conseguía una, echábamos a suertes quién se la iba a comer. Si la repartíamos no tocábamos a nada. En cambio, una sola persona tenía algo que llevarse a la boca. A nosotros nos resultaba difícil de comer, pero cuando se la di a escondidas a Hans, tomó más alimento de lo que había tomado en muchas semanas.

Le proporcioné cigarrillos para que los vendiera. En los campos eran como pepitas de oro, y yo fui muy afortunado, ya que un tío mío trató de enviarme un paquete de cigarrillos 555 cada mes.

No llegaron todos, ni mucho menos, pero mi padre le reembolsó el coste total después de la guerra. Porque fue mucho dinero.

Había personas a las que sobornar y cosas que comprar, pero yo ya tenía suficientes cigarrillos para mis necesidades. Había sembrado prudentemente la semilla en Hans, porque no podías fiarte de nadie. Ni siquiera de un hombre que conocía la fórmula de Herón. Lentamente, la idea había empezado a gestarse en su mente y, a medida que transcurrían las semanas, fue plasmándose en algo que se asemejaba a un plan.

En nuestro campo había dos tipos a quienes informé de lo que nos proponíamos, Bill Hedges y Jimmy Fleet. Me dijeron que era un idiota, pero cooperaron. La litera de Bill estaba encima de la mía en el rincón trasero del barracón, y sobre él recayó la mayor parte del subterfugio. Su cometido era ocultar a Hans. A los demás se les diría que me había puesto enfermo y me había quedado acostado.

Lo único que sabía de Bill era que antes de la guerra había trabajado en una ferretería del norte del país. En aquella ocasión, también llevé la voz cantante y los demás me siguieron. Ambos me juraron guardar secreto. Ya he dicho que no nos fiábamos de nadie.

El intercambio exigió varias semanas de meticulosa planificación y observación. Estudié los movimientos de los prisioneros judíos, me enteré de dónde y cuándo se reunían para volver en columna al campo, aprendí a imitar su fatiga, su encorvamiento, su caminar arrastrando los pies.

Aprendí a caminar con los bastos zuecos de madera que llevaban. Conseguí un par por unos cigarrillos, me envolví los pies con tiras de tela para las rozaduras y aprendí a caminar arrastrando los pies. Los zuecos podían ser un instrumento de tortura en aquel lugar; servían para acortar la vida de muchos hombres si se les hinchaban los pies o si no podían desplazarse suficientemente deprisa. Tuve que tenerlo en cuenta.

Uno de los rayados me encaminó hacia un *Kapo* del que se decía que era menos brutal que los demás. Grueso, con la cara curtida y, a juzgar por el poco que le quedaba, con el pelo negro que debió tener en sus buenos tiempos. Conseguí ponerle de mi parte sobornándole con cincuenta cigarrillos, veinticinco en el acto y los otros veinticinco cuando yo hubiera regresado sin problemas del intercambio. Sin duda, esto fue lo más arriesgado. En un sitio como Auschwitz, cada uno tenía que cuidar de sí mismo. Me podría haber traicionado fácilmente si hubiera visto la menor

oportunidad de sacar partido; yo había visto a los *Kapos* matar gente.

A través de Hans pasé cigarrillos a dos compañeros de su *Kommando* de trabajo. Eran los que tendrían que guiarme y enseñarme dónde ir. Cuando llegó el momento, me corté el pelo con unas tijeras viejas y después me rasuré la cabeza con una navaja de afeitar mellada.

Cuando la jornada de trabajo iba tocando a su fin, me embadurné de tierra, especialmente las mejillas, para conseguir la grisácea palidez del agotamiento. Pensé en las interminables patrullas dentro de los campamentos enemigos en el desierto. Estaba listo.

Pero ¿por qué lo hice? ¿Por qué abandoné voluntariamente mi condición de prisionero de guerra protegido para entrar en un lugar donde habían desaparecido toda esperanza y humanidad?

Voy a decir por qué. Sabía que los prisioneros de Auschwitz estaban siendo tratados peor que animales. Entonces no sabía qué eran los distintos campos donde estaban los judíos, que Auschwitz I —al oeste del nuestro— era el brutal campo de exterminio hasta que se construyó más al oeste Auschwitz-Birkenau y redefinió los términos de la masacre industrializada. Entonces no sabía que Auschwitz III-Monowitz, el campo contiguo al nuestro, era, en comparación, el menos letal de los tres. Lo que sí sabía era que estaban matando judíos delante de mí y que quienes ya estaban demasiado débiles para el trabajo eran enviados al exterminio. Cuando miraba los rostros de los prisioneros judíos, con las mejillas hundidas y la mirada sombría, era como si no hubiera nada en ellos. Todo sentimiento y emoción había sido cauterizado. Tenía que ver con mis propios ojos qué estaba pasando. Tenía que entrar allí.

Ellos no cesaban de pedirnos que, si alguna vez volvíamos a nuestro país, contáramos al mundo lo que habíamos visto. Los rayados sabían lo que estaba sucediendo. El hedor de los crematorios les contaba cuanto necesitaban saber. Ya lo sé, todos habíamos oído hablar de las cámaras de gas y los procesos de selección, pero a mí no me bastaba con saberlo de oídas. Las palabras «conjetura» y «especulación» no entraban en mi vocabulario. Aunque no supiera qué era cada campo, necesitaba ver qué convertía en sombras de sí mismos a los seres humanos.

Aquello, Auschwitz, la Buna-Werke de IG Farben con todos sus trabajadores esclavos, era el infierno mismo sin ningún género de dudas. Contemplaba brutalidades un día tras otro, pero no podía hacer nada para impedirlos. Era un borrón en mi vida y no podía consentirlo.

Incluso estando allí como prisionero de guerra, tenía la certeza de que nuestro bando derrotaría a los alemanes y que algún día haríamos responder a alguien de todo aquello. Quería aprenderme los nombres de los *Kapos* y los oficiales de las SS responsables de la degeneración que me rodeaba. Quería ver todo lo que pudiera. Sabía que tenía que haber una respuesta para todo aquello y que algún día les ajustaríamos las cuentas.

Por lo tanto, podía hacer algo; algo hacia lo que me sentía impulsado. No era gran cosa, pero si conseguía entrar, solo con que pudiera ver, ya podría dar testimonio.

Y había algo más, algo que tenía más que ver conmigo que con ninguna gran causa. Siempre había sido más líder que seguidor; al menos eso pensaba yo. Mis

aspiraciones de llegar a oficial se habían frustrado y la guerra había terminado para mí en Sidi Rezegh, pero seguía de servicio y ya tenía una causa. Podía ejecutar mi plan.

Capítulo 12

Caía la tarde, de manera que los prisioneros de guerra británicos pronto empezarían a reunirse a unos cuarenta metros de los rayados para volver en columna al campo E715.

Vi que los *Kommandos* de trabajo de los judíos se disponían a formar su propia columna para volver arrastrando los pies a su campo y pasé a la acción.

En el momento en que la gente se arremolinaba, aproveché la confusión del final de la jornada y me fui derecho al *Bude*, un cobertizo de madera en un rincón del almacén del contratista. Abrí la puerta y entré. Conocía su sobrio interior, apenas unas mesas pequeñas y un simple banco, porque a veces comíamos y nos guarecíamos allí. Una vez dentro, me quité mis pesadas botas y me calcé los bastos zuecos de madera para que el intercambio fuera más rápido. Hans me vio entrar en el cobertizo y se apresuró a seguir mis pasos.

Apareció de pronto en la puerta y sin vacilaciones la empujó para entrar. Se le notaba agitado; lo que estaba haciendo era más peligroso para él que para mí, pero había acudido. La oportunidad de pasar una noche más segura y comer algo más compensaba con creces el riesgo. Nervioso, miró de reojo al echar el pestillo y corrió hacia mí con los ojos bajos, como si eso ayudara a enmascarar nuestro plan.

No había tiempo para hablar. La rapidez era esencial; de tardar más de un minuto, fracasábamos.

Hans se quitó su chaqueta infestada de bichos y me la tiró. A cambio yo le di mi gruesa guerrera militar. Al ponerme su uniforme de rayas percibí el tufo a mugre y podredumbre, y noté los bichos que salían de pliegues y costuras en busca de sangre fresca. Eso podía soportarlo, ya sabía cómo vivir con piojos. Me lo habían enseñado el desierto y los campos italianos de prisioneros. Entonces ni se me pasó por la cabeza la idea de contraer tifus. Los piojos eran el menor de mis problemas.

Había dejado en el barracón la camisa del Ejército y llevaba una simple camiseta bajo la guerrera militar. Cualquier tipo de camisa debajo del uniforme de cebra habría levantado sospechas, por mucho que me hubiera afeitado la cabeza y embadurnado la cara para tener aspecto demacrado.

Había prescindido de todas las señas de mi verdadera identidad. «Cómo cambia las cosas un uniforme», pensé fugazmente al mirar a Hans vestido con mi ropa. Había acertado: era más o menos de la misma estatura y constitución que yo y también bastante pálido.

Le había conseguido unos zapatos viejos y los había escondido previamente en el *Bude*. Los zuecos de madera habrían llamado la atención en un prisionero de guerra británico. Ya había escondido mis botas militares antes de que llegara él. No estaba dispuesto a dejárselas a nadie ni siquiera una noche.

Una vez efectuado el cambio de ropas, recordé rápidamente el plan a Hans. Le dije que no debía manifestar ninguna agitación ni hacer nada que atrajera la atención sobre él de ninguna manera. Sus movimientos tenían que ser tranquilos y decididos. Por encima de todo, le dije que no corriera. Aunque no sé si habría tenido fuerzas. Salió inmediatamente con todo el aspecto de un soldado inglés y se dirigió, tal como

le había dicho, a buscar a Bill y Jimmy.

Aguardé un momento. Después adopté la expresión abatida que había observado, dejé caer los hombros, salí del cobertizo con los ojos bajos y me dirigí cojeando hacia la columna que estaban formando los prisioneros judíos. Me puse en medio de una fila, tosiendo para poder ocultar mi acento con la voz ronca si alguien me hablaba.

La sensación fue buena, como si volviera a tener la sartén por el mango. Ya no era un simple espectador. Burlar su disciplina significaba que yo estaba dominando al enemigo.

De pronto, me hice consciente de nuevos peligros. Recorrí furtivamente con los dedos la chaqueta tipo pijama para ver si estaba bien abrochada y ajustada hasta el cuello. Tenía que ser así. La falta de un botón o el cuello suelto podrían acarrear una paliza de los *Kapos*. No tendría más remedio que sufrir la paliza o echar a perder la operación. Si me hubieran descubierto, me habrían pegado un tiro en el acto; eso ya lo sabía. Estaba preparado interiormente para el combate, pero tenía que aparentar debilidad y sumisión.

La adrenalina corría por mis venas mientras escuchaba la monótona cantinela del recuento: «eins, zwei, drei, vier».

Se contaba a los vivos junto con los muertos, cuyos cadáveres yacían apilados a un lado. En cuanto los *Kapos* veían una cabeza en el suelo, la contaban como uno más. No importaba que estuviera vivo, lo importante es que cuadraran los recuentos de la mañana y la tarde. Lo demás era indiferente para ellos.

Si un *Kapo* cometía un error, tenía que echar la culpa a los prisioneros para salvar el pellejo. Como poco, suponía un puñetazo, cuando no una paliza en toda regla y, si estaban por medio las SS, un culatazo o algo peor. Ellos presionaban a los *Kapos* y los *Kapos* apaleaban a los prisioneros. Así era. Yo lo había visto desde las filas, comparativamente más seguras, de los prisioneros de guerra británicos. Por esa razón odié todavía más a los *Kapos*.

Terminado el recuento, lo repitieron para cerciorarse. Había guardias de las SS con las armas cargadas, vigilando atentamente ambos lados de la columna, mientras un *Kapo* recorría las filas gesticulando con los dedos para verificar el recuento. Yo estaba ya atento a la ruta fuera del recinto, procurando anticiparme al siguiente peligro.

Desde donde yo estaba en medio de una fila, entre los hombros caídos de hombres que podían fácilmente ser cadáveres al día siguiente, era difícil ver el montón de cadáveres del día amontonados a un lado. Como si la tierra ya se estuviera tragando aquellos mugrientos harapos de forma vagamente humana.

Para algunos morir significaba una liberación, sin duda; el sufrimiento y la conciencia se extinguían a la vez. Los *Häftlinge* judíos siempre caían redondos en el trabajo, exhalaban su último aliento en el suelo sin que nadie se fijara, mientras a su alrededor se continuaba trabajando, o bien recibían puñetazos y patadas hasta quedar sin vida.

Me sorprendió un súbito brote de actividad, centrado otra vez en los cadáveres apilados. Sus compañeros de infortunio arrastraban los restos esqueléticos por el suelo y los ponían en unas tablas que hacían de improvisadas parihuelas de madera. Sin traslucir emoción alguna. Los muertos eran una carga más, esa vez de piel y

huesos, y las extremidades de quienes los llevaban temblaban por el peso. Como no había suficientes tablas, algunos tuvieron que llevar los cadáveres con sus propias manos, agarrándolos de los brazos o las piernas o de sus gastados uniformes. Dejar caer un cadáver provocaba un retraso y la consiguiente paliza; y una herida allí significaba un rápido empeoramiento y, normalmente, la muerte.

Los de las tablas llevaban el peso entre dos o más. Incluso allí, incluso en aquellos momentos, el ingenio humano se aguzaba: un hombre se había echado una cuerda alrededor de los hombros y por debajo de la tabla para aliviar el esfuerzo de sus enflaquecidos músculos. Todos sabían que un poco más de agotamiento les acortaría la vida.

Una vez cargados los cadáveres, sus portadores volvieron a la formación. A mí me sostenía la adrenalina, aunque emocionalmente estaba hundido. Estaban actuando mis mecanismos de defensa. No tenía que pensar, solo tenía que actuar. Pensar demasiado entorpecería mi objetivo y acarrearía peligro. Cuando se quiere hablar una lengua con fluidez, hay que pensar en esa lengua; eso era lo que me pasaba a mí allí, entre aquellas sombras maltrechas. Tenía que aceptar igual que ellos lo que estaba sucediendo. Tenía que pensar y actuar igual que ellos.

Al cabo de varias semanas de urdir el plan y recorrer mentalmente el escenario, el éxito estaba pendiente de un hilo. Había que estar muy concentrado. Otra vez, como en las patrullas del desierto. Tenía que valorar la situación y responder en milésimas de segundo. Había que estar muy atento o te pegaban un tiro.

Tenía el pulso desbocado, cuando mi cuerpo debía exudar desesperanza. Allí no se podía devolver el golpe. Tenía un cometido diferente, pero a fin de cuentas era un cometido. Tenía que dar testimonio y nada debía interponerse en mi camino.

Mirando hacia la cabecera de la columna, vi que uno de los cadáveres estaba a punto de caerse de las improvisadas parihuelas. Había que hacer algo para evitar problemas.

Uno de sus camaradas colocó rápida y discretamente el cadáver en su sitio. Le separó las piernas para que cayera una por cada lado de la tabla con los pies colgando sobre la tierra. Aquel simple remedio impidió que el rígido cadáver se cayera a causa de los bamboleos. El muerto permaneció en su sitio. Ayudando a sus portadores en un trayecto sin ceremonias ni funeral a la llegada.

Finalmente, la columna echó a andar arrastrando los pies. Mi plan ya no tenía vuelta atrás. Había dejado al otro lado a mis camaradas y todo lo que me resultaba familiar y predecible también se esfumó en un momento. Los zuecos de madera no ajustaban y era incómodo moverse con ellos y tuve que apretar con los dedos de los pies para seguir adelante. Los harapos con los que solía vendarme los pies ayudaban un poco, pero seguía teniendo rozaduras. Por lo menos me servían para aprender a caminar arrastrando los pies.

Salimos enseguida por las puertas de la fábrica. Inmediatamente, hubo una conmoción en algún punto de la columna y nos detuvimos bruscamente. Procuré mantener la postura o seguir al menos como los demás, pero también quería ver lo que había pasado, sin manifestar curiosidad. Oí gritos, los guardias estaban dando una paliza a alguien de la formación y recorrió las filas una oleada de sorprendida agitación. Ya lo habían visto todos, lo mismo que yo, solo que esa vez yo ya no era

espectador. Era uno de ellos. Con aquel atuendo había dejado de existir a ojos de mis captores. Mi vida valía tan poco como la de los rayados. Al concebir mi plan, me había sentido bien por lo que significaba de tomar yo la iniciativa, pero, en realidad, estaba tan indefenso como los de mi alrededor. Iba a necesitar mucha suerte.

Enseguida volvimos a movernos. No fue una marcha especialmente larga, pero sí dolorosa y desgana. Cada paso era un verdadero esfuerzo para quienes me rodeaban. Piénsese en hombres condenados, encadenados, agotados y con unas perspectivas fatídicas; así es como estaban, así es como yo traté de presentarme. Estaba adentrándome en lo desconocido.

Según avanzábamos, me fijé en los cadáveres inertes de las hileras que me precedían. Un brazo que colgaba como si estuviera suelto. La pierna de otro que parecía un péndulo rozando el suelo a cada paso. Los portadores de los cadáveres que mostraban signos de fatiga, encorvados por el peso, aflojando los dedos huesudos, dando tumbos. Un hombre se desplomó sin previo aviso y el cadáver que llevaba cayó al suelo. Un estallido de violencia cayó sobre él al instante. Oí el impacto seco de los puñetazos, el ruido sordo de los culatazos o los garrotazos en los frágiles cuerpos.

Le sustituyó otro *Häftling* y echamos a andar otra vez, acompañados del prolongado rechinar de los zuecos al arrastrar los pies por el suelo aquellos hombres sin esperanza. Nos detuvimos cuatro veces durante el trayecto y en todas ellas oí el impacto de los golpes en costillas u hombros.

Entonces vi nuestro punto de llegada, un extenso campo atestado de prisioneros, con barracones bajos rodeados por una alambrada doble. Y entre ellas un cable de alto voltaje. Cada cierto trecho había torres de vigía en constante vigilancia y los guardias de las SS patrullaban el perímetro. Salimos de la pista principal y nos dirigimos a la entrada. Allí era donde acababan sus breves vidas, donde luchaban por un mendrugo o sucumbían.

Todavía era de día cuando pasamos por la puerta de entrada y vi el rótulo con el lema cruel «Arbei Macht Frei»: el trabajo te hace libre.

Entonces no sabía que semejante sarcasmo resonaría durante décadas. Aquello era Auschwitz-Monowitz.

Caía poco a poco la noche y a la débil luz se veían claros de cielo azul por encima de nosotros. Sabía que estaba allí, pero entonces no le presté atención. Nunca vi el cielo azul en todo el tiempo en que estuve prisionero en aquel lugar olvidado de Dios. No levantaba la vista. Igual que me había negado a leer las cartas de mi madre en el desierto, entonces habría sido una peligrosa distracción el más mínimo vistazo a la belleza del cielo. Me habría embotado, al recordarme la vasta extensión del mundo y de la libertad.

Se oyó gritar una orden y nos quitamos las gorras de la cabeza. Me puse firmes como los demás. Abandoné mi expresión perruna. Sabía que teníamos que mirar a los de las SS como si pudiéramos trabajar otro día más. Ya estaban sacando a alguien de la fila. No hubo lamentaciones, súplicas ni protestas. Estaban demasiado débiles. Entonces tuve la sensación de que algunos habían llegado a tal extremo que, cuando llegara, darían la bienvenida a la muerte. No vi lo que le ocurrió a aquella persona, pero supe que, a no mucho tardar, se lo llevarían en un camión a la cámara de gas de

Birkenau.

Una vez dentro del recinto, empecé a observar el trazado del campo, con su amplia extensión de cochambrosos barracones.

Con el viento que soplaba entonces, flotaba en aquel sitio el dulce olor empalagoso de los crematorios lejanos; se me metió en la nariz y en la garganta. Era un hedor malsano, que se sumaba a los demás olores del entorno, fruto de la suciedad y del maltrato a las personas.

Más adelante, colgando de una horca, había un cadáver inmóvil con la cabeza afeitada. Tenía el cuello partido y retorcido, y la cabeza inverosímilmente ladeada. No sabría decir si tenía las manos atadas. Tampoco llegué a ver si tenía algún cartel al cuello que dijera qué había hecho para acabar allí.

Ya estaba acostumbrado a los cadáveres, pero lo que mostraba un hombre ahorcado era el tormento previo a la muerte. Habían dejado el cadáver a la vista a manera de advertencia. «Aufpassen», tened cuidado, gritaba. Aquello me impactó. Ahorcados o no, nos tenían a todos cogidos por el cuello. Podían apretar el dogal cuando quisieran.

Los portadores de los cadáveres se pusieron otra vez en movimiento. Con la fatiga grabada en sus mejillas hundidas, arquearon la espalda para efectuar un último esfuerzo. Llevaron los restos esqueléticos a un lado y los volcaron en el suelo. Los cadáveres fueron cayendo sin hacer apenas ruido. Después, los portadores se irguieron y regresaron a la formación y los muertos fueron contados una vez más.

No tenía intención de intentar escapar, no estaba allí por eso, pero observé el panorama por costumbre, fijándome en el trazado, buscando salidas que jamás podría utilizar. No tenía sentido escapar. Una vez dentro, no había salida. Si descubrían que era un impostor, era hombre muerto. No había plan B.

La Appelplatz estaba ligeramente elevada y, mientras nuestra andrajosa columna se ponía en su sitio arrastrando los pies, alineándose en las marcas del suelo, capté algo extraño.

Desde algún punto al otro lado de la plaza de armas, por encima de los ladridos de las voces de mando, los pies arrastrándose y las toses, oí a los prisioneros de la orquesta del campo interpretando música clásica.

Capítulo 13

Sabía, estando en la mitad de la columna en la Appelplatz, que si alguien me traicionaba no habría más testigos que los pobres desgraciados que tenía a los lados. ¿Cuántos estarían vivos dentro de tres meses? No muchos. Me habrían pegado un tiro o me habrían llevado de allí a los acordes absurdos de la orquesta.

Mantuve la cabeza agachada aunque, por mi estatura, podía mirar a la cara a los de las SS sin forzar la postura. El menor cambio de humor o de atención por su parte podía significar peligro. Si un *Kapo* me hubiera delatado, habría recibido su recompensa, a riesgo de levantar también él sospechas. No nos mirábamos a los ojos. No se hacía. Empecé a respirar más tranquilamente.

Una vez contados y recontados y cuadrados los números, nos dieron permiso para retirarnos y la pasividad de la columna se trocó en animación. Observé las filas de rostros huesudos, en busca de los hombres a quienes debía seguir entre aquella masa de rayados andrajosos. No podía permitirme llamar la atención por parecer desorientado. Si hubiera ido a otro barracón, me habría descubierto yo mismo. Estaba concentrado y tenía el pulso desbocado, pero no podía exteriorizarlo. Tenía que seguir pensando mucho y actuando poco.

Los prisioneros se marchaban ya arrastrando los pies cuando vi a uno de mis hombres y, sin decir palabra, le seguí hacia su barracón. Entramos por un estrecho pasillo que llevaba hasta la zona donde dormíamos.

Al abrirme paso, el aire viciado me dio náuseas. Los hombres estaban comprimidos en toscas literas de madera de tres pisos que ocupaban aquel asqueroso recinto.

Muchos subieron y se quedaron tumbados en el acto. Seguí a mis dos guías e hicimos lo mismo sin mediar palabra. Era la estrecha litera que normalmente compartían con Hans. Trepé y me oculté para observar y escuchar.

No eran literas corrientes. Dormíamos tres en cada una y, en vez de tendernos a lo largo, que es lo normal, dormíamos atravesados, el del medio en posición invertida, de tal forma que tenía un par de pies malolientes a cada lado de la cabeza. Como la litera tenía alrededor de un metro setenta de fondo, tuve que encoger las piernas para caber.

Puse la cabeza hacia el interior de la litera y los pies hacia el pasillo para que no pudieran verme. Detrás de nuestras cabezas había una diminuta divisoria de madera y al otro lado, otro grupo de literas y más prisioneros con llagas. Como mis compañeros estaban tumbados en la otra posición, pude verles de cerca por primera vez. Ambos tenían cara de agotados, envejecidos prematuramente y, sin embargo, se les veía más fuertes que a otros.

Uno era judío alemán y el otro polaco. Era más fácil comunicarse con el alemán. Mi conocimiento de la lengua era rudimentario, pero estaba mejorando y él hablaba un poco de inglés. En los campos se hablaba sobre todo alemán, aunque eso no significa que todo el mundo lo hablara bien; el caso es que el diálogo con el polaco fue limitado.

Pude oír que alzaban la voz en lenguas extrañas en el pasillo cerca de la entrada.

Parecía una discusión. Había empezado el trueque nocturno del que tanto había oído hablar. Los hombres apretujados en el pasillo de la entrada trocaban cualquier cosa que hubieran cogido durante la jornada, cualquier cosa que fuera algo, algo que se pudiera poseer por pequeño que fuera. Un botón, un hilo de algodón; si te hacía falta, tenía un valor, incluso un clavo. Si podía convertirse en algo utilizable, si alguien lo quería, se trocaba y volvía a trocarse a cambio de unas pocas calorías más.

No llevaba reloj, pero por la luz que había a nuestra llegada y el tiempo transcurrido deduje que serían las siete o las ocho de la tarde. La mayoría de los que estaban a mi alrededor ya estaban exhaustos y no se movían si no era necesario. Estaban tumbados, procurando ahorrar energías.

Me sobresaltó un tintineo metálico y el nuevo olor pútrido que invadió el barracón. Había llegado la sopa de la noche en una gran perola. El barracón estaba atestado y el aire cargado, pero aquel olor picante se sobrepuso enseguida a todos los demás. Todos se pusieron bulliciosamente en fila con sus marmitas y luego volvieron renqueantes a sus literas para tomársela.

Me quedé donde estaba. No quise llamar la atención y, además, tampoco podría habérmela tragado. Era una cosa horrible a base de col podrida y mondas de patata hervidas y sabe Dios qué más. Solo el olor me daba arcadas. Todavía estaba cargado de adrenalina y evitar la sopa era fácil. Los demás no podían permitírselo. Tenían que tomársela.

Cada prisionero tenía su marmita bien guardada, algunos incluso la llevaban atada al cinturón. Sin marmita no había sopa y sin aquella horrible sopa no había vida. Más tarde, a la hora de dormir, las marmitas se convertían en duras almohadas a las que se aferraban, incluso en sueños.

Nunca pregunté los nombres de mis protectores, si bien recuerdo que entonces pensaba que no tenían un aspecto especialmente judío. Claro que ¿qué aspecto tenían los judíos? No estaba seguro de saberlo. Fue más fácil hablar con el barracón sumido en la oscuridad. No fue una conversación fluida. Hice preguntas en alemán y en inglés y hablamos entre susurros. Mis compañeros de litera tenían los ojos hundidos como todos, pero parecían menos traumatizados por el entorno que el resto. Me dio la impresión de que llevaban poco tiempo en el campo.

Dije para mis adentros que los cigarrillos que les había conseguido a través de Hans debían haberles animado, al igual que la idea de seguir recibiendo cuando yo estuviera a salvo; unos cigarrillos que ellos trocarían por calorías.

Calculé que en aquel barracón habría entre cien y ciento cincuenta personas. Tuve la certeza de que muchos habían llevado una vida cómoda. Habían sido profesores, maestros, empresarios a quienes habían despojado de todo y reunido allí a la fuerza. A mí me faltaba el aire entre aquella peste a excrementos y sudor. Allí dentro reinaba el olor inconfundible de la muerte. Un olor vomitivo y omnipresente.

Poco a poco, entre susurros, mis compañeros de litera me describieron cómo se vivía en Auschwitz III. Me hablaron del edificio del hospital, rodeado por una alambrada, el *Krankenbau*, sin ningún tipo de instalaciones a donde enviaban a los enfermos graves. Si a los quince días, como mucho, no estaban de vuelta por su propio pie, los montaban en el camión para gasearlos en Birkenau.

Me hablaron de las mujeres mantenidas en cautividad en la *Frauenhaus* y

utilizadas como prostitutas. Me dijeron que eran unas dieciséis o diecisiete. Normalmente, quienes iban allí eran los *Kapos*. Era el pago por los castigos que infligían.

La bestialidad de aquellos tormentos se me representó en imágenes de grano grande ante mis ojos en la oscuridad. ¡Santo Dios! Siendo los *Kapos* delincuentes profesionales, posiblemente violadores y asesinos, era inimaginable.

Traté de memorizar sus nombres y los de los guardias de las SS, pero no lo conseguí. Habría querido saber más acerca de los procesos de selección para la cámara de gas, pero entonces comprendí que no estaba en el lugar adecuado para eso. Los campos estaban separados y a la vez íntimamente relacionados. Se llevaba gente sin cesar a las cámaras de gas. Bastaba con que estuvieran desfallecidos o débiles. Los distintos campos componían una sola máquina.

Pasaron varias horas y mi compañero de litera polaco cayó en un sueño agitado. El alemán se esforzaba por contestar a mis preguntas, pero los silencios eran cada vez mayores y las palabras menos claras.

Me quedé tumbado escuchando los resuellos y ronquidos de los demás. Alguien hablaba consigo mismo, repitiendo sin cesar las mismas frases. No era el único. Se oían gritos de quienes revivían los horrores de la jornada: una paliza, un ahorcamiento, un proceso de selección para la cámara de gas. Para otros era haber perdido a su esposa, su madre o su hijo al llegar allí. La pesadilla les perseguía cuando despertaban. Para ellos no había escapatoria.

Cuando te rindes ya no sientes el dolor. Emociones y sentimientos desaparecen. Así estaban. Así era.

Quise respirar. Hacía un calor asfixiante y estaba el olor a podrido de cuerpos en descomposición. Eso era lo que yo había ido a ver, pero era una experiencia espantosa, espeluznante.

Me encontraba agazapado entre aquellas sombras de personas, con la diferencia de que yo me había colado. Había urdido un plan, había conspirado y había sobornado para ver aquel sitio y nada más entrar iba a volver a salir no a la libertad, todavía no, pero sí a un sitio mejor que aquel.

Iba a abandonar a su suerte a aquellas personas y Hans volvería a aquella espantosa litera. Su cabeza se llenaría de aquellos angustiosos sonidos. Trataría de sobreponerse, pero yo sabía que, con sus dos metros de estatura y las rodillas clavadas en los huesos de un extraño, porque la litera le quedaba pequeña, al final sería imposible. Me fui sumiendo en un agitado sueño mientras oía las palabras inconexas de un hombre que estaba claro que no tardaría en morir.

Desperté con una sensación de desolación absoluta. El *Kapo* había irrumpido en el barracón y estaba golpeando las literas. Daba órdenes que rebotaban en el áspero suelo de cemento. Dieron la luz. Debían de ser las cuatro de la mañana. Oí cómo daban una paliza a un hombre porque se movía con demasiada lentitud. Los que estaban demasiado débiles para tenerse en pie, aquellos cuyo estado se había deteriorado esa noche o que se habían rendido en la oscuridad, fueron apartados a empujones a un lado. Me figuré lo que les pasaría.

El desayuno consistía en un pan negro de extraño sabor untado con algo que yo tomé por margarina rancia. Pasábamos entre las mesas y lo cogíamos sobre la

marcha. Mantuve la cabeza agachada, lo cogí y seguí adelante. Tenía hambre y, sin embargo, no pude comérmelo.

Pensé en las carretillas de pan blanco que teníamos en el campo de los prisioneros de guerra británicos, los huevos que podíamos adquirir mediante trueque o compra. En nuestro campo también soñaba constantemente con comida, pero no había punto de comparación con la vida allí. Con aquella dieta la muerte era segura, la única cuestión era cuándo.

Yo estaba ya pensando en el futuro, preparándome para mi siguiente prueba: cómo iba a irme de allí. Salimos arrastrando los pies a la Appelplatz, donde nos volvieron a contar y recontar. Cuando terminaron, bajamos en columna hacia la puerta bajo las miradas de los de las SS. Otra vez me erguí. Buscaban a quienes estuvieran demasiado débiles para sacarlos de la formación. Una vez franqueada la puerta, torcimos a la derecha por la pista en dirección a la carretera que iba al complejo de IG Farben. Sentí la primera oleada de alivio. Todavía quedaba completar el intercambio, pero incluso con el estómago vacío, por una vez daba la bienvenida a la larga jornada laboral que me esperaba. Había salido de aquel sitio horrible y estaba deseando volver a oír hablar inglés, volver a ponerme mi uniforme.

Entramos en columna en el complejo y al poco rato vi a mis camaradas británicos. Confié en que Hans se encontrara entre ellos en alguna parte. Con sus andrajos me resultaba más difícil moverme por allí; con mi uniforme él tenía el estatus protegido de los prisioneros de guerra. En cuanto la columna rompió filas, hubo un breve alboroto antes de que se dieran las instrucciones para la jornada, y yo aproveché para ir al *Bude* y esconderme allí tal como habíamos quedado. Le había dicho a Hans que fuera a buscarme. Me vio entrar y me siguió rápidamente. Si alguna de las columnas se retrasaba por una demora en el recuento, podíamos tener dificultades. Tal como estábamos, podíamos efectuar el intercambio antes de empezar a trabajar. Solo había podido planificar hasta ese momento, a partir de ahí habría que actuar sobre la marcha. Se me daba bien, pero hacía falta tener mucha suerte.

Cuando apareció con mi uniforme lo noté agitado, pero si lo que le preocupaba era repetir el intercambio, nunca lo dijo. No quiso hablar. Era un tipo decente y siempre confié en que cumpliría su parte del trato. De todas formas, sentí alivio al verle. Sabía que si le hubiera dado pánico y se hubiera negado a volver, ahí habría acabado todo para los dos. Cuando saliera del *Bude*, lo haría como prisionero del campo de concentración y él lo sabía. Quería seguir adelante con el plan. Yo ya había recuperado mis botas de donde las había escondido antes de que él llegara y él tenía los zuecos preparados.

Me quité sus andrajos y sentí alivio al volver a ponerme la guerrera y los pantalones. Estaba regresando a mi tribu, recuperando mi estatus protegido de prisionero de guerra y él lo estaba perdiendo. Los símbolos obraban maravillas. Había que actuar con rapidez.

Repetí las advertencias que le había hecho antes del intercambio: mantener la calma y no correr. La verdad es que no necesitaba decirle cómo comportarse como un *Häftling*. No estoy seguro de que estuviera haciendo caso. Desapareció en cuanto estuvo listo.

Pasaron varios días antes de que yo fuera capaz de reflexionar sobre aquellas

horas en Auschwitz III y valorara toda la desesperación de aquel lugar. Me di cuenta de que era lo peor que se le podía hacer a un ser humano. Quitarle todo — propiedades, orgullo, autoestima— y luego matarlo. Matarlo poco a poco. Supera la inhumanidad del hombre para con el hombre. Era mucho peor que el horror que yo había visto en la guerra del desierto. Allí tenía un enemigo delante y yo cumplía con mi deber. Lo hice bien y por eso sobreviví.

Tuvimos mucha suerte con el intercambio, pero a mí me supo a poco lo aprendido en una sola incursión. Había muchos interrogantes que yo seguía sin poder contestar, aunque ya lo había visto y eso empezaba a cambiar las cosas. La atmósfera de aquel sitio había hecho presa en mi mente.

Volví con los prisioneros británicos y empezó la brega diaria. Había que cargar un montón de tuberías soldadas y otro montón aún mayor de llaves a rosca. Pesaban unos treinta kilos cada una. Lo más duro era ponerlas en la vagoneta, una vez que las ruedas echaban a andar era soportable. Había que llevarlas a la otra punta, dejarlas listas para instalar y vuelta a empezar. No pude comer nada hasta el mediodía, y para entonces, ya había recuperado el apetito.

Pasó un rato antes de poder hablar con Bill. Sabía que lo había hecho bien con Hans; de eso estaba seguro. Por lo visto, la participación de Jimmy había sido menor, pero se habían apañado. Bill le había cogido y le había escondido rápidamente en mi litera en un rincón del barracón para que no lo vieran. Ambos habían jurado guardar el secreto. En realidad, no nos fiábamos de nadie, de modo que cuantos menos lo supieran, mejor.

A los demás les habían dicho que estaba enfermo. Que me había quedado en la litera y había pedido que me dejaran solo. Bill le dio de comer y de beber a Hans y él mantuvo todo el tiempo la cabeza agachada. Ninguno de nosotros conocía de vista a todos los prisioneros del campo, éramos demasiados, pero los barracones eran relativamente pequeños y por lo tanto habían tenido que esconderlo hasta el recuento. Afortunadamente, nadie se fijaba mucho en los demás y la situación se resolvió sin incidentes.

Aquel subterfugio y el consiguiente riesgo debían haber merecido la pena para Hans por los cigarrillos con los que en adelante iba a poder trapichear. Las raciones extra del campo de los británicos deberían haberle supuesto una ayuda, unas cuantas calorías más. Sin embargo, hasta que no hablé con él algún tiempo después no me enteré de que la comida le había hecho enfermar. Tras varios meses de maloliente sopa de col, la comida extra le había sentado mal. No podíamos preverlo, pero me impresionó la noticia. Puso de algún modo en entredicho los logros del intercambio. Se había sentido cómodo en mi jergón de paja bajo aquellas mantas hechas de extrañas fibras de madera. Era mejor que el suyo y, por una noche, había estado lejos de quienes querían matarle.

En cuanto al *Kapo*, ahora que me encontraba a salvo, tenía que darle el segundo lote de cigarrillos. Tardé algún tiempo en poder hacerlo. Me las arreglé para hacerme el encontradizo y murmurarle por la comisura de los labios que estaría en una caseta cercana al cabo de cinco minutos. Se presentó y le hice entrega del resto de los cigarrillos. Los escondió en su chaqueta de rayas y desapareció. Fue como si hubiera roto por la mitad un billete de veinte libras y me hubiera quedado con una parte. El

otro tenía que atenerse al trato.

Toda aquella aventura fue una temeridad. Vista desde las comodidades que disfrutamos hoy parece absurda, incluso podría pensarse que imposible, pero fue lo que sucedió.

Fue por aquel entonces cuando surgió un nuevo e irónico peligro. A mediados de 1944 los aliados se dieron cuenta de que la fábrica Buna-Werke de IG Farben estaba en el radio de acción de las Fortalezas Volantes de la Fuerza Aérea de EE. UU. y valía la pena bombardearla. Los prisioneros judíos saludaron los bombardeos a pesar del peligro. Sabían que los pilotos de allí arriba eran amigos y les traían la libertad, aunque seguían aterrorizados.

Se daba la alarma mediante un gran cesto pintado de rojo y amarillo colgado de una de las altas chimeneas que coronaban el Queen Mary. Se alzaba cuando se aproximaban los bombarderos; cuanto más alto, más cerca estaban. Cuando llegaba arriba, los aviones estaban prácticamente encima de nuestras cabezas.

Si los bombarderos llegaban cuando estábamos trabajando, nos poníamos a cubierto donde podíamos. En las trincheras, detrás de los muros, incluso dentro de las tuberías. Una vez conseguí meterme por la tapa de una gran alcantarilla que daba al río y me encontré en compañía de cuarenta personas entre trabajadores civiles y guardias. Me dejaron quedarme. Había pequeños refugios de cemento para los guardias por todo el recinto, de manera que los guardias pudieran actuar desde ellos en caso de ataque. Eran a un tiempo cónicos y cómicos, una especie de cascos alemanes de la altura de un hombre.

Había un gigantesco búnker antiaéreo de cemento.

Más alto que muchos otros edificios, gris, cuadrado y feo. Los alemanes llamaban *klotzig* a cualquier cosa que tuviera aquel aspecto. Le cuadraba. Probablemente podía resistir un impacto directo. Me han dicho que todavía sigue allí.

Los judíos tenían que conformarse con echar cuerpo a tierra y buscar la protección que les brindara el terreno. Algunos se unían a nosotros, creyendo que como prisioneros aliados disfrutábamos de alguna protección o conocimiento especial sobre dónde iban a caer las bombas. No era así.

El 20 de agosto de 1944 fue un agradable día de verano para lo que era habitual en Auschwitz. Uno de esos raros domingos en los que no se nos exigía trabajar y algunos de los muchachos habían organizado lo que llamaban ellos una gala. Era un desesperado intento de mantener la moral aunque no sirviera de mucho. Hubo unas cuantas atracciones improvisadas, como un pimpampum con botes de hojalata y cosas por el estilo.

Oí la alarma antiaérea y el estado de ánimo cambió. Salimos a todo correr de los barracones y fuimos al campo por la parte de atrás del recinto, donde había un declive en el terreno. Había un canal de drenaje de este a oeste y un pequeño refugio antibombardeos en el extremo este. Nada que ver con el enorme búnker del recinto de la fábrica, pero era bastante sólido. No quise entrar. Siempre tenía presentes los rumores de los gaseamientos, respondieran a la verdad o no. Las pesadas puertas de acero tenían fuera una gran cerradura metálica y eso alimentaba mis sospechas. Era oscuro y siniestro. Busqué la salvación en la zanja. No estaba solo. Muchos

muchachos que se dirigían al refugio solo llegaron hasta la rampa vallada que bajaba a las puertas y no entraron. Creyeron que estarían a salvo sin entrar.

El humo liberado por los contenedores de gas del sur del recinto ya flotaba sobre el campo. El objetivo era velar por toda la zona y alejar a los aviones de la planta de buna, haciendo imposible el bombardeo de precisión. De todas formas, era imposible tener precisión a la altitud desde la que bombardeaban los norteamericanos.

Oí el temible zumbido de los aviones en lo alto. Parecían aproximarse por el sur. Me metí en la zanja y oí el silbido de las bombas al caer. No consolaba mucho saber que era fuego amigo. El canal estaba inundado de agua y los pies se me empaparon. Pegué la cara contra el talud de tierra y me tapé la cabeza. Hubo una explosión tremenda a unos treinta metros. Noté la onda expansiva en un lado de la cara. Procedía de las inmediaciones del refugio. Siguieron otras explosiones en dirección al recinto de la fábrica. El bombardeo duró un cuarto de hora; después pude comprobar sus efectos.

Corrí al refugio y vi un hoyo de unos cinco metros donde antes estaba la rampa de entrada. Había cadáveres y restos dispersos en un radio muy extenso. El sitio donde se habían quedado los muchachos había sufrido un impacto directo. Los que estaban dentro del refugio salieron por otra entrada diferente. Había unos cuantos muchachos heridos, pero la mayoría de los que se habían quedado a la puerta del refugio estaban muertos y sus cadáveres atrapados entre los escombros.

—¿Hay algún minero aquí? —gritó alguien. Uno de los muchachos había empezado a retirar cascotes, pero sin mucho éxito. Estaba asustado y era demasiado apocado para aquella tarea. Le pedí que lo dejara, ocupé su lugar y me puse a cavar sin descanso. Había que mover con mucho cuidado cada piedra para impedir que los bloques mayores de cemento se deslizaran y aplastaran a posibles supervivientes.

Pedí cuerda a gritos y la llevaron al cabo de un rato. Até un cabo alrededor de los bloques grandes de cemento y los muchachos que estaban al borde del cráter tiraron hacia arriba para que yo pudiera mirar debajo. A medida que excavábamos, íbamos encontrando un cuerpo aplastado tras otro, unos mutilados, otros reventados o estampados contra los trozos de muro.

Había un gran fragmento de cemento que nos impedía excavar. Teníamos que quitarlo. Si alguien seguía respirando debajo, teníamos que rescatarlo rápidamente. Pude moverlo, pero solo podía quitarse en una dirección. Eso significaba hacerlo pasar por encima de la cabeza de un soldado muerto atrapado en los escombros. Supe que tenía que hacerlo por si había supervivientes debajo, pero eso no impidió que uno de los muchachos me lo reprochara.

—El pobre hombre está muerto —dije—. ¿Tú qué harías?

Me apoyó porque se dio cuenta de que no había otra alternativa. Respiré hondo y me puse a empujar. Finalmente saqué el cadáver, que fue a sumarse a los que estaban fuera del cráter. Seguí excavando.

Continuamos haciéndolo en profundidad y hacia la puerta del refugio, pero nuestras esperanzas de encontrar más supervivientes se fueron desvaneciendo. Entonces se oyó un ruido sordo y me di cuenta de que allí había alguien vivo. Retiré más piedras para abrir un hueco lo suficientemente grande como para meterme. Cuando llegué hasta él, estaba medio inconsciente. Le pregunté qué parte del cuerpo

tenía atrapada. No supo responder. Pedí agua y volví a entrar con un pequeño cuenco para echársela por la cara. Cuando recobró el conocimiento se puso furioso y empezó a decir palabrotas. Fue muy difícil, pero finalmente conseguimos sacarlo. Había salvado la vida gracias a un taburete de madera de tres patas que había hecho de escudo frente al muro, creando un espacio protector.

En la superficie, los muchachos se habían ocupado de los heridos. Ya había más de treinta grupos de restos. Los juntamos como mejor pudimos y los metimos inmediatamente en mantas. Fue una tarea terrible. Eran nuestros amigos.

Morían constantemente personas inocentes a nuestro alrededor, pero es diferente cuando son tus camaradas. Fue un auténtico mazazo para nuestro estado de ánimo, pero teníamos que sobreponernos. Después hubo quien dijo —y la Cruz Roja les creyó— que los muchachos habían muerto porque estaban contemplando el «espectáculo». No fue así. Creyeron que estarían a salvo.

Los cadáveres iban a ser enterrados en la iglesia de la Ascensión de la Virgen María de Oswiecim. Me enviaron por delante con Bill Meredith —un muchacho de Liverpool— para ayudar a cavar una fosa común junto al muro. Había un templete al final de un paseo; fue la primera vez que vi lápidas con fotografías. Me intrigaron.

Nos desnudamos hasta la cintura y nos pusimos a cavar. Cuando terminamos llegó un camión cargado con los cadáveres. Estuvieron presentes algunos muchachos, pero no hubo ceremonia ni responso, que yo recuerde. Descargaron los cadáveres, y Bill y yo los fuimos poniendo en tierra uno junto a otro. Fue como en el desierto. Por primera vez en cuantísimo tiempo pensé en los hombres que había dejado en la arena y en Les, a quien había dejado insepulto.

No hubo tiempo para rendir homenajes. Nos devolvieron al camión, con los cadáveres aún sin enterrar. No sé quién echó tierra en la fosa. Tres semanas después cayó una bomba en el cementerio y la tumba quedó destruida. Después de la guerra, los cadáveres que pudieron ser identificados y otros que no lo fueron se trasladaron a un cementerio oficial de guerra en Cracovia, donde por fin pudieron descansar en paz.

Capítulo 14

Habían pasado varios meses desde que le había escrito a mi madre hablándole de Ernst. A él lo vi por la fábrica de vez en cuando, pero de casa no había tenido noticias. No sabía si mi madre había recibido la carta ni si había entrado en contacto con su hermana Susanne en Birmingham, si es que todavía seguía allí. Había valido la pena intentarlo, pero en mi fuero interno pensé que había sido en vano. El sistema postal de la Cruz Roja era una cuerda de salvamento, pero sufría frecuentes interrupciones y era cada vez peor.

Al cabo de unos meses llegó una carta dirigida a mí, escrita con una letra que no reconocí. Acompañada de un paquete. La carta estaba escrita en inglés y la abrí sin relacionarla con Ernst. Creo que el encabezamiento era «Querido Ginger» y la firmaba Susanne. Estaba dirigida a él, pero escrita como si fuera para mí. Decía que me enviaba cigarrillos en correo aparte. Había funcionado.

Una carta de mi madre confirmó que había contactado con Susanne y le había dicho que la única forma de ayudarle era enviar cigarrillos. A partir de ahí dependía de lo que hiciera ella. Abrí el paquete y allí estaban: doscientos cigarrillos Players. Los que envió mi tío —las veces que llegaron— eran de la marca 555. Los cigarrillos Players eran para Ernst; había más de cuantos yo había visto en muchos meses.

Fue un milagro: la hermana de Ernst estaba a salvo y se encontraba bien. Es más, ya sabía que su hermano estaba vivo y en Auschwitz. Confié en que entonces aquel nombre no le dijera nada.

Habíamos establecido un contacto humano. Significaba más que el contenido del paquete, por valioso que fuera. Aquella carta desafiaba por sí misma la maldad del lugar. Yo no cabía en mí de gozo. Tenía que llevarle a Ernst la carta y los cigarrillos, y eso significaba colarlos de matute en el recinto de IG Farben. A veces había registros, pero tuve suerte.

En los campos los cigarrillos eran más valiosos que el oro. Cuando efectué el intercambio con Hans, el *Kapo* había tenido nuestra vida en sus manos y yo le había sobornado para que hiciera la vista gorda con cincuenta pitillos, veinticinco primero y veinticinco después. Era una cantidad fabulosa en el campo y yo estaba a punto de darle a Ernst mucho más.

La verdad es que nunca supe qué hacía Ernst en la fábrica, pero podía moverse más que la mayoría y daba la impresión de que se libraba de lo peor del trabajo fuera del campo. Me figuré que sería una especie de porteador o mensajero.

Pasó algún tiempo hasta que volví a verlo. Esperé una oportunidad de acercarme y le susurré que nos viéramos en un lugar discreto al cabo de cinco minutos.

Apareció. Comprobé que estábamos solos y después saqué del bolsillo la carta de su hermana. Al principio no cayó en la cuenta de lo que era. Le dije que se la llevara y la leyera, y luego le hice el gesto de que la destruyera. Lo había perdido todo. Todos habían perdido todo. Destruir una carta, probablemente su única posesión personal en aquel entonces, era mucho pedir. Sabía que sería duro. Pero de ello dependía la seguridad de nosotros dos y confié en que lo haría. Tomó la carta y la escondió en algún lugar de su uniforme de cebra.

Volví a asegurarme de que no pasaba nadie antes de sacar el primer paquete de cigarrillos y una chocolatina de mi uniforme militar. De haberle dado todos los cigarrillos a la vez, nos hubiéramos arriesgado a perderlo todo porque probablemente eran demasiados para esconder. Le dije que iría dándole el resto a plazos. En aquel sitio, en aquel entonces, era un dineral y Ernst lo sabía.

Yo estaba rodeado de todas aquellas personas desesperadas. Despojadas de todo y arrancadas de esposas, hijos, padres o abuelos, asesinados a su llegada. Los que se libraban trabajaban hasta la extenuación, hambrientos, maltrechos, sabedores de que sus seres queridos habían sido gaseados y de que sus cadáveres se habían quemado. Al final, la desesperación, las enfermedades, el agotamiento o las palizas acabarían también con ellos.

Aquel era el contexto. En medio de todo aquello, yo le estaba dando a Ernst una carta y un regalo de su hermana de Inglaterra. Era todo cuanto podía hacer por él. No tenía ni idea de qué uso haría de aquellos cigarrillos, qué comida o qué favores conseguiría a cambio de ellos. No podría comprar la libertad, pero sí le reportarían algún beneficio, una oportunidad de sobrevivir. Eso era todo. En adelante, dependía de él.

Había sobrevivido hasta entonces, pero ninguno de los dos sabíamos cómo acabaría aquello. El hedor de las chimeneas lejanas y los cadáveres al final de cada jornada hablaban por sí solos. La vida individual estaba sometida a una fuerza maléfica o un capricho asesino.

Yo había echado un vistazo al otro lado de la alambrada de Auschwitz III-Monowitz, pero era él quien conocía aquel mundo y sabía cómo sobrevivir en él. Yo tenía confianza en él, pero sabía que las posibilidades de que muriera eran muchas. Procuré que no me lo notara. Fui entregándole a escondidas el resto de los cigarrillos en las semanas que siguieron. Y no me dijo nunca qué hacía con ellos.

No sabía nada de su familia aparte de que tenía una hermana en Inglaterra. Nunca hablaba de sus padres o sus abuelos y parecía no tener lazos con nadie. De ese modo, era más fácil sobrevivir. Lo sabía por propia experiencia. Durante el tiempo que pasé en el desierto y cuando nos torpedearon. Durante mi cautiverio. Era más fácil depender de uno mismo, servía para concentrarse. Ya he dicho antes que no hay nada si uno ya no está. Quizá por eso conecté con tan pocas personas en aquellos años.

Con Ernst había sido diferente. Pese a los reflejos de desesperación en su mirada, mostraba trazas del muchacho que había sido y destellos del hombre que podría llegar a ser. Tuve la sensación de haber dado con un espíritu afín al mío. No dejé de buscarlo y siempre que pude le di cigarrillos. Si la guerra hubiera durado más, hubiera intentado que le enviaran otro paquete.

Yo estaba deseando salir de aquel lugar olvidado de Dios, aunque solo fueran unas horas, por eso aproveché la primera oportunidad que se presentó de formar parte de una cuadrilla de trabajo fuera de Buna-Werke. Había que coger al vuelo las oportunidades de entrar en contacto con civiles. Nos ordenaron ir en tren a la ciudad de Katowitz y llevar de vuelta unos suministros. No nos dijeron qué eran ni por qué hacían falta seis hombres para cargarlos. Nos sacaron del campo escoltados por guardias armados y caminamos un rato hasta una estación de ferrocarril con andenes bajos, al otro lado de un área de clasificación al aire libre.

Desde donde estaba podía ver en diagonal lo que había al otro lado de las vías. Acababan de llegar numerosos vagones de ganado con prisioneros. Estaban formándolos en largas columnas a unos cien metros de nosotros. Las mujeres habían sido separadas de los hombres, pero todos conservaban todavía la ropa de civil. Sabíamos qué estábamos viendo. Sabíamos qué les iba a ocurrir a las mujeres y los niños.

Una mujer llevaba en brazos un bebé llorando. Un guardia de las SS recorría la columna arriba y abajo. Lo vi detenerse e increpar a la mujer antes de seguir caminando. El niño no dejaba de llorar. El guardia siguió caminando unos pasos, dio media vuelta, volvió a la altura de la mujer y asestó un puñetazo al bebé en la cara con todas sus fuerzas. Se hizo el silencio.

Estuve a punto de vomitar de la impresión y la rabia contenidas. Incluso a aquella distancia supe que había matado al niño. Aquella espantosa escena dispuso todo el alivio que sentía por salir del campo un día. Llegó nuestro tren y montamos en él. No podía hablar. Estábamos acostumbrados a ver crueldad con los adultos, pero matar a un bebé en brazos de su madre era incalificable.

Llegamos a un almacén militarizado con un gran patio, cerca de Katowitz, donde nos ordenaron empezar a cargar un vagón de tren. El cargamento consistía en grandes sacos hechos de mantas cosidas. No pude ver qué había dentro, tal vez fuera pan. No llegué a averiguarlo. Tampoco me importó mucho después de lo que acababa de ver.

Regresamos en un vagón civil normal, con guardias en el pasillo para impedir que nos fugáramos. Había visto matar a un bebé de un puñetazo. La escena no se me iba de la cabeza mientras miraba sin ver por la ventana. Ya estaba empezando a guardarme las cosas. No podía hacer nada. Nunca había retrocedido ni rehusado el combate; no me habían educado así. Entonces tenía que estar haciéndolo permanentemente.

El intercambio con Hans me había facilitado ciertos nombres y cierta información. Me hice una idea más cabal de lo que estaba ocurriendo en su campo, pero yo esperaba haberme enterado de más cosas. Estaba decepcionado. Allí tenían lugar los procesos de selección, pero la matanza mecanizada se llevaba a cabo en otra parte. Seguía habiendo muchas cosas que no sabía.

Pasaron las semanas y se estaba aproximando el invierno, el tiempo era cada vez más frío. La victoria parecía inclinarse de nuestro lado, pero lentamente. No tenía ni idea de cómo terminaría la terrible historia de los campos; ¿quién viviría para contarlo? ¿Quién quedaría para dar testimonio?

A lo largo de los meses, poco a poco fue ganando otra vez fuerza en mí la idea de volver a intentarlo. Hans seguía vivo. Milagrosamente, sus dos camaradas también. Sugerí que volviéramos a hacer el intercambio y aceptó. Su situación no había mejorado y valía la pena arriesgarse. Vuelta a los tiempos de ponerse a planificar. Esa vez no efectuaríamos el intercambio en el *Bude*, el cobertizo que utilizamos la primera vez, sino en un *Bau*, un edificio de ladrillo que se alzaba en el recinto de la fábrica.

Nada más pasar la puerta principal había un cuartito que a veces utilizábamos para descansar, y decidimos hacer el intercambio allí. Parecía un sitio mejor porque

tenía recovecos donde podía esconderse lo que fuera antes del intercambio.

Cuando llegó el día, me sentí mejor preparado que la primera vez. Sabía cómo iba la columna, dónde estaban las dificultades, pero aun así iba a necesitar mucha suerte.

Intercambiamos rápidamente las ropas y esa vez sentí frío al ponerme su uniforme de cebra. Él volvió a salir primero, lleno de inquietud por cómo se las apañaría.

Me había embadurnado las mejillas de tierra y me había vuelto a cortar el pelo y a afeitarme totalmente la cabeza. Me tomé mi tiempo para asegurarme de que llevaba el uniforme abrochado hasta arriba antes de salir y prepararme para fingir la debilidad de aquellos hombres exhaustos. Me dirigí hacia los rayados sin incidentes y me mezclé con ellos, listo para el recuento.

No había contado con las bajas temperaturas. Odiaba el frío, igual que ahora. Tirité aterido. Esa vez el recuento se me hizo interminable.

Echamos a andar en la consabida columna, llevándonos los cadáveres de los que acababan de morir, igual que la primera vez que entré en el campo. Y, lo mismo que la primera vez, algunos se cayeron; hubo que recogerlos y volvieron a caerse. Tras aquella caminata pasé por segunda vez por las puertas de entrada de Auschwitz-Monowitz. De alguna parte llegó la orden: «Mützen ab», y nos quitamos el gorro y nos pusimos firmes. Luego seguimos hacia la Appelplatz, la plaza de armas, que estaba en medio del camino central a mano derecha. Estábamos rodeados de alambradas, incluso dentro. Estaba tocando la orquesta, igual que entonces.

Formamos para que volvieran a contarnos. Esa vez me parecieron horas. El ejercicio del trayecto no me había hecho entrar en calor. Aquellos andrajos de rayas no servían para conservar ni una pizca de calor corporal. Caía la noche. No tenía que fingir nada, era igual de desgraciado que los hombres que me rodeaban. Entonces se puso a llover.

No es que los contara, pero tuve la certeza de que esa vez éramos más en la Appelplatz. Cuando al fin rompimos filas, seguí a mis guías a los barracones de un lado de la plaza y más próximos a la alambrada perimetral con sus cables de alto voltaje. Una vez dentro, ocupé mi litera y me quedé allí. Supe que no iba a tomar su comida.

Mis dos amigos habían sufrido en los meses transcurridos desde que compartí litera con ellos. Me sorprendió que siguieran vivos. No se lo dije, pero ambos estaban más flacos. El polaco estaba peor, con un tono enfermizamente amarillento en la piel. Tenía el aspecto de un hombre que se está acabando. Por aquel entonces sus compañeros le habían puesto un extraño apodo. Le decían que tenía aspecto de *Muselmann*.

Me dio la impresión de que los bombardeos aliados y los avances de la guerra les habían hecho concebir leves esperanzas de sobrevivir, aunque de momento no se concretaran en nada. Yo tenía poco tiempo, pero no podía obligarles a hablar a ninguno de los dos, estaban agotados, y el polaco cayó redondo nada más subir a la litera. Me dio la impresión de que no pasaría de aquella noche. Conseguí hablar un poco más con el alemán.

Esa vez me sentía mejor preparado para las sensaciones de allí dentro, los lamentos, los monólogos, los alaridos. Probablemente el alemán estuviera en la

veintena, pero compartiendo aquella litera para mí eran ya más cuerpos que personas, y por cierto, cuerpos enflaquecidos. Daban poco calor y yo estaba tiritando.

La muerte se huele, de eso ya me había dado cuenta la primera vez. No soy capaz de describirlo, pero el olor flotaba en el aire de aquellos barracones fríos y húmedos, lóbregos y espantosos. Las fatigas de la jornada nos habían derrotado. Me fui quedando dormido entre ronquidos y el rítmico murmullo distante de alguna plegaria.

El polaco pasó la noche, pero necesitó ayuda para ponerse en pie por la mañana. Ya no podía vivir mucho más y después de aquello no volví a verlo por la fábrica. Me alegré de pasar el recuento, salir por la puerta y volver por la carretera de Buna-Werke al trabajo que normalmente solía maldecir.

Efectuamos el intercambio en el *Bau*, de prisa y sin mediar palabra. Sentí el alivio de volver a estar a salvo con mi uniforme. Lo intenté una vez más algunas semanas después, efectuando el intercambio en el *Bude*, como la primera vez. Había dejado la puerta abierta porque una puerta cerrada invitaba a pensar en secretos. Esa vez había un guardia rondando por el almacén del contratista y tuvimos que desistir antes de empezar.

Visto desde ahora, debería haber anotado mentalmente lo que había aprendido la primera vez y haberlo dejado ahí. Pero yo no era así. Si lo había hecho una vez, volvería a hacerlo. Había memorizado los nombres de algunos *Kapos* y guardias, pero sobre todo lo había visto con mis propios ojos y eso era lo que me importaba. Los rumores carecían de valor. No sabíamos cómo acabarían aquellos campos ni quién quedaría al final de la guerra para contar los crímenes que se habían cometido.

Capítulo 15

Hacía una mañana húmeda y desapacible. Había llovido a cántaros y el suelo estaba hecho un barrizal. Fui uno de los veinte prisioneros de guerra británicos a quienes se les ordenó ayudar a instalar los cables del tendido eléctrico de una nueva planta. Nos pusieron en fila, metidos hasta la cintura en una zanja embarrada con un grueso cable de red entre las piernas. Conforme a la siniestra lógica de los campos, estábamos desempeñando aquella tarea porque los trabajadores esclavos estaban demasiado débiles como para levantar el pesado cable. Íbamos desenrollándolo de un enorme tambor de madera; y cuanto más largo iba siendo, más pesaba. No podíamos moverlo más que empujando todos a una.

Un chico judío de unos dieciocho años estaba de pie junto al tambor por encima de mí. Igual de flaco y débil que los demás, pero con una cara agradable. No vi que hiciera nada malo, pero a los guardias no les hacían falta razones. Un oficial de las SS se acercó a él y el chico hizo lo que todos tenían que hacer. Dejó de trabajar, se quitó el gorro, se lo puso al costado y adoptó la posición de firmes.

No se inmutó cuando lo golpearon. El oficial lo golpeó en la cara con algún objeto contundente y empezó a sangrar a raudales. Pero se las arregló para volver a la posición de firmes murmurando algo en una lengua que no identifiqué. En cuanto lo hizo, recibió otro golpe y cayó al suelo con un grito de dolor. Se levantó otra vez, y otra vez recibió un golpe en la cara. Ya tenía el uniforme de rayas cubierto de sangre. Yo estaba viendo cómo mataban a un chico de una paliza. Ya lo había visto antes, pero esa vez no pude contener la cólera y solté algo.

En mal alemán le grité al oficial de las SS: «Du verfluchter Untermensch!». Era lo peor que le podía decir. Le había llamado infrahumano, el término que utilizaban los nazis para referirse a quienes ellos consideraban inferiores: esclavos, gitanos y judíos. Sabía que eran unas palabras explosivas. Se interrumpió la paliza, pero yo sabía que la cosa no iba a quedar así.

Pasaron sus buenos diez minutos antes de que el oficial reaccionara. Dejó que terminara mi trabajo. Salí de la zanja y di media vuelta para irme. Vino por detrás sin avisar. En cuanto llegó a mi altura noté un golpe brutal en la cara. Me vi en el suelo agarrándome el ojo derecho; me había golpeado con la culata de la pistola. Perdí la visión durante unos segundos. Cuando volví en mí, tenía el ojo cerrado con cortes por arriba y por abajo. El oficial se había ido.

No vi qué le ocurrió al chico, pero seguro que no duró mucho. Si no murió por los golpes en la cabeza, seguro que murió pronto a consecuencia de las heridas.

Yo tenía el ojo destrozado, y eso que había sido un solo golpe. En nuestro campo había un médico sudafricano, un tipo llamado Harrison. Según los visitantes de la Cruz Roja, tenía todo el material sanitario que necesitaba. En realidad, tenía aspirinas y una bombilla de sesenta vatios para un rudimentario tratamiento de calor. Hizo por mí lo que pudo, porque me cuidé muy mucho de dar parte de mi herida.

La inflamación desapareció; se curaron los cortes, pero yo veía mal y seguí así durante varios años. A veces miraba un edificio grande y era como si se derrumbara y se quedara como un poste de teléfono. Años después de la guerra, el ojo se puso

canceroso y me lo quitaron y lo sustituyeron por uno de cristal. Yo conocía el motivo.

La indefensión del muchacho y la imposibilidad de ayudarlo por mi parte me obsesionaban. Me habían educado para enfrentarme a la injusticia y en Auschwitz muy poco podía hacer. Vi apalear, matar a muchas personas. Pero es la imagen de aquel valeroso chico la que se me aparece en la oscuridad. Son sus facciones las que veo cuando me despierto bañado en sudor. No sabía nada de él, ni siquiera cómo se llamaba, pero el rostro ensangrentado de aquel chico me ha acompañado día y noche durante casi setenta años.

Muchos muchachos hacían lo que podían por los rayados, algún que otro cigarrillo, comida si es que podían acercarse a ellos. A otros su tragedia les daba miedo. Les daban miedo sus enfermedades, contagiarse. Al fin y al cabo, todos éramos cautivos tratando de sobrevivir. La generosidad no se limitaba a quienes habían llevado una existencia acomodada en la vida civil.

Frank Ginn era uno de esos soldados. No sé si decirlo, pero el pobre hombre era más o menos analfabeto. Yo solía leerle y escribirle las cartas y llegué a conocerlo. Hacía esfuerzos con el alemán, imprescindible para comunicarse en los campos.

Un día me pidió que le acompañara a un taller de carpintería al noreste del edificio del Queen Mary. Dentro había un gran banco, herramientas y virutas por todas partes y un par de judíos griegos trabajando solos.

Tenían alguna noción de alemán monosilábico y Frank creyó que yo podría comunicarme mejor con ellos. Según decían, los griegos del campo, los que habían sobrevivido, eran mayoritariamente de Salónica. Eran buenos negociantes, duros y astutos.

Aquellos debían de estar haciendo trabajos para los edificios en construcción y habían logrado tener una actividad que coincidía con la que realizaban en su país. Un auténtico chollo para cualquier rayado. A cubierto de las inclemencias del tiempo y mejor alimentados que los demás.

Frank les había dado comida cuando había podido y, como se figuraron que yo era su jefe, no alcanzo a entender por qué, me convertí en objeto de su interés. Siempre que entraba me sonreían. Fue en una de aquellas ocasiones cuando llegaron los de las SS.

Me imaginé que habría problemas, pero se limitaron a enarcar las cejas al verme allí. No preguntaron nada. Supuse que los griegos estarían haciendo algo para ellos de tapadillo. Tenían que buscar toda la protección posible; hacer de su oficio un escudo. Aquella compleja red de relaciones dificultaba saber en quién se podía confiar. Por eso siempre evité saber nombres. No quise saber con quién se relacionaban unos u otros. Podía haber espías en cualquier parte. De la información también se podía sacar provecho.

Un día, con gran sorpresa por mi parte, los carpinteros me hicieron un pequeño armario de madera e insistieron en que me lo quedara. Tenía cajones y ensamblajes de cola de milano. El típico armarito donde hubiera guardado los útiles de aseo de haber tenido algunos. Era extraño recibir un objeto así en un campo de concentración, donde la mayoría de los prisioneros se afanaban en trapichear con botones y colillas. Me quedé asombrado.

Frank había establecido el contacto inicial, pero en unos meses se hicieron amigos míos. Fue cuando quisieron que me quedara con el armario, y yo me sentí violento. No tenía mucho sentido, porque los griegos tenían fama de salirse con la suya. Probablemente lo vieran como una inversión en futuros favores, aunque nunca lo llamaban así.

En principio no era un objeto fácil para poder trapichear con él. Los prisioneros del campo no le habrían encontrado utilidad. Mejor los cigarrillos, que se podían llevar de un lado a otro y se intercambiaban con rapidez.

El armario hubiera estado bien para un trabajador civil o algún forastero. Supongo que para ellos un prisionero de guerra entraba dentro de esa categoría. Nunca dijeron lo que querían a cambio. Quizá les bastara que yo les debiera el favor. Supongo que les salió bien, porque a partir de entonces procuré darles comida siempre que pude.

En aquella ocasión fue fácil sacarlo de la fábrica a escondidas. A veces había registros y *Postens* que sobornar. Era un lugar de componendas y se podía conseguir fácilmente que los guardias hicieran la vista gorda al trapicheo si ellos sacaban algo a cambio. Aquella noche logré pasar, volver al E715 y meter el armario en mi mochila del barracón. Era una rara manifestación de belleza en un lugar de fealdad.

Los paquetes de la Cruz Roja dejaron de llegar en diciembre de 1944. Los bombardeos aliados tuvieron algo que ver. Sus raciones extra nos habían mantenido vivos, sin ellas habríamos sufrido terriblemente. En adelante tendríamos que sobrevivir con las raciones escasas que nos daban los alemanes. Habría menos que pasar a los prisioneros judíos.

No recuerdo la última vez que vi a Hans o a Ernst. Los tenía presentes a menudo, pero en enero de 1945 supimos que se estaban aproximando los rusos. Podíamos oír a lo lejos el fuego de las ametralladoras y la artillería. Los días del campo estaban contados. Entonces no sabía si eso significaba la liberación o más desorden.

El 18 de enero de 1945 sacaron por última vez a los judíos de Auschwitz III-Monowitz. El campo, a unos cientos de metros del E715 por carretera, quedó abandonado, salvo los pocos enfermos que fueron abandonados allí. Los pobres rayados fueron obligados a salir encañonados por entre la nieve y el hielo del crudo invierno. Obligaron a salir a miles de ellos. La marcha de la muerte había comenzado.

Aquella mañana formamos en columna para ir a trabajar a IG Farben, como de costumbre, y lo encontramos todo vacío. Los rayados que pululaban por el recinto en construcción —y que parecían salir de la tierra la primera vez que los vi— habían desaparecido. Reinaba un extraño silencio.

Se desataron los rumores. Creí que nos iban a utilizar como rehenes cuando los rusos avanzaran. Esa noche hubo un feroz bombardeo aéreo ruso. Como de costumbre, salimos del campo, dejando nuestras cosas dentro, para ponernos a cubierto. Me escondí en una pequeña depresión del campo, por detrás de los barracones, mientras caían bombas en grandes cantidades. Sin interrupción. Una detrás de otra.

Pasé la noche en aquel repliegue del terreno y no recuerdo que durmiera. Estaba a cubierto y no vi ninguna explosión porque tenía la cabeza agachada y tapada. Cuando acabó, salí de mi refugio y vi que el campo estaba completamente destruido. Busqué los restos de mi barracón y gateé por los escombros para ver qué podía salvar.

Encontré mi reloj, que había estado colgando de un clavo en la litera, y una mochila con unas cuantas cosas dentro, entre ellas el pequeño armario pintado que me habían dado los griegos. Cogí todo y salí de allí trepando. Algún otro hizo lo mismo, aunque no hubo mucho tiempo.

Todavía estaba oscuro y hacía frío, y yo no tenía capote; no recuerdo haberlo tenido nunca. Era una necesidad de la que tuve que prescindir. Los cañonazos rusos ya eran más nítidos, quizá a unos ocho o nueve kilómetros, y sonaban cada vez más fuerte. Nos daban valor al tiempo que nos llenaban de funestos presentimientos.

Los alemanes nos reunieron a todos antes del amanecer y nos hicieron formar en dos columnas. Hubo quien dijo después que Mieser, el suboficial al mando, había dado a los muchachos la opción de dirigirse al este hacia el frente ruso o ir al oeste con la columna. Yo no lo recuerdo así. Todavía nos tenían encañonados. Además, dirigirse a los rusos con uniformes extraños habría sido suicida. Años después me dijeron que dos muchachos habían corrido ese riesgo y habían muerto a manos del Ejército Rojo.

Nuestra columna fue la última en partir. Salimos por la puerta entre alambradas y travesaños retorcidos y dejamos atrás por última vez los restos del E715.

Capítulo 16

Hicimos un corto trecho a lo largo de la valla del recinto de IG Farben en medio de la fría oscuridad y escupí mi despedida a aquellas diabólicas torres y chimeneas, las grúas de acero, los gasómetros y los kilómetros de tuberías. Después torcimos hacia el suroeste, evitando la ciudad de Auschwitz, dejando atrás aquellos tristes montículos de tierra helada para no volver nunca.

Nadie nos dijo a dónde íbamos. No tengo recuerdo de haber pasado por el poblado donde había vivido el personal civil. Pensé en los prisioneros judíos que había conocido; en Ernst, cuya hermana de Inglaterra quizá se hubiera empeñado en soñar que pudiera sobrevivir, y en Hans, al que todavía conocía poco. Hubo otros muchos, pero eran rostros sin nombre.

No habíamos andado mucho cuando vi unos harapos en la carretera y un montón de nieve más adelante. Al acercarnos reconocí el bulto de un uniforme de rayas, blanquecino y endurecido a causa del hielo. Después otro y otro más. No cabía duda. Pasamos por entre los cadáveres rígidos y seguimos adelante. Algunos habían recibido un tiro en la cara y los habían echado a una zanja, otros yacían en la misma carretera donde se habían desplomado y los habían matado. El poco calor que albergaran sus frágiles cuerpos ya había desaparecido hacía mucho.

Los agujeros de bala solo contaban la mitad de la historia.

Debería haberme dado cuenta de que aquello no iba a terminar pronto, que todavía quedaban muchas cosas por ver. Entonces no estaba seguro de si sobreviviría alguien para contárselo al mundo. Llevaba semanas tratando de imaginarme cómo acabaría. Por fin lo supe. Los alemanes se habían llevado a los prisioneros judíos, con idea de que siguieran trabajando para ellos. Pero si sus esclavos desfallecían no había nada que hacer. Al parecer, era lo que les había pasado a muchos.

Los cadáveres abandonados se iban quedando rígidos en el hielo en el mismo lugar donde habían ido cayendo. Habían emprendido la marcha hambrientos y agotados, y muchos habían sucumbido rápidamente a la fatiga y el frío. Se habían desplomado y no se habían vuelto a levantar.

«La muerte empieza por los zapatos», escribió más tarde Primo Levi sobre su cautiverio en Auschwitz-Monowitz. Podía aplicarse a los campos de concentración, donde las rozaduras de los bastos zuecos de madera causaban inflamaciones y heridas en los pies, hacían andar despacio, acarreaban el declive, las palizas y la muerte; y también podía aplicarse a la marcha por la nieve.

Por lo que supe después, él fue uno de los que estaban demasiado enfermos para salir de Auschwitz III-Monowitz. Por eso consiguió librarse de la marcha de la muerte y sobrevivir.

Estuvimos varios días caminando sobre cadáveres congelados. Supe ya entonces que habría pocos supervivientes. Había muchos cadáveres rígidos. Ernst, Hans y los demás seguramente habrían muerto. Yo había pensado que, si volvía a Inglaterra, tal vez pudiera buscar a su hermana Susanne y contarle lo que había visto, pero entonces no tenía mucho sentido. Procuré quitármelo de la cabeza, estaban muertos y no había nada que hacer. Yo tenía que sobrevivir. Ya he dicho antes que si falta uno mismo, no

hay nada.

Nuestros guardias eran de la Wehrmacht y no de las SS, pero aún no sabíamos lo que planeaban para nosotros. Me acuerdo de un soldado en particular, un veterano del frente oriental. Se había enfrentado a los rusos en combate y tenía una mano postiza de cuero para demostrarlo. Tenía muchas razones para dirigirse al oeste. No pude resistir la tentación. Marché a su altura durante varios kilómetros pasando por entre cadáveres y le solté a la cara en el mejor alemán del que fui capaz: *Ihre zeit kommt noch*, «ya os llegará la hora». Se quedó inmóvil. Entendió lo que quería decirle.

De la respuesta que me escupió entendí: «Antes te pego un tiro». Probablemente lo habría hecho. Había mucho miedo y los dedos no se apartaban de los gatillos. Al cabo de un tiempo dejamos de ver cadáveres. Yo sabía que no era porque hubieran cesado los asesinatos. Simplemente, habíamos cambiado de ruta.

La comida era muy escasa y la mayor parte de lo que comíamos lo cogíamos del campo. Algunas noches dormíamos bajo techo en graneros, otras no teníamos más remedio que hacerlo al raso entre la nieve. Yo estaba agotado, pero procuré no quedarme dormido porque, como no tenía capote para abrigarme, dormir de noche significaba morir.

A los pocos días empecé a ver montañas en el horizonte y empezamos a ganar altitud. La temperatura descendía a medida que ascendíamos. Nos dijeron que se habían alcanzado los treinta grados bajo cero. La nieve me azotaba la cara y se me helaba alrededor de las orejas. Fue una ascensión larga y dura. Empecé a perder sensibilidad en los pies; había peligro de congelación. Más tarde oí contar que algunos muchachos se habían dejado los dedos de los pies dentro de las botas al quitárselas.

Seguimos subiendo hasta que la pendiente empezó a suavizarse para dar paso a un largo y sinuoso descenso. Dejó de nevar y los ventisqueros se hicieron menos profundos. Empezaron a surgir manchas de vegetación y, a medida que bajábamos, la nieve fue desapareciendo paulatinamente.

Al cabo de muchas horas nos ordenaron hacer un alto para descansar en un campo a orillas de un río que bajaba crecido. Después asomó el sol entre las nubes y el agua cobró vida al momento, lanzando mil destellos de luz. Era fresca, pura y atrayente; pensé inmediatamente que me limpiaría de toda la porquería, el sufrimiento y la angustia mental. Era el agua del deshielo de las colinas nevadas y estaba peligrosamente fría, pero su belleza me desarmó. Sabía que si me zambullía acabarían todos mis padecimientos. Fue un momento de destructiva serenidad y tuve que hacer esfuerzos por no dejarme llevar.

Hacíamos todos los días cerca de cuarenta kilómetros y el tiempo no tardó en volver a ser más frío. Solíamos ir a campo abierto, pero en todo momento bajo vigilancia armada, de manera que era imposible fugarse. ¿Adónde habríamos ido? ¿De qué habríamos vivido en aquel paisaje invernal?

El problema de la comida era verdaderamente acuciante. En cierta ocasión, durante un alto para descansar, un guardia me permitió cambiar con un civil mi reloj por pan. No me quedó otro remedio que darle parte al guardia a regañadientes.

Cuando nos detuvimos vi que los soldados montaron las ametralladoras en los trípodes. Eso siempre nos hacía dar un respingo. No sabíamos qué planeaban con

nosotros. Al fin y al cabo, habíamos sido testigos de Auschwitz. Al cabo de un rato vimos que apuntaban lejos de nuestra pequeña columna y nos tranquilizamos. Estábamos en zona guerrillera y esperaban un ataque.

Los guardias tenían un vehículo en el que llevaban sus pertenencias, algunas armas y los víveres para darnos de comer. Cuando se averió lo abandonaron, requisaron un carro y un caballo y trasladaron a él toda la carga. El animal estaba para pocos trotes desde el principio. Pronto empezaron a darle latigazos sin piedad. Con todos los asesinatos que había presenciado en Auschwitz y todos los cadáveres sobre los que había pasado en la última marcha, los padecimientos del animal me enfurecieron. Con aquellos latigazos no viviría mucho. Para mí no había ser más vil que el que maltrataba a un animal indefenso. Las personas pueden rebelarse, los animales no.

Entendía de caballos por la granja. Yo lo trataría mejor, pero tenía que convencer a los guardias. Podía decirles que, si el viejo percherón moría, no podría llevar la carga. Si me dejaban llevarlo a mí, lo mantendría con vida. Aceptaron.

Tomé las riendas y, con la nieve de nuevo fustigándome la cara, hablé suavemente al oído del caballo. Los animales domesticados no tienen cólera en su interior. Si te ganas su confianza, responden. Si los tratas bien, te ayudan. Conseguí que volviera a andar y lo hizo durante más de ochenta kilómetros bajo la nevada. Después los guardias le pegaron un tiro y lo colgaron en un granero. Fue lo que había que hacer en aquel momento. Sus desgracias habían terminado. Cogí una navaja, corté un trozo de la grupa y me lo comí crudo. Los guardias se quedaron con el resto y no sé qué hicieron con él. Probablemente lo guisarían. No pude darles nada a los muchachos.

Nos detuvimos allí dos días; eso nos dio tiempo para descansar. Después continuamos con la caminata. Una vez hicimos noche en una cárcel de verdad, con barrotes y todo. Como refugio era mejor que cualquier granero abierto a los cuatro vientos. Otra vez dormimos en una cervecera.

Durante la marcha iba conmigo un reducido grupo de muchachos. Supongo que yo les mangoneaba un poco. Uno de ellos era Bill Hedges y otro Jimmy Fleet, por supuesto. Mal está que yo lo diga, pero creo que Jimmy pensaba que yo tenía más fuerza mental que el resto. Sufrió mucho en la marcha y pude darle mi apoyo. Aún le debía que hubiera ocultado a Hans durante los intercambios, aunque eso ya era historia. Entonces teníamos nuestros propios problemas, así que evité las complicaciones de las amistades profundas, el desierto me lo había enseñado. Cualquier día podía estar echando paletadas de nieve o tierra sobre su cadáver; ¿para qué hacer peor la situación? Guardé las distancias, pero como Jimmy y Bill me habían cubierto, yo velaba por ellos.

Funcionábamos como una unidad y desarrollamos un sistema propio, un *modus operandi*. Al final de una marcha larga y dura nos mostraron un sitio para dormir y nos dejaron allí. En cautividad la graduación militar no significaba nada y menos todavía en aquella marcha. Se producían agrupamientos naturales en torno a quienes sabían qué hacer. Si había respeto, funcionaba. Yo solía dar las órdenes y nos desplegábamos al momento en busca de comida, remolachas forrajeras con un poco de suerte. Otros localizaban los mejores sitios para dormir. Yo me encargaba de dónde estaban los guardias y cuáles eran sus rutinas, para ver qué podíamos

aprovechar. Aquel sistema nos ayudó.

Recuerdo que una vez registramos un granero y la búsqueda de comida acabó en nada. Me tumbé decidido a disfrutar de la única cosa que había en abundancia, montones de buena paja fresca donde dormir.

Mi peso aplastó aquellos pálidos tallos amarillos, en otro tiempo cargados de grano. Me obsesioné pensando en el pan que se hubiera podido sacar de ellos. Durante la marcha no pensábamos en nada que no fuera comer y, cuando dormíamos, soñábamos con lo mismo.

Pero no pude encontrar postura ni quedarme dormido. Había un bulto debajo de la paja. La aparté y vi que estaba echado encima de un cargamento de patatas. Habíamos encontrado oro. Estaba seguro de que alguien estaba intentando ayudarnos. Grité a los muchachos que se acercaran. En total serían unos tres kilos de patatas. Hicimos una hoguera, las cocinamos y nos comimos las que pudimos. Fue todo un banquete, una maravilla. Las que sobraron nos las llevamos cuando reanudamos la marcha. No volvimos a encontrar nada parecido.

Habíamos pasado por Ratibor, en Silesia, y habíamos seguido hasta entrar en Checoslovaquia. Los días se convirtieron en semanas mientras nos adentramos en Bohemia, pasando por Pardubice, a orillas del Elba, y por las afueras de Praga en dirección a Pilsen. En ciertas zonas de los Sudetes, donde se podría decir que había empezado todo aquel caos a raíz de la ocupación alemana que desencadenó la guerra, los vecinos nos arrojaban pan cuando pasábamos. Más checos que de etnia alemana. Los guardias trataban de impedirselo, pero aun así cogíamos algo. Se agradecía.

El hambre apretaba. Eran jornadas duras. Los muchachos se habían acostado en un pequeño granero a pasar la noche cuando observé que el muro divisorio no llegaba hasta las vigas del techo. Medía más de dos metros y medio y, tras varios intentos, conseguí subir, pasar las piernas y dejarme caer al otro lado, dentro de una caseta destartalada.

Me puse a explorar y encontré un cuenco de grasa rancia y solidificada, probablemente para los animales. Me dieron arcadas, lo dejé; volví sobre mis pasos y me acosté. Pensé en el cuenco toda la noche. Cuando llegó la orden de levantarnos a la mañana siguiente, di un brinco y, sin pensármelo, salté por encima del muro y fui a por el cuenco. Me lo comí de un tirón y conseguí no vomitar.

La mente todo lo puede. En aquella marcha me eché para el colete las cosas más increíbles, cada vez convenciéndome a mí mismo de que era el banquete de Navidad. Así fue como sobreviví.

Por lo visto, desde Pilsen nos iban a llevar a la frontera austríaca. Para entonces yo ya estaba desesperado. No nos daban de comer. Yo no iba a morir de hambre como prisionero de guerra. Antes me fugaba por mi cuenta y riesgo.

Decidí fugarme solo, sin decírselo a nadie, ni siquiera a Bill y Jimmy. De haberles dicho algo, se habrían sentido obligados a acompañarme. Si yo moría, ellos también. No quise asumir esa responsabilidad. Actuaba mejor en solitario.

Hicimos noche en algún punto al sur de Pilsen, donde se nos ordenó dormir en un gran granero lleno de paja. Los guardias hicieron sus patrullas, pero estaban cada vez más descuidados, tenían la cabeza en otra cosa. Observé y esperé. Notaba descuidos en sus rutinas nocturnas; a la primera oportunidad, me fugué.

Atravesé campos y pedregales, temiéndome el escándalo y las voces, o peor aún, las balas. Seguí corriendo hasta que estuve a una prudente distancia. Entonces me metí en una zanja y dormí hasta que se hizo de día.

No había tiempo que perder. Volvía a tener el destino en mis manos, pero me arriesgaba a que me capturaran y me pegaran un tiro. Una fuga con éxito necesitaba un plan. No lo tenía. Pensé que no sería tan importante en un momento en que la guerra estaba tocando a su fin y los aliados occidentales se estaban aproximando. No tenía más que un simple mapa, tendría que conformarme con eso.

Además, tenía que comer. Vi una casa, estuve observando durante un rato, después me acerqué y comprobé que la puerta no estaba cerrada. Cuando se tiene hambre, el miedo desaparece. Si alguien se hubiera interpuesto en mi camino, lo habría lamentado. Encontré una rosca de pan de unos treinta centímetros de diámetro. Busqué un lugar seguro, me escondí y me la comí entera.

Me dirigí hacia el suroeste, orientándome vagamente por las estrellas y el sol poniente. Caminaba sobre todo por la noche y durante el día permanecía echado. Seguía con mi uniforme de campaña y habría necesitado un abrigo para ocultarlo, pero no encontré ninguno. Me mantuve alejado de núcleos de población y carreteras, y crucé la frontera alemana por el campo.

Robé toda la comida que pude, me llevé de los campos todo lo que pudiera comerse. No fue peor que durante la marcha. Me estaba adentrando en Alemania y, tras caminar un sinnúmero de noches, llegué hasta Regensburg.

Topé con un extenso centro ferroviario de clasificación y me puse a buscar entre los rótulos de los vagones con la vana esperanza de encontrar uno que se dirigiera al norte.

Se me había metido en la cabeza intentar llegar a las líneas británicas.

Fue entonces cuando oí por encima de mí el zumbido de grandes aviones y empezaron a caer bombas. Sabía que, con el movimiento de tropas y equipo que había, el enclave ferroviario en el que estaba era un objetivo estratégico. Eché a correr y conseguí salir, atravesé un pequeño cementerio y seguí corriendo y corriendo. Pude oír cómo subía el fuego antiaéreo y bajaban silbando las bombas. Cayó una en el cementerio por donde acababa de pasar.

Bordeé un seto y fui a dar a un puesto antiaéreo bien camuflado. Conseguí rodearlo y salir a campo abierto. Creía que estaba a salvo. Pero no fue así.

Volví a oír aviones por encima de mí y eché mi cuerpo a tierra. Rodé sobre mi espalda y vi caer en llamas una Fortaleza Volante norteamericana con un ala arrancada. Hubo como un gran soplido seguido de un ruido sordo, creí que era una bomba, pero no hubo explosión. Algún objeto procedente del bombardeo había caído a corta distancia de mí. Fui a ver, cuando acabó el bombardeo, y me encontré con un bate de béisbol que sobresalía del suelo. Me figuré que lo habría llevado algún miembro de la tripulación, posiblemente como talismán. Lo saqué de la tierra. Me lo iba a llevar a casa como recuerdo.

No volví al centro de clasificación, sino que me dirigí al norte a pie. Solía ponérmelo difícil. Yo era así. Llegué a las afueras de una ciudad, que esperé que fuera Núremberg. Pensé que podría probar suerte otra vez con los trenes e hice una incursión en la ciudad, pero los bombarderos habían llegado primero. Estaba

devastada. En algunos barrios apenas quedaba piedra sobre piedra. Me retiré por donde había ido y rodeé la ciudad antes de seguir hacia el norte.

Creía que me estaba acercando a las líneas aliadas, si bien apenas había visto ningún movimiento de tropas, de manera que tal vez estuviera equivocado. Ya casi había llegado a Bamberg antes de que cambiara mi suerte. Al salir de un bosquecillo, vi un escuadrón de carros de combate desplegado y listo para entrar en combate, dejando cien metros de distancia entre uno y otro. Eran norteamericanos. Salí cautelosamente a campo abierto, confiando en que tuvieran unos buenos prismáticos para verme llegar.

No iban a desperdiciar munición en un solo hombre, no tenía sentido disparar a un soldado solo que se dirigía hacia ellos. De ser enemigo, tendrían un prisionero más.

Me acerqué lo suficiente como para gritarles que era un prisionero de guerra británico y alguien asomó la cabeza en el carro de combate más cercano y me saludó. Volvió a desaparecer y me imaginé que estaría hablando por radio. Después se bajó y me dijo que le siguiera. Atravesamos unos campos y a unos doscientos metros llegamos a otro carro de combate donde esperaba el oficial al mando.

Era de fuera de este mundo. Con dos pistolas y un puñal en la bota. Fue derecho al grano:

—¿Dónde están esos malditos *Krauts*?

No pude decírselo porque había estado procurando evitarlos. Le conté que venía de los alrededores de Núremberg y que no había visto gran cosa. Me echó otra mirada, se volvió a uno de los soldados y dijo:

—Que alguien dé de comer y de beber a este hombre. —Había sido liberado.

Devoré las raciones al momento. No tengo ni idea de qué era, pero me supo muy rico. Los carros de combate se pusieron enseguida en movimiento y me enviaron detrás de las líneas. Finalmente me montaron en un vehículo y me llevaron unos cuantos kilómetros atrás en dirección a Núremberg, hasta un pequeño aeródromo en un campo. Me dijeron que estaban reuniendo allí a muchos antiguos prisioneros de guerra y que en unos días llegarían los aviones que nos llevarían de vuelta a Inglaterra.

Me apeé del vehículo y me despedí con la mano de los norteamericanos que regresaban para reunirse con sus unidades de vanguardia. Había sido un breve paréntesis. Me habían gustado sus raciones y volvía a estar solo. ¿Había sido liberado de verdad? El sitio aquel parecía abandonado. No había otros prisioneros de guerra. Solo campo. Tenía que volver a sobrevivir.

Recorrí la zona hasta encontrar una casa abandonada en las inmediaciones y conseguí entrar en ella. Al menos era un refugio, aunque no recuerdo que hubiera camas. Me arrebujé debajo de una manta en el suelo. Había recorrido a pie cientos de kilómetros por Europa central, robando comida aquí y allá. Incluso en mis peores momentos había pensado que la liberación sería más estimulante que aquello. Busqué algo de comer por la casa y no encontré gran cosa. Ni rastro de aviones. Me senté.

Mientras esperaba, me pregunté si a los demás muchachos británicos de la marcha los habrían metido en otro campo o si seguirían marchando encañonados. Tardé años en enterarme de que habían seguido con los guardias hasta que ellos también se

habían encontrado con los norteamericanos. Según me contaron, uno de los muchachos le había cogido el fusil a sus liberadores y le había pegado un tiro en el acto al suboficial Mieser. No era el peor de ellos, pero lo comprendí. Sospeché que el de la mano de cuero conseguiría escapar. En cuanto a los prisioneros judíos, pensé que los hombres que había conocido —Ernst entre ellos— tenían que estar muertos. Había visto muchos cadáveres. Dejé de pensar en ellos.

Me senté en un muro al final del jardín abandonado y miré si había aviones en el cielo. No apareció ninguno por más que esperé. Quizá me habían abandonado. Al cabo de un rato pasó un grupo de chicas alemanas. Aproveché la ocasión y las llamé. Me sorprendió que quisieran hablar conmigo. La que más hablaba era rubia, tendría unos veintidós años y era muy guapa. Enseguida se dieron cuenta de que era extranjero y quisieron saber de dónde era.

Les expliqué que era inglés, un antiguo prisionero de guerra en espera del avión que me llevara a Inglaterra. No les dije dónde había estado cautivo. Ya entonces me daba la sensación de que Auschwitz era otro universo. Aquella experiencia no podía trasladarse a la vida normal. Ni siquiera en Alemania.

Hablamos durante un rato como mejor pudimos y les pregunté si tenían comida. Sacaron un bocadillo de algo, que tomé agradecido y me comí inmediatamente. Ahora pienso que probablemente era su almuerzo.

Nos hallábamos en territorio ocupado por los aliados, pero por allí no había muchas tropas.

Todavía no había terminado la guerra y ellas se estaban arriesgando al ser corteses conmigo. Tenían curiosidad y, después de hablar un rato, entraron a ver la casa abandonada que era mi residencia provisional. La chica que más hablaba me dio su dirección en Núremberg y su nombre, Gerdi Herberich. Prometí escribirle y darle las gracias cuando volviera a casa y enviarle un paquete de comida. Lamento decir que no lo hice. Por aquel entonces, tenía otras cosas en la cabeza y mi mundo estaba trastornado de arriba abajo.

El ambiente acogedor de mi refugio quedó pronto alterado por la llegada de un grupo de norteamericanos, entre ellos antiguos prisioneros de guerra. Las chicas se fueron enseguida y no volví a saber ni oír nada de ellas. Había sido una cosa pequeña, un simple bocadillo o *Brötchen*, como lo llamaban los alemanes, pero no dejaba de ser un gesto humano no exento de riesgo con un soldado enemigo. Nunca pidieron nada a cambio.

El ambiente se hizo más ruidoso, pero la incorporación de nuevas personas era indicio de que estaba en el lugar adecuado. Había robado cuatro latas de comida en otra casa abandonada de los alrededores, me quedé con una y las otras tres se las di a los norteamericanos. No llevaban etiqueta, de manera que cuando los yanquis abrieron las suyas y era carne, esperé que la mía también lo fuera. Pero cuando abrí la mía resultó que era alguna verdura en agua. Me llevé una gran desilusión, pero me sentó bien de todos modos. Dormimos allí unos nueve o diez, no podíamos hacer otra cosa que esperar.

Capítulo 17

Dos días después sacudió aquella casa abandonada el rugido de grandes motores de hélice; salí corriendo y vi un Dakota de la RAF descendiendo sobre el campo hasta que aterrizó dando botes. Acababa de girar hacia un lado del campo cuando llegó un segundo avión, que también botó unas cuantas veces sobre el tren de aterrizaje antes de tocar tierra con la rueda de cola para rodar por la hierba.

No había nadie al mando, ni torre de control ni apoyo de tierra que yo pudiera ver. Entré en la casa a todo correr, recogí mis cosas y eché a correr por el campo hacia donde preveía que se iba a detener el avión. El Dakota tenía unas líneas elegantes para la época, pero no dejaba de ser un percherón. El primer avión rodó despacio, giró y se detuvo con el morro apuntando al cielo y las hélices girando todavía.

Aparecieron más muchachos corriendo hacia el avión desde otros rincones lejanos del campo. Se abrió una portezuela al costado del aparato, se asomó un hombre con una gruesa cazadora de piel y gritó algo. No lo pude oír por el ruido de los motores, pero por sus gestos deduje que no iban a estar allí parados mucho tiempo. Fui de los primeros en montar. Me daba igual adonde fuera, el caso era irse de allí. Entraron unos doce muchachos antes de que se cerrara la portezuela; me senté en uno de los estrechos asientos corridos a lo largo del fuselaje reforzado de trecho en trecho. Me volví para mirar por encima del hombro y vi que los demás muchachos estaban apiñados alrededor del segundo avión esperando montar.

Empezamos a rodar hacia el final del campo para preparar el despegue. Las sonrisas se contagiaron de unos a otros y supe que no era el único soldado que volvía a casa después de una dura guerra. Luego me enteré de que un tercer avión que iba a por nosotros había tenido problemas con los motores y se había estrellado envuelto en llamas en la maniobra de aproximación. Pero entonces ya estábamos atravesando las nubes y girando con rumbo a Bruselas. Me dio un bajón, jugueteé con el bate de béisbol que llevaba desde Regensburg y empecé a pensar que por fin estaba yendo a casa. Gracias a Dios. Se había acabado. Seguía teniendo hambre.

Me levanté y anduve de un lado para otro durante el vuelo, mirando las vistas por las ventanillas de ambos lados. La guerra no había terminado todavía, pero nadie dudaba de que acabaría pronto. Contemplé las grandes extensiones de campos europeos liberados y me pregunté qué nos traerían los años de posguerra.

Aterrizamos en un aeródromo militar próximo a Bruselas. Me llevaron a un campamento del Ejército y me dieron comida de verdad por primera vez en muchas semanas. Me lavé, aunque no había ducha ni baño. Permanecí allí una noche y no hablé con nadie de mi trayectoria ni de mi tiempo en cautividad. Todos habíamos pasado por situaciones terribles y no queríamos volver sobre ellas; nadie hacía preguntas.

Al día siguiente me volvieron a llevar al aeródromo y, al llegar, vi un gran bombardero cuatrimotor con una burbuja de cristal para el tirador en el morro y otra más pequeña a mitad del fuselaje, como la joroba de un camello, por donde asomaba una ametralladora.

Supe que era un bombardero Lancaster aunque no había visto ninguno. Me habían

capturado antes de que se extendiera su uso, pero era tal como lo había imaginado por las descripciones de mis compañeros de prisión.

Estaba preparándose para el despegue y subí con los demás muchachos. No había asientos y estaba cargado hasta arriba. Supe al momento dónde quería ir durante el vuelo, pero el capitán me dijo que el puesto del tirador, la burbuja que había visto en el morro, no se ocupaba. Me negué a desistir; cosas más difíciles había logrado, lo pedí como un favor y finalmente mi deseo fue atendido.

Me apoyé sobre el vientre en aquel vulnerable morro transparente y sentí la excitante vibración de las hélices mientras el suelo corría por debajo y volvimos a elevarnos en el aire.

Volamos en círculo sobre el aeródromo, pusimos rumbo a Inglaterra y, al cabo de un rato, la tierra dio paso al mar.

Había visto lo que aquel tipo de aviones habían hecho en Nú remberg y temí por el estado en que encontraría Gran Bretaña. No me gustó nada lo que vi mientras volábamos bajo por el Canal. Había barcos naufragados y escombros a lo largo de toda la costa y manchas de petróleo hasta donde alcanzaba la vista. Luego el agua fue más clara y vi a lo lejos los blancos acantilados de Inglaterra entre la bruma y supe que no podían haberlo destruido todo. Podía volver a casa.

Pronto empecé a ver abajo verdes campos surcados por carreteras comarcales y setos que apuntaban en todas direcciones. Seguí echado sobre el morro del aparato hasta que apareció una pista de aterrizaje. Fuimos descendiendo hasta que la hierba se convirtió en una veloz mancha verde y ocupó todo el paisaje mientras aterrizábamos dando un bote.

El avión se detuvo, se abrió la puerta y, antes de que nos dispersáramos, el capitán insistió en que como despedida le firmáramos en el fuselaje. Debía de haber efectuado innumerables misiones de combate, pero llevar a los muchachos de vuelta a casa significaba para él algo más.

Todavía me pitaban los oídos por el estruendo cuando oí un sonido extrañamente familiar, que no escuchaba desde hacía años. Eran las extrañas voces de las mujeres inglesas; estaban sirviendo el té. Me llevaron a un barracón y por fin me dejaron ducharme. Me dieron calcetines, ropa interior y un uniforme limpio de segunda mano más un par de pesadas botas negras de piel con clavos en las suelas y refuerzos de metal en los talones. Todavía las tengo. No me quedé mucho tiempo. Llevaba mucho al margen de la disciplina militar y no esperé a que me dieran permiso para irme. Dejé una nota en el barracón, salí andando del campamento y tomé un tren hacia Londres.

Llegué a la estación de Liverpool Street, hice transbordo y se guí hacia Essex sin pagar ni medio penique ni ver los destrozos que había sufrido la ciudad. Quería volver a ver a las personas que amaba. Fue un par de días antes del Día de la Victoria, yo llevaba fuera de casa casi cinco años.

Me apeé del tren en la estación de North Weald y miré al patio del carbón por encima del muro y vi a un hombre con un carro descargando sacos. Lo reconocí al momento, era mi tío Fred el carbonero, que había sido futbolista en el Fulham. Salté por encima del muro y sus palabras al verme vivo no se pueden reproducir. Terminé de descargar y dijo que me llevaría el par de kilómetros que había de la estación a mi

casa, y habló sin parar durante todo el trayecto. Después de todos aquellos años, volvía a la granja como pasajero de un carro de carbón, que dio media vuelta al llegar a la cancela para que entrara yo solo.

Pasé por el seto amarillo y enfilé el camino de treinta metros entre macizos de flores hasta la casa con dos fachadas donde me había criado. Aquel lugar había pervivido en algún lugar de mi mente, aunque pensar en casa había sido una carga en el desierto y en los campos. Si no podía volver, ¿por qué torturarme con recuerdos y sensaciones? Ya podía volver a hacerlo.

No había avisado a nadie de mi llegada. Llamé a la gran puerta de roble. Hubo una pausa antes de que abriera una mujer que, aunque conocida, parecía fatigada y demacrada. Dio un grito ahogado al verme, y yo le dije: «Madre, has envejecido».

Cuántas veces he deseado después haber podido borrar aquellas palabras. Me abrazó en la puerta como si no quisiera soltarme nunca. Ya estaba en casa, pero debía tener un aspecto terrible. Cuando me alisté pesaba 76 kilos. Al volver a casa, apenas pasaba de 50.

Mi madre se había quedado sola bregando con todo. Mi padre también había sido hecho prisionero. Le habían dicho que lo habían herido en África. En mis cartas yo decía que estaba bien, pero ella se había supuesto que era para tranquilizarla. En un determinado momento se interrumpió el correo irregular del E715. Fue cuando empezaron las marchas de la muerte y mi larga caminata por Europa central. Ella no tenía ni idea de si estaba vivo y se había temido lo peor. Bastante tenía con conservar su minada salud.

En los pocos años que vivió a partir de entonces, jamás me preguntó por la guerra, el cautiverio o aquella larga marcha. Entonces se pensaba que no había que hablar de ello. Se animaba a los soldados y sus familias a que olvidaran.

No recuerdo muy bien cuándo volvió mi padre a casa. Al alistarse había mentido sobre su edad; en parte lo había hecho con idea de cuidar de mí. Fue herido y hecho prisionero cuando los paracaidistas alemanes cayeron sobre Creta. Lo habían llevado a Austria, donde realizó trabajos forzosos construyendo ferrocarriles de montaña, pese a sus accesos de neumonía.

Oí decir que podía estar de vuelta pronto, pero eso no quería decir nada. Entonces, un día que estaba yo ocupado en uno de los cuartos pequeños de la parte de atrás de la casa, oí ruido fuera. Alguien estaba intentando entrar por la puerta de atrás y no podía. Abrí, y allí estaba él, con el petate al hombro. Lo dejó en el suelo nada más verme y, por primera vez desde que era niño, me abrazó. Se lo veía bastante demacrado. Sentí mis lágrimas y me di cuenta de que él también estaba llorando.

Me acordé de una vez cuando era pequeño, que me sentó en sus rodillas y me cantó: «Llegará un día en que yo esté muy lejos y no habrá padre que te guíe día a día».

De pequeño me angustiaba pensar que pudiera morir y le aporreé el pecho hasta que dejó de cantar.

Nunca había sido una persona emotiva, aunque había oído que cuando murió su madre salió solo al campo y lloró a lágrima viva. Su regreso me reveló que ambos habíamos cambiado, pero su abrazo seguía siendo breve.

No presencié su reencuentro con mi madre. Solo puedo hacer conjeturas al

respecto. Estaban solos y debió de ser como sigue.

Estoy seguro de que lamentó haberla dejado para irse a la guerra cuando no tenía por qué ir. Creo que no llegó a rehacer su vida después de la guerra, aunque, si sufría como yo, nunca lo manifestó.

Vivió hasta 1960, pero jamás hablamos de la guerra ni comparamos nuestras experiencias en el cautiverio. Ni una sola vez. Creo que no llegó a saber que había estado en un campo próximo a Auschwitz.

No hacía mucho que había regresado cuando empezaron mis traumas.

Durante el día estaba en el acogedor pueblo de Essex de toda la vida, pero de noche, mientras dormía, regresaba a la monstruosidad de Auschwitz. Empezaron las pesadillas; aquel chico con el rostro ensangrentado recibiendo golpes en la cabeza en posición de firmes. Reviví innumerables veces al bebé muerto de un puñetazo de un guardia de las SS. Me despertaba con las sábanas empapadas en sudor, convencido de que había entrado furtivamente en el campo de los judíos y estaba a punto de ser descubierto.

En el desierto, en los años de cautiverio en Auschwitz, había dicho para mis adentros: «No tienes que pensar, tienes que actuar». Tomar decisiones instintivamente, eso me salvó. Luego ya no hubo peligro, pero sí demasiado tiempo para pensar. Las pesadillas empezaban a apoderarse de mí. Reviví todas las noches la impotencia de ver y no hacer nada.

Entonces no existía ningún tipo de ayuda para los soldados traumatizados. Ni siquiera se pensaba en ello. Ahora me doy cuenta de que estaba destrozado, completamente destrozado. Como muchos de nosotros.

Mi madre nunca me preguntó por la guerra, pero los vecinos del pueblo no paraban de hacerme preguntas. Por supuesto, lo que querían no era saber, sino unas cuantas anécdotas heroicas. Entonces no sabían nada de los campos de concentración y, cuando yo sacaba el tema, no lo entendían. No les cuadraba con lo que sabían o, más bien, con lo que querían saber. Se sentían incómodos al oírlo y su respuesta era quedarse estupefactos. Yo lo denominé el síndrome de los ojos vidriosos.

En el país nadie entendía lo que los soldados habíamos padecido. Algunos decían tonterías. La pregunta que más me molestaba era: «¿Cuántos alemanes has matado?». Nos habíamos visto obligados a hacer lo que habíamos hecho y hablar así del tema era degradante. Se nos invitaba a insistir en las cosas que queríamos olvidar. Los soldados enemigos que habíamos matado habían pagado un alto precio y seguir dándole vueltas de aquella manera era una manifestación de falta de respeto.

Un tipo —un carnicero de Epping que no había participado en la guerra— me dijo, muy valiente él, que habría matado a su mujer con un cuchillo para impedir que cayera en manos de los alemanes si hubieran conquistado Gran Bretaña. Lo decía porque no estaba ella delante, claro. Se sintió muy violento cuando poco después coincidí con ambos en el tren. No me hizo falta decir nada.

Auschwitz era ya un planeta distante, pero mis sueños me devolvían algunos rostros de allí. Era inútil preguntar por Hans, pero con Ernst era diferente. Tenía algunas tareas pendientes si quería cumplir con la palabra dada. Tenía que localizar a Susanne en Birmingham y contarle lo que sabía. Había conseguido negociar un

permiso oficial y disponía de unas semanas libres. Era una misión extraña y no había vuelto a pensar en ella.

Ya no me acuerdo de cómo contacté, si por carta, por teléfono o presentándome directamente en su casa. Solo sabía que se llamaba Susanne y respondía al apellido Cottrell. Puede que me lo hubiera dicho el propio Ernst. Me figuré que habría sido adoptada por la familia que la había acogido antes de la guerra, de manera que para mí siempre había sido Susanne Cottrell. Mi madre habló una sola vez de la historia de los cigarrillos. Se alegraba de que me hubieran llegado y me hubieran servido para algo. No tenía necesidad de saber nada de los campos y no insistí en el tema con ella.

Recuerdo que conocí a Susanne en Birmingham, pero no estoy seguro. No estaba en condiciones de hablar con nadie ni había pensado lo que iba a contarle. Carecía del tacto necesario para dar con suavidad las malas noticias relativas a la guerra y el cautiverio. La verdad es que no sabía muy bien por qué iba a verla. Supongo que la tendría en mi lista, junto con la familia de Les Jackson y otros que añadí después.

Creo que fui a su casa, pero tengo un recuerdo muy vago. Me parece que fuimos a dar un paseo, me acuerdo de que estuvimos al aire libre. Tendría unos veintidós años, era agradable, pero tímida y de corta estatura. Todavía tenía acento.

Fue un encuentro angustioso. Quise que supiera que habían llegado los cigarrillos, que a Ernst le habían encantado y que le habrían servido para comprar una breve ayuda o protección. Todo eso se lo podía contar, si me salían las palabras, pero ¿y después? No había habido final feliz.

Tuve visiones de la marcha de la muerte y los cadáveres congelados. Habíamos caminado muchos kilómetros por encima de cadáveres. Lo más probable era que a Ernst le hubieran asesinado junto con los demás. De haber sobrevivido a la marcha, probablemente lo habrían metido en otro campo de exterminio y habría muerto después. No podía darle esperanzas a Susanne ni tampoco contarle nada de la muerte de Ernst. No había visto su cadáver.

De pronto me vi frente a una chica joven que lo había perdido todo, pero que aún tenía posibilidades de rehacer su vida. ¿Por qué agobiarle con la bestialidad de Auschwitz? De todas maneras, no pude hablarle de eso. Hubo muchos silencios. Yo, en parte, seguía pensando en alemán. Debía de tener un aspecto horrible después de perder tanto peso.

Fue un encuentro traumático y me fui preguntándome si había hecho más mal que bien. La barbaridad de Auschwitz me había penetrado por todos los poros. Tenía la memoria invadida, pero no podía sacármelo de dentro. ¿A quién se lo iba a contar? Visto retrospectivamente, me hallaba en un estado deplorable. Ahora lo llaman trastorno de estrés postraumático. Me costó años volver al pensamiento racional. Estaba muy mal.

Algún tiempo después, intenté sin muchas ganas por mi parte volver a ponerme en contacto con Susanne. No lo conseguí y desistí. Ya había hecho suficiente daño; tenía que dejarlo.

Por aquellas fechas, el 3 de junio de 1945, una antigua amiga llamada Jane, concertista de piano, me dio una nueva libreta de direcciones, pequeña y de piel. Apunté los datos de la chica en la que seguía pensando como Susanne Cottrell, 7 Tixall Road, Birmingham. Y la dirección de Gerdi Herberich en Núremberg; debió de

ser un buen bocadillo.

También figuran en ella los datos de la familia de Les Jackson. Sus padres eran la siguiente visita de mi lista, pero la experiencia con Susanne me había dejado hecho polvo. Me costó meses volver a Aspen Grove, en Liverpool, e ir a verles.

Un buen día cogí el coche, fui a ver a su padre y nos fuimos al pub. Ambos bebimos mucho. Él había perdido a su hijo y yo sabía exactamente cómo. Estaba allí para contárselo, pero le ahorré los detalles. No tenía por qué saber que Les había saltado en pedazos. Dije lo que decimos todos en circunstancias semejantes, que yo estaba con él cuando lo mataron, que había sido rápido. Confío en que le ayudara. Mr Jackson no se conmovió por las noticias, el sorbete tuvo algo que ver con ello. Mi querido Les sigue sin ser enterrado en algún punto de las arenas del desierto.

Volvimos a casa con una buena cogorza y, en ese momento, entró Marjorie, la hermana de Les. Estaba tan guapa como siempre. Había bailado con ella antes de embarcar y había pegado su foto en la pared del camarote. Estaba con un tipo llamado Evans y me di cuenta de que se había casado. Para evitar que se sintiera violenta delante de su marido, hice como si no la conociera y me presenté como si fuéramos dos extraños. También me estaba protegiendo a mí mismo. Marjorie había sido especial, bailaba muy bien, pero yo había estado fuera demasiado tiempo. La vida había seguido su curso y se había cerrado otra puerta. Dormí allí y me fui por la mañana temprano.

La historia de Les no terminó ahí. Tenía una esposa que vivía en Southampton y fui a verla sin avisar cuando estuve en el cuartel de Winchester. Debería habérmelo pensado mejor. Entonces no estaba en mis cabales. Me presenté a la puerta y ella se ruborizó y me pidió que esperara fuera. Momentos después apareció con el abrigo puesto y me sugirió que fuéramos a charlar a un pub.

Supe inmediatamente que había otro hombre. No tenía nada de malo, Les había muerto hacía unos años, pero me resultó extraño. Yo había ido a darle un poco de consuelo, a contarle los detalles que pudiera, pero ella no manifestó el menor interés. No sé qué esperaba. Creí que querría saber qué pasó, escuchar algunas de las aventuras que habíamos corrido juntos. No tenía mucho tiempo y la noté distraída e inquieta. Le conté lo que pude y nos despedimos al salir del pub. No la acompañé a casa.

Aquel encuentro me dejó revuelto. Los soldados habían ido a combatir y muchos habían pagado con sus vidas. Acababa de terminar la guerra y ya habían sido arrinconados y olvidados, como tragados por las aguas. Un factor más que añadir a mi creciente agitación mental.

Poco después de mi regreso recibí en mi casa, en Essex, una misteriosa llamada telefónica. Era de un hombre que decía que había sido prisionero judío en el campo de Auschwitz III-Monowitz. No era alguien a quien yo hubiera conocido bien en el campo, nunca me había pedido ayuda y nunca le había dado nada, que yo recuerde. Lo conocíamos por el sobrenombre de *Mops*. No sé cómo se había enterado de cómo me llamaba y había entrado en contacto conmigo a través de la Cruz Roja. Me intrigó, porque yo había guardado todas las precauciones posibles. Ni siquiera era un prisionero con quien yo me hubiera relacionado, y me estaba telefoneando desde París en una época en la que las llamadas internacionales eran raras.

Me estuvo hablando de la marcha de la muerte de los judíos. Me dijo que había contado cientos de disparos cada día de marcha y que muchos habían sido masacrados. Él había sobrevivido de milagro. Me confirmaba lo que yo había visto, pero también fue el primer indicio de que no había sobrevivido nadie. Apunté su nombre en mi libreta como «Merge», con una dirección en París. No volví a tener noticias de él, pero tres o cuatro semanas más tarde llegaron de pronto a casa cuatro chicos judíos. Los había enviado Mops. El mayor tenía dieciocho años y los otros tres, catorce. Eran unos chicos educados que venían de Ilford. No eran supervivientes de los campos, sino que habían vivido la guerra en Gran Bretaña. Quizá hubieran escapado en un *Kindertransport* parecido al de Susanne. No me pidieron nada y yo no les pude servir de mucho. Charlamos un rato, mi madre les dio de comer y se marcharon dejándonos perplejos.

Capítulo 18

Los oficiales de Winchester me citaron porque querían saber si tenía algo que contar de mis tiempos como prisionero de guerra. ¡Vaya que si tenía! Pero ¿por dónde empezar? Hice un esfuerzo para hablarles de Auschwitz, pero me di cuenta inmediatamente de que no podían asimilarlo. En 1945 se sabía muy poco de los campos de concentración y para mí aquella puerta estaba cerrada a cal y canto. No podía volver a abrirla.

Les conté lo que pude acerca de la esclavitud, las palizas, los procesos de selección para las cámaras de gas y los crematorios, pero todo eso sonaba tan lejano en Inglaterra que no me salían las palabras. En el caso de que supieran lo de los trabajos forzados, desde luego no sabían que en ellos también habían sido obligados a trabajar soldados aliados. Por sus gestos deduje que se sentían incómodos hablando del tema. Se quedaban estupefactos, como la gente del pueblo.

A muchos antiguos prisioneros se les hizo sentir que con su captura se habían originado problemas a la causa aliada. Nadie lo dijo jamás tan a las claras, pero estábamos bajo sospecha. En vez de ser víctimas de los programas de trabajos forzados de los nazis, era como si hubiéramos apoyado inconscientemente la maquinaria bélica alemana. En ningún caso nos trataron como a héroes que regresaban a casa. En vista de lo cual me cerré en banda.

Nunca hablé oficialmente de Auschwitz durante décadas a partir de entonces. Creo que a los muchachos que regresaron más tarde les dieron unos formularios para que contaran su experiencia como prisioneros. Probablemente les ahorró a los oficiales la incomodidad de hablar del tema. Para entonces, yo ya había tomado nota. En IG Farben habíamos saboteado todo lo que habíamos podido y habíamos sufrido como el que más. Además, habíamos sido testigos del capítulo más tenebroso de la humanidad y habíamos vuelto a casa y no podíamos hablar de nada. Al menos, de nada que alguien pudiera comprender.

Me hice una promesa y escribí todo cuanto pude recordar de Auschwitz III-Monowitz. Apunté los pocos nombres que me quedaban en la cabeza y los detalles que había reunido sobre las condiciones de vida en el campo, tal como yo lo había visto, y luego lo guardé todo en una vieja cartera de piel y procuré olvidarme. Intenté decir para mis adentros que aquello se había acabado.

Pero no. Empezaban a suceder cosas para las que no tenía una explicación satisfactoria.

Seguí viendo a Jane de vez en cuando. Su marido había muerto durante la guerra y ella trabajaba entonces de secretaria particular de un almirante destinado en la embajada de EE. UU. en Londres. En cualquier caso, seguía tocando el piano. Jane y yo siempre habíamos mantenido una apasionada amistad. Ya antes de la guerra discutíamos mucho, lo que no suponía traba alguna para nuestra amistad. Me invitaron a ir con ella a una cena con un grupo de amigos en Londres. Fue una velada agradable y después proseguimos la fiesta en su piso de Beaufort Street, en Chelsea, o eso creo. No estoy seguro de lo que pasó.

Poco después me encontré en una comisaría de policía, en algún lado del East

End, en la otra punta de Londres. Estaba aturdido, confuso y muy asustado. Resultó que se me borraron tres días de mi vida. Según ellos, yo no estaba borracho, ni por lo que yo podía recordar había perdido el conocimiento, pero no tenía idea de lo que hubiera podido pasar en todo aquel tiempo.

Aparte de todo, llevaba un coche del Ejército norteamericano. No sé cómo había llegado hasta mí, me figuré que sería de alguno de los invitados a la fiesta de Jane. Al menos, el coche no había sufrido desperfectos y eso ya era algo. Yo estaba preocupado, muy preocupado, por mí y por los demás. Estaba muy asustadizo desde mi regreso a casa. Si alguien me pillaba desprevenido o me tocaban por la espalda, inmediatamente me ponía a la defensiva. Me enfadaba fácilmente. Había vivido tanto tiempo al margen de las normas que todo era posible. No recordaba si en aquellos tres días había importunado o causado daño a alguien. Me asustaba perder la memoria.

Me entregué en la comisaría de policía y les dije lo que yo creía que había sucedido. La verdad es que fue todo un poco ridículo. No sabían qué hacer conmigo. Comprobaron si mi descripción coincidía con la de alguien que estuviera buscado por algún delito. Me imagino que en aquellos tiempos tendrían que enfrentarse con muchas conductas esperpénticas de soldados que habían regresado de la guerra. Les dejé el coche y me dirigí a casa escarmentado y conmocionado por lo ocurrido.

Me desmovilizaron a principios de 1946. Cuando volví al pueblo, siguieron acosándome con las mismas preguntas sin sentido sobre la guerra. Yo no podía responder lo que querían oír. Se quedaban fascinados por las cosas más peregrinas, como el bate de béisbol que había caído del cielo. Una vez lo dejé en el asiento trasero de mi descapotable cuando fui a hacer la compra a Leytonstone. Al volver se lo habían llevado. Siempre había fantaseado con averiguar quién sería su propietario y devolvérselo a su familia. No era una buena idea. El bate había sobrevivido, pero su dueño había muerto. Difícilmente proporcionaría paz y consuelo a sus seres queridos.

Pocos amigos míos habían regresado al pueblo después de la guerra, de manera que la soledad era más patente en un sitio tan pequeño. La inocencia y la alegría de vivir habían desaparecido. Antes de irme, al día le faltaban horas. La vida tenía ritmo entonces. Ahora estaba vacía. Yo estaba inquieto, me sentía cada vez más débil y empecé a sufrir calambres en el estómago. Algo iba mal, pero no sabía qué. Se me ocurrió la idea de ir a Londres para localizar a Bill Hedges. Incluso llegué a pensar en quedarme en el norte y buscar allí trabajo.

Logré dar con Bill y estuvo bien verlo. Se había casado y, si estaba sufriendo los mismos traumas que yo, no dijo nada. No pudimos ponernos a hablar de Auschwitz con detenimiento. Ya no encajaba en nuestra vida. Él había sobrevivido a la larga marcha y había regresado a casa, eso era importante, pero ambos queríamos dejarlo atrás, buscar otra vez nuestro sitio en un mundo incapaz de comprendernos.

Por aquel entonces se agudizaron mis dolores de estómago. Cuando me daban, me quedaba doblado, retorciéndome de dolor; al mismo tiempo, sentía unos fuertes dolores de cabeza. Padecía fatiga crónica y tenía la sensación de estar rompiéndome en pedazos. Tenía la lengua más negra que el carbón. Debía acudir inmediatamente al médico.

No se anduvo con contemplaciones. Me envió inmediatamente a la Royal Infirmary de Manchester, cuyos médicos se quedaron igual de perplejos. Había

pasado la malaria y las fiebres del desierto, la disentería y la sarna en Italia y sabe Dios qué podría haber contraído en Auschwitz. Allí se decía que había tifus, pero seguro que no era la única enfermedad que se incubaba en los campos.

Me reconocieron los pulmones y demás antes de que uno de los doctores diera en el clavo y diagnosticara tuberculosis sistémica. Según él, me afectaba a la garganta, los pulmones, el estómago y el intestino. Yo sabía que era serio, pero tampoco me sorprendió después de haber trabajado tanto tiempo con trabajadores esclavos. El profesor me dijo que tendrían que hacerme una operación importante y que debería guardar cama durante meses, posiblemente años. Insistí en que me explicasen bien todos los pormenores antes de dar mi conformidad a la operación, de manera que los médicos se reunieron en torno a mi cama y fueron desgranando los detalles.

Me pareció más fácil entenderlo en el lenguaje de la ingeniería. Iban a quitarme un largo tramo de intestino y hacer un empalme en la tubería. Era un trabajo importante de fontanería.

Cuando desperté de la operación vi que tenía una cicatriz de quince centímetros en el abdomen. Suponía que iba a ser grande, pero me dejó impresionado. Me cosieron, pero la herida no tardó en volver a abrirse. Me recosieron más veces, pero la carne se negaba a cerrarse y a veces la herida abierta tenía cinco centímetros de ancho. Mi cuerpo estaba exhausto. La cicatrización costó seis meses.

Bill nunca fue a verme. Mi padre, una vez. Me había ido a Manchester a rehacer mi vida, pero sobre todo a huir de la gente y de la terrible pregunta: «¿Qué hiciste en la guerra?». Y resulta que estaba luchando por sobrevivir y dando gracias por estar vivo. No había previsto cuánto tiempo me costaría volver a ponerme en pie. Al menos en el hospital tenía la anónima soledad que anhelaba.

Empecé a pensar cada vez menos en Auschwitz. No me interesó la primera tanda de juicios por crímenes de guerra en Núremberg a hombres como el mariscal del Reich, Hermann Göring, y altos mandos militares como Alfred Joel y Wilhelm Keitel, entre otros.

El dirigente de las SS, Heinrich Himmler, había escapado a la justicia. Se suicidó poco después de ser capturado por los británicos en mayo de 1945, pocas semanas después de volver yo a casa. Era el máximo responsable de los crímenes, los campos de exterminio y el trabajo esclavo que yo había visto. Su muerte, como todo lo relacionado con ello, me resbaló.

El juicio de los directores de IG Farben, por su participación en los programas de trabajo esclavo, estaba aún en su fase preliminar cuando yo estaba recuperándome de la tuberculosis. El proceso estaba muy avanzado cuando volví a ponerme en pie.

En 1947, algunos aliados supervivientes del E715 hicieron declaraciones juradas que fueron utilizadas por el fiscal. A mí no me localizaron. Yo estaba muy enfermo, hospitalizado lejos de casa y desconectado de todo cuanto estaba ocurriendo. No estaba en condiciones físicas ni mentales de aportar pruebas.

Al cabo de muchas semanas en la Royal Infirmary de Manchester, me trasladaron al Baguley Sanatorium para descansar y restablecerme. En aquellos tiempos los hospitales antituberculosos eran muy básicos y el remedio era el aire puro. Tenía una habitación para mí solo con una puerta a cada lado cuya parte superior e inferior se abría y cerraba por separado, igual que las de los establos de la granja. La mitad

superior estaba siempre abierta, igual que la ventana, con independencia de la estación del año o del tiempo que hiciera. De noche las entornaban, pero no se notaba gran cosa. Encima de las mantas había un cobertor de hule para protegerme de la lluvia; en invierno me solían quitar la nieve de la cama con un recogedor. En realidad, la habitación era un tejado sin muros, de manera que estaba expuesto al viento y la nieve. Las mantas debían garantizarme el calor, pero por más que me arrebujara, hacía mucho frío, y no exagero.

De todas formas, lo malo no era estar allí. Lo que realmente odiaba eran las dos inyecciones intramusculares diarias en el trasero. Una vez puestas, tenía que tomar una medicina que hubiera valido para quitar la pintura de las paredes. Quizá por eso no había allí paredes.

No estuve en condiciones de que me dieran el alta hasta finales de 1947. Había pasado año y medio en el hospital. Poco después, el 8 de diciembre, mi padre se puso en contacto conmigo para decirme que mi madre estaba gravemente enferma y que fuera a casa inmediatamente. Fui derecho a la estación de Manchester y me llevé un chasco porque no salía ningún tren a Londres hasta seis horas más tarde. Cuando por fin salió, resultó ser un viaje largo y lento. Después tuve que hacer transbordo en Londres y tomar otro tren hasta el pueblo. Llegué agotado y demasiado tarde. Mi madre ya había muerto.

Al regresar a casa de la guerra ya me había dado la sensación de que no se encontraba bien. Su pelo dorado, que le daba el aspecto de una mujer de un cuadro de Tiziano, se había vuelto cano. Había pagado el precio de nuestra guerra.

Mi padre la había llevado de compras a Epping. Al sentarse para cambiarse de zapatos, se había caído de la silla. Inmediatamente la había llevado al hospital, pero allí poco habían podido hacer. Murió a las pocas horas. Había sufrido un aneurisma cerebral, una hemorragia en el cerebro. Era una persona maravillosa, cariñosa, y solo contaba cincuenta y nueve años cuando murió.

Tras el funeral me di cuenta de que ya nada me ataba a North Weald y me fui para siempre del pueblo de mi infancia. Volví a Manchester, decidido a labrarme un futuro allí.

Tardé algún tiempo en encontrar trabajo. Muchas empresas alegaban que mi titulación excedía la exigida, pero, por supuesto, mi acento sureño obraba en mi contra. En aquellos tiempos en el norte había ciertos prejuicios hacia los muchachos del sur y viceversa.

Siempre había sido práctico. Había mantenido en circulación la autoametralladora en el desierto y solía trastear con coches y motos antes de la guerra; de manera que compré unas herramientas y conseguí trabajo como encargado de mantenimiento en una empresa con un nombre curioso. Se llamaba Winterbottom Book Cloth Company y tenía la sede en Weaste, Manchester.

Me sirvió para empezar. Fabricaban —como su nombre indica— material para encuadernación de libros y un peculiar tejido almidonado utilizado en dibujo técnico, conocido como tela de dibujo imperial.

Poco después conocí a una chica llamada Irene. Era una auténtica juerguista, extrovertida y nerviosa. Nos casamos con bastante rapidez y nos fuimos a vivir con mi suegra a Burnage, al sur de Manchester, hasta que pudiéramos encontrar algún

sitio donde vivir.

Ocho meses después tuve un golpe de suerte y una oportunidad de brillar en el trabajo. Las máquinas de vapor, que hacían funcionar casi todo en Winterbottom, se habían roto y el futuro de la empresa estaba en entredicho. El gerente de la fábrica, que era omnipotente en aquellos tiempos, pidió que enviaran unos ingenieros de mantenimiento de Bolton, pero iban a tardar días, cuando no semanas, en acudir.

Les dije que yo podía arreglarlo si me daban la oportunidad. Yo caía bien, aunque me consideraban un poco raro. Descripción bastante acertada por aquel entonces, puesto que todavía no era yo mismo. El gerente de la fábrica dijo que era absurdo pensar que yo pudiera reparar una maquinaria tan compleja. No sabían que antes de la guerra yo había ayudado a sir Oliver Lyle en sus experimentos para mejorar la eficiencia de las máquinas de vapor mientras trabajaba en la empresa azucarera Tate y Lyle. Había aprendido un par de cosas.

Tenía buenas razones para intentarlo, pero no dejaba de ser arriesgado. Sabían que me manejaba bien con las herramientas y al final decidieron que no tenían nada que perder. Yo sabía que era mucho trabajo. Tenía que levantar un cigüeñal de cincuenta toneladas con gatos hidráulicos, sacar los rodamientos, remodelarlos como pudiera y terminarlos en un torno. Los volví a poner en su sitio y los raspé para alisarlos. Al cabo de treinta y seis horas de trabajo ininterrumpido conseguí que la máquina volviera a funcionar. Ellos no cabían en sí de gozo; yo sentí alivio.

Les había ahorrado decenas de miles de libras. La dirección tomó nota de lo que había hecho y me ofrecieron un ascenso en un nuevo trabajo en otra empresa del grupo.

La empresa se llamaba UMP y yo entré en calidad de ingeniero jefe. Mi suerte había cambiado; al menos estaba utilizando mis conocimientos, sacando partido a la educación que había dejado interrumpida por la guerra. Habían comenzado los prósperos años de la posguerra.

En casa fui menos feliz. El carácter vivo de Irene me hubiera podido ir bien antes de la guerra, pero no tardé en darme cuenta de que había cambiado. No congeniábamos bien. Durante el día trabajaba y me iba cada vez mejor; y de noche seguía sufriendo terriblemente. En aquellos años agitados, en las horas de oscuridad las pesadillas descendían sobre mí como una apestosa y densa nube. No podía hablar ni con ella ni con nadie. No lo habrían entendido; en aquellos tiempos nadie lo entendía. Los fantasmas retornaban en cuanto mi cabeza tocaba la almohada. El sueño llegó a ser algo temible. El chico que recibió una paliza no era la única pesadilla que se repetía. También los rostros de otros prisioneros judíos torturados, imágenes inconexas que aparecían y se confundían unas con otras. Por las noches, muchas veces emergía a la superficie de la conciencia, como un buzo que saliera de una cueva submarina, aturdido y con la respiración entrecortada. Con el corazón desbocado y bañado en sudor.

No había dónde acudir en busca de ayuda y, de todos modos, en aquellos tiempos tampoco me hubiera reconocido a mí mismo que la necesitara. Nadie lo reconocía. Mi pobre esposa era incapaz de entender, nadie nos había preparado para algo semejante ni a ella ni a mí, era mucho pedirle.

Nunca me asaltó el recuerdo de la muerte de Les, ni las innumerables muertes que

había visto. No soñaba con el hombre que había matado con mis propias manos en el desierto, aunque siempre me acompañaba la sensación de todos aquellos momentos. En cambio, soñaba constantemente con los prisioneros judíos. Esos recuerdos lo impregnaban todo.

Peor aún, soñaba con las horas que había pasado en Auschwitz III. Invadían mi dormitorio los olores nauseabundos, oía el perpetuo bordoneo de voces en la noche, volvía a tener la sensación de dormir en aquellas literas. Estaba escondido en aquel oscuro y terrible lugar del que no había escapatoria. Sabía que el más leve ruido me delataría. No podía moverme ni respirar, tenía que estar quieto; me iba la vida en ello.

Había tenido el mismo sueño muchas veces, pero una vez fue mucho más terrorífico. Estaban a punto de descubrirme y solo el silencio, el más absoluto silencio podía impedir el desastre. Cuando el sueño alcanzó su más horrendo clímax, Irene, perdida en sus propios sueños a mi lado, se puso a gritar.

Tenía que cortar aquel sonido o me cogerían y me matarían. Todavía dormido, me abalancé sobre ella decidido a sofocar el ruido. Segundos después me desperté y vi lo que estaba haciendo: la tenía agarrada por el cuello. Me senté al borde de la cama mientras me caía por la cara el sudor y me di cuenta de que le había hecho daño. Apenas podía hablar, tuvo durante varios días las marcas rojas de mis dedos en el cuello. Fue un momento terrible, terrible. Era el colmo.

Algo tenía que cambiar. Al día siguiente fui al médico y a la comisaría de policía a dar parte de lo ocurrido. Me había afectado profundamente y había que hacerlo. Me acordé de que cuando había perdido la memoria en Londres me había convertido en un libertino y esa vez había acudido a la policía. Pero ahora era peor, mucho peor.

Pensé que me estaba volviendo peligroso y no me habría importado que me hubieran encerrado. Parte de mí quería que lo hicieran. Evitaría que sucedieran cosas peores. Me escucharon, pero estuvieron muy negativos. Nunca me tomaron en serio.

El médico tampoco fue de mucha ayuda, pues me despachó con unas pastillas. No sé lo que eran. Antes nadie hablaba del trastorno de estrés postraumático, bajo cuyos efectos estaba yo viviendo. Lo sobrellevaba en soledad. No tenía ni idea de que otros muchos también lo sufrían. Nunca me había permitido a mí mismo ser una víctima, mucho menos una víctima de mi propia mente.

Supe que tenía que encontrar algún modo de canalizar el dolor y la desesperación. Tenía que curarme a mí mismo. La fortaleza mental me había hecho sobrevivir a la guerra, los campos y la larga marcha de vuelta a casa. Entonces yo decía para mis adentros que jamás podrían capturar mi mente y resulta que era ella la que me había capturado a mí y me estaba destruyendo. Tenía que volver a tomar las riendas.

Me puse a hacer judo porque la disciplina me fascinaba. Era un puente entre las tradiciones marciales con las que me había criado, el boxeo y la vida militar, y algo más interesante. El boxeo había sido cuestión de táctica y agilidad, entonces estaba empezando a aprender a utilizar la fuerza y la cólera del oponente en su contra. No tenía que preocuparme de fintas y puñetazos, solo había que centrarse en cuál era su punto de apoyo para hacerle caer. Practiqué hasta llegar a ser cinturón negro, la filosofía me atraía. Me gustaba la idea de traspasar el umbral del dolor. La mente es algo maravilloso. Me había permitido hacer las cosas que había hecho, pero ¿podría

curarme?

Me habría encantado estudiar budismo y explorar las religiones orientales, pero entonces no se hacía ese tipo de cosas. Mi trabajo diario era bastante exigente, aparte de que tampoco estudiar era lo mío. El trayecto a la recuperación de la salud me costó años, incluso décadas. Claro que no realicé ninguna terapia conversacional, más bien lo contrario. Me refugié en el silencio sobre la guerra y todo lo que había hecho y visto. Estaba pasado, enterrado y ya no tenía lugar en mi vida. Tenía que mirar hacia adelante.

Nuestras experiencias como prisioneros no sintonizaban con el sentir popular. La gente quería oír historias sobre valerosos intentos de fuga, no sobre programas de trabajos forzados. Por eso las películas acerca de los campos se centraron en los oficiales, que no habían sido sometidos a trabajos forzados. La experiencia de la mayoría de los prisioneros corrientes quedó enterrada y perdida. Querían héroes de guerra y victorias, no derrotas ni capturas ignominiosas. Querían momentos de gloria, no interminables historias de resistencia, por muy tremendas que fueran. Habíamos desempeñado nuestro papel y después, en los primeros años de la posguerra, nos habíamos hecho invisibles.

No sé cómo, pero fui controlando poco a poco lo peor de las pesadillas. Nunca pude acabar con ellas del todo, pero al menos ellas ya no acabaron conmigo. Siempre me habían gustado los coches rápidos y me aficioné a las carreras de coches buscando una buena descarga de adrenalina. Me inscribí en un club que se reunía en la pista de Oulton Park y competíamos regularmente con nuestros Jaguar trucados. Volví a sentir la vida intensamente. Siempre conducía a gran velocidad, incluso por carreteras normales, hiciera el tiempo que hiciera, me temo. La vida normal era lenta y monótona. Necesitaba la intensidad de la velocidad, me servía para olvidar.

Cuando pasaron los años y llegó a ser más frecuente viajar al extranjero, fui a España. Participé cuatro veces en los encierros de los sanfermines en Pamplona. Me impregné del espíritu de la fiesta y me puse el pantalón y la camisa blancos, el pañuelo y la faja rojos. Siempre me había gustado alardear, pero es que era muy emocionante. También fui a hacer submarinismo al mar Rojo antes de que se pusiera de moda.

No todas mis actividades comportaban tanto riesgo. Volví a montar; me compré cuatro caballos y me convertí en competidor habitual en pruebas de tres días, que incluían doma, salto y carrera campo a través. Conseguí participar en varios safaris a caballo por África. Es decir, que lo pasé bien en la posguerra. La verdad es que aproveché el tiempo. En aquellos años ni por un minuto pensé que me estuviera escondiendo de nada. Creía que Auschwitz ya había quedado purgado y olvidado y puse proa al futuro, pero siempre estuvo ahí.

Jamás podía sentarme de espaldas a una puerta y sigo sin poder hacerlo. Siempre estoy alerta y en tensión. Odio tener frío o desperdiciar comida. Me viene de aquellos años. Las pesadillas ya no eran tan fuertes ni habituales, pero tampoco desaparecieron del todo.

Cara al exterior, las cosas me iban bien. Tenía una casa grande en Bramhall, Cheshire, un gran jardín con cancha de tenis y miles de rosas en los arriates, pero no era feliz. Irene y yo compartíamos pocos intereses. Yo la respetaba, pero éramos

incompatibles. En la vida social íbamos cada uno por nuestro lado, empezamos a distanciarnos y eso llevó finalmente al divorcio.

Mi padre murió en 1960. La niña de sus ojos había sido una enorme biblioteca de libros bellamente encuadernados en piel que había ido reuniendo a lo largo de su vida. No podía llevármelos a Manchester, en aquellos tiempos el viaje era muy difícil y, además, no me cabían en casa. Una semana después se presentaron en la casa de Essex un par de comerciantes *cockneys*. Querían hacerme una oferta por los enseres. Estuvieron merodeando, hicieron burlas y ofrecieron una cantidad ridícula por la colección de libros. Me harté. Los eché de allí. Amontoné los libros en el jardín a buena distancia de la casa y los quemé junto con la librería de caoba. Los libros habían sido de mi padre e iban a quedarse donde siempre habían estado. No serían de nadie más. La hoguera estuvo ardiendo tres días con sus noches. En el último momento saqué un libro de las llamas y lo eché en la parte trasera del coche. Después me fui a casa.

Por aquel entonces sufrimos un atraco. Se llevaron muchos objetos de valor, relojes de pared y de pulsera, copas de plata y, entre otras muchas cosas, la vieja cartera de piel con las notas que había escrito sobre Auschwitz. Llevaba años sin pensar en ellas y la verdad era que no las había vuelto a releer desde que las escribí. Estaban en una maleta pesada y cerrada con llave, por eso parecía guardar algo importante, aunque solo tenía valor para mí. Pero entonces me preocupaban mucho más los objetos de valor que se habían llevado que la vieja maleta con mis notas manuscritas.

Como ingeniero jefe, me había convertido en un pez gordo dentro de la empresa, de tal forma que cuando la compraron en 1961, los nuevos jefes quisieron librarse de mí. Decliné una oferta de trabajo en Londres y entré a trabajar como ingeniero en la empresa Cheshire Sterilised Milk. Me estaba resarciendo de todos los años perdidos. Había encontrado otra forma de llevar la iniciativa, a pesar de lo que me pasaba interiormente.

La situación cambió cuando conocí a Audrey. Entonces supe lo que me había estado perdiendo. Desde entonces ha llenado un gran hueco en mi vida. En el trabajo asumía responsabilidades, tomaba decisiones, hacía avanzar las cosas, llevando yo generalmente la iniciativa. Cuando veo fotos de aquellos años, veo a un hombre de mediana edad con confianza en sí mismo y todos los signos del éxito, coches veloces, una casa amplia, perros grandes, caballos.

Audrey afirma haber conocido a una persona diferente. Según ella, yo parecía estar permanentemente perdido, como buscando algo. Detectó una tristeza que no me había reconocido a mí mismo y había confiado en que nadie notara. En su memoria, yo era enjuto de cara y siempre tenía la mirada baja. Ella sabía que me pasaba algo. Tenía razón, como de costumbre. Yo no era normal. Ella percibió que tenía que ver con Auschwitz, pero todo quedó ahí. Me sorprendió que fuera tan perspicaz. Audrey me ayudó a recuperar la cordura. Ha sido mi salvavidas desde entonces.

Quedaba otra secuela de los años de la guerra. Mi ojo malo estaba poniéndose cada vez peor. Llevaba molestándome desde que me había golpeado en la cara aquel hombre de las SS por enfrentarme a él. De pronto se me alteró la visión, los objetos grandes desaparecían de mi vista o, peor aún, se convertían en dobles. Tuve que

abandonar el críquet y el tenis. Ya no sabía dónde estaba la pelota y, lo peor de todo, no podía ver los croquis en las reuniones de trabajo. Se estaba agravando y había que hacer algo al respecto.

Audrey y yo no vivíamos juntos todavía. Era sábado y había quedado en llevarla de compras, después de ir al oftalmólogo. No pudo ser.

El médico me hizo una serie de pruebas, me puso unas luces brillantes en el ojo y lo examinó mediante una serie de aparatos ópticos. Cuando terminó dio el veredicto. No fue bueno.

La lesión del ojo se había vuelto cancerosa y amenazaba algo más que la visión. Si no me operaban en cuarenta y ocho horas, el cáncer podía extenderse al cerebro y moriría. Llamé a Audrey a la una en punto para comunicarle la mala noticia. No iba a salir del hospital, sino que me estaban preparando para operarme el lunes siguiente por la mañana.

Tendrían que quitarme el ojo y ponerme uno de cristal. Cuando me recuperé de la impresión, el médico me preguntó si quería formar parte de un experimento para mejorar la comprensión del funcionamiento de los nervios del ojo. Dijo que había pedido a un colega que fuera desde Suecia para participar en la operación. Me iban a cortar los nervios del ojo con anestesia local en vez de general. Yo debía ir contándoles qué experimentaba mientras lo hacían.

Llegó el día de la operación. Cerré el ojo bueno y miré por última vez con el ojo malo al reloj de pared. Eran exactamente las once de la mañana cuando me llevaron al quirófano, completamente consciente, solo un poco aturdido.

Me tumbaron sobre una mesa bajo unas luces brillantes y dio comienzo el experimento. No recuerdo haber sentido auténtico dolor, lo que sí recuerdo es al doctor introduciendo su fino bisturí en el ojo y preguntándome de paso:

—¿Ve usted algo cuando hago esto?

—No, no hay diferencia —dije.

Lo introdujo un poco más.

—¿Y ahora? —preguntó mientras lo hacía.

Efectuó otro leve movimiento con la mano, tan delicado como el de un relojero, y mi ojo quedó a oscuras. Fue como si le hubieran puesto encima una moneda pesada. Acababa de perder para siempre la vista en el ojo derecho y, mientras me operaban, había hecho un comentario de circunstancias. No recuerdo muy bien lo que pasó después; probablemente me pusieran anestesia general para acabar de sacarme el ojo.

Cuando volví en mí, sentí el alivio de poder ver con el ojo bueno. Ya había pasado por tantos padecimientos que no recuerdo haber sentido nada especialmente morboso, aunque Audrey había estado muy inquieta.

Haber participado como voluntario en la investigación me dio derecho a beneficiarme de otra intervención experimental. Iban a implantarme uno de los primeros ojos de cristal móviles. Fijarían los músculos a una arandela en la parte posterior de la cuenca para que pudieran enlazar con el ojo de cristal, permitiendo cierto movimiento.

Me sonó a maravilla futurista. Lo que siguió no lo fue. Me llenaron el ojo de barro de modelar para hacer el molde y me pusieron un ojo provisional de cristal que no funcionó. Poco después me enviaron a un pequeño estudio de artista. Apareció una

mujer joven, intercambiamos los saludos de rigor y, a continuación, me senté como si me fuera a hacer un retrato. Me miró largamente y luego sacó un ojo de cristal y unos botes de pintura y unos pinceles diminutos. Igual que un artista que trabajara en un camafeo, fue mezclando los colores para captar todos los tonos y reflejos. Hizo un trabajo espléndido, más logrado que otros realizados posteriormente por métodos de alta tecnología.

La mayoría de la gente no se daba cuenta de que era un ojo de cristal hasta que no lo golpeaba con una cucharilla para que se enteraran. Sigo quitándomelo de vez en cuando, y a veces me lo he dejado en la cómoda junto con el audífono. Audrey dice que algunas noches hay tantos trozos de mí quitados por ahí que casi podría dormir encima de ellos. Suele añadir una imaginaria pierna de madera para dejar más clara la broma.

En junio de 1966 llegó una carta con un cheque en compensación de lo que la nota adjunta llamaba «persecución nazi». Ascendía a la grandiosa suma de 204 libras esterlinas. Y estaba firmado por la Tesorería General. Me quedé horrorizado y asqueado. Pensábamos que el Gobierno nunca nos había tratado bien y aquello lo confirmaba.

Poco tiempo después llegaron a su fin los años de buena vida, y fue con un susto. Había diseñado un proceso revolucionariamente nuevo de extrusión compacta, capaz de fabricar más eficientemente tubos de pasta de dientes y contenedores de comida de aluminio. Era un negocio solo mío, en el que invertí todo mi dinero. Estaba fascinado por el desafío, pero no presté mucha atención a los contratos ni a la letra pequeña. Salió mal y lo perdí prácticamente todo. Por aquellas mismas fechas se hundió mi cartera de acciones y se acabaron los buenos tiempos. Siempre estuve desesperado con el dinero.

Todavía me quedaba un gran proyecto. Associated Dairies, que llegó a ser el gigante ASDA de venta al por menor, me pidió que construyera una fábrica cerca de Newcastle para elaborar y envasar leche esterilizada de larga duración. Acepté el encargo. Compré el terreno, negocié con las autoridades locales, después diseñé y construí la primera planta automatizada del país en su género. La inauguró el príncipe Carlos y fue un final digno, si no próspero, a una carrera de la que me sentía orgulloso.

Había empezado a reenfocar mi vida antes de la jubilación. Audrey y yo no queríamos deber dinero a nadie, de manera que vendimos la casa y nos fuimos de Cheshire. Compramos otra más pequeña a las afueras de Bradwell, en Derbyshire, rodeada de campos. Un lugar en el que las divisorias entre valles son antiguos muros en seco que suben por las colinas. Delimitan la carretera que hay detrás de la casa, que serpentea por la boca de una cueva y sigue hasta enlazarse con la carretera general fuera del pueblo. Un lugar donde en vez de ser testigos de las estaciones, las vivimos. Un lugar espléndido e inhóspito a un tiempo. La casa mejor y más feliz que he conocido.

Capítulo 19

El silencio continuó. Audrey no sabía ningún detalle de mi estancia en el E715, del intercambio de Auschwitz ni de Ernst. Si me preguntaba, yo me negaba a hablar de ello. No encajaba con nuestras vidas de posguerra. Estaba bien guardado.

Tampoco había muchas personas que quisieran saber, aparte de que las ocasiones de hablar eran pocas. Si me preguntaban, yo no podía responder. La mía no era la experiencia de un auténtico superviviente del Holocausto. Había sido testigo de uno de los mayores crímenes contra la humanidad, pero no había sido víctima. ¿Qué podíamos decir? ¿Dónde encajábamos? Para entonces Ernst era uno de los muchos rostros demacrados almacenados en mi memoria, uno de tantos hombres cuya muerte podría no ser recordada jamás por nadie.

Pero algo se estaba moviendo. No dentro de mí, eso todavía no, sino fuera. La opinión pública ya era consciente del Holocausto, las cámaras de gas y los crematorios. Las terribles imágenes de los campos de concentración habían empezado a aparecer años atrás en los documentales. Los espectadores se habían acostumbrado a las imágenes y habían dejado de ver a las víctimas como individuos, como personas aisladas.

Ahora era diferente. La atención empezó a desplazarse de las cámaras de gas a las políticas de trabajo esclavo de los nazis. Yo sabía que las víctimas que había visto eran menos que esclavos. Un esclavo tenía valor para su amo, mientras que el trabajo que aquellas personas se habían visto obligadas a realizar en sitios como la Buna-Werke de IG Farben era principalmente un método de asesinato. Empezaron a emitirse programas de radio y televisión dedicados a sus experiencias.

En setiembre de 1999, vi en *The Times* un artículo sobre un superviviente judío de la Buna de Auschwitz llamado Rudy Kennedy, cuyo nombre original era Karmeinsky. Había aparecido varias veces en la radio y la televisión, propugnando una compensación a las víctimas de los campos de trabajo esclavo de los nazis. Por extraño que parezca, vislumbré la posibilidad de que pudiera conocerle y de que pudiéramos haber trabajado juntos en IG Farben. Intenté contactar con él a través del periódico, pero no dio resultado.

Algunos supervivientes empezaban a manifestar su cólera como nunca lo habían hecho. Empezaba a tener su impacto. En agosto de 2000, tras años de titubeos, el Gobierno alemán y varias empresas de primera fila constituyeron la Fundación Recuerdo, Responsabilidad y Futuro, con diez mil millones de marcos alemanes para compensar a los trabajadores esclavos y otras víctimas de los nazis.

Se nos instó a que solicitáramos la compensación, cosa que hice en tiempo y forma debidos ante la Organización Internacional para las Migraciones, uno de los grupos que administraban el plan. Les costó dos años rechazar mi solicitud, así como todas las enviadas por los prisioneros aliados del E715. El dinero no me importaba, lo que me molestó fue que no reconocieran lo ocurrido. Una vez más quedaba sin reconocimiento lo que habíamos pasado. Efectué una apasionada reclamación y animé a los demás muchachos a que hicieran lo mismo.

Me sumé en un período de intensa actividad y frenética redacción de cartas.

Bombardeé a los parlamentarios, al ministro de Defensa, incluso al entonces primer ministro Tony Blair. Estaba decidido a que la gente supiera que los prisioneros aliados habían realizado trabajos forzados, a veces en unas condiciones terribles. No habíamos estado sentados esperando nuestra liberación. También habíamos sido trabajadores forzados.

Yo particularmente quería que el Gobierno británico supiera de la existencia del E715, un campo tan próximo a Auschwitz que habíamos formado parte de su mano de obra. Mi opinión era que al menos merecíamos un pago semejante al de los prisioneros de Extremo Oriente que habían padecido a manos de los japoneses. Algún tiempo después, llegó un cheque de la OIM por importe de 5000 libras esterlinas. Me alegré de que mi reclamación al plan alemán hubiera prosperado, pero muchos muchachos volvieron a ver rechazadas las suyas. No me pareció bien.

Por primera vez desde 1945, volvía a tener que ver con la guerra, si bien todavía no había explorado mis propios recuerdos de lo ocurrido. El Museo Imperial de la Guerra envió a alguien a hablar conmigo. No sé cómo se las arregló, pero hizo un trabajo de primera. Consiguió hacerme hablar. No era fácil. Pero no tardé en ponerme en situación. Me esforcé por primera vez en evocar todo. Cosas de las que no había hablado nunca, seguramente me atropellé un poco, pero ya había dado el primer paso. Estaba hablando. Cuando se fue la entrevistadora, me di cuenta de que no le había contado ni la mitad. Apenas había arañado la superficie.

Un día se presentó alguien a la puerta. Hacía buen tiempo, que en Derbyshire significa que no llovía, y yo estaba dando vueltas por casa. Cuando sonó el timbre, fui a abrir y me encontré con un hombre que se presentó como oficial del Ejército, aunque iba vestido de civil. Entró y se sentó en el sofá. Estaba diciendo que trabajaba para una organización de exsoldados llamada Combat Stress. En ese momento golpeó sin querer la taza que Audrey le había servido y el té cayó sobre la alfombra nueva. Le tranquilicé, tras lo cual se puso a explicar que su organización se dedicaba a ayudar a antiguos soldados a superar el trauma de la guerra. Quería saber si yo necesitaba algún apoyo. Mi respuesta fue breve: «Llegas con sesenta años de retraso», dije.

Miré la graduación en su tarjeta de visita y entonces fui a la carga. Por lo que pude ver, no había participado en ninguna guerra, por lo tanto; ¿él qué sabía? Fui muy directo. Espero que no demasiado desabrido. A los soldados se nos había desmovilizado con un traje barato y no se nos había dado ni las gracias. Yo había sobrevivido solo a años de pesadillas y angustia mental y ahora, con ochenta años ya, venían a ofrecerme ayuda. La mayoría de los muchachos estaban muertos.

Ni el Gobierno ni el Ejército se habían preocupado después de la guerra. Así eran las cosas entonces. O se hacían cargo las familias o no había nada que hacer. No había podido eliminar del todo las pesadillas, pero al menos ya no me dominaban. Aquel hombre de Combat Stress no representaba al Gobierno ni al Ejército y estaba tratando de ayudar, pobre hombre. Después me dio pena. Hacen un trabajo excelente.

La situación empezó a cambiar de verdad en 2003, cuando me pidieron que participara como invitado en un programa de radio local sobre las pensiones de guerra. Me senté en el estudio y me comentaron que íbamos a hablar del Servicio Social de Pensiones de Guerra. Se encendió la luz de «En el aire». El programa era en

vivo y en directo. Había otros dos invitados más, el micrófono estaba abierto y yo sabía lo que había ido a decir. En ese momento, el presentador me hizo una pregunta totalmente inesperada. Me preguntó por mi hoja de servicios.

Como suelo hacer siempre, empecé por el principio. De pronto me vi hablando por primera vez sobre la guerra de un modo muy personal. Empecé poco a poco, pero a medida que lo iba recordando todo, me venían también palabras en alemán. En un momento dado, el presentador tuvo que pedirme que tradujera una frase que había dicho en alemán para que el público la entendiera.

Pronto fluyeron los recuerdos y las palabras se agolpaban en mi boca. Nunca más volverían a hacerme callar.

Resumí la historia que he relatado aquí, hasta que empecé a describir Auschwitz y el trabajo con los prisioneros judíos todos los días de sol a sol. Eso fue otro cantar. Se me quebró la voz, afloraron los sentimientos y tuve que parar. Hubo una larga pausa. Me rehíce, esforzándome por dar con las palabras adecuadas. Seguí con una parte menos emotiva del relato y aproveché para recomponerme. A continuación, volví a la carga. Describí el nauseabundo olor de las chimeneas de los crematorios. Pude olerlo mientras hablaba. De nuevo, se me quebró la voz. Los otros invitados del estudio estaban en silencio y al presentador no le hizo falta preguntar nada. Le conté cómo me había acostumbrado a ver todos los días palizas mortales a los prisioneros. Algo se liberó en mí en aquella ocasión: pude hablar de todo como no lo había hecho nunca. Aquello era nuevo en mí. Tras aquel programa hubo otras entrevistas. Los viejos recuerdos seguían emergiendo permanentemente, ya no estaban encerrados. Yo era libre.

Escribí a Les Allen, secretario honorario de la Asociación Nacional de Exprisioneros de Guerra, y le expuse mi caso. Poco después, Les envió a un periodista de la BBC, Rob Broomby, a visitarme. Había estado investigando la historia de los prisioneros británicos en las inmediaciones de Auschwitz. Además, había trabajado en muchos de los primeros informes sobre los trabajadores esclavos judíos en empresas alemanas. Había vuelto de Berlín no hacía mucho, donde había sido corresponsal de la BBC. Me gustó el estilo de Rob. Cercano y respetuoso. Comprendía.

Rob se iba a convertir en parte de esta historia por muchos conceptos. Estaba estudiando el caso de la compensación a los prisioneros británicos forzados a trabajar para los alemanes. Le hablé del prisionero judío Ernst, cuya hermana vivía en Inglaterra, a quien yo había tratado de ayudar pasándole cigarrillos a escondidas. Le hablé del intercambio con Hans y le describí las noches en Auschwitz III.

No me sorprendió mucho que la historia del intercambio no quedara bien recogida en la emisión. Me enteré más tarde de que Rob había intentado hacer otra cosa con aquella parte de la entrevista, pero que no había cuajado y había desechado la idea.

Pasaron unos cuantos años antes de que Rob, esta vez cuando trabajaba para un productor de la BBC llamado Patrick Howse, se pusiera en contacto conmigo. Corría el otoño de 2009 y querían grabar una entrevista con mi historia para la radio y la televisión. Esta vez iban a centrarse en el intercambio de Auschwitz y en mis intentos de ayudar a Ernst.

En las semanas que siguieron, Rob telefoneó en repetidas ocasiones para hacer más preguntas. Se le ocurrió la descabellada idea de localizar a la hermana de Ernst, Susanne. Según él, si todavía estaba viva, podrían averiguar cómo murió Ernst. Yo no había vuelto a hablar con ella desde 1945 y no tenía modo de saber qué rumbo había tomado su vida. Si seguía viva, ya tendría un montón de años, como todos nosotros.

Recurrí a mi pequeño libro de direcciones de piel marrón de 1945 para ver qué podía averiguar. Estaba viejo y gastado, pero aún era legible. En aquel entonces había apuntado su nombre como Susanne Cottrell, 7 Tixall Road, Birmingham. Me figuré que sería un nombre de adopción.

Rob me tenía al corriente de sus pesquisas, por eso me di cuenta de que no le iba bien. Pasaban semanas sin que me contara nada.

En la Asociación de Refugiados Judíos le habían dicho que Cottrell no les sonaba para nada como apellido judío y que sus especialistas en *Kindertransports* no podían localizar a nadie solo por el nombre. Sus indagaciones en los archivos del Consejo de Refugiados de Birmingham habían sido igualmente infructuosos.

El primer golpe de suerte vino de la mano del censo electoral de 1945, que incluía tres electores en la dirección de Tixall Road. Los tres se apellidaban Cottrell, pero ninguno se llamaba Susanne. Eran tres mujeres: Ida, Sarah y Amy. Me preguntó si alguna de ellas podría ser Susanne inscrita con otro nombre. Yo no tenía forma de saberlo.

Era inútil. Yo sabía que Rob participaba en los noticiarios diarios de la BBC y que las horas de investigación le robaban tiempo de sus otras obligaciones. Creí que seguiría unas semanas y después tiraría la toalla. Es lo que suele ocurrir. En realidad solo se trataba de una noticia de cuatro minutos por televisión y un poco más larga por radio. No era exactamente una investigación importante de periodismo documental.

Un día me llamó con un hallazgo relevante. Había logrado contactar con los actuales moradores de 7 Tixall Road. En un país donde las casas cambian de manos a intervalos regulares, le había sorprendido encontrar viviendo allí a un matrimonio mayor que le había comprado la casa en los años sesenta a una señora llamada Cottrell. Recordaban haber oído la historia de la chica judía alemana que los Cottrell habían acogido durante la guerra. Rob estaba exultante, pero aquello solo confirmaba lo que yo ya sabía. No había descubierto nueva información. Eso le dio ánimos durante un tiempo, aunque no significaba que todavía estuviera viva. La pista se perdía. Me estrujé el cerebro en busca de más detalles de aquel traumático encuentro para ayudarlo, pero no me salía nada. Aquel período lo tenía como borroso.

Yo no estaba seguro de que la hubieran adoptado legalmente, extremo que, de ser cierto, constaría en archivos privados. En el censo electoral, en los padrones e incluso en los listines telefónicos figuraban numerosos Cottrell esparcidos por todo el país, pero las horas pasadas al teléfono fueron en vano. Sus colegas estaban empezando a preguntarse si no era una pérdida de tiempo. Tenían muchas historias más fáciles al alcance de la mano.

Solo le quedaba una cosa por hacer. En su desesperación, volvió a telefonar a algunos con los que ya había hablado.

Llamó otra vez a la familia de Tixall Road. Habían tenido algún tiempo para

pensar desde la primera llamada. Habían hablado con su hijo Andrew, que vivía en el cercano Solihull. No solo recordaba haber oído la historia de la chica alemana que había llegado a Gran Bretaña como refugiada a principios de la Segunda Guerra Mundial, sino que estaba seguro de que seguía viviendo en la zona de Birmingham. Creía que se había casado y había adoptado el apellido James, y que tenía un hijo llamado Peter. Eso estaba mejor. Estaba seguro de haberla visto hacía uno o dos años cenando en un restaurante de la localidad.

Era una magnífica noticia. Rob se puso a buscar a una Susanne James con un hijo llamado Peter, que creía que había emigrado a Estados Unidos, donde trabajaba como contable. La búsqueda se extendió a ambas orillas del Atlántico, aunque James era un apellido relativamente corriente.

Pero Andrew había dado otra pista más. Estaba convencido de que Susanne había vivido hasta hacía poco en una dirección de Warwick Road, en la zona de Acocks Green de Birmingham.

Era una calle muy larga. De hecho, tan larga que había más de un James empadronado en ella en los últimos años. Uno de los números a los que llamó resultó ser un establecimiento de comida para llevar, más interesado en recibir pedidos que en localizar personas.

Hubo otra lista intrigante. En el censo electoral de 2001 figuraba una Susanne E. James en una dirección de Warwick Road. El misterio era que había otros dos nombres censados en el mismo domicilio, uno de los cuales parecía de Europa del Este. La mujer que atendió la llamada era demasiado joven para ser Susanne y se quedó perpleja. Lógico, al oír a un perfecto extraño haciendo preguntas raras sobre una mujer a quien estaba claro que no conocía. Al final recordó que, como posible futura compradora, le había enseñado la casa a una mujer mayor y menuda, con el pelo cano. Estábamos cerca; pero no pudo acordarse de cómo se llamaba.

Más frustración. Rob me llamó para decir que estaba a punto de dejarlo. Llevaba semanas investigando y no había sacado gran cosa en claro. Patrick y él fijaron una fecha para grabar mi historia para la radio y la televisión, tal como habíamos quedado.

Me dijo que se habían reservado en la agenda un día para llamar a otras puertas de Birmingham en un último intento de probar suerte, pero que después tendrían que meter la tijera. Tal era la presión de las noticias. Cuando le oí, tuve la seguridad de que nunca encontraría a la mujer que yo había conocido de joven hacía sesenta y cuatro años. Su hermano Ernst sería uno más entre millones de víctimas. Me imaginé lo que le habría pasado y no me hacía falta que me lo dijeran. Había sido una búsqueda infructuosa, un bonito pensamiento mientras duró. Tendrían que basarse únicamente en mí para contar su historia.

El equipo de televisión llegó puntual. Me acordaba de Rob de la última vez que le había visto y él me presentó a Patrick. Me había causado buena impresión por teléfono y era, tal como había imaginado, reflexivo y consciente. Me gustó ver que ambos llevaran amapolas conmemorativas.

Cambiaron de sitio los muebles e instalaron las cámaras para poder captar una vista del valle de Hope a través de la ventana que quedaba por encima de mi hombro. Habían llevado dos cámaras y, aunque una era considerablemente menor que la otra,

convirtieron el cuarto de estar en un miniestudio. Les enseñé la escopeta que me había dado mi padre de pequeño y que sigue colgada en la pared y fotografías mías de los tiempos en que montaba a caballo. Audrey sirvió té y se ocupó de que estuvieran cómodos.

Me senté en la butaca, con Rob frente a mí haciéndome preguntas. La entrevista empezó por el desierto de Libia. Pasamos rápidamente por los combates, mi captura y la fuga del barco torpedeado. Después, el tiempo que estuve como prisionero de guerra en un campo italiano y mi traslado, primero a Alemania y luego al E715, para trabajar con los trabajadores esclavos de Auschwitz.

Me preguntó por el intercambio con Hans y las noches en Auschwitz, y entonces me puse a contarle la historia de Ernst y los cigarrillos que le pasé a escondidas. Comparado con el envaramiento de las primeras veces que había intentado hablar de todo aquello, me resultó mucho más fácil. Llegué al final de la historia de Ernst y los cigarrillos e hicieron una pausa para cambiar de cintas.

Permanecí en la butaca con los micrófonos de solapa conectados y miré por la ventana a Bradwell Edge, al otro lado del valle. En otros tiempos había cabalgado con mi caballo Ryedale por aquella crestería y conocía cada paso del camino. Ryedale había sido un buen caballo, cruce de Hannover y árabe y diecisiete manos de alzada; el caballo más inteligente que he conocido. Llegué a comprar un poni Shetland llamado Copper para que le hiciera compañía. Era lo suficientemente pequeño como para pasar por debajo de Ryedale cuando estaba quieto. Cuando murieron, cavé un hoyo profundo y los enterré, primero a uno y luego al otro, en el campo que queda al pie de la ventana. Para mí, la colina por donde cabalgué en otro tiempo es puro paisaje, espectacular en casi todas las estaciones.

Aquel día, mientras la gente de la televisión estaba a lo suyo, fue como si la colina se hubiera quedado descolorida. Los árboles y los arbustos que le daban su textura al conjunto parecían monótonos y fatigados. El otoño aún no había teñido de color los árboles de hojas anchas valle abajo.

Las luces de la televisión se volvieron a encender y nos dispusimos a reanudar la entrevista. Tuve que ordenar rápidamente mis pensamientos. Rob volvió a preguntarme por Ernst y qué creía yo que le había pasado.

Reviví mentalmente los cadáveres congelados y blanquecinos de la marcha de la muerte, los cadáveres de rayados sobre los que habíamos caminado durante kilómetros y kilómetros, sesenta y cuatro años atrás. Pude sentir otra vez el frío. No me cabía la menor duda de que Ernst habría muerto como tantos otros. Me disponía a contar otra vez la historia de aquella marcha y lo que había visto en ella cuando me interrumpió.

—Hemos hecho algunas indagaciones —dijo Rob. Se echó hacia adelante en su asiento y me alargó algo—. Ernst no murió.

Me quedé boquiabierto, sin entender nada. Rob estaba diciendo que Ernst había sobrevivido a la marcha de la muerte. Me puso unas fotografías en la mano. Tanteé en busca del monóculo que llevo colgado de un cordón rojo al cuello. Reconocí el rostro de un apuesto joven. Eran las facciones que yo conocía. Le había vuelto a crecer el pelo y no estaba tan flaco como lo recordaba, pero era él, eso sí. El chico que había conocido hacía tantos años me estaba devolviendo una sonrisa.

—Santo cielo —fue lo único que acerté a decir.

Ernst había sobrevivido contra todo pronóstico. Rob me dijo que, inexplicablemente, mientras muchos otros perecieron, él consiguió sobrevivir. Se había ido a Estados Unidos y se había labrado allí una vida feliz y próspera. Había tenido familia y había vivido hasta los setenta y siete años. Rob se inclinó y me puso en las manos un texto con la historia de la vida de Ernst.

—Santo cielo —repetí—. Esto es absolutamente maravilloso.

Había fotos de él de niño con otra niña. Tenía que ser Susanne. Había fotografías de él mayor, con una mirada maliciosa como solo puede ponerla un hombre de setenta y tantos años amante de la diversión. En una foto estaba con una atractiva mujer de pelo cano y rostro bondadoso. Yo estaba atónito.

De pronto, me quedé sobrecogido. Había muerto hacía solo siete años. En aquel momento, me sentí muy próximo a él y, sin embargo, me di cuenta de que no nos veríamos. Pero en mi mente empezó a tomar forma una pregunta. ¿Cómo pudo sobrevivir a la marcha de la muerte?

Capítulo 20

El equipo de televisión quería filmarme fuera, de manera que me eché encima algo de abrigo. Hice varias entradas y salidas, abriendo y cerrando puertas y repitiendo los movimientos desde diferentes ángulos. Di un poco de hierbabuena a los dos ponis Shetland, Oscar y Timmy, que compramos para impedir que se los llevaran a Francia para convertirlos en carne. No soporto ver sufrir a los animales. La filmación se me hizo eterna. Todavía no podía creérmelo. Ernst había sobrevivido a la marcha de la muerte, pero ¿cómo se habían enterado de su historia?

Veinticuatro horas antes, Rob y Patrick habían estado muy cerca de abandonar. Habían llegado a Solihull un día húmedo y desapacible y habían detenido el coche delante de una confortable casa de las afueras. Iban a ver a Andrew Warwick, cuyos padres aún vivían en Tixall Road. Les hicieron pasar a la cocina y, apoyado en la encimera, repitió la historia de cómo había visto a la señora que estaba seguro de que era la Susanne que ellos estaban buscando. Para ahorrarles tiempo les llevó al sitio. The Plume of Feathers era un pub grande y confortable con comedor. Un local muy concurrido, no el típico establecimiento donde el dueño conoce a muchos parroquianos por el nombre. La mujer que atendía la barra tenía un vago recuerdo de una señora mayor que respondía a la descripción que le hicieron y que solía acudir a comer con una amiga. Por lo general, se sentaba al lado de la ventana, pero hacía mucho tiempo que no la veían.

No era una pista muy concreta. A medida que se acercaba el mediodía, la cola de personas mayores bien vestidas esperando su turno para pedir la comida formaba una sinuosa línea que recorría el pub hasta la puerta. Muchas mujeres respondían a la descripción de Susanne.

Rob y Patrick se pusieron a hacerles una pregunta aparentemente de difícil respuesta. ¿Habían oído hablar de una señora mayor llamada Susanne que había escapado de Alemania cuando la guerra? Era absurdo. Dejaron sus tarjetas de visita en la barra y salieron al solitario aparcamiento con sensación de abatimiento. Patrick sugirió ir a una biblioteca pública y volver a mirar el censo electoral. Pero, en vez de eso, se dirigieron a Tixall Road para dar las gracias a Mr y Mrs Warwick por su ayuda y para filmar la casa. Tenían el ánimo por los suelos. La única pista que les quedaba era que una tal Susanne James había vivido en Warwick Road hacía ocho años.

Se pusieron otra vez en marcha. Rob daba vueltas y vueltas al mapa, empeñado en leerlo sin gafas a la distancia de un brazo. Patrick se detuvo en el bordillo de una calle ancha y arbolada.

—Estamos haciendo el tonto —dijo inclinándose para ver el mapa—, creo que tenemos que ir ahí. —Trazó un círculo en el aire con el dedo que abarcó la mitad de Birmingham. Murmuró algo de una aguja en un pajar, dio media vuelta y, al cabo de unos kilómetros, la señalización vial volvió a cobrar sentido. Estaban otra vez sobre la pista.

Aun cuando hubiera habido una Susanne censada en Warwick Road, existían innumerables razones para que pudiera no estar ya allí. Podría no estar viva o podría

estar en una residencia. Si tenía un hijo en Estados Unidos, podría haberse mudado allá.

Detuvieron el coche a la vuelta de la esquina de la dirección de Warwick Road y continuaron a pie. Había sido una agradable calle residencial hasta que la invadió el tráfico. Ahora era una transitada arteria, la carretera A41 entre Birmingham y Solihull. El paso constante de coches había dividido en dos el vecindario. Era poco probable que los residentes de un lado de la carretera tuvieran mucho contacto con los de enfrente. Eso no era bueno. El polvo y el humo de los tubos de escape habían ennegrecido la pintura e incluso las hojas de los arbustos. Los pequeños jardines de las fachadas de las casas se habían echado a perder a causa del tráfico.

Comprobaron una vez más la dirección, se dirigieron a la puerta de entrada y llamaron al timbre. No hubo respuesta. Volvieron a intentarlo y nada. Hicieron lo mismo en la casa de al lado. No había nadie, era mediodía. Recorrieron la calle sin obtener respuesta alguna. Era el tipo de periodismo de llamar a la puerta que ya no practica nadie; está claro por qué.

Quedaba una última puerta donde no habían llamado y, esa vez, sí había alguien en casa. Se oyó el sonido de varios cerrojos al descorrerse. Se abrió la puerta con un chirrido y por la ranura asomó cautelosamente un hombre de mediana edad. No era el tipo de barrio en el que se presenta gente de improviso.

Sonrieron y empezaron a explicarse. Eran periodistas y estaban buscando a una mujer mayor llamada Susanne, posiblemente Susanne James, que había escapado de Alemania antes de la guerra. Al principio no dijo nada, pero luego se puso menos tenso y entreabrió la puerta un poco más.

Acreditaron su identidad y le dejaron hablar. Estaba intrigado con aquellos inesperados visitantes. Dijo que recordaba a una vecina llamada Susanne James, pero que se había mudado de allí hacía años.

—¿Cree usted que está viva? —preguntaron.

—Que yo sepa, sí —dijo. Los dos hombres del umbral respiraron hondo—. ¿Qué quieren de ella? —preguntó.

Le resumieron el caso y le aseguraron que a ella le gustaría que la encontraran. Tenía que ver con su hermano y la guerra. Hubo una pausa, el hombre estaba sopesando si dejarles pasar o no.

—Pasen —dijo. Entraron a un pequeño pasillo. En el suelo había un ordenador por desembalar, con los cables fuera. No era el momento más oportuno. Estanterías con libros oscurecían la escalera. El hombre se llamaba Michael y saludó cordialmente a Rob y Patrick. Tenía una sonrisa irónica en la cara, como si estuviera tratando con un par de adolescentes traviosos a los que todavía no sabía si decidir seguirles la corriente o mandarles a paseo. Ellos siguieron hablando para romper el hielo. Y entonces él les tendió la mano.

—Lo cierto —dijo— es que conozco bastante bien a Susanne James. Nuestras familias fueron vecinas durante muchos años.

Patrick esbozó una sonrisa. Hubo otro silencio. Michael miró hacia la alfombra y se mordió el labio un momento. No parecía estar seguro de qué decir. Rob le ayudó amablemente:

—¿Cómo podríamos ponernos en contacto con ella? —preguntó. Hubo otra pausa

antes de tomar la decisión.

—Podría llamarla por teléfono —dijo.

No necesitó respuesta. Michael comprobó el número antes de marcar. Alguien contestó y él empezó a explicarse. Pronto se quedó atascado, de manera que se volvió a Rob y Patrick y les dijo:

—¿Por qué no hablan ustedes mismos con ella? Se la paso.

Les pasó el teléfono. Al otro extremo de la línea, Rob oyó la voz delicada y amistosa de una mujer mayor. Habían encontrado a la chica que yo había visto sesenta y cuatro años antes, en los tiempos en que yo luchaba por recobrar la cordura. Había llegado de Alemania con el *Kindertransport* en junio de 1939, a la edad de quince años. Una inesperada llamada telefónica en un húmedo día de Solihull había empezado a desvelar la historia.

Michael les advirtió de que era bastante tímida, pero ese día demostró todo lo contrario. Susanne les dio su dirección y les dijo que fueran inmediatamente. Rob sugirió que se vieran en un par de horas, para darle a ella tiempo de pensar. No quería precipitarse.

Recorrieron dos o tres kilómetros de carretera para matar el tiempo y encontraron un café árabe con mesas de formica desportillada. Pidieron falafel con ensalada, y Rob un té bien cargado. No paraba de sonreír y le resultaba difícil permanecer sentado.

Patrick, tranquilo y seguro de sí mismo, estaba pensando en la logística, haciendo como si fuera un trabajo más. Así prevenía las decepciones. ¿Debería filmar el encuentro o eso asustaría a una señora mayor que todavía no sabía lo que querían? Ninguno de los dos las tenía todas consigo. Rob balbuceó:

—Creo que hemos dado en el clavo. ¿Tú qué crees?

Patrick, que había sido un productor importante en Bagdad hasta hacía poco, no quería caer en una euforia prematura. Tiene un fuerte acento de Blackburn y elige las palabras con cuidado.

—Vamos a verlo, ¿no te parece? —dijo.

El coche se detuvo en una tranquila zona residencial con cuidados jardines. Y allí estaba ella. Una pensionista menuda, con el pelo blanco arreglado, se acercó por el camino que partía de su casa. Rob ajustó la grabadora, con idea de captar el momento del saludo, pero decidió que el momento era demasiado precioso y prefirió presentarse.

—No tengo palabras para expresarle nuestra satisfacción por haberla encontrado —dijo una vez que estuvieron dentro de la casa y sentados en el sofá.

Creo que él pensaba que no iban a encontrarla nunca, pero no se rindió. A ella la llamada telefónica le había sorprendido, pero como no había tenido mucho tiempo para darle vueltas, la había asimilado bien. Llegaron las tazas de té, se arrellanaron en el sofá y empezó a contar su historia.

Susanne había nacido en 1923 en Breslau, una bonita ciudad medieval, entonces parte de Alemania. Su nombre original era Susanne Lobethal y vivió en el 45-47 de Goethestrasse.

Habían sido una prominente familia judía, pero el padre los había abandonado y habían pasado estrecheces. Después, en vísperas de la guerra, Susanne consiguió

plaza en el *Kindertransport* a Inglaterra, pero Ernst no. Se quedó en Alemania y fue deportado a Auschwitz en enero de 1943.

Entonces empezaron a entender por qué había sido tan difícil dar con Susanne. Resultó que nunca había adoptado el apellido Cottrell en Inglaterra. Había sido una suposición errónea por mi parte, aunque sí había considerado como madre adoptiva a Ida Cottrell, la mujer que la había acogido. Después de la guerra, Susanne se había nacionalizado británica y había acertado su apellido dejándolo en Bethal, que no había aparecido nunca en todas nuestras pesquisas. Había fallado un eslabón vital. De no haber sido por la información suministrada por la familia Warwick, todos los esfuerzos habrían sido inútiles. Para mayor confusión, su primer marido había muerto en 1994 y, al contraer nuevas nupcias, había vuelto a cambiar de apellido. Su nuevo marido, Richard —quien lamentablemente fallecería un año después de la entrevista—, estaba sentado en su butaca, perplejo por tanta actividad, pero disfrutando de la compañía.

No hubo manera de convencerla para hacerle una entrevista para la televisión, al final sí era tímida.

—Oh, salgo horrible en las fotografías —les dijo. No era verdad. Parecía la abuela ideal.

Sentada junto a ellos en el sofá, confirmó lo que solo se habían atrevido a soñar. Su hermano había sobrevivido contra todo pronóstico. Había triunfado sobre Auschwitz y la marcha de la muerte. «Ernie», como ella le llamaba, había sufrido grandes penalidades y las había superado, y eso tenía algo que ver con los cigarrillos. Después de la guerra tardaron muchos años en verse y luego lo habían hecho rara vez. Se había nacionalizado norteamericano e, igual que Susanne, había acertado el apellido, solo que, en vez de Bethal, él se convirtió en Ernie Lobet.

Recordaba la carta a Auschwitz y los cigarrillos enviados con incertidumbre durante la guerra, pero poco más.

Sabía que le habían ayudado a sobrevivir, pero no sabía exactamente cómo. Recordaba haber conocido en 1945 a un soldado británico alto, un hombre extraño que había vuelto del cautiverio y la había localizado para decirle que los cigarrillos habían llegado a su destino. Se refería a mí.

Yo había sufrido una dura guerra y un terrible cautiverio, y había sobrevivido a la marcha por Europa central antes de volver a casa. Por aquel entonces había perdido mucho peso y corría peligro de perder la razón. Ahora estoy seguro de que le causé una terrible impresión e hice bien poco por calmar su angustia. Sesenta y cuatro años atrás entré en su vida y volví a salir sin dejar rastro.

Después de la filmación hubo un largo período de tregua. No tuve muchas noticias de Rob ni Patrick, y empecé a preguntarme qué estaba pasando. En ese momento pasó a primer plano en esta historia Peter, el hijo de Susanne que vive con su esposa en Estados Unidos. Susanne les había dicho que Ernst había grabado la historia de su vida para el USC Shoah Foundation Institute, que recopila testimonios en vídeo de supervivientes del Holocausto. Con el tiempo se ha convertido en un gran archivo de los aspectos más siniestros del siglo XX. Peter tenía una copia de la entrevista que Ernie —como le llamaré a partir de ahora— había realizado en 1995.

Cuando Rob llamó a Estados Unidos para hablar con Peter, se enteró de que

Susanne se le había adelantado y le había dado la noticia de la visita muy emocionada. Rob contó a Peter la historia tal como él la conocía en aquel momento y le pidió que comprobara si en la entrevista de Ernie hacía alguna mención, aunque fuera de pasada, a un prisionero de guerra británico que pudo haberle ayudado cuando estuvo en Auschwitz.

Yo le había dicho a Rob que no había utilizado mi verdadero nombre. De haberme identificado, lo habría hecho con el sobrenombre de Ginger. Rob se lo dijo a Peter, que recordaba con mucho cariño a su tío. Aceptó repasar la entrevista, que duraba varias horas.

Un par de días después, Rob volvía del trabajo a casa más tarde de lo habitual por la estación de ferrocarril de Blackfriar's, en Londres. Ya había oscurecido, se estaba echando encima el invierno y la brisa estaba cargada de humedad. Para matar el tiempo caminó hasta el final del andén, que se extiende sobre el Támesis, para disfrutar de las vistas. Estaba mirando la cúpula de la catedral de St Paul's, al otro lado de los reflejos entre las negras aguas, cuando sonó el móvil.

Era la voz de Peter, algo apagada por la línea telefónica transatlántica:

—He visto el vídeo y es increíble —dijo—. Rob, tiene usted que verlo.

Capítulo 21

Tenía muchas ganas de hablar con Susanne después de tantos años. Necesitaba saber qué le había pasado a Ernie y cómo había sobrevivido. De paso, quería explicar mi extraño comportamiento de entonces.

Rob me había dicho que no quería contármelo por teléfono. Me dijo que había organizado una reunión y que querían que la cámara grabase las primeras palabras que cruzáramos los dos. Acepté, después de todo lo que les había costado llegar hasta ahí.

Más tarde, Rob llamó para decirme que se iba a retrasar un poco. Susanne quería esperar a que llegaran de Estados Unidos su hijo Peter y su esposa Lynn al cabo de unas semanas, de manera que pudieran ir los tres juntos a Derbyshire. Me pareció una buena idea. Pocos días antes de la reunión, me llamó Rob para sugerir que fuéramos todos a comer a un pub después de la filmación. No vi la necesidad, aparte de que no quería que nuestra reunión tuviera lugar en público. Ya nos prepararía algo Audrey, eso sería lo mejor. Después me confesó que pensaban que no íbamos a tener mucho que contarnos el uno al otro tras tantos años.

Comprendí su preocupación. No es como si en 1945 hubiéramos sido amigos. Yo había ido a verla por mi cuenta y riesgo y entonces comprendí que no había nada que yo pudiera decir para ayudarla. Al cabo de sesenta y cuatro años, incluso los amigos íntimos tienen que conocerse de nuevo, pero en nuestro caso era empezar desde cero.

Llegó el día. Quise hacer un esfuerzo y me puse una corbata de seda azul y oro, con un chaleco de dibujos. Nunca pensaba mucho en la ropa, pero venían a verme desde muy lejos y ninguno de nosotros éramos ya jóvenes.

Rob, Patrick y el cámara llegaron pronto. Audrey les hizo té y estuvimos charlando un rato. Estaban más nerviosos que yo. Sonó el teléfono móvil de Rob y salió fuera porque había mejor cobertura. Esa noche había llovido y el aire estaba húmedo. Volvió a entrar para decir que había llegado el coche y salió otra vez para indicarles el camino.

No iba a esperar a que sonara el timbre, de modo que salí y allí estaba ella, con un abrigo gris con el cuello de piel y un pañuelo rojo. Seis décadas es mucho tiempo, pero caminaba a paso vivo por el sendero del jardín con su hijo y su nuera Lynn. Torció para subir las escaleras de la casa, levantó la vista, sonrió y dijo: «Hola». Cuando llegó a la puerta la tomé de la mano y tuve la oportunidad de verla claramente por primera vez.

—Susanne —dije inclinándome para darle un beso, primero en una mejilla, luego en la otra—, ¿cómo está, querida?

—Qué alegría verle —dijo—, qué alegría verle.

Yo le había tomado ambas manos, de manera que pudimos vernos bien el uno al otro.

—Hace más de sesenta años —dije—, más de sesenta años.

Les hice pasar a casa.

—Qué lugar tan encantador —dijo Susanne contemplando las vistas por la ventana—. Me alegro por usted.

Me habían advertido de que podía mostrarse tímida, pero no fue así. Después dijo que las suaves colinas del Peak District le habían levantado el ánimo y le habían tranquilizado según venían en el coche.

—Era usted más alta la primera vez que nos vimos —me atreví a decir.

—He menguado mucho —dijo.

—Oh, bienvenida al club.

—Usted era muy alto —añadió—. Es lo único que recuerdo.

Santo cielo, era maravilloso verla después de tanto tiempo, pero lo reviví todo al momento. Tenía la sensación de que el extraño encuentro de 1945 se interponía aún entre nosotros y quería quitármelo de encima.

—He estado intentando recordar lo que le dije, debió de ser terrible porque yo estaba tan confuso que no pude explicarle nada de lo que sentía.

Ella asintió con la cabeza.

Hablamos de las cartas a mi madre, de los cigarrillos que me había enviado para Ernie, de todo.

—Hizo usted algo maravilloso —le expliqué—. Aquellos cigarrillos fueron una mina de oro para Ernst —dije, llamándole por su nombre original.

—Era lo menos que podía hacer durante la guerra —dijo—. Mi hermano era encantador. Tenía un corazón de oro, caía bien a todo el mundo.

Le conté la historia de cuando por poco le cogen en el *Bude*, el barracón aquel de IG Farben. Yo sabía que era inteligente. Supo conservar la calma.

—Sí, es maravilloso —dijo—. ¿No ha sabido usted en todos estos años que Ernie había sobrevivido?

—No tenía ni idea de que hubiera sobrevivido —contesté.

—¿En todos estos años? Santo Dios —me miró y añadió—: Ojalá estuviera aquí hoy.

—Lo mismo digo.

Me costó un poco asimilar sus palabras. Ernie había estado todo ese tiempo en Estados Unidos, nos podíamos haber visto sin problemas. Iba a decir algo cuando se me ocurrió una idea de repente. Me incorporé y traté de recomponerme.

—Me gustaría tener una fotografía suya y la oportunidad de hablar con su familia —dije.

—Estarán encantados —respondió, pero yo ya no pude oír más. Se me vino encima todo a la vez: las noticias de Ernie, los recuerdos horribles y la emoción contenida durante tantas décadas. Tenía un nudo en la garganta, me tapé la cara. Estaba doblado como si me faltara el resuello, inclinado delante de una mujer a la que apenas conocía y noté que se me saltaban las lágrimas que nunca había sido capaz de verter.

—Lo siento —dije con voz temblorosa. Seguía inclinado cuando sentí la mano de Susanne en el hombro.

Nadie dijo nada durante un rato. Entonces alguien rompió el silencio y sugirió que nos sentáramos y nos relajáramos. Alguien mencionó el té. Eso me dio algo que hacer. Volvía a ser el anfitrión. Tuve que respirar hondo varias veces, volver en mí, despejar el sofá e invitar a todos a sentarse.

Entonces fue más fácil. Lynn se puso a hablar tranquilamente. Dijo que sabía de

mi existencia desde cuando conoció a Peter hacía muchos años. Ernie les había hablado de un prisionero de guerra inglés, llamado Ginger.

—Siempre he sabido de su existencia —dijo Lynn—, pero no sabíamos que se llamara Denis.

Contó que se había enterado de la historia durante un fin de semana que pasaron con él.

—No tengo palabras para expresar cuánto significaba para él. Me enteré de la historia unos cuarenta años después de que sucediera. Para él era muy importante que Susanne supiera que seguía vivo —siguió diciendo—. Nadie disfrutaba de la vida tanto como Ernie, era muy entretenido, un auténtico contador de historias. Sobrevivió y tuvo una vida maravillosa.

Susanne pacientemente había estado tratando de darme algo. Entonces, con un leve gesto y hablando en tono formal, como si lo hubiera ensayado, aprovechó para decir:

—Tengo el placer de darle esta grabación que hizo Ernie en 1995. —Y me alargó un DVD.

Peter explicó que era un breve extracto de la historia de la vida de Ernie grabada por la Shoah Foundation.

—Tiene que verlo, Denis —dijo.

Subimos por la escalera de caracol al entresuelo, donde abrimos los regalos de Navidad, y nos tomamos un par de sorbetes con la familia. Me dejé caer en el sofá, al lado de Susanne, y ellos pusieron el DVD en el reproductor.

Un par de segundos después apareció su fotografía congelada en la pantalla. Tendría unos setenta años bien llevados. El abundante pelo cano peinado hacia atrás y una elegante camisa azul con el cuello desabrochado. Reconocí el mismo rostro agradable que había visto en las fotografías, incluso en el recuerdo que yo guardaba de cuando lo conocí de joven. Estaba sentado en una sala con estanterías de libros por las paredes y un pequeño flexo por encima de su hombro derecho.

Me figuré que estaba en pleno relato de Auschwitz porque no sonreía.

—Oh, ahí está —dijo Susanne al verlo. Era la primera vez que iba a ver la entrevista y creí que no le resultaría fácil. Era su hermano, pero íbamos a verlo juntos. De pronto la imagen congelada se animó y Ernie empezó a hablarnos directamente a nosotros.

Estaba contando otra increíble historia del campo, acerca de dos judíos checos de Praga que hicieron amistad con un civil que les pasaba comida que le daban sus novias. Un buen preámbulo.

Poco a poco, su historia empezó a sonarme más familiar y tuve la sensación de que sabía dónde iba a ir a parar. «Tuve otro golpe de suerte», le oí decir. Él se encargaba de llevar la sopa a los trabajadores civiles alemanes. Entonces lo entendí. Siempre había creído que se encargaba de llevar algo y por eso se movía por el campo con más facilidad que otros prisioneros.

Contó cómo buscaba a los prisioneros de guerra ingleses. Quería decirles que tenía una hermana en Inglaterra. Dijo que había estado observando durante un tiempo a cierto prisionero con el uniforme caqui. Me di cuenta de que se refería a mí.

Dijo que creía que yo era soldador y que estaba esperando a que yo echara una

colilla al suelo. Todo cuadraba. Reviví aquel momento mientras le escuchaba. Estaba contando cómo nos habíamos presentado hacía una eternidad. Ernst me dijo su nombre y me preguntó cómo me llamaba yo. Agarré de la mano a Susanne. La respuesta fue «Ginger».

—Gingy —repetí, tal como me había sonado a mí en sus labios aquella primera vez.

El rostro de Ernie se iluminaba al hablar. Ladeó la cabeza y miró a lo lejos cuando describió mi pelo rojo. Las comisuras de los labios dibujaron una cálida sonrisa cuando me recordó como un joven soldado.

Sus recuerdos diferían en algún detalle. Creía que yo había apuntado la dirección. Por mi parte, estaba seguro de haberla memorizado, pero la cosa estaba más clara que el agua. Se acordaba de mí, que era lo importante.

Contó toda la historia igual que la he contado yo aquí. Recordó cómo le había dado cigarrillos cuando no miraba nadie y cómo le había llamado meses después. A medida que la historia llegaba al final espació las palabras. «Me dio una carta —dijo con un suspiro y tragando saliva para contener la emoción— y diez paquetes de cigarrillos y una tableta de chocolate de parte de mi hermana.» Hubo un destello en su mirada.

Y allí estábamos Audrey, Susanne y yo, con Peter y su esposa, en mi casa de Derbyshire escuchando a Ernie contar su historia sesenta y cuatro años después de que ocurriera. Como un mensaje de ultratumba.

Dijo que no estaba seguro de haber sido el único en tener tanta suerte, porque jamás lo había hablado con nadie. Sabía que si se lo contaba a alguien me ponía a mí en peligro y por eso había guardado silencio. Me conmovió.

Lo que yo había hecho era una nimiedad en comparación con los crímenes que Ernie había padecido, aunque, al verle, supe que había significado mucho para él. «Diez paquetes de cigarrillos ingleses —dijo como si quisiera resaltarlo—, era como si me hubieran regalado el Rockefeller Center.»

Había estado en Auschwitz III en 1944, al lado del campo de exterminio, y yo le había entregado una carta de su hermana de Inglaterra. Cincuenta años después, parecía tan asombrado al repetirlo como lo recordaba yo por aquel entonces.

Pero ¿cómo había sobrevivido a la marcha de la muerte? Todavía no se lo explicaba. Me ajusté el audífono para no perder palabra cuando empezó a hablar de lo que había hecho con los cigarrillos.

Había vendido muchos a cambio de lo que llamaba «futuros favores». Ernie había conservado su generosidad incluso en Auschwitz. Había dado algunos a un amigo llamado Maki, otros para facilitarle la vida a un hombre de Breslau que había ido allí en el mismo transporte que él y otros a su *Kapo*, sin duda como protección. Y después aclaró la cuestión.

«Tenía las suelas de las botas muy gastadas», dijo. «En los campos también había zapateros, por supuesto, y conseguí un par de suelas nuevas para las botas por dos paquetes de cigarrillos Players ingleses.» Empezaban a encajar todas las piezas. «Eso —dijo— fue lo que me salvó la vida en la marcha de la muerte de 1945.»

Por fin, así de sencillo. Habían sido las botas. Yo había caminado por encima de todos aquellos cadáveres. Personas que se quedaban rezagadas y les pegaban un tiro,

que se quedaban congeladas y les pegaban un tiro, que se hacían rozaduras con los zuecos de madera en los pies hinchados y se caían y les pegaban un tiro. Ernie había empleado los cigarrillos para conseguir lo único que le permitiría salvarse de la muerte: unas buenas botas.

Explicó la gran suerte que había tenido, en comparación con otras personas del campo. Estaba en mejores condiciones que otros muchos cuando las SS prepararon la evacuación de Auschwitz al aproximarse los rusos. Hablaba alemán, tenía algo de pan que había guardado, cigarrillos para trapichear y unas botas adecuadas para una larga marcha. Cuando los de las SS los sacaron de allí decidió que era mejor estar en cabeza de la columna. Sabía que, dondequiera que se dirigieran, el espacio sería limitado. Quienes marcharan en cola de la columna podían acabar durmiendo en el hielo.

Habló de las fuertes nevadas, del frío terrible, tal como yo lo recordaba. Según sus cálculos, habían sacado de Auschwitz III unas diez mil personas, más otras treinta mil de Auschwitz I. Habían emprendido, encañonados, los sesenta y cuatro kilómetros de marcha hasta Gleiwitz en aquel fatídico día.

Dijo que era irrealizable para la inmensa mayoría de los prisioneros en aquella época del año; por la escasa vestimenta, la mala salud y las privaciones sufridas. «Caían como moscas», dijo. «Al que caía le pegaban un tiro.»

—¿No se le nota triste? —dijo Susanne al terminar el visionado—. Estaba reviviendo toda la historia.

Quisieron ver mi primera reacción, pero no tuve palabras para expresarla. Me alegré de que se acordara de mí y de haber tenido que ver en su supervivencia.

—No había oído esta historia —dijo Susanne—. Ha sido maravillosa.

Entonces me di cuenta de que también para ella había sido una revelación. Ella había hecho lo que había podido, pero nunca había llegado a saber realmente cómo los cigarrillos pasados a su hermano le habían ayudado a sobrevivir.

—No pude hacer mucho durante la guerra —me dijo—, pero me alegro de que sirviera.

Hizo una breve pausa y luego me deseó larga vida y mucha felicidad, y eso, a mi edad, es muy importante.

Le hablé de mis intentos fallidos de volver a verla después de la guerra, para hallar paz cuando ya me encontraba más estable.

—Ojalá hubiéramos estado en contacto —dije.

—Sí —respondió ella—. Hubiera estado bien, cuando éramos más jóvenes.

Capítulo 22

Las primeras emisiones de mi historia causaron sensación, por supuesto. Personas de las que no sabía nada hacía décadas se pusieron en contacto conmigo. La llamada que más me gustó fue la de Henry Kamm, antiguo corresponsal del *New York Times* galardonado con el Premio Pulitzer, que vive actualmente en un molino rehabilitado del sur de Francia. Se sentó delante del ordenador como todas las mañanas, hizo clic en el boletín de noticias del BBC World Service y localizó el trabajo de Rob sobre un prisionero de guerra británico y Auschwitz. Aguzó el oído cuando oyó hablar de un prisionero judío llamado Ernst y se dio cuenta de que era su amigo de toda la vida: Ernie Lobet. Me encantó oírle y sus amables palabras sobre cómo había intentado ayudar a Ernst me levantaron mucho la moral. Poco después, llegó un paquete de Francia y, al abrirlo, vi que eran ejemplares de sus libros. Hojeé uno y vi una emotiva dedicatoria a mí. No la voy a repetir, pero es algo que guardaré el resto de mi vida como un tesoro.

El teléfono no ha dejado de sonar nunca desde entonces. He sido invitado en dos ocasiones a Downing Street, a almorzar en la Cámara de los Lores; y he pronunciado alocuciones multitudinarias en la Cambridge Union y en la Chabad Society for Jewish Students de la Universidad de Oxford.

En los meses que siguieron hubo innumerables entrevistas en prensa, radio y televisión, muchas más de lo que yo había previsto. Fui distinguido por la International Raoul Wallenberg Foundation, que se puso en contacto conmigo para decirme que querían otorgarme un diploma en reconocimiento por lo que había hecho, y que me enviaban al pintor Félix de la Concha para que me hiciera un retrato. Audrey estuvo rápida al preguntar quién se iba a encargar de preparar el lienzo.

Hablé a grupos de escolares y en la cena de hermandad del Holocaust Educational Trust, en un elegante local londinense, una semana después de que un especialista me hubiera dicho con franqueza, con toda franqueza, que iba a perder la vista del ojo bueno. Por lo tanto, por orden del médico, subí al estrado con mi chaqueta azul cruzada y mi corbata, llevando unas bonitas gafas de sol para protegerme de los focos el ojo que me queda. Rob dijo que parecía un Jack Nicholson mayor en un mal día. Me dijo que el discurso debía ser breve porque había poco tiempo; debía ir directamente al grano. Cuando me levanté y empecé a hablar de los acontecimientos de Egipto, se figuró que la noche iba a ser larga. Al final hablé poco más de diez minutos; no estaba nada mal tratándose de mí. Ahora ya puedo hablar de todo, me da la sensación de que tengo que contar toda la historia.

Al final no hicieron falta las gafas de sol; unas semanas después, pedí una segunda opinión y me dijeron que mi ojo duraría toda la vida. ¿Qué más se puede pedir a mi edad?

Era todo actividad. Por aquel entonces, Rob me había convencido de que me pusiera a trabajar en el libro y celebrábamos sesiones de trabajo con bastante regularidad, escarbando en rincones de la memoria que yo era reacio a explorar. Fue duro, catártico y doloroso por igual, pero la oscuridad se va disipando y resulta cada vez más llevadero.

La investigación de Rob planteó cuestiones interesantes sobre la naturaleza de la memoria. Me preguntó varias veces si estaba seguro de haber visto el lema *Arbeit Macht Frei* en las puertas de Auschwitz III-Monowitz. Al cabo de más de sesenta años, es lo que se ha grabado en la memoria colectiva, aunque figuraba en muchos campos. Según Rob, el relato más influyente sobre la vida en el campo —el del superviviente y escritor Primo Levi— menciona más de una vez el rótulo en Auschwitz, pero el exdirector de Investigación en el archivo de Auschwitz no estaba convencido. Eso le planteó un interrogante que le llevó a preguntarme en varias ocasiones sobre el tema, aparte de que ya no quedan muchas más personas a quienes preguntar. Entonces ocurrió algo extraño. Conocí a otro superviviente del mismo campo que vivía en el Reino Unido. Un hombre maravilloso llamado Freddie Knoller; seguro que trabajé con él en IG Farben sin saberlo. Rob también charló con él y no tenía ninguna duda acerca del terrible rótulo de marras. Yo solo lo había visto un par de veces, de pasada, pero él había pasado todos los días por aquella puerta.

Desde el principio quise entender el resto de la historia de la vida de Ernie. Quería saber qué le ocurrió después de Auschwitz y qué tal le había ido en Estados Unidos. Rob me había enseñado un breve fragmento del largo vídeo de la Shoah Foundation, únicamente la parte en la que Ernie hablaba de mí, de los cigarrillos y del comienzo de la marcha de la muerte. Dijo que quería llegar hasta el final de todas las entrevistas antes de enseñarme toda la historia de la vida de Ernie. Tendría que esperar un poco más.

Comenzó la investigación y, un buen día de 2010, Rob se presentó en Derbyshire con más noticias asombrosas. Esa vez no eran sobre Auschwitz, sino sobre un hecho anterior: el torpedeamiento del barco en el que me hundí en el Mediterráneo en 1941.

Me dijo que en los archivos constaba que los italianos habían perdido numerosos mercantes en el Mediterráneo en aquellos meses, pero que solo uno coincidía con mi relato, los demás se habían hundido en otro sitio o en otras fechas.

Rob estaba convencido de que el barco al que me refería era el Sebastiano Venier, también conocido como Jason. Sacó mapas y documentos encima de la mesa del comedor y dio toda clase de explicaciones; tenía que ser ese. Eso cambiaba muchas cosas para mí.

El 9 de diciembre de 1941, el Sebastiano Venier fue alcanzado por un torpedo disparado por uno de nuestros submarinos, el HMS Porpoise, mandado por el capitán de corbeta Pizey. Murieron cientos de soldados aliados, muchos de ellos neozelandeses. Hoy día probablemente lo llamarían fuego amigo y estaría catalogado como uno de los peores ejemplos de la Historia, pero entonces el cálculo había sido mucho más simple: las guerras no las ganaban los prisioneros y el tráfico marítimo enemigo estaba sirviendo para reabastecer a Rommel. Había que hundir los barcos para salvar la vida de los que seguían en combate, sin atender a cuántos prisioneros murieran. El bien común dependía de ello, con independencia del coste. El precio lo pagábamos hombres como nosotros.

Esa era la vertiente negativa. La masacre a bordo, especialmente en la bodega donde había dado el torpedo, había sido espeluznante, pero Rob había descubierto que no habían perecido todos los prisioneros del barco, sino que, de hecho, muchos habían sobrevivido al ataque. No me lo podía creer, aquello no podía ser.

Poco después de haber sido tocados por el torpedo, subí a cubierta y me lancé al agua sin pensármelo dos veces, nadando lo más deprisa que pude por alejarme del barco torpedeado. Había visto hundirse al barco lentamente desde lejos hasta que se fue a pique y desapareció de mi vista. Estaba convencido de que el barco se había hundido con todos aquellos pobres muchachos atrapados en él.

Me acordé de que el mar se picó enseguida y apenas se podía ver nada entre las olas. Después se nos había echado encima el cazasubmarinos italiano, pasando por entre los escasos supervivientes que había en el agua y echando cargas de profundidad. Aún guardaba el recuerdo visual del nombre del barco, el Centurion o algo así. Mirando los documentos, Rob dijo que aquel barco era seguramente el Centauro —un torpedero italiano clase Spica— y llevaba prisionero a un general neozelandés que vivió para contar lo que había visto.

En aquel momento había bastantes personas en el mar, pero poco a poco se fueron yendo al fondo. Por lo que yo había podido ver a mi alrededor, no quedó nadie más en el agua. Por lo tanto, pregunté cómo era posible que hubiera sobrevivido alguien. Muy sencillo, respondió Rob: el Sebastiano Venier no se había hundido; de hecho, se había hecho famoso por haberse mantenido a flote. Al principio no pude comprender lo que me estaba diciendo. Estaba convencido de que al barco le faltaban pocos minutos para hundirse cuando yo me eché al agua. Había sido otra respuesta automática; yo no tenía que pensar, sino actuar. Ahora me estaba enterando de la odisea que se vivió a bordo del barco mientras yo nadaba en el agua que estaba siendo minada por cargas de profundidad. El viaje de ida del Sebastiano Venier a Bengasi, transportando suministros, había sido una experiencia terrible para la tripulación; había sido el único de cinco barcos que había llegado. Los ataques aéreos desde Malta y las ametralladoras de la Royal Navy se encargaron de ellos. La tripulación había acabado con los nervios desquiciados. En concreto, el capitán se había puesto muy nervioso y alterado cuando se hicieron otra vez a la mar porque todos sabían lo que les aguardaba en el viaje de vuelta, menos los muchachos prisioneros en la bodega. Llegaron hasta la costa meridional de Grecia, donde, según testimonios de los supervivientes, el capitán detectó el periscopio de un submarino aliado asomando entre las olas. Sintió pánico y decidió inmediatamente que el juego había terminado. Tuvo miedo de que, en cuanto les alcanzara un torpedo, los cerca de dos mil prisioneros aliados se abrirían paso hasta la cubierta y ocuparían los pocos botes salvavidas de a bordo. Ordenó que la tripulación abandonara el barco antes de recibir el primer torpedo para salvar su propio pellejo. Esa decisión se volvió contra él, cubriéndolo de ignominia, y su suerte quedó echada.

El Sebastiano Venier estaba unas tres millas y media al oeste de Methoni, en el extremo suroccidental de Grecia, cuando el tercer torpedo disparado por el HMS Porpoise acertó de lleno en la proa del barco, matando en el acto a muchos hombres atrapados allí.

Algunos de los que yo había dejado atrás me imitaron y se echaron también al agua, convencidos de que el barco se estaba hundiendo, aunque solo sobrevivieron unos pocos. Entonces, el barco viró a estribor y muchos hombres que habían saltado por el lado del puerto se vieron atrapados y engullidos por el remolino cuando el barco dio media vuelta y fueron despedazados por las hélices.

El hombre que salvó el barco y al resto de los prisioneros fue un misterioso alemán que hasta el día de hoy no ha sido identificado. Apareció como un ángel de la guardia de lo más extraño, empuñando una pistola Luger y una llave inglesa. Restableció el orden y consiguió que los pocos ingenieros italianos abandonados por sus superiores se hicieran con el control y, hablando a través de un suboficial aliado, convenció a los prisioneros de que se calmaran y permanecieran a bordo. Les dijo que podrían salvar el barco si colaboraban y que su mayor enemigo era el mar. Ordenó que los hombres se colocaran a popa, diciéndoles que su peso serviría para equilibrar —por poco que fuera— el mamparo de proa; les dijo que su vida dependía de ello. Dio instrucciones de instalar puestos de primeros auxilios para atender a los heridos y puso otra vez en marcha los motores, aunque a poca velocidad. No podía creer lo que estaba oyendo; era una historia fascinante que me gustaría haber presenciado.

Para entonces, yo ya llevaría en el agua unos veinte minutos y había sido arrastrado lejos. Con la rémora de la proa inundada, el misterioso alemán hizo ciar al barco y recorrió lentamente las millas que quedaban hasta la costa. Varias horas después lo encalló en las rocas con el rechinante sonido del acero. Hubo sinceros vivos aliados dirigidos al marino alemán que había dejado a un lado la guerra para salvar al mayor número posible de hombres.

Los salvavidas con el capitán y la tripulación también se habían acercado lentamente a tierra y, cuando llegaron a la orilla, vieron el barco torpedeado renqueando hacia ellos en vez de haberse hundido. Si el barco se hubiera hundido, pocos habrían criticado al capitán por sacrificar a los prisioneros para salvarse él. Pero con el barco renqueando hacia tierra, estaba perdido y debía de saberlo. Según cuentan, fue arrestado, juzgado en consejo de guerra y ejecutado por su decisión de haber abandonado tan pronto al barco.

El alemán, que desapareció tan rápidamente como había aparecido, era un tipo absolutamente diferente, probablemente un ingeniero naval, pero su consideración por los prisioneros heridos no fue olvidada jamás. Quienes lo vieron hablaron de un hombre de gran valentía y humanidad que, enemigo o no, había salvado cientos de vidas aliadas, aunque hubo quienes murieron tratando de ganar la orilla desde el barco encallado.

Yo no sabía nada de esto porque estuve algún tiempo abandonado a mi suerte antes de que volvieran a capturarme y nunca llegué a encontrarme con otros supervivientes, aunque resultó que algunos también habían pasado por la «Hectárea de la Disentería».

Escuché lo que Rob me estaba contando, sumido aún en mis propios recuerdos. Era una historia fantástica. Según él, después de tanto tiempo no podía asegurarse nada con certeza, pero era muy difícil que se tratara de otro barco. Yo estaba atónito. Para mí había sido un episodio terrible, pero, como tantas otras cosas, quedó superado por lo que vino después.

Durante casi setenta años había dado por supuesto que era el único superviviente. Y ahora me caía del guindo.

—No hacía ninguna falta que me hubiera echado al agua.

—Eso parece —respondió Rob.

—Pues menudo tonto del culo —dije.

Capítulo 23

El día había empezado húmedo y gris, pero a media mañana me asomé y vi que el nubarrón estaba más alto y había dejado hilachas de niebla al pie de Win Hill, la cumbre del otro lado del valle, según se mira desde la casa. Según la leyenda, el nombre se lo puso el bando vencedor de alguna antigua batalla. El ejército vencido había tomado posiciones en otra cumbre cercana conocida hoy como Lose Hill. No todo está tan polarizado en el Peak District. Este es un rincón amable del mundo, ahora que he dominado el dialecto. Añádase a eso una buena cama y tres comidas diarias y creo que al final lo he conseguido.

Rob llegó un poco tarde y para entonces el sol ya había deshecho las nubes y había abierto claros de cielo azul en Hope Valley. Me trajo algo que llevaba doce meses esperando ver: la historia completa de la vida de Ernie Lobet —Ernst, como yo lo había conocido—, contada en una entrevista de vídeo de más de cuatro horas y media de duración. Subí por la escalera de caracol al entresuelo, deseoso de oír qué había sido de aquel hombre a quien había conocido hacía tantos años. Nos acomodamos ante la pantalla del televisor, Rob pulsó *play* y Ernie empezó por el principio. Principio que, para él, era una espaciosa casa de ocho habitaciones en la bonita, antes de la guerra, ciudad alemana de Breslau. Los Lobethal eran una prominente familia judía. El padre de Ernie era el director de una fábrica de cuerda bastante importante y la vida les iba bien. Incluso tenían un premio Nobel en la familia, en la persona de su tío abuelo Paul Ehrlich, descubridor de un tratamiento para la sífilis a principios del siglo XX.

Ernie contaba que había ido con su abuela a pasar unas breves vacaciones al mar Báltico cuando tenía cuatro años y que, cuando volvió, su padre les había abandonado. Se notaba que era un recuerdo doloroso para él. Su padre había transformado en efectivo los activos de la fábrica y había huido a Sudáfrica con otra mujer. Por lo que decía, fue un escándalo y la historia salió en todos los periódicos.

Su madre, Frieda, y su abuela, Rosa, quedaron al frente de la familia, sin saber adónde se había ido él. Se mudaron a un piso mucho más pequeño y, finalmente, la madre localizó a su marido, lo denunció y ganó el juicio. Según Ernie, fue una victoria pírrica porque nunca vio un céntimo.

A partir de entonces se vieron agobiados por los problemas. Su madre contrajo tuberculosis y fue enviada al hospital. Entonces no se permitía que los niños visitaran a los pacientes con tuberculosis, por lo que no volvió a ver a su madre más que en dos ocasiones, hasta que la enfermedad la mató en 1932. Según él, murió de pena.

—¡Qué buena persona es!, ¿verdad? —dijo Audrey al escuchar sus comprensivas palabras para con toda la familia. La abuela Rosa sacó adelante ella sola a Ernie y Susanne. Era una mujer extraordinaria, pero su familia había sido rica y había tenido criados casi toda su vida. De pronto se vio mayor y cargada con dos niños a los que no estaba preparada para criar.

«Estaba llena de amor y lo hubiera dado todo por sus nietos», dijo, tratando de contener la emoción del recuerdo, como si le hubiera pillado desprevenido.

Finalmente, la abuela cedió a las presiones de otros parientes y llevó a los dos

niños a un orfanato judío. «Era un sitio terrible, terrible», dijo Ernie. Odiaba cada minuto que había pasado allí; él mismo se convirtió, según sus propias palabras, en «una influencia muy destructiva». Como era pequeño y flaco, le obligaban a comer más que los demás y tuvo que idear la manera de librarse de la comida. Escondía las patatas en salsa en el pañuelo y se lo guardaba en el bolsillo con la esperanza de tirarlo por ahí después. Sonrió mientras contaba cómo le chorreaba la salsa por las piernas cuando corría a tirar las patatas después de comer.

Mientras hablaba sucedió algo extraño. Me dio la sensación de que acababa de conocerlo y de que me estaba gustando lo que estaba viendo. Creo que era un hombre más sensible que yo, pero se reía incluso al contar aquellos terribles recuerdos de infancia.

Escapó varias veces del orfanato y finalmente lo enviaron a vivir con unos padres adoptivos. Dijo que el día que salió de allí había sido el más feliz de su vida. Con sus nuevos guardianes tenía libertad para ir y venir a su antojo, pero la Alemania que él había conocido estaba adquiriendo rápidamente otro sesgo totalmente distinto. Tenía ocho años cuando llegó Hitler al poder en 1933 y, dos años después, las Leyes de Núremberg prohibieron el matrimonio y las relaciones sexuales entre alemanes judíos y no judíos, acelerando el deslizamiento hacia el abismo.

Recordó que su abuela había trabajado duro tejiendo gorros cuando él tenía trece años para regalarle una bicicleta por su Bar Mitzvah. La prohibición de que los judíos entraran en las universidades y ejercieran determinadas profesiones no le afectó mucho de muchacho. En cambio, la Kristallnacht, la Noche de los Cristales Rotos, sí. Recordó el cuarto de hora de camino al colegio aquel día de noviembre de 1938 entre escaparates hechos añicos y tiendas saqueadas. Cuando llegó a la bonita sinagoga de Breslau, ya estaba en llamas y corrían rumores de que los nazis estaban haciendo redadas de varones judíos jóvenes.

Ahí se acabó el colegio. Los adultos que le rodeaban solo hablaban angustiados de cómo emigrar, cómo huir. Susanne había conseguido plaza en el *Kindertransport* a Inglaterra, pero Ernie no. Acabó trabajando en un proyecto estilo kibutz, orientado a animar a los judíos a volver a su tierra y labrarse un futuro en Israel. Los nazis lo toleraron durante algún tiempo, pero finalmente lo desmantelaron en los primeros años de la guerra.

Ernie, que entonces no contaba más que quince años, volvió a casa a cuidar de su anciana abuela enferma, que por entonces ya dependía totalmente de él. Vivían los dos en una habitación de un tercer piso porque la legislación que constreñía la vida de los judíos era cada vez más dura. Se les restringía incluso la cantidad de gas y electricidad, obligándoles a cocinar en un hornillo de queroseno de un amigo comerciante. Ernie se libró de las redadas durante algún tiempo y encontró trabajo en una empresa de reparación de neumáticos y con eso pudo ayudar a su abuela.

Al verle contar su historia, me llamó la atención cuánto tiempo había conseguido conservar la libertad. Yo siempre había temido que el tiempo pasado en los campos hubiera sido mayor. Menos mal, dije para mis adentros, aunque yo sabía —todos sabíamos— hacia dónde se encaminaba su historia. Los vecinos y un tendero les ayudaron dándoles comida en secreto, pero el cerco se fue estrechando. Las tropas alemanas que regresaban del servicio activo ya estaban contando lo que habían hecho

con los judíos polacos: las redadas, los guetos, los procesos de selección. Las historias se difundieron enseguida, pero eran tan brutales que nadie se las quería creer, y eso que eran un anticipo de lo que se avecinaba.

La abuela de Ernie se había librado de momento, aunque sus hermanas ya habían sido deportadas. Entonces, en enero de 1943, apareció el nombre de Ernie en una de las últimas listas de judíos por deportar de la ciudad; le dijeron que se preparara porque se lo llevaban al este. Pensaba que serían trabajos forzados, quizá tuvieran que construir carreteras o algo así, aunque nadie sabía exactamente lo que la suerte pudiera depararles. Metió todo en una mochila, reunió toda la ropa de invierno que tenía y esperó.

A media tarde se presentaron a por él unos hombres con abrigos de piel. Agentes de la Gestapo, muy educados al principio, hasta que su abuela les pidió que dejaran a Ernie con ella. «Mi abuela se quedó en una situación lastimosa», dijo, sacudiendo la cabeza con energía y mordiéndose el labio para no llorar. «No se valía sin mí y sabía que no podría salir adelante. Les suplicó y les suplicó. “¿No pueden dejarlo?”, dijo. “Es mi único apoyo.” No entendía. Entonces ellos se pusieron violentos. “Prepárese de una vez”, dijeron, y supe que no volvería a verla nunca más. Era una buena mujer.»

Era duro verle recordar otra vez aquel trance. Incluso sentado en casa en una butaca pude ponerme en su lugar mientras revivía aquella dolorosa separación, pude sentir lo que él sintió. Una vez que se había ido Susanne, no le quedaba más familia que su abuela, y el cielo es testigo de la terrible prueba a la que iba a tener que enfrentarse aquella anciana, con lo delicada que estaba.

Empecé a entender por qué estaba contando Ernie su historia. Se había comprometido a grabarla para que en el futuro otras personas supieran que él, Ernie Lobet, había tenido una abuela llamada Rosa que había vivido rodeada del cariño de su familia. Él también quería dar testimonio. Posteriormente se enteró de que ella había muerto en el campo de concentración de Theresienstadt.

No tengo que describir el traslado de Ernie en vagones de ganado, su llegada a Auschwitz, ni la separación de quienes iban a ser gaseados inmediatamente de quienes iban a ser llevados más lentamente a la muerte. Una vez dentro de Auschwitz III-Monowitz, describió el momento absolutamente devastador en que los recién llegados con sus mujeres e hijos caían en la cuenta de que probablemente ya habrían matado y quemado a sus seres queridos. Como Ernie estaba solo, se libró del dolor de ver sufrir a los suyos.

Ni que decir tiene que tuvo numerosos golpes de suerte que le ayudaron a sobrevivir en Auschwitz. Explicaba cómo tenías que tener un escondite o encontrar alguna forma de complementar la miserable comida que te daban o, si no, morías. Ernie había empezado a trabajar cavando los cimientos de un edificio; sabía manejar una pala, que muchos no habían visto en su vida, aunque eso no le libraba de ser tan desgraciado como los demás. Una vez que hizo un alto para descansar, uno de los guardias le ordenó barrer el barracón en el que ellos solían refugiarse. Dentro había un horno y le dijeron que atizara el fuego. Después le ordenaron que vigilara si venía el sargento, mientras ellos se quedaban dentro resguardándose del frío. Lo que significaba que cuando Ernie entraba a echar leña al fuego él aprovechaba para

calentarse un poco. Le ayudó a pasar las peores semanas de aquel invierno.

Siempre supe que era un tipo inteligente y, además, tuvo suerte, estaba claro. Explicó cómo se las había arreglado para conservar cien marcos, que había escondido por detrás del cinturón al llegar. Debió ser arriesgado decidir qué hacer con ellos, pero al final optó por dárselos al jefe de barracón a cambio de media barra de pan. La comida le salió cara, pero gracias a eso le permitió convertirse en una especie de correo para llevarle los mensajes. Lo que significaba un poco más de sopa y la oportunidad de ahorrar energías. Pudo darse cuenta por los de alrededor de que el agotamiento acababa matándolos.

Los que trabajaban fuera caían muy rápidamente. Vio morir a centenares y sabía que era imposible, absolutamente imposible, sobrevivir en el campo si no encontrabas algún extra para seguir con vida. El lugar de trabajo también determinaba quién vivía y quién no. Ernie volvió a tener suerte y terminó trabajando dentro con los civiles alemanes; eso le brindó la oportunidad de luchar, pero nada más.

Cuando la historia avanzaba, volví a oír el relato de los cigarrillos y su encuentro conmigo. Me alegraba ser recordado por aquellos momentos tan especiales, pero lo que yo quería ver era el resto.

Las amistades entre prisioneros no acarreaban necesariamente ventajas. «La supervivencia era asunto de cada cual», dijo Ernie. Qué razón tenía, pensé. Por eso había sido yo una persona solitaria durante mis años de cautiverio.

Ernie mencionó a un amigo, un hombre llamado Makki o Maggi, no se entendía bien. Ernie lo había conocido en la *hachshara*!^[1] del proyecto tipo *kibutz* en el que había participado años atrás, y en el que ambos habían aprendido a labrar y sembrar la tierra. Ernie le había dado a Makki —le llamaré así— algunos de los cigarrillos que yo le había pasado, por eso me sentía vinculado a él.

Lo que yo quería saber era lo ocurrido después de Auschwitz; pero cuando Ernie se puso a hablar de la marcha de la muerte, cambió de humor. Todos sus esfuerzos por buscarse oportunidades para sobrevivir se fueron al traste, aunque estaba menos desnutrido que la mayoría, tenía unas buenas botas y cigarrillos que vender. Yo había visto con mis propios ojos los cadáveres congelados y había salido de Auschwitz por la misma carretera helada, de manera que sabía lo que había pasado en aquellos terribles días. Ernie calculó que habían salido de los campos de Auschwitz entre cuarenta y sesenta mil personas y que solo veinte mil habían llegado al final de la marcha. Eso no significaba que hubieran vivido para ver el fin de la guerra, solo que habían sobrevivido a aquel suplicio en concreto.

Ernie enseguida se dio cuenta de que tenía que marchar en la parte delantera de la columna, porque cualquier sitio al que se dirigieran estaría abarrotado. Tenía razón. Fue de los primeros en llegar al campo de concentración de Gleiwitz, donde consiguió librarse de la nieve y encontrar una litera para la noche. Los que llegaron más tarde tuvieron que dormir en el duro suelo helado.

Rob me había advertido indirectamente de que me preparara para una dura historia, puesto que yo no imaginaba cómo había sobrevivido Ernie. A mí me habían obligado a marchar por toda Europa central, pero yo sabía que para ellos había sido imposible. Por poco acabaron también conmigo, y eso que había empezado en mucho mejores condiciones.

Ernie estuvo en Gleiwitz tres días; sabían que los soviéticos avanzaban rápidamente. Corrían terribles rumores sobre qué pensaban hacer los guardias con ellos. Unos decían que iban a ir a los campos de concentración de Buchenwald o Mauthausen y otros que Suiza o Suecia habían aceptado hacerse cargo de ellos. «Había para todos los gustos», dijo Ernie. «Otro rumor con fuerza era que íbamos a Alemania a trabajar en una fábrica de mermelada. La mermelada lleva azúcar y estábamos todos hambrientos.» Me imaginé el atractivo de aquella idea; en nuestro campo se hablaba constantemente de comida, pero para aquellos hombres muertos de hambre debió de ser una tortura. Los abogados que había entre los prisioneros dijeron que los iban a amnistiar. «Como si se pudiera amnistiar a personas que nunca habían sido condenadas», añadió Ernie.

Finalmente les dijeron que se prepararan para el transporte y después los cargaron en vagones de ganado descubiertos. «Debíamos de ir más de ochenta en aquel vagón», dijo con los ojos bajos. Seguía nevando cuando partieron y Ernie perdió enseguida la noción del tiempo. «Yo fui de pie la mayor parte del tiempo, pero como empezaron a morir muchos y los tirábamos fuera, eso creó espacio para que nos pudiéramos sentar. No sé cuántos días estuvimos allí. Me quedaba algo de pan, pero no teníamos agua.»

Era muy frustrante oír todo aquello y no poder echar una mano. Yo murmuraba consejos para mis adentros y era como si realmente pudiera oírme.

«Un tipo tenía una cantimplora —dijo—, y alguien sacó una cuerda, la atamos y la dejamos colgando del tren y, a medida que avanzábamos, iba recogiendo nieve. Cuando estuvo llena, la subimos y la derretimos en la boca. Así fue como sobrevivimos.»

Le costó cuatro días llegar a Mauthausen, en Austria. La terrible reputación de aquel campo de trabajos forzados había llegado hasta Auschwitz. «Pensamos que moriríamos allí, pero estábamos demasiado cansados, demasiado exhaustos para preocuparnos», dijo. «Nos tiraron algo de pan y fuimos derechos a por él, pero no cogí nada; nadie compartía nada. El que conseguía algo lo devoraba antes de que otros se lo comieran.»

Pronto corrió el rumor de que Mauthausen estaba abarrotado y que nos iban a dejar en algún otro sitio. Ernie cambió de postura en la silla mientras hablaba. Me di cuenta de que se estaba dando tiempo. El rostro estaba tenso, pero los ademanes no denotaban nada en particular. El tren reemprendió el viaje y fue como si Ernie no supiera decir qué pasó a continuación. Respiró hondo, tenía los ojos enrojecidos y sacudía la cabeza con incredulidad. Quiso forzar una sonrisa y entonces lo soltó. «Perdí la vista», dijo. «Miraba con los ojos bien abiertos y todo estaba negro.» Le temblaba el labio al hablar. «Todo negro», repitió. Iba en la parte de atrás de un vagón de ganado al descubierto, nevando y con todas aquellas personas muriéndose, y él ciego e indefenso.

Estaba pasando uno de los peores momentos de la entrevista, mirando a lo lejos y sacudiendo la cabeza, con la voz quebrada al hablar. «Fue terrible», dijo, procurando contener las lágrimas. «El tren andaba y se detenía y luego volvía a andar y nada cambiaba. La nieve seguía cayendo.» Hizo una pausa y se sonó la nariz. Era como si fuera envejeciendo ante nuestros ojos. El rostro sonriente de las fotografías había

desaparecido. Las arrugas que iban de las aletas de la nariz a las comisuras de los labios habían desaparecido.

Debió depender totalmente de su amigo Makki. Él fue quien le contó que habían salido de Austria y que los lugares por donde estaban pasando tenían nombres checos. Ernie seguía sin poder ver nada.

A lo largo del traqueteo por todo el país, Makki le contó que debía haberse difundido la noticia de quiénes eran, porque al pasar bajo los puentes los checos echaban barras de pan a los vagones para que pudieran sobrevivir. «Quienes nos vieran desde los pasos elevados no lo olvidarían jamás», dijo Ernie. «No sé cuántos vagones de ganado irían, pero eran todos descubiertos, con aquel montón de esqueletos vestidos de cebras dentro, derrotados igual que vacas camino del matadero.» Al pasar por Austria no les habían dado ni una rebanada de pan, lo mismo que cuando volvieron a entrar en Alemania, pero los checos hicieron lo que pudieron. Me acordé de la barra de pan que nos echaron mientras marchábamos penosamente al mismo tiempo por el mismo territorio.

Ernie vivió en un estado de tinieblas y angustia permanente. Sin Makki estaba indefenso y debió de sentir que su vida pendía de un hilo en la oscuridad. Sabía perfectamente que un trabajador esclavo ciego no servía para nada y que, en cuanto se dieran cuenta, le pegarían un tiro. Al cabo de siete días como mínimo en aquellos vagones de ganado, llegaron a un lugar próximo a Nordhausen, en el centro de Alemania, donde les ordenaron bajar de los vagones para entrar en otro siniestro campo de concentración. Se llamaba Dora-Mittelbau y Ernie no lo olvidaría nunca.

Consiguió algo de sopa para comer y recobró la vista antes de que lo notaran. No tardó en enterarse de que el campo suministraba mano de obra a una fábrica secreta subterránea donde estaban construyendo el *Vergeltungswaffe* de Hitler, el arma de represalia que conocimos como cohete V-2. Fue la última carta a la desesperada del dictador.

A Ernie le dieron un nuevo número de prisionero, menos mal que esa vez no se lo tatuaron en la piel. Le quitaron la ropa, incluso un jersey que le había mantenido con vida, y le asignaron un barracón donde dormían dos por litera. Tuvo que volver a empezar desde el principio, sin ninguna provisión extra de comida; y había estado en los campos el tiempo suficiente para saber que sin eso no se podía sobrevivir.

Los enviaron a los túneles donde se estaban construyendo los cohetes y a Ernie lo destinaron a un *Kommando* de trabajo que llevaba ladrillos a unos albañiles italianos. Nunca vio ningún cohete en aquella parte de las cuevas ni le preocupó lo más mínimo. Por aquel entonces los norteamericanos se disponían a cruzar el Rin y los rusos habían puesto cerco a la ciudad natal de Ernie, Breslau, aunque él estaba empezando a dudar de que los aliados llegaran a tiempo de salvarlo. Recordé mi propio viaje de vuelta a casa y el momento en que sentí la tentación de poner fin a mis penalidades en aquel río traicionero que parecía llamarme y me pregunté si Ernie habría sacado fuerzas de flaqueza para resistir.

«El trabajo era brutal y la comida consistía en un litro de sopa», contó. Le dijo a su amigo Makki que o salían de allí o morirían. Nada podía ser peor que donde ellos estaban, en aquellos terribles túneles de Dora-Mittelbau. Se enteraron de que se estaba organizando una partida para ir a trabajar a otro sitio. Ambos comprendieron

que era su única oportunidad y se presentaron voluntarios sin saber adónde irían.

Ernie pensó que, en cualquier caso, tendrían más oportunidades si decían que eran especialistas en algo, fuera real o imaginario. Makki y él se pusieron a la larga cola de gente que quería salir y, finalmente, se encontraron cara a cara con un hombre de las SS que era quien decidía los que se quedaban y los que se iban.

Ernie dio un paso al frente y el hombre de las SS le preguntó su profesión. «Cerrajero», dijo Ernie, aunque lo que sabía del oficio y nada era todo lo mismo. Le indicaron que subiera al camión. Makki estaba justo detrás de él y, como ya no podía decir que era cerrajero, cuando el hombre de las SS le preguntó por su profesión, respondió: «Electricista».

«No, te necesitamos aquí», rugió el soldado, y a Makki no lo eligieron. «Me quedé destrozado», dijo Ernie, mordiéndose el labio y cargando con el peso de sus propias palabras. Entonces dejó de intentar contenerse, contrajo la expresión y se echó a llorar tapándose los ojos con las manos. «Yo quería que viniera conmigo — dijo con voz entrecortada—, no volví a verle, murió y solo por haber dicho “electricista”.» Los sollozos le sacudían el pecho.

Me sentí violento al contemplar su íntimo dolor, como si no tuviera derecho a estar allí. Estaba contando la historia cincuenta años después y todavía estaba destrozado por la suerte de su amigo. Dicen que murieron unos veinte mil prisioneros en aquel espantoso lugar y probablemente Makki fue uno de ellos. Igual que había hecho con su abuela, Ernie estaba dando testimonio de su amigo; su vida era importante, como la de todos. Habían sobrevivido a Auschwitz y a la marcha de la muerte, y Ernie le había ayudado con los cigarrillos que yo le había pasado, pero no fue suficiente.

Por aquel entonces murieron millones de personas sin poder hacer gran cosa por salvarse. No les bastaron sus reservas de valor e iniciativa. Yo sabía por mi propia experiencia de la guerra y el cautiverio que los supervivientes debían la vida principalmente a la casualidad. Ernie había jugado bien sus bazas, pero la suerte había desempeñado un gran papel en su supervivencia.

Las declaraciones de Ernie me dejaron claro que se había quedado como sin fuelle; había traspasado un umbral. Como si haber perdido a su amigo empañara su extraordinaria historia de resistencia. Su discurso se hizo más lento, como si se demorara en los detalles por no llegar al final.

El camión salió con Ernie, pero los esqueléticos voluntarios solo fueron hasta Nordhausen, un campo al otro extremo del lúgubre complejo de túneles, donde la vida no era mucho mejor. Dormían en filas de literas apiñadas en una serie de garajes del Ejército. Se figuró que entonces habría unos seis mil prisioneros en aquel campo, atrapados todos ellos por una alambrada electrificada. La comida era igual de horrible que en los demás campos.

Era marzo, los días se sucedían uno tras otro y él estaba perdiendo la noción del tiempo. Para entonces, ya sabía que la guerra estaba terminando, pero él se estaba consumiendo. Los prisioneros del campo estaban muriendo rápidamente y temió que no viviría para ver su liberación. De los seis mil que había en el campo cuando llegó, solo seguían vivos mil quinientos unas semanas más tarde.

A Ernie lo llevaban todos los días al túnel en un trenecillo para cambiar piedras de

sitio, pero el trabajo era pesado y lento; estaban todos débiles y los guardias ya no se preocupaban. Por lo que dijo, los mil quinientos prisioneros que quedaron al final apenas podían hacer el trabajo de cien hombres sanos. De todas maneras, el trabajo se interrumpió a finales de marzo; ya no tenía ningún sentido.

Pasaron los días mientras esperaban a los norteamericanos, pero nunca llegaron. Los bombarderos aliados los sobrevolaban en busca de objetivos más distantes. Entonces, un día de primeros de abril, Ernie oyó las sirenas de alarma aérea y, aunque no era ninguna novedad, lo cierto es que no había dónde esconderse. Oyó caer bombas en el campo. Algunas acertaron en los barracones, que se incendiaron. Oyó gritos y vio prisioneros corriendo en llamas; se dio cuenta de que estaban arrojando bombas incendiarias porque el gel incendiario de las bombas se les quedaba pegado. Entonces se dio cuenta de que algunos impactos habían afectado a la alambrada que rodeaba el campo y, aunque los de las SS estaban en los refugios, tuvo la impresión de que también habían muerto muchos de ellos. Todavía era demasiado peligroso fugarse.

El barracón de Ernie fue uno de los que siguieron en pie, de tal forma que los prisioneros de otros barracones entraron a resguardarse y pasaron allí una noche, hacinados, en espera de lo peor. A la mañana siguiente oyeron las sirenas y los prisioneros, presa del pánico, echaron a correr en todas direcciones. Nada más salir del barracón, Ernie vio que la valla electrificada estaba rota y tenía un agujero. Todos los hombres de las SS estaban huyendo lo más deprisa que podían. Vio que algunos prisioneros saltaban por encima de la valla y les siguió y, una vez en el otro lado, echó a correr.

Entonces oyó por encima de él el zumbido grave de los aviones y siguió corriendo por los campos mientras seguían arrojando bombas que explotaban a su alrededor. Se volvió y vio que habían bombardeado el campo. A tanta altitud, los pilotos no podían saber que aquellas dependencias militares se habían transformado no hacía mucho en campo de concentración. Siguió corriendo hasta que no pudo más y entonces se dejó caer para recobrar el aliento en un profundo surco en el lindero de un bosque.

Miró alrededor y vio el cadáver de un civil muerto y dedujo por su ropa que era un italiano a quien habían matado la noche antes. Llevaba una vieja guerrera militar, unos pantalones inclasificables y un «gorro absurdo» con visera. Mientras lo miraba, Ernie cayó en la cuenta de que por fin era libre.

Movió el cadáver para quitarle las ropas. «No hay nada peor que desnudar a un cadáver», dijo. Ya estaba rígido, pero consiguió quitarle los largos pantalones y la chaqueta y cambiárselos por su uniforme de cebra. Volvía a ser un civil.

La sonrisa iluminó el rostro de Ernie por primera vez en mucho tiempo al pronunciar esas palabras. No pudo evitarlo, yo también sonreí porque sabía cómo se habría sentido en aquel momento.

Una vez vestido con las ropas de aquel hombre, miró alrededor y vio gente a lo lejos, aunque no se fijaron en él. El viento formaba remolinos con los papeles que había tirados por el campo. Pensó que vendrían bien para cuando fuera a hacer de vientre, pero al coger uno vio que era una octavilla lanzada desde un avión. Salió del surco y leyó las palabras: «Alemanes, dejad las armas, la guerra ha terminado.

Rendíos. Vuestro Führer os ha abandonado». Según dijo, el mensaje más maravilloso que había recibido en toda su vida.

También yo había recorrido Europa a pie por aquellas fechas. Sabía que todavía no podía considerarse a salvo; por eso sospeché que quedaban un par de peripecias antes de que acabase la historia de Ernie, y estaba en lo cierto. Atravesó el bosque hasta que fue a dar a un camino vecinal atestado de civiles alemanes, con sus enseres cargados en cochecitos de niño o cualquier otra cosa con ruedas. Se figuró que sus casas habrían sido bombardeadas y observó que entre ellos no había gente joven, solo personas mayores y mujeres, además de mujeres con niños pequeños.

Entonces vio a una campesina robusta que llevaba sus pertenencias en una especie de carricoche. Cuando ella vio su ropa, lo llamó, tomándolo por italiano. Enseguida se dio cuenta del peligro que corría al no hablar italiano, aunque se figuró que probablemente ella tampoco. Lo había oído hablar en los campos y soltó algo así como «Nonparlo». Ella lo miró con suspicacia y le hizo gestos de que empujara el carricoche; en el momento de hacerlo, vio una enorme barra de pan encima de sus pertenencias.

Ernie volvió a sonreír al describir el tamaño del pan, abarcándolo imaginariamente con los brazos abiertos, igual que los pescadores cuando presumen del pez de sus sueños. Miré de reojo a los demás y vi que Audrey y Rob también sonreían al oírle contar aquella historia: todos imaginábamos lo que iba a pasar. No se hizo de rogar. Contó cómo había empujado el carricoche durante un rato hasta que el bosque se hizo más espeso y entonces echó mano al pan, salió corriendo y desapareció antes de que la mujer se diera cuenta de lo ocurrido.

La oyó gritar: «Dieb! Dieb!» (¡Al ladrón! ¡Al ladrón!). Nadie estaba dispuesto a perseguirlo por el bosque por una barra de pan, de manera que, cuando le pareció que había corrido lo suficiente como para hallarse a salvo, se detuvo y se comió todo el pan de una sentada.

Empezaba a dar la sensación de que su impresionante historia estaba tocando a su fin, porque sonreía mucho más e inclinó la cabeza al recordar con cierto alivio los últimos días de la guerra después de todo lo que había pasado. Durante el trayecto se encontró por el mismo camino vecinal con Peter, un hombre a quien conocía de los campos y que también había escapado y había conseguido ropa de civil.

Ernie llevaba puesto todavía el gorro que había quitado al cadáver del italiano y sabía que, si alguien le pedía que se lo quitara, estaba perdido, porque la cabeza afeitada lo delataría. Peter y él decidieron dirigirse al oeste en busca de los americanos, pero como no había sol, era imposible saber hacia dónde tirar. Finalmente decidieron que los civiles iban en la dirección correcta y siguieron el trazado del camino vecinal, aunque al amparo de las sombras del bosque.

«¡Alto!» Se quedaron clavados donde estaban. La orden procedía de un soldado alemán que había salido de entre los árboles. Quería saber quiénes eran y a dónde iban y les dijo que no podían seguir adelante porque se estaban aproximando los norteamericanos. Ellos sabían que estaban demacrados, con una ropa estrafalaria y con la cabeza afeitada. Lo único que tenían a su favor era que ambos hablaban bien alemán.

Le dijeron que eran trabajadores civiles de Nordhausen y que habían perdido sus

ropas durante el bombardeo, se habían quedado con lo puesto. Les habían enviado a reparar vehículos militares en un pueblo que estaba más adelante. En palabras de Ernie, era una «historia que no tenía pies ni cabeza». Con independencia de que les creyera o no, el soldado dijo que los llevaría ante su oficial, de modo que no les quedó más remedio que ir con él. En el camino se dirigió a ellos y les preguntó si sabían disparar. «Por supuesto», dijo Ernie, preguntándose sin duda cómo acabaría aquello.

Sabían que el soldado no las tenía todas consigo con respecto a ellos; hablaban alemán, pero estaban muy flacos y no tenían pinta de alemanes en absoluto. A medida que se fueron acercando a la base, Ernie decidió que tendrían que matar al soldado para salvarse, pero no podía hablar porque el hombre armado iba detrás de ellos. No pudo hacer nada. Por lo menos el soldado era de la Wehrmacht, no de las SS, y eso ya era algo, aunque el juego terminaría en cuanto les ordenaran quitarse el gorro.

Llegaron a un puesto de mando donde los presentaron a un teniente manco. El soldado repitió su historia, pero el oficial le interrumpió sin dejarle terminar. «Dos hombres más, maravilloso», dijo. «Puedo utilizar dos hombres más.» Ordenó al soldado traer armas y uniformes.

Ernie comprendió que, después de años en campos de concentración, iba a acabar la guerra con uniforme del Ejército alemán, con orden de disparar a sus liberadores y amigos. Antes de que llegaran los uniformes y las armas, el oficial les preguntó si habían comido, le dijeron que no y les envió a que tomaran algo de sopa. Media hora más tarde, mientras estaban comiendo, preguntándose en qué pararía todo aquello, entró corriendo un soldado al grito de «Feind-alarm, Feind-alarm!» (¡Alarma enemiga, alarma enemiga!). Significaba que tenían a los norteamericanos prácticamente encima.

Fue el caos; soldados corriendo de acá para allá, arrancando las motos y los coches en el patio mientras la unidad se preparaba para emprender la huida. Al poco rato Ernie y Peter seguían sentados con su sopa sin un solo soldado alemán a la vista. Ernie era un gran narrador y no era la primera vez que me hacía reír al relatar aquella escena.

Salieron de allí sin saber a dónde ir y, entonces, vieron los primeros carros de combate que se dirigían hacia ellos, con sendas estrellas blancas a los flancos. La expresión de Ernie volvió a animarse mientras hablaba y gesticulaba con las manos para dar una idea de las dimensiones de la columna y lo que representaba ver por todas partes aquellos soldados con uniformes extraños. Oyó que alguien tocaba el silbato, la columna se detuvo, un soldado abrió la escotilla de la torreta del carro de combate, le miró y preguntó: «Polski?». El primer negro que veía en toda su vida le estaba preguntando si era polaco.

«No», contestó. «Konzentrationslager» (campo de concentración). El norteamericano puso cara de no tener ni idea de lo que significaba. Aquel fue el momento de la liberación con el que tanto había soñado Ernie, pero el soldado buscaba otro tipo de liberación. «¿Tenéis coñac?», preguntó. El soldado debió de llevarse una desilusión con su respuesta y la columna arrancó de nuevo, dejándolos allí plantados.

Ernie esbozó una ancha sonrisa al recordar el encuentro. Al verlo, tuve la

sensación de haberlo vivido con él y también sonreí.

Ernie contó el resto de la historia a un ritmo diferente, pues llegaba a la recta final. Fue a París y vivió vendiendo cigarrillos por las calles, aprendió francés en la Alliance Française y finalmente marchó a Estados Unidos a bordo del SS Marine Flasher, un barco de emigrantes. Lloró al pasar por delante de la Estatua de la Libertad y puso el pie en Nueva York el Día del Trabajo de 1947. Después de todo lo que había pasado, Ernie fue llamado a filas por el Ejército de EE. UU. no mucho después de su llegada al país y fue enviado a combatir en la guerra de Corea, donde tomó parte en el desembarco de Incheon. En los años que siguieron, vendió aspiradoras en Harlem y estudió mucho. Igual que yo, se hizo ingeniero y, años después, abogado. Me di cuenta del esfuerzo que había hecho, pero era su versión del sueño americano y, aunque lo de Corea debió de ser un varapalo, no se había echado para atrás. No me lo podía creer. Cómo habían cambiado las tornas para el muchacho que había conocido en Auschwitz.

Me quedé atónito cuando me dijeron lo parecidas que habían sido nuestras vidas de posguerra; lo de ser ingenieros no era más que una pequeña parte. Le había gustado conducir a toda velocidad, le habían encantado los coches deportivos británicos, empezando por su propio Austin-Healey y terminando por un Jaguar como el mío. Se había negado a quedarse anclado en el pasado o a echar el fardo de sus padecimientos sobre nadie y, por lo visto, no habló de Auschwitz hasta los últimos años de su vida.

Por lo que me han contado, era un hombre de buen carácter y estoy seguro de que habríamos tenido mucho de que hablar aun sin mencionar aquellos terribles años. Su amigo de toda la vida, Henry Kamm, dijo de él que había llegado a Estados Unidos con lo puesto, aparte de su inteligencia, energía, fuerza de voluntad y ambición, y que había rehecho su vida, una vida envidiable por otra parte. Según Henry, Ernie dejó muchos amigos al morir.

Cuando, al final de su historia, le preguntaron qué consejo querría dar a las generaciones futuras, dijo: «Para que triunfe el mal solo hace falta que el bien no haga nada». Me emocioné al oír esas palabras. Desde el momento en que nos pusimos a trabajar en este libro, le había repetido una y otra vez esa misma máxima a Rob con la insistencia propia de un hombre de noventa y tantos años; y ahí estaba, el mismo sentimiento, en boca de Ernie. Tuve que contener las lágrimas mientras siguió hablando. Era increíble. «No se pueden dejar pasar las cosas», dijo. «Hay que luchar por lo que se cree, no se puede ser pasivo, no se puede dejar que los demás actúen por ti. Si hay que ser audaz para alcanzar el objetivo y tomar partido, pues adelante.» Diciendo esto, Ernie —el amigo al que había ayudado, pero nunca había llegado a conocer realmente— se encogió de hombros, sonrió y dio las gracias al entrevistador. Su historia había terminado y la mía también.

El sol de invierno proyectaba largas sombras por detrás de la casa y daba a Win Hill un tono ocre.

«Ernie tenía razón», dije después. «Sabía por experiencia que hay que luchar por el bien. Supone un montón de problemas, pero llegó a la misma conclusión que yo.» Hay quien cree que no puede volver a pasar y, sobre todo, que no puede volver a pasar aquí. No les crean, no hace falta mucho.

Siempre lamentaré no haber buscado a Ernie mientras estaba vivo. Si hubiera sabido que estaba en Estados Unidos, habría ido y le habría encontrado, sin duda.

El Gran Arquitecto había dado la espalda a Auschwitz, de eso estoy convencido, pero también es verdad que, cuando hablé con Ernie, el día fue más llevadero, y eso es algo que nunca se olvida. Ahora que ya soy viejo, al menos hay un rostro entre tantos en el que puedo reconocerme y decir para mis adentros: hice lo que pude.

Siempre procuré ser positivo, incluso cuando fui prisionero de guerra, y de alguna extraña manera había llegado a convencerme a mí mismo de que seguía siendo dueño de mi propio destino, que seguía llevando la iniciativa. Ernie y Makki habían utilizado su inteligencia y habían aprovechado las oportunidades y, con todo y con eso, Ernie había sobrevivido y su amigo había muerto por pura casualidad, por haber dicho la palabra «electricista» en vez de «cerrajero».

Nadie puede pretender tener el monopolio en la salvación de un semejante. Ernie es el héroe de esta historia y yo me siento orgulloso de haber desempeñado un pequeño papel al haber ayudado a un hombre a sobrevivir a la monstruosidad de Auschwitz. A partir de ahí, había sido asunto suyo.

Una parte de mí murió allí, pero eso no impidió que me encolerizara aun cuando poco más se podía hacer. Reconozco que he tardado mucho, pero ahora la gente está preparada para escuchar; lo único que quiero es que mi historia sirva para algo; en realidad, es lo que siempre he querido.

Con la edad que tengo, todavía pueden pasarme algunas cosas más, pero he de decir que he tenido una vida muy buena y que la he vivido plenamente. Y, como a mí me gusta decir, mi libro está escrito.

Agradecimientos

Me gustaría dar las gracias a Audrey por su infinita paciencia, amor y apoyo durante los muchos años que hemos pasado juntos; por su comprensión y, por encima de todo, hacerme poner los pies en el suelo y estar conmigo a las duras y a las maduras. Es mi crítico más implacable y mi mejor amiga. Estoy muy agradecido a sir Martin Gilbert por sacar tiempo en su apretada agenda para brindarme sus generosos comentarios sobre el manuscrito, que fue acogido con toda amabilidad. Gracias a lord Janner, Karen Pollock y el equipo del Holocaust Educational Trust por su permanente ayuda y apoyo. Su trabajo es impagable. Gracias a Gordon y Sarah Brown por invitarme a Downing Street; y a Iain Duncan Smith, Michael Gove y Ed Balls por su interés en la historia. Me gustaría añadir un reconocimiento especial a la Cruz Roja, cuyos paquetes de comida dieron a los prisioneros de guerra tanto esperanza como alimentos que les salvaron la vida.

DENIS AVEY

Me gustaría hacer extensivo mi agradecimiento a Audrey por su paciencia y hospitalidad durante los interminables días de las entrevistas, por su calidez, apertura e inagotable sentido del humor. No siempre le ha resultado fácil asimilar lo que aquí queda dicho, pero siempre ha estado maravillosa. Lo ha llevado con un gran sentido del humor y nos ha entretenido a todos durante muchas maravillosas veladas de sincera discusión y carcajadas mientras nos tomábamos un par de sorbetes. Que sea por muchos años.

También quiero dar las gracias a Regi y sus hijos, Jan y Anja, por apoyarme en un año ajetreado. Ha sido duro y habéis estado maravillosos —como siempre—, especialmente cuando me he visto sometido a mucha presión. Gracias también a Mark James, Simn Enright, Jonathan Chapman, Saleem Patka, Wanda Petruszewicz, Richard Jackson y Andrew Whitehead y a la BBC por facilitarme la forma de reducir mi horario para trabajar en el libro, en un momento en el que la BBC World Service —la joya de la corona— está sufriendo serios recortes presupuestarios. Una mención especial a Patrick Howse, que captó desde el primer momento la importancia del testimonio de Denis, por su esfuerzo y amistad. Es un hombre con un entusiasmo ilimitado, que encarna los mejores ideales de la empresa. Gracias también a David Edmonds por sus sabios consejos, y a Kevin Bankhurst y al BBC News Channel por su entusiasmo por este relato. Gracias también a Joanne McNally por facilitarme hace muchos años la historia de los campos de prisioneros de guerra próximos a Auschwitz.

Sobre todo, querría rendir homenaje a mi amigo y mentor James Long por su permanente asesoramiento y guía por el mundo de la edición, apoyándome en las investigaciones y ayudándome a editar y organizar el manuscrito. Siempre cumplidor, fue una fuente de gran inspiración y energía y calmó mi nerviosismo en muchas ocasiones. Siempre estuvo ahí, tanto para ayudarme en un infructuoso intento de entrar en un hotel tras haber estado trabajando hasta altas horas de la noche, como para contratar un seguro a todo riesgo cuando se trataba de coches. En mis momentos

de desesperación, siempre pude recurrir a James. Sin él no lo habría conseguido.

ROB BROOMBY

Ambos queremos expresar nuestra más profunda gratitud a Susanne Timms, una mujer verdaderamente extraordinaria, que, junto con Peter James y Lynn Amari, nos brindó su confianza, amistad y apoyo. Suministraron el eslabón perdido en la historia y han proporcionado un gran consuelo. Su aportación es inconmensurable. Ojalá hubiéramos podido conocernos mucho antes.

Gracias también a Shirley Spector por sus amables palabras —espero que nos veamos algún día— y a Henry Kamm —un nuevo amigo— por su sabiduría y asesoramiento y, sobre todo, por estar en contacto y aceptar un extraño en casa y acogerlo. Una mención también para la familia Warwick, por su participación en la resolución del misterio, y a Michael Wood, que lo hizo posible al abrir la puerta en el momento oportuno; sin él todo habría sido en vano. Por supuesto, un reconocimiento especial al Shoah Foundation Institute for Visual History and Education Archive de la Universidad del Sur de California por su maravilloso trabajo, sin el cual se habrían perdido para siempre muchas historias, y por su amable autorización para utilizar el testimonio de Ernie Lobet (n.º 4365), sin el cual no habrían quedado claros determinados aspectos de esta particular historia. Igualmente, al personal del archivo de Auschwitz por sus aportaciones y a Freddie Knoller por sus comentarios.

Ambos estamos inmensamente agradecidos a Rupert Lancaster y Hodder & Stoughton por su perspicacia, sabiduría y confianza en el libro desde el principio. Y, por supuesto, a nuestra agente, Jane Turnbull, que ha facilitado las cosas permitiendo que todo haya ido como la seda.

Ilustraciones



El «Ejército de los Muchachos». Soy el primero a la izquierda, con una bayoneta. Los vecinos me apodaron «Ero». COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Manos en los bolsillos con unos amigos en el Holiday Camp de Butlin's Skegness, finales de los años treinta. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Mi padre disfrutando de un día en el mar. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Sentado en el estribo de mi Wolsey Hornet Trinity en Butlin's, COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Con mi hermana Winifred, en un breve permiso antes de zarpar para Egipto, agosto de 1940. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Durante el período de instrucción en Winchester, 1939-1940. Soy el primero a la izquierda. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



De izquierda a derecha: Cecil Plummer, Charles Calistan y yo de permiso en El Cairo antes de ir al desierto en 1940. Charles y yo hacíamos combates de boxeo amistosos.

Era un angloindio que ganó la Medalla del Ejército y la Medalla de Conducta Distinguida. Creo que deberían haberle concedido la Cruz Victoria por su valentía en El Alamein. Lo mataron en Italia en 1944. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Una autoametralladora británica Bren en Egipto en 1940. Jefe y conductor estaban protegidos por el blindaje en combate, pero eran vulnerables a ataques aéreos y granadas. El tirador que iba detrás era el más expuesto. © GETTY IMAGES



Soldado británico reparando la oruga de una Bren, operación que realicé muchas veces en el desierto. © IMPERIAL WAR MUSEUM DE LONDRES (H23490)



Prisioneros italianos descansando tras una larga marcha, vigilados por una autoametralladora Bren en el desierto de Libia en diciembre de 1940. © IMPERIAL WAR MUSEUM DE LONDRES (E1383)



Tirador de Bren en acción. Alrededores de Tobruk, finales de 1941. © IMPERIAL WAR MUSEUM DE LONDRES (E5512)



Una ucraniana llamada Paulina(izquierda) con una amiga. Trabajaba en la oficina de un ingeniero alemán de IG Farben e informaba a los prisioneros de guerra de cuándo se esperaba la llegada de materiales para poder planificar el sabotaje. Me llevé su foto a casa en el uniforme. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Vista del complejo de IG Farben, con el edificio de las chimeneas que los prisioneros *Queen Mary*. En el recinto había numerosas dependencias separadas y miles de tuberías sobre postes metálicos.CORTESÍA DEL STATE MUSEUM AUSCHWITZ-BIRKENAU EN OSWIECIM



El equipo de Sudáfrica en el E715. Soy el primero a la izquierda en el suelo. Siempre sospeché que las fotografías eran propaganda de la Wehrmacht para dejar claro que no trataban a los prisioneros de guerra como las SS trataban a los judíos.

COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Columna de prisioneros de Buna-Monowitz (Auschwitz III) hacia IG Farben, trayecto que recorría dos veces al día. Al fondo pueden verse los uniformes rayados de los prisioneros del campo de concentración. A lo lejos, los barracones de las SS. A la izquierda, una torre de vigía y delante un pequeño refugio antiaéreo cubierto de tierra para los *Postens*. La torre de vigía tapa la entrada de Auschwitz. CORTESÍA DEL

STATE MUSEUM AUSCHWITZ-BIRKENAU EN OSWIECIM



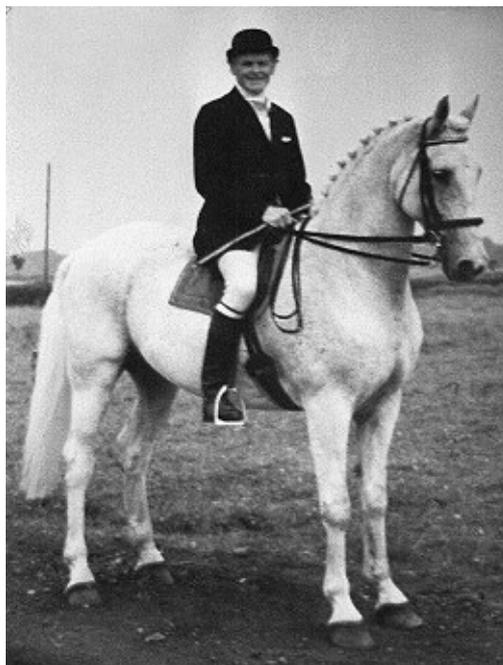
Barracones nevados, probablemente de Auschwitz III. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



En mi despacho de ingeniero jefe de UMP, en los años sesenta. Después de que remitieran las pesadillas sobre Auschwitz III emprendí una exitosa carrera profesional. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR

Account Department	FOREIGN SERVICES London SW1	Date 29 JUN 1966	58
Amount in Words	TWO HUNDRED AND FOUR POUNDS ONLY.		
In respect of 4260 Number	COMPENSATION FOR NAZI PERSECUTION.		
01083 <small>Please address any correspondence to the DEPARTMENT OF ISSUE (NOT the Pay- master General) and quote the NUMBER above.</small>	MR. D.G. AVEY, DIAL HOUSE, POWELL AVENUE, BRAMHALL, CHESHIRE.		
	Not Negotiable & Co.	If this form is presented THROUGH A BANK* within three months. H. M. Paymaster General will Pay :	
		£ 204 - -	
		E. S. JONES, Assisting Officer.	
		<small>* The payee's endorsement is required if the form is not presented through the payee's own account.</small>	

Recibo de la compensación que me dio el Gobierno británico por haber sido prisionero de guerra. Creo que fue un insulto. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Montado en Ryedale tras una competición de doma de tres días. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Audrey y yo disfrutando de una velada juntos. COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



Susanne y Ernst Lobethal de pequeños en Breslau antes de la guerra. CORTESÍA DE SUZANNE TIMMS



Ernst, de joven. Cambió su nombre por el de Ernie Lobet en Estados Unidos. Me quedé atónito cuando supe que, después de lo que había pasado en Auschwitz, lo llamaron a filas para ir a la guerra de Corea. CORTESÍA DE SUZANNE TIMMS



Sesenta y cuatro años después, encuentro con su hermana Susanne. Cuando la conocí en 1945 era un soldado profundamente traumatizado que no pudo darle ningún consuelo sobre la suerte de su hermano. CORTESÍA DE BBC NEWS



Ernie (Ernst) Lobet en la entrevista grabada por la Shoah Foundation. Entonces me enteré de su historia. SHOAH FOUNDATION INSTITUTE FOR VISUAL HISTORY EDUCATION DE LA UNIVERSIDAD SUR DE CALIFORNIA



Con el primer ministro Gordon Brown en el 10 de Downing Street el 22 de enero de 2010. En marzo de 2010 me concedieron una medalla como uno de los veintisiete Héroes del Holocausto británicos. Menos dos, todos recibieron la medalla a título póstumo. © YAKIR ZUR



Setiembre de 2010: Ahora que puedo hablar de aquellos terribles tiempos, tengo la sensación de irme quitando COLECCIÓN PRIVADA DEL AUTOR



DENIS AVEY nació en Essex en 1919. Durante la Segunda Guerra Mundial combatió en el desierto del norte de África, donde fue capturado y trasladado como prisionero de guerra a un campo adyacente al campo de concentración y exterminio de Auschwitz III. Se convirtió en un testigo excepcional del horror del Holocausto al intercambiar sus ropas con las de un preso judío para «colarse» en Auschwitz y poder contar lo que allí sucedía. En 2010 recibió la medalla británica de Héroe del Holocausto.

ROB BROOMBY es corresponsal de Asuntos Británicos en la BBC World Service. Anteriormente fue corresponsal en Berlín y ha trabajado más de veinte años como periodista radiofónico, principalmente en BBC Radio.

Notas

[1] En hebreo: año de preparación. (N. del T.) <<